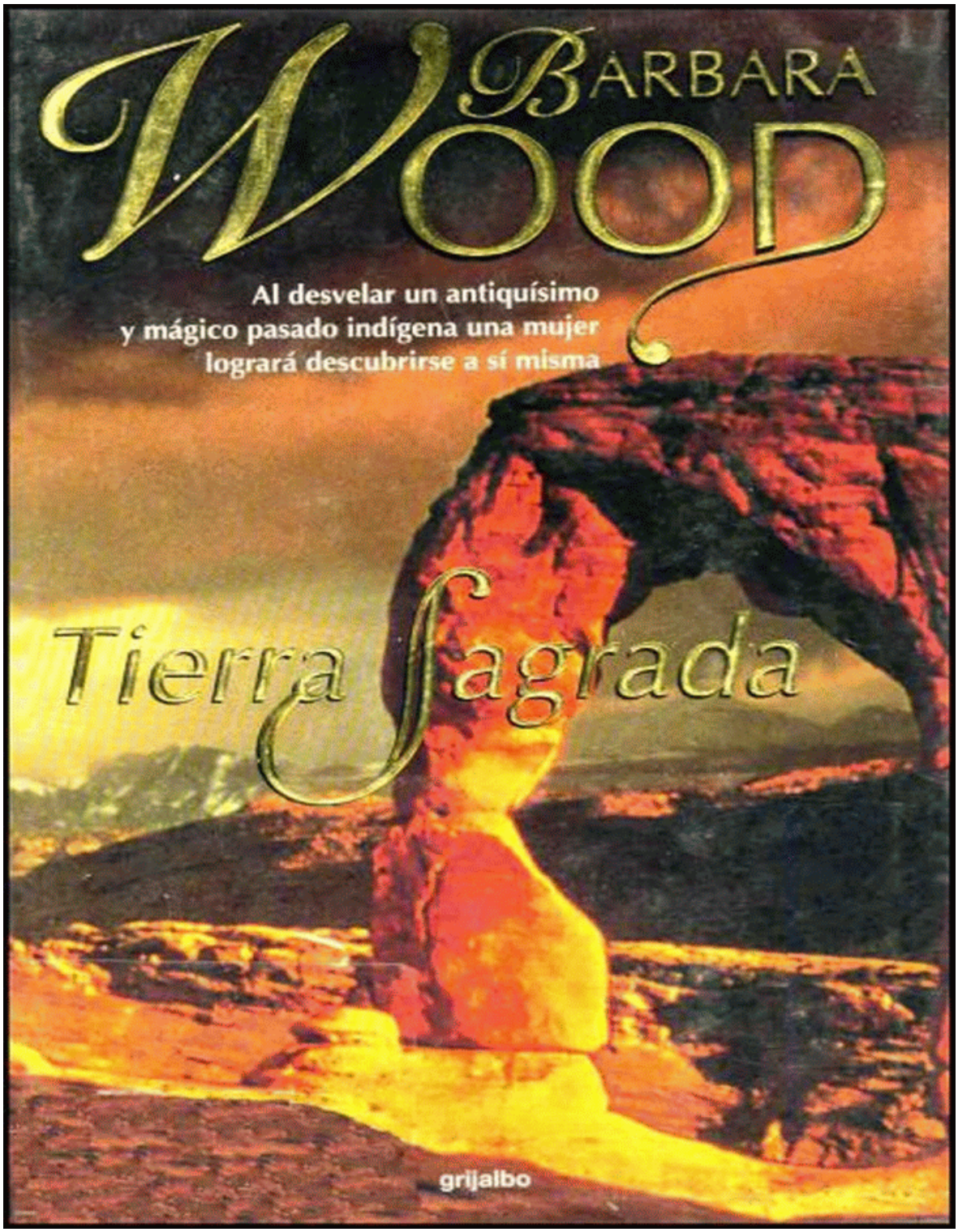
T I E R R A S A G R A D A
BARBARA WOOD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Erica se aferró con fuerza al volante mientras el todoterreno avanzaba por la pista, sorteando cantos rodados y rebotando en los baches. Junto a ella, pálido y con expresión ansiosa, se sentaba su ayudante Luke, un doctorando de la Universidad de California en Santa Bárbara de veintitantos años, largo cabello rubio recogido en una cola y una camiseta en la que se leía la leyenda «A los arqueólogos les van las mujeres mayores».

—Dicen que es un desastre, doctora Tyler —contentó mientras Erica guiaba el vehículo por la tortuosa pista forestal—. Por lo visto, a la piscina se la tragó la tierra, así, sin más —prosiguió, chasqueando los dedos—. En las noticias han dicho que la brecha es tan larga como toda la mesa y pasa por debajo de casas de estrellas de cine, de ese músico de rock que ha salido en la tele, del jugador de béisbol que el año pasado marcó tantas carreras completas y de no sé qué cirujano plástico famoso. ¡Por debajo de sus casas! Ya sabe lo que significa eso.

Erica no sabía a ciencia cierta qué significaba «eso», pero no se lo preguntó. Estaba concentrada en una sola cosa, el asombroso descubrimiento que acababa de efectuarse.

Cuando tuvo lugar el terremoto, Erica se encontraba en el norte, trabajando en un proyecto por encargo del Estado. El sísmo, acaecido dos días antes y que alcanzó una magnitud de 7,4 en la escala de Richter, se percibió por el norte hasta San Luis Obispo, por el sur hasta San Diego y por el este hasta Phoenix, despertando con brusquedad a millones de habitantes del sur de California. Era el temblor más intenso que la gente recordaba, y se creía que al día siguiente había desencadenado la repentina y asombrosa desaparición de una piscina de más de treinta metros de longitud, trampolín y tobogan incluidos.

Aquel suceso fue seguido casi de inmediato por otro no menos sorprendente. Al hundirse la piscina, el agujero que se formó se llenó de tierra, dejando al descubierto huesos humanos y la entrada de una cueva hasta entonces desconocida.

—¡Podría ser el hallazgo del siglo! —exclamó Luke al tiempo que apartaba la mirada de la carretera para mirar a Erica.

Aún no había amanecido, y la pista de montaña carecía de alumbrado, por lo que Erica había encendido las luces interiores del coche. Gracias a ellas se distinguía la reluciente y ondulada melena castaña que le rozaba los hombros, así como un cutis atezado tras pasar media vida trabajando al sol. La doctora Erica Tyler, con quien Luke llevaba seis meses trabajando, tenía más de treinta años y si bien no podía afirmarse que fuera hermosa, él la consideraba atractiva de un modo que se percibe más en las entrañas que con la mirada.

—Menuda suerte para algún arqueólogo —añadió Luke. Erica se volvió hacia él un instante.

—Por qué crees que acabamos de infringir todas las normas de circulación para llegar lo antes posible? —replicó Erica con una sonrisa antes de concentrarse de nuevo en la carretera, justo a tiempo para esquivar a una asustada liebre.

Alcanzaron la cima de la mesa, desde donde a lo lejos se divisaban las luces de Malibú. El resto de la vista, con Los Angeles al este y el Pacífico al sur, quedaba oculto por los árboles, las cumbres más altas y las mansiones de los millonarios. Erica sorteó el caos de camiones de bomberos, coches patrulla, camionetas municipales, furgonetas de medios de comunicación y numerosos automóviles estacionados a lo largo del precinto policial que acordonaba la zona. Gran cantidad de curiosos se había sentado sobre capós y techos de vehículos para mirar, beber cervezas, ponderar las catástrofes naturales y su significado, o tal vez sólo pasar el rato pese a las advertencias emitidas por megáfonos, según las cuales aquella zona era peligrosa.

—Tengo entendido que, en los años veinte, esta mesa era una especie de retiro dirigido por una espiritista chalada —contentó Luke cuando el coche se detuvo—. Parece que la gente subía aquí para hablar con fantasmas.

Erica recordaba haber visto noticiarios mudos sobre la hermana Sarah, uno de los personajes más pintorescos de Los Angeles, que celebraba sesiones de espiritismo para celebridades hollywoodienses de la talla de Rodolfo Valentino y Charlie Chaplin. Asimismo,

Librodot

Sarah organizaba sesiones colectivas en teatros y auditorios, y cuando ya contaba con centenares de miles de seguidores, se había construido un retiro llamado Iglesia de los Espíritus en aquellas montañas.

—Sabe cómo se llamaba antes este lugar? —continuó Luke mientras se desabrochaban los cinturones de seguridad—. Quiero decir, antes de que lo comprara la espiritista. Ya sabe, cuando... —dejó la frase sin terminar, como si aquel «cuando» evocara rollos de pergamino sellados con cera y hombres batiéndose en duelo al alba—. Cañón de Fantasmas —declamó, saboreando con fruición las polvorientas palabras—. Qué tétrico, ¿no? —exclamó con un estremecimiento.

Erica se echó a reír.

—Mira, Luke, si quieres ser arqueólogo cuando seas mayor, más te vale no dejarte asustar por los fantasmas.

Había pasado media vida rodeada de fantasmas, espectros, espíritus y duendes. Poblaban sus sueños y sus excavaciones arqueológicas, y si bien se burlaban de ella, la confundían, la atormentaban y la exasperaban, nunca la habían asustado.

Bajó del coche y sintió el viento nocturno sobre el rostro mientras contemplaba fascinada la horripilante escena. Había visto fotografías y escuchado testimonios de personas que habían presenciado el suceso. Contaban que el terremoto había desestabilizado la tierra bajo la urbanización privada Emerald Hills Estates, un enclave selecto situado en los montes de Santa Mónica, y sepultado la piscina de una de las mansiones, suerte que podían correr también las demás. Sin embargo, ninguna noticia la había preparado para lo que veía en aquel instante.

Si bien empezaba a clarear por el este, la noche seguía cubriendo como un obstinado manto negro la ciudad de Los Angeles, por lo que los bomberos y la policía habían llevado focos de emergencia, soles creados por el hombre que iluminaban a intervalos regulares una manzana de la lujosísima urbanización salpicada de mansiones que parecían templos de mármol a la luz lechosa de la luna. En el centro de aquel espectáculo surrealista se abría un crater negro, las fauces demoníacas que habían devorado la piscina del productor cinematográfico Harmon Zimmerman. Varios helicópteros sobrevolaban el lugar, bañando con su luz cegadora a los agrimensores que montaban sus equipos, los geólogos que se acercaban esgrimiendo perforadoras y mapas, hombres protegidos con cascos que se caldeaban las manos con vasos de café mientras esperaban que amaneciera, y policías intentando evacuar a los residentes que se negaban a marcharse.

Erica mostró el carné que la identificaba como antropóloga del Departamento de Arqueología del Estado, y la policía permitió que ella y su ayudante traspasaran el precinto que mantenía a raya a los curiosos. Ambos corrieron hacia el cráter junto al que los bomberos del condado de Los Angeles inspeccionaban el hundimiento. Erica buscó con la mirada la entrada de la caverna.

—¿Es eso? —preguntó Luke, señalando con un brazo desgarbado el otro lado del cráter.

Erica distinguió con dificultad una abertura situada a unos veinticinco metros bajo tierra.

—Parece peligroso, doctora Tyler. ¿Tiene intención de entrar?

—No será la primera vez.

—¿Pero qué diablos haces aquí?

Erica giró en redondo y vio a un hombre corpulento de leonina melena gris acercándose a ella con el ceño fruncido. Era Sane Carter, arqueólogo jefe de la Oficina de Conservación Histórica de California, un hombre que llevaba tirantes de colores, hablaba con voz estentórea y a todas luces no se alegraba de verla.

—Ya sabes por qué he venido, Sam —replicó Erica.

Se apartó el cabello del rostro y paseó la mirada por el caos reinante. Varios moradores de las casas amenazadas discutían con la policía y se negaban a abandonar sus propiedades.

—Háblame de la cueva —pidió a Sam. ¿Has entrado?

Sam advirtió dos detalles. En primer lugar, los ojos de Erica brillaban con una especie de fiebre interior, y en segundo lugar, llevaba la chaqueta mal abrochada. Era evidente que lo

había dejado todo colgado en Santa Bárbara para acudir rauda como el rayo.

—Aún no he entrado —repuso—. Un geólogo y un par de espeleólogos han bajado para comprobar la solidez estructural. En cuanto nos den luz verde, echaré un vistazo.

Se frotó la mandíbula. Desembarazarse de Erica no sería fácil. Se pegaba como una lapa cuando se le metía una cosa entre ceja y ceja.
—¿Qué hay del Proyecto Gaviota? Espero que lo hayas dejado en buenas manos.

Erica no lo oyó, pues estaba observando la brecha de la montaña y pensando en las pesadas botas que estarían pisoteando la delicada ecología de la cueva. Rogó para que no hubieran destruido sin querer pruebas históricas de inestimable valor. La arqueología de aquellas colinas era ínfima a pesar de que la zona llevaba diez mil años poblada. Las pocas cuevas descubiertas habían aportado escasos datos, pues a principios del siglo xx las excavadoras y la dinamita habían maltratado aquel agreste paraje para dar paso a carreteras, puentes y progreso humano. Se habían llevado por delante túmulos, terraplenes y demás vestigios de presencia humana.

—Erica —insistió Sam.

—Tengo que entrar.

Sam sabía que se refería a la cueva

—Ni siquiera deberías estar aquí.

—Deja que me encargue de esto, Sam. Tú estarás excavando. Y en las noticias han dicho que han encontrado huesos.

—Erica...

—Por favor.

Exasperado, Sam dio media vuelta y cruzó el pisoteado jardín de Zimmerman hasta una zona situada al final de la calle donde habían instalado un improvisado centro de mando. Había un montón de personas sosteniendo carpetas y hablando por teléfonos móviles entre mesas y sillas de metal sobre las que se habían instalado radios, monitores de vigilancia y un tablón de mensajes. En torno a la furgoneta de un servicio de catering aparcada en las inmediaciones se arremolinaban empleados ataviados con distintos uniformes y placas. Compañía de Gas del Sur de California, Departamento de Agua y Electricidad, Departamento de Policía de Los Angeles, Protección Civil del Condado... Incluso había alguien de la sociedad protectora de animales que intentaba recoger a los animales sueltos por la zona evacuada.

Erica alcanzó a su jefe.

—¿Qué ha pasado, Sam? ¿Por qué se ha hundido la piscina?

—Los ingenieros del condado y los geólogos del Estado trabajan sin descanso para determinar la causa. Esos tipos de allí —explicó al tiempo que señalaba a unos hombres que montaban maquinaria de perforación a la luz de los potentes focos— van a efectuar pruebas en el suelo para averiguar sobre qué está construida exactamente la urbanización. Imaginan que no es una mesa, sino un cañón.

—¡Un cañón! —exclamó Erica—. Pero en las noticias han dicho que era una brecha abierta por el terremoto.

—Eso creyeron en un principio, pero los ingenieros han encontrado unos mapas topográficos antiguos que muestran un cañón justo aquí debajo.

Sam deslizó su gruesa mano por los mapas topográficos y geológicos extendidos sobre las mesas sujetos a las esquinas con piedras.

—Los han traído del ayuntamiento hace unas horas. Aquí tenemos un mapa geológico de 1908, y éste es de 1956, cuando propusieron esta zona para una urbanización que no llegó a construirse.

Erica paseó la mirada entre ambos mapas.

—Son diferentes.

—Por lo visto, el constructor de esta urbanización no efectuó pruebas de suelo en todos los solares edificables, cosa que, por otro lado, no estaba obligado a hacer. Sin embargo, las pruebas que sí pudo hacer mostraron un suelo y un lecho de roca estables. Pero eso era en los

límites norte y sur de la mesa, que han resultado ser las dos orillas del cañón. ¿Te acuerdas de la hermana Sarah? Este era su refugio religioso o algo por el estilo. Parece que hizo rellenar el cañón sin pedir permiso al ayuntamiento ni informar de ello. La obra se realizó sin aplicar los procedimientos de compactación habituales, y gran parte del relleno es orgánico o sea madera, vegetación y residuos que más tarde se pudrieron —Sam recorrió con la mirada fatigada la calle en que hermosas fuentes y árboles de importación embellecían los exquisitos jardines—. Esta gente estaba sentada sobre una bomba de relojería. No me extrañaría que toda la zona estuviera a punto de desmoronarse.

Mientras hablaba observó de reojo a Erica, que con los brazos en jarras se apoyaba alternativamente en un pie y en el otro como una corredora ansiosa por escuchar el pistoletazo de salida. No era la primera vez que la veía así, absorta en la cacería. Erica Tyler era una de las científicas más apasionadas que conocía, pero a veces el entusiasmo la perdía.

—Sé por qué has venido. Erica —aseguró con voz cansada—, y no puedo asignarte el trabajo.

Erica se enfrentó a él con las mejillas ardientes.

—¡Sam, me tienes contando conchas de abalón hace una eternidad, por el amor de Dios!

Sam era el primero en reconocer que encomendar a Erica la dirección de un muladar de moluscos equivalía a desperdiciar su intelecto y su talento, pero después del fracaso del barco naufragado el año anterior, había considerado que le convenía permanecer algún tiempo entre bastidores. Por ese motivo llevaba los últimos seis meses excavando un túmulo recién descubierto que resultó ser en realidad el vertedero de unos indios que vivían al norte de Santa Bárbara hace cuatro mil años. La tarea de Erica consistía en clasificar y aplicar el método del carbono 14 a los millares de conchas de abalón halladas allí.

—Sam —masculló en tono insistente mientras le apoyaba la mano en el brazo—, lo necesito. Tengo que salvar mi carrera, hacer que la gente olvide lo de Chadwick.

—Erica, lo de Chadwick es precisamente la razón por la que no puedo asignarte el trabajo. No eres disciplinada. Eres demasiado impulsiva, careces de la objetividad y el distanciamiento científicos necesarios para esta profesión.

—He aprendido la lección, Sam —aseguró Erica. Le entraron ganas de ponerse a gritar. «El Naufragio de Erica Tyler», habían bautizado los allegados el desastre de Chadwick. ¿Tendría que pasarse la vida entera pagando por ello?—. Extremaré la prudencia —insistió.

—Erica, convertiste mi departamento en el hazmerreír de todos.

—Y te he pedido perdón un millón de veces. Sam, seamos lógicos. Sabes que he estudiado cada ejemplar de arte rupestre a este lado del Río Grande. No hay nadie mejor cualificado que yo para el trabajo. Cuando vi la pintura de la cueva en las noticias, supe que este trabajo era para mí.

Sam se mesó el cabello con los gruesos dedos. Qué típico de Erica dejarlo todo colgado. ¿Se había molestado siquiera en encargar a alguien el Provecto Gaviota?

—Venga, Sam. Deja que haga el trabajo para el que estoy hecha.

Sam escudriñó sus ojos ambarinos y vio en ellos un destello de desesperación. No sabía lo que era quedar desacreditado, que los compañeros de profesión se burlaran de uno. No podía más que imaginar qué había pasado Erica en los últimos doce meses.

—Haremos una cosa. Un miembro del equipo de Búsqueda y rescate se ha presentado voluntario para volver a entrar y hacer fotos. Las tendremos en cualquier momento. A ver qué sacas en claro de los pictogramas.

—¿Búsqueda y rescate?

—Después del hundimiento de la piscina se supo que la hija de Zimmerman había desaparecido, así que la oficina del sheriff organizó la búsqueda en medio de todo este caos. Así fue como descubrieron la pintura.

—¿Y la chica?

—Apareció más tarde. Por lo visto estaba en Las Vegas con su novio en el momento del terremoto. Mira, Erica, no tiene sentido que te quedes, porque no pienso asignarte el caso.

Vuelve a concentrarte en el Gaviota.

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras, Sam supo que Erica no acataría sus órdenes. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no había forma de disuadirla. Eso mismo había sucedido el año anterior, cuando Irving Chadwick halló el pecio que, según él, era un antiquísimo navío chino, lo cual demostraba su teoría de que los asiáticos no sólo habían llegado a Occidente cruzando el estrecho de Bering, sino también por mar. A Erica siempre le había gustado la hipótesis de Chadwick, de modo que cuando le pidió que autentificara unas vasijas encontradas en la nave naufragada, ella ya había llegado a la conclusión de que eran pruebas irrefutables.

Sam había intentado convencerla de que no se precipitara en sus juicios, de que procediera más despacio y con mayor cautela. Pero la característica principal de Erica era la exuberancia, así que certificó en público la autenticidad de las vasijas, lo que les procuró fama a ambos durante un tiempo. Cuando se descubrió que el pecio era un timo y Chadwick confesó haber orquestado toda la maniobra, ya era demasiado tarde, La reputación de Ericaa Tyler quedó hecha trizas.

—En las noticias han dicho que se han encontrado huesos —persistió—. ¿Qué sabes de ellos?

Sam cogió una carpeta, sabedor de que Erica intentaba ganar tiempo.

—Sólo se han encontrado pequeños fragmentos, pero también varias puntas de flecha, lo que bastó para que nos llamaran. Aquí está el informe del químico. Como verás, según la prueba de Kjedahl, el hueso contiene menos de cuatro gramos de componentes nitrogenados —comentó mientras Erica ojeaba los resultados—. Y la prueba de acetobencidina no muestra vestigios de material albuminoso.

—Lo que significa que tienen más de cien años. ¿Sabe el químico cuántos añs más?

—No, por desgracia, y no podemos determinar la antigüedad mediante pruebas de suelo porque no tenemos forma de saber a ciencia cierta sobre qué suelo yacían los huesos. Este cañón se rellenó hace setenta años, y el año pasado volvieron a remover la tierra al excavar el hoyo para la piscina. Cuando la capa inferior se licuó y cedió a causa del seísmo, provocando el hundimiento de la piscina, los flancos se desmoronaron. Está todo mezclado, Erica. Pero es verdad que hemos encontrado puntas de flechas y herramientas de sílex muy primitivas.

—Lo que indica un túmulo indio —añadió Erica mientras le devolvía la carpeta—. Supongo que habéis avisado a la CPIEC —aventuró, mirando a su alrededor en busca de alguien que aparentara ser de la Comisión en pro del Patrimonio Indio del Estado de California.

—Por supuesto —asintió Sam con sequedad—. He hecho, ya están aquí..., o mejor dicho, ya está aquí.

—Jared Black? —dijo Erica, leyéndole el pensamiento.

—Sí, tu antiguo adversario.

No era la primera vez que Erica y Black se enzarzaban en una disputa por temas legales relacionados con los indios, y hasta entonces con resultados realmente desagradables.

En aquel instante se acercó corriendo un joven con el rostro manchado de tierra y el casco de espeleólogo torcido. Les tendió las fotos Polaroid que había hecho en el interior de la cueva y se disculpó por su escasa calidad. Sam le dio las gracias y alargó la mitad del montón a Erica.

—Dios mío —murmuró Erica mientras las examinaba una a una—. Son... preciosas. Y estos símbolos...

La voz se le quebró.

—¿Qué te parece? —masculló Sam, mirando las fotos con ojos entornados—. ¿Puedes identificar la tribu?

Al ver que Erica no respondía, se volvió hacia ella. Tenía la mirada clavada en las imágenes y los labios entreabiertos. Por un instante, Sam creyó que estaba mortalmente pálida, pero entonces comprendió que se debía a los fluorescentes colocados a toda prisa en el

lugar del hundimiento.

—¿Erica?

La mujer parpadeó como si acabara de salir de un trance. Cuando lo miró, Sam tuvo la curiosa sensación de que Erica no sabía quién era. Pero al poco recobró la compostura.

—Tenemos entre manos el hallazgo del siglo, Sam. Esta pintura es muy grande, y nunca había visto arte rupestre tan bien conservado. Piensa en la cantidad de datos históricos sobre los indios que podremos aportar una vez hayamos descifrado los pictogramas. No me pongas otra vez a contar conchas, Sam.

Sam lanzó un suspiro.

—De acuerdo, puedes quedarte un par de días para hacer un análisis preliminar, pero —alzó la mano en serial de advertencia— luego vuelves a encargarte del Gaviota. No voy a asignarte este proyecto, Erica, lo siento. Cuestión de política interdepartamental.

—Pero tú eres el jefe... —Erica se detuvo en seco.

Sam siguió su mirada y vio el motivo de la interrupción. A aquella hora gélida de la madrugada, mientras todos deambulaban por el lugar sin afeitar y con los ojos inyectados en sangre ansiosos por tomar un café, dormir un poco y cambiarse de ropa, el comisario Jared Black apareció perfectamente peinado y enfundado en un traje de tres piezas con gemelos, corbata de seda y zapatos bruñidos. Sus ojos oscuros relucían bajo el entrecejo arrugado.

—Doctora Tyler, doctor Carter.

—Hola, comisario.

Pese a ser un ferviente defensor de los derechos de los indios, la sangre de Jared Black no lo era, y en cierta ocasión había afirmado que su ascendencia irlandesa le había impulsado a simpatizar con el sufrimiento de los pueblos oprimidos.

—Cuándo espera tener la identificación tribal de la pintura, doctor Carter? —inquirió en un tono que exigía respuesta inmediata.

—Depende de las personas a las que asigne el trabajo.

—Por supuesto, haré venir a mis expertos —espetó Jared sin dignarse a mirar a Erica.

—Cuando acabemos el análisis preliminar —puntualizó Carter—. No hará falta que le recuerde que ése es el procedimiento habitual.

Jared Black parpadeó. No se llevaba bien con el jefe del Departamento de Arqueología. Carter se había opuesto abiertamente al nombramiento de Black, alegando los profundos prejuicios que albergaba contra las comunidades científica y académica.

El choque entre Erica y Jared Black se había producido cuatro años antes, cuando un solitario millonario llamado Reddman dejó a su muerte una asombrosa colección de artefactos indios, con la condición de que se expusieran en su mansión y ésta fuera convertida en un museo público que llevara su nombre. Habían contratado a Erica para que identificara y catalogara la valiosísima colección, y cuando determinó que su origen era una pequeña tribu lugareña, dicha tribu recurrió al abogado, Jared Black, especializado en derecho territorial e imnobiliario, para reclamar por la vía legal la posesión de los objetos. Erica pidió al Estado que respondiera al desafío con el argumento de que la tribu pretendía volver a enterrar los artefactos sin permitir que antes se les efectuara un análisis histórico.

—El patrimonio que representan estos huesos artefactos no pertenece sólo a los indios, sino a todos los americanos —había alegado.

El juicio despertó gran controversia. Se instalaron ante los juzgados numerosos piquetes compuestos por indios que reividicaban la devolución de todas sus tierras y objetos culturales, por un lado, y profesores, historiadores y arqueólogos que insistían en la creación del Museo Reddman, por otro. La esposa de Jared Black, una india maidu apasionada defensora de la causa de su raza, que en cierta ocasión se había arrojado delante de excavadoras para impedir la construcción de una nueva autopista en territorio indio, fue de los que con mas aspavientos exigieron que la colección no cayera en manos blancas».

El caso se alargo durante varios meses, hasta que Jared descubrió un hecho hasta entonces desconocido. Sin que lo supieran las autoridades estatales y locales, Reddman había hallado

los objetos en su propiedad, finca de quinientos acres, se los había quedado sin pedir permiso nadie. Argumentando que, ya que los artefactos indicaban la existencia de una aldea (y Erica, pese a que militaba en el bando contrario, se vio obligada a reconocer que, con toda probabilidad, la finca estaba construida sobre un antiguo poblado indio), Jared Black afirmó que el lugar no pertenecía por derecho al señor Reddman, sino a los descendientes de quienes habían vivido en aquel poblado. En definitiva, las doscientas hectáreas así como más de un millar de reliquias indias, entre ellas vasijas, cestas, arcos y flechas de gran rareza. fueron a parar a manos de la tribu, compuesta por dieciséis miembros. El museo Reddman no llegó a crearse, y de los artefactos no se volvió a tener noticia alguna.

Erica recordaba el tratamiento que los medios de comunicación habían dado a la batalla que Jared y ella libraron dentro y fuera de la sala del tribunal. Una fotografía ahora famosa, que los mostraba a ambos discutiendo en la escalinata de los juzgados, había caído en manos de la prensa sensacionalista, que la publicó con el titular «Amantes secretos?» porque un efecto lumínico y la inoportunidad del fotógrafo habían captado a Erica y Jared en uno de esos fugaces y peculiares encuadres que producen la impresión opuesta a lo que sucede en realidad. Los ojos de Erica muy abiertos mientras lo miraba con la lengua entre los dientes y el cuerpo inclinado en un ángulo sensual, y Black bajando la mirada hacia ella desde el escalón superior, con los brazos extendidos como si pretendiera estrecharla en un tórrido abrazo. Ambos habían reacionados con indignacón al ver la instantánea, pero decidieron dejarlo correr para no echar más leña al fuego de los chismorreos.

—No hará falta que le recuerde, doctor Carter —dijo Jared a Sam— que velaré por que minimice la profanación, y en cuanto localicemos al DMP tendré muchísimo gusto en acompañarles a usted y a sus ladrones de tumbas hasta la salida de este lugar.

—¡Qué mal me cae! —masculló Sam, embutiendo las manos en los bolsillos mientras lo veía alejarse.

—Entonces supongo que es buena cosa que no me asignes el proyecto, porque eso sí que cabrearía a Jared Black.

Sam la miró y detectó en su rostro la sombra de una sonrisa. —Realmente quieres el trabajo. ¿verdad?

—¿Acaso te lo he pedido con demasiada sutileza?

—De acuerdo —dijo por fin Sam mientras se masajeaba la nuca—. Va contra mis principios, pero supongo que encontraré a otra persona para el Gaviota.

—!Oh, Sam! —gritó Erica, abrazándolo con fuerza—. ¡No te arrepentirás, te lo aseguro! ¡Luke!

Asió la mano de su ayudante con tal fuerza que le hizo soltar de golpe la garra de oso medio devorada que sostenía.

—¡Venga, en marcha!

—Me extraña que Sam Carter le haya asignado este proyecto, doctora Tyler —comentó Black cuando se reunieron al borde del abismo.

—Sé bastante de arte rupestre.

—Si no recuerdo mal, también sabe bastante de pecios chinos... Espero que esté al corriente de la reciente actualización de la Ley de repatriación y protección de sepulturas indias, según la cual, si bien puede recomendarse la retirada y el análisis científico de objetos históricos, dicho análisis no deberá ser destructivo y...

Erica adoptó una actitud indiferente, pero percibió el desafío de su voz; sabía que intentaba provocarla para iniciar una pelea. No le hacía ni pizca de gracia lo que inferían sus palabras. Black sabía muy bien que Erica estaba considerada como una de las antropólogas más cuidadosas cuando se trataba de manejar objetos antiguos y que ninguna de sus pruebas era destructiva.

Procuró contener el enojo, pues no le quedaba más remedio que permitir que Black supervisara cada paso de la operación. La tarea de Erica consistía en determinar a qué tribu pertenecían los huesos y la pintura rupestre, mientras que la misión de Jared era localizar al

DMP, el descendiente más probable, y poner en sus manos los hallazgos de Erica.

Erica percibía que Jared la observaba y se preguntó si, como ella, estaría rememorando su primer encuentro. Fue en el edificio de los Juzgados del condado, al que Erica había acudido para la primera vista del caso Reddman. Por aquel entonces, ella y Black no se conocían, sólo eran dos desconocidos que subían en el mismo ascensor. En la primera parada se les unió una embarazada, y en la siguiente, una mujer con un hijo de unos cinco años. Durante el trayecto, el pequeño no logró apartar la vista de la embarazada, quien al advertir su curiosidad, le sonrió con actitud tolerante.

—Estoy esperando un bebé. Voy a tener una niña o un niño como tú —le explicó.

El niño meditó sus palabras con el ceño fruncido.

—¿Y le dejarán cambiarlo por un burro? —preguntó por fin.

La embarazada esbozó una sonrisa paciente, mientras que la madre del chiquillo se ruborizó. Los tres salieron del ascensor en la planta siguiente, y las puertas se cerraron tras ellos. Erica y el desconocido guardaron silencio durante un instante y de repente se echaron a reír. Ella recordaba sus profundos hoyuelos y su atractivo. Por su parte, Jared le había dedicado una mirada de admiración. Al cabo de unos instantes, las puertas del ascensor volvieron a abrirse, y varias personas salieron a su encuentro. Erica quedó paralizada al oír que se dirigían al desconocido como «señor Black», y cuando el abogado de la heredad de Reddman la llamó Erica, también Jared se detuvo en seco. Por un instante se miraron, conscientes al mismo tiempo del bochornoso episodio. Eran enemigos, generales de bandos contrarios, pero habían reído juntos e incluso flirteado un poco.

El hecho de haberse sentido atraída por aquel hombre, aunque sólo fuera durante tres minutos, aún horrorizaba y avergonzaba a Erica.

La entrada de la cueva se hallaba a unos veinticinco metros de profundidad tras la finca de Zimmerman, y mientras el alba despuntaba sobre las montañas del este, bañando Los Angeles en una luz fresca y exenta de contaminación, Erica se ajustó la correa del casco con manos temblorosas. ¿Estaría a punto de resolver el enigma que la atormentaba desde hacía treinta años?

Junto a ella, Luke también se preparaba con gestos impacientes y expresión emocionada. Era su primera experiencia en una nueva excavación, y se ajustaba el arnés de espeleólogo y las correspondientes hebillas con el vigor de un guerrero ancestral al ceñirse la espada.

Jared Black también se ajustaba su arnés, y Erica advirtió que había trocado el elegante traje por un atuendo más informal, un mono prestado con la leyenda Southern California Edison en la espalda. Sin embargo, su rostro no revelaba emoción alguna; sólo una expresión ceñuda. Está enfadado, se dijo Erica. ¿Por qué? ¿Acaso no quería aquella misión? ¿Lo habían obligado a aceptarla? Cabría esperar que Jared Black acogiera con satisfacción la oportunidad de poner de relieve el trabajo de la CPIEC y su propia cruzada en favor de los derechos de los indios.

¿0 tal vez estaba enojado por motivos personales? ¿Quizás aún no la había perdonado por lo que dijera el día en que ella y su grupo perdieran el caso Reddman? «Las palabras del señor Black rezuman hipocresía cuando, por un lado, afirma defender la cultura histórica mientras que, por el otro, confina pruebas materiales de esa misma cultura histórica a la tierra y, por ende, al olvido.»

—¿Lista, doctora Tyler? —preguntó el escalador al tiempo que se aseguraba de que Erica estaba bien sujeta a la cuerda y de que el arnés y todos los puntos de soporte estaban en buenas condiciones.

—Más que lista —repuso ella con una risita nerviosa, pues nunca había descendido en rappel por una pared.

—Bien, limítese a seguirme y no le pasará nada.

Al borde de la sima, el escalador se volvió hacia ellos y les enseñó a inclinarse hacia detrás, iniciar un descenso controlado, ir soltando cuerda por la anilla aflojando la presión sobre la cuerda de la mano derecha y extender el brazo izquierdo detrás del cuerpo antes de

empezar a bajar despacio y con cuidado. Cuando alcanzaron la abertura de la cueva, el escalador ayudó a Erica a entrar antes hacer lo propio con Luke y Jared.

Los cuatro se soltaron de las cuerdas y se encararon con el oscuro y cavernoso interior. Era un espacio de dimensiones más bien reducidas, pero las tinieblas lo hacían parecer inmenso. Lo único que rompía la intimidatoria oscuridad eran los haces tímidos de las linternas que llevaban en los cascos. Cada vez que movían los pies, el sonido rebotaba con fragilidad contra las paredes de piedra arenisca y moría en la negrura.

Conteniendo el impulso de correr para ver la pintura, Erica permaneció junto a la entrada y alumbró metódicamente las paredes y el techo.

—Muy bien, señores, ya podemos entrar —anunció tras verificar que no había material arqueológico en la superficie que pudieran destruir sin darse cuenta—. Miren por dónde pisan. —El haz de su linterna se paseó por las paredes de piedra y el techo abovedado—.

Mientras caminamos debemos procurar remontarnos en el e imaginar lo que la gente pudo hacer aquí y los vestigios que pueden quedar de sus actividades —prosiguió.

Avanzaron despacio, pisando con cuidado mientras ocho círculos de luz bailaban como polillas blancas sobre la piedra arenisca.

—Es una suerte que esta cueva esté en la cara norte de las motañas, porque es más seca que la sur, que sufre el grueso de las tempestades del Pacífico —observó Erica en voz baja—. La protección contra la lluvia ha contribuido a conservar la pintura y puede que también otros artefactos.

Exploraron en silencio, bañando con sus linternas los contornos suaves de la piedra, alumbrando superficies ennegrecidas y cubiertas de liquen, con todos los sentidos aguzados vigilantes hasta que llegaron al extremo más alejado de la caverna.

—Allí —señaló el escalador, refiriéndose a la pintura.

Erica se acercó a ella con aprensión, avanzando con paso meticuloso, como si caminara por la cuerda floja. Cuando la linterna de su casco alumbró los pictogramas, contuvo el aliento. ¡Los colores brillantes de los círculos, los rojos y los amarillos como atardeceres espectaculares! Eran hermoso, fabulosos, vivos y también...

—Sabe qué significan estos símbolos, doctora Tyler? —inquirió el escalador, ladeando la cabeza en un intento de descifrar lo que parecía un sinsentido de líneas, círculos, formas y colores.

Erica no respondió. Permanecía inmóvil ante la pintura, sin parpadear siquiera, como si los luminosos soles y lunas de la pared la hubieran hipnotizado.

—Doctora Tyler —repitió el escalador.

Jared y Luke intercambiaron una mirada.

—Está bien, doctora Tyler? —preguntó Luke, dándole una palmadita en el hombro, lo que la sobresaltó.

—¿Qué? —exclamó Erica con expresión perpleja—. Es que..., bueno, no esperaba encontrar una pintura tan intacta, sin grafitos ni... En cuanto a su pregunta sobre los símbolos —dijo, aún un poco alterada, la fe religiosa de esta zona se basaba en el chanianismo. Una forma de veneración cuya esencia era la interacción personal entre un chamán y lo sobrenatural —prosiguió—. El chamán comía estramonio o entraba en trance por algún otro medio para adentrarse en el mundo de los espíritus. Esto recibía el nombre de búsqueda de la visión. Al volver en sí plasmaba sus visiones en la roca, lo que recibe el nombre de arte inducido por el trance. Así lo afirma una de las teorías del arte rupestre del sudoeste del país.

El escalador se acercó más a la pared.

—¿Cómo sabe que esto es obra de un chamán? —preguntó—. ¿No podría ser un grafito y no significar nada en absoluto?

Erica se quedó mirando el círculo más grande, una formación rojo sangre de la que partían unas peculiares puntas. «Desde luego, significa algo.»

—Se han realizado numerosos estudios de laboratorio sobre este fenómeno, denominado neuropsicología de los estados alterados. Dichos estudios han descubierto que existen

imágenes universales descritas por miembros de distintas culturas, ya sean indios, aborígenes australianos o africanos. Se cree que son formas geométricas luminosas que el sistema óptico genera de forma espontánea. Puede probarlo usted mismo. Mire por unos instantes una luz muy intensa y luego cierre los ojos. Generará las mismas formas, puntos, líneas paralelas, zigzags y espirales. Es lo que llamamos metáforas del trance.

—Pero no se parecen a nada —insistió el hombre, con el ceño fruncido.

—No tienen por qué. Estos símbolos son imágenes de un sentimiento o un plano espiritual, algo que en realidad carece de estructura corpórea y, por tanto, de imagen. Sin embargo... —Erica frunció a su vez el ceño cuando el haz de su linterna iluminó una figura no identificable, de la que salían lo que parecían ser brazos o cuernos—, es cierto que hay algunos elementos extraños.

Luke se volvió hacia ella, cegándola con la linterna de su casco.

—¿Extraños? ¿A qué se refiere?

—Algunas de las características de la pintura no concuerdan con lo que sabemos de las imágenes inducidas por el trance. Por ejemplo, este símbolo; nunca lo había visto en ninguna de las rocas que he estudiado en mi vida. Casi todos estos símbolos se repiten en otros pictogramas y petroglifos esparcidos por todo el sudoeste, como estas huellas, por ejemplo. Las huellas de manos son universales y se encuentran en pinturas rupestres de todo el mundo. Reflejan la creencia de que la roca era una frontera permeable entre el mundo natural y la esfera sobrenatural. Es la puerta por la que el chamán pasaba a visitar a los espíritus. En cambio, estos otros símbolos me son del todo desconocidos —señaló. Procurando no tocar la superficie, hizo una pausa, durante la cual su respiración resonó como una brisa en la caverna—. Y hay otra cosa extraña.

Sus compañeros esperaron.

—Si bien contiene pictogramas característicos de las culturas etnográficas de esta zona, este mural también contiene motivos típicos del arte rupestre pueblo. De hecho, refleja una mezcla de culturas. Paiute meridional, shoshone..., algún lugar del sur de Nevada.

—Puede datar la pintura, doctora Tyler? —inquirió Luke en tono casi reverente.

—De entrada podemos calcular que es anterior al año 500 d.C. a causa de los atlatls o lanzadardos, estos objetos pintados aquí que servían para arrojar lanzas antes de la introducción del arco y la flecha en el Nuevo Mundo, alrededor del año 500. No obstante, para afinar más tendríamos que efectuar un análisis con microsonda de electrones y radiocarbono. En fin, por el momento diría que tiene unos dos mil años de antigüedad.

Jared Black tomó la palabra por primera vez.

—Si el artista vino del sur de Nevada, menudo viaje, ¿no? Sobre todo teniendo en cuenta que tendría que haber cruzado el Valle de la Muerte.

—La pregunta más importante es por qué vino. Los shoshone y los paiute nunca se aventuraban a salir de sus territorios. Si bien se desplazaban según la disponibilidad de alimento, siempre permanecían dentro de los confines de sus tierras ancestrales. ¿Qué impulsóa esta persona a separarse del clan y realizar un viaje tan largo y, a buen seguro, traicionero?

Erica no veía los ojos de Jared bajo la sombra del casco, pero percibía su mirada penetrante.

—Así pues, ¿esta pintura podría ser shoshone? —sugirió.

—No es más que una suposición. Según los estudios de los ciclos de sequía, hace unos mil quinientos años, el cambio climático en los desiertos del este de California empujó a los antepasados de los indios gabrielinos, una tribu que hablaba la lengua de los shoshone, hacia Los Angeles. Pero si poseían un nombre tribal, lo cierto es que se ha perdido en el tiempo.

—Pero,¿esta pintura es obra de uno de esos antepasados? —insistió Jared. Erica procuró contener la impaciencia. Por lo que se veía, Jared Black era un hombre que exigía respuestas inmediatas.

—No estoy segura, porque creo que tiene más de mil quinientos años. Y no olvide que

Librodot

«gabrielino» era un nombre genérico que los franciscanos pusieron a las distintas tribus de esta zona —le recordó con intención—. Debemos tener cuidado con la terminología.

—¿Está segura de que no lo sabe?

Erica sintió que su irritación se trocaba en enfado. Sabía lo que insinuaba Jared, pues bahía lanzado la misma acusación contra ella durante el caso Reddman, cuando afirmó necesitar mas tiempo para identificar la filiación tribal de los huesos y objetos encontrados. A la sazón, Jared había tenido razón, pues Erica intentaba ganar tiempo, pero en esta ocasión decía la verdad. No sabía a qué tribu atribuir la pintura.

Se apartó de la pared y en aquel instante advirtió que el suelo situado a los pies de la pintura era distinto que el del resto de la cueva y ascendía en una pendiente que no parecía una formación natural. Alzó la mirada hacia el techo, pero no vio indicio alguno de desprendimiento. Acto seguido se puso en cuclillas y frotó la tierra de varios puntos entre los dedos. Era igual en todas partes, depositada uniformemente en la cueva por los vientos.

—Puesto que la pintura no señala una tribu concreta, sugiero que busquemos pruebas en otro sitio —propuso—. En este montículo tan curioso, por ejemplo.

Luke arqueó las cejas rubias en una expresión esperanzada.

—¿Cree que hay algo enterrado aquí, doctora Tyler?

—Es posible. Los residuos de humo en las paredes indican que aquí se encendieron hogueras o ardieron antorchas, lo que puede significar que este terraplén corresponde a distintos niveles de habitación a lo largo de los siglos. Quiero examinarlo.

—La plaga de las langostas —suspiró Jared.

—Nada de langostas, señor Black, sólo yo. Trabajaré sola para minimizar los daños en el terraplén.

—La excavación es destrucción, doctora Tyler.

—Lo crea o no, señor Black, algunos arqueólogos no excavamos un lugar simplemente porque existe. Tiene que ser un lugar amenazado o, como en este caso, tiene que darse la necesidad de determinar la identidad tribal de un artista. Puede que hayamos tropezado con un depósito histórico de valor incalculable.

—0 con tumbas que no deberíamos tocar.

Erica escrutó el rostro—de Jared, recortado en afilados ángulos por el claroscuro de las linternas, y luego se volvió hacia Luke.

—Primero efectuaremos un análisis geoquímico del suelo y mediremos el contenido en fosfatos. Eso nos revelará si este lugar ha estado habitado alguna vez. Entretanto, creo que sería buena idea despejar parte de esta pared. Puede que haya más pictogramas debajo del hollín.

Cuando se volvió para decir otra cosa a Jared Black, comprobó, para su sorpresa, que había retrocedido hasta la entrada de la cueva, una silueta alta y de hombros anchos recortada contra el sol de la mañana, con una mano apoyada en la pared y la otra sosteniendo el casco, que acababa de quitarse: Parecía a punto de echar a volar.

El instante poseía una cualidad surrealista, la oscuridad de la cueva oprimida bajo el peso de la montaña, la proximidad de las paredes de piedra arenisca, el silencio que era una suerte de paz..., pero al mismo tiempo, la boca por la que entraba la radiante luz del sol del Pacífico y más allá, los sonidos de los equipos de trabajadores, la policía, los helicópteros de los medios de comunicación. ¿Qué hacía Jared Black? ¿Qué miraba?

Entonces se preguntó por qué mostraba el abogado una actitud tan agresiva desde su llegada. Se había presentado allí con la amplitud de miras de un oso pardo protegiendo a su cría. Si pudiera hacerle entender de algún modo que podían trabajar juntos, que no tenían por qué ser adversarios... Pero por alguna razón inescrutable, parecía resuelto a considerarla su enemiga. Habían transcurrido cuatro años desde el caso Reddman, pero no podía evitar pensar que la adrenalina de aquella batalla y la euforia de la consiguiente victoria aún alimentaban su pasión. Jared Black se preparaba para la guerra, y Erica no sabía por qué. Siguió escrutando la cueva con la linterna hasta que el haz localizó algo en el suelo.

—¿Qué te parece esto, Luke?

Su ayudante bajó la mirada y vio una porción de tierra desplazada que dejaba al descubierto algo blancuzco en el suelo de la cueva.
—Es reciente —observó—. Parece que el terremoto ha removido la tierra.

Erica se arrodilló y apartó cuidadosamente la tierra suelta con una escobilla.

—Dios mío —exclamó Luke con los ojos muy abiertos.

Jared regresó junto a ellos y guardó silencio mientras Erica exponía algo con la escobilla, un objeto que parecía una roca con un orificio. Al cabo de un instante apareció otro orificio y luego...dientes.

Era un cráneo humano.

—Es una tumba —musitó Luke, impresionado.

—¿De quién? —preguntó el escalador con voz nerviosa.

Presa de una repentina oleada de adrenalina y emoción, Erica no respondió. Pero lo sabía. De algún modo, aun antes de excavar, de encontrar prueba alguna, sabía que acababan de encontrar los restos mortales del creador de la pintura.

2

Marimi
Hace dos mil años.

Mientras contemplaba la actuación de los bailarines en el centro del círculo, Marimi supo que aquella noche sería mágica.

Percibía la magia en sus dedos mientras tejía con destreza la base ovalada de la cuna, entrecruzando las tiernas ramas de sauce que sostendrían a su hijo recién nacido. Más tarde cubriría la superficie con piel de gamo y añadiría un toldillo de mimbre para proteger del sol la cabeza del bebé. Sentía la magia en su seno mientras se agitaba en él la nueva vida, su primer hijo, que vería la luz en primavera. Veía la magia en los flexibles miembros de su joven esposo, que danzaba para celebrar la cosecha anual de piñones, un cazador apuesto y viril que la había iniciado en el éxtasis del amor físico entre hombre y mujer. Marimi oía la magia en las risas de los hombres que danzaban, jugaban y contaban historias mientras fumaban sus pipas de arcilla. La oía en la música que los músicos emitían con sus silbatos hechos de huesos de pájaro huecos y flautas talladas de madera de saúco. Había magia en las alegres charlas de las mujeres mientras tejían sus llamativas cestas a la luz de numerosas hogueras, en las exclamaciones de los niños que jugaban con palos y argollas o luchaban en la húmeda tierra del bosque. Y había magia también en los rostros de los jóvenes que se enamoraban, que sonreían tras manos discretas mientras escogían futuro compañero. Una noche de «espíritus», como decía su madre, cuando las almas de los árboles, las piedras y los ríos invocaban a los fantasmas de los antepasados para celebrar la Unidad de Todas las Cosas. Un momento de profundo gozo, una buena noche, una noche especial, pensó Marimi.

Pero aquella noche, la alegría de la celebración estaba teñida de un temor inesperado.

Al otro lado del gran círculo alrededor del cual las familias contemplaban la danza, un par de duros ojos negros la miraban con fijeza. Era la anciana Opaka, chamán del clan., magnífica en su atuendo de pieles de gamo, abalorios preciosas plumas de águila. Marimi se estremeció al notar sobre sí aquella mirada penetrante y sintió que se le ponía la piel de gallina. Opaka aterrorizaba a todo el mundo, incluidos jefes y cazadores, por su vasto r misterioso dominio de la magia, porque hablaba con los dioses, porque era la única persona del clan que conocía el secreto de comulgar con el sol, la luna y los espíritus de la tierra, y sabía cómo invocarlos.

Las personas normales no podían hablar con los dioses. Si un miembro del clan deseaba pedirles un favor, necesitaba la intercesión de un chamas, era el caso de una mujer yerma que desease un hijo, una virgen poco agraciada que ansiara encontrar marido, un cazador entrado

Librodot

en años cuyas facultades se desvanecieran, una abuela cuyos dedos ya pudieran tejer cestas, una embarazada que buscara protección contra el mal de ojo, un padre que se preguntara si el arroyo seco que pasaba junto a la choza de su familia volvería a llevar agua alguna vez... Todos acudían tímidos y respetuosos al champán del clan para exponerle su caso. Cada petición traía consigo un pago, razón por la cual los chamanes eran ricos, sus chozas, las más ornamentadas, sus pieles de ganso, las más suaves, y sus collares, los más hojosos. Las familias más pobres no podían ofrecer más que semillas, miden tras que las más acomodadas llevaban cuernos de carnero y pieles de alce. Pero todos tenían permiso para recurrir al chamán y obtenían respuesta de los dioses por su boca. En el poblado de Marimi, Opaka era la figura mas poderosa del clan de Marimi. En cierta ocasión, Marimi había visto a la anciana hacer enfermar y morir a un hombre cuando lo señaló. Así de poderosa era.

Pero ¿por qué observaba ahora a Mariani de entre todos los presentes? ¿Por qué clavaba en ella su mirada ardiente como fuego negro?

En un intento de no dejar traslucir su temor, la joven esposa concentró su atención en la cuna y recordó que aquella noche era especial.

Era la época de la reunión anual, momento en que todas las familias del pueblo, que se llamaba Topaa, acudían desde los cuatro confines del mundo, desde los horizontes más lejanos, dejando sus alojamientos de verano para congregarse en las montañas con motivo de la cosecha del piñón. Concurrían unas quinientas familias, cada una de ellas con su propia choza redonda de paja y su hoguera. Tras cosechar las piñas con ayuda de largos palos, asaban los piñones y se los comían, o bien los molían para mezclar su harina con venado y grasa. Los que quedaban los almacenaban para los meses del invierno que se avecinaba. Mientras las mujeres se ocupaban de los piñones, los hombres salían juntos a cazar liebres con redes, matando las que necesitaban para alimentarse durante el invierno.

Era también el momento de concertar matrimonios, tarea nada fácil, pues las reglas que regían quién podía casarse con quién eran complejas; había que examinar y considerar los linajes, invocar a los dioses, interpretar los augurios. Si bien todos los topaa pertenecían a la misma tribu, había miembros de distintos clanes que, a su vez, se dividían en familias primeras y segundas. Cada clan poseía un tótem, como el Puma, el Halcón o la Tortuga. La segunda familia, compuesta de abuelos, tías, tíos y primos, recibía el nombre de su linaje. Pueblo de Río Frío, Pueblo en el Desierto de Sal. La primera familia consistía en padre, madre e hijos, y su nombre se derivaba de la alimentación, la ocupación o los rasgos geográficos locales.

«Comedores de bayas», «moradores de riachuelo» o «cuchillos blacos» porque fabricaban sus herramientas de corte con piedra blanca de la cantera cercana. Marimi pertenecía al clan Halcón de Cola Roja, su segunda familia era el Pueblo de la Llanura Negra, y su primera familia era «cazadora de liebres». El joven que la había elegido como compañera era del clan Tortuga, la segunda familia del Pueblo del Valle Polvoriento y la primera familia de «artífices de pipas». Durante la cosecha anterior había deleitado a Marimi con sus payasadas, haciendo cabriolas y pavoneándose ante su choza, tocando la flauta, imitando con gestos su destreza con la lanza, pero sin hablar con ella, pues eso era tabú. Cuando ella, para indicar su interés, sacó de la choza un cesto de raíces dulces, el joven concertó una entrevista entre su padre y el de ella, y los dos hombres habían acudido a los jefes de sus clanes para sacar adelante la compleja negociación, determinar los regalos y decidir si la novia debía vivir con la familia del novio o viceversa. Si el esposo procedía de una familia de pocas mujeres, la esposa se trasladaba a su casa. Si la esposa pertenecía a una familia de viudas y hermanas solteras, entonces el marido se mudaba. En el caso de Marimi, su padre era el único varón entre ocho mujeres y aceptó de buen grado al esposo de Marimi como hijo.

En la época de la cosecha se recordaba a todos cuáles eran los límites del territorio tribal, y se enseñaba a los niños a memorizar los ríos, los bosques y las cordilleras que separaban la tierra de los topaa de las de las tribus vecinas, es decir, los shoshone al norte y los paiute al sur. Los topaa no comerciaban, se casaban ni guerreaban con sus vecinos, y enseñaban a sus

hijos que era tabú cazar, recolectar semillas o recoger agua de la tierra de otra tribu.

En cada cosecha del piñón, las familias erigían chozas en sus parcelas ancestrales, donde sus familias se reunían y cosechaban desde la noche de los tiempos. El lugar sobre el que Marimi había extendido su estera y tejía en aquel momento la cuna de su bebé era el mismo lugar en que su madre, su abuela y todas las abuelas de su familia habían extendido sus esteras para tejer sus cunas. Y algún día, su primera hija se sentaría en el mismo lugar y tejería sus cestas mientras contemplaba las mismas danzas, los mismos juegos. Por todo ello, la cosecha anual del piñón no servía sólo para hacer acopio de provisiones, sino que, al mismo tiempo, la gente escuchaba los relatos sobre sus antepasados, porque el destino de los topaa estaba ligado al pasado, asegurando así que lo que era antes seguía siendo ahora y seguiría siendo en el futuro hasta el fin de los tiempos. La reunión anual mostraba a las personas el lugar que ocupaban en la Creación. Mostraba al hombre o a la mujer que formaba parte del Gran Plan, que los topaa y la tierra, los animales y las plantas, el viento y el agua se entrelazaban como las complicadas cestas que tejían las mujeres.

Después de la cosecha del piñón, los clanes se quedaban a pasar el invierno en las montañas, y cuando asomaban en la tierra los primeros brotes verdes, el inmenso campamento se levantaba, y las familias se dispersaban para regresar a sus hogares ancestrales hasta la siguiente cosecha. Marimi y su esposo, su madre, su padre y sus seis hermanas regresarían a su tierra, donde cazaban liebres y donde la familia de Marimi vivía desde siempre. Allí alumbraría su primer hijo, se convertiría en madre y así elevaría su posición en el clan, de modo que al año siguiente, cuando regresaran al bosque de pinos, la gente se dirigiría a ella con nuevo respeto y deferencia.

Marimi intentó concentrarse en ese dichoso futuro mientras el temor provocado por la enigmática mirada de Opaka se adueñaba de ella. ¿Por qué la miraba de aquel modo la chamán?

Los senderos de los chamanes eran insondables, además de tabú, por lo que nadie debía pensar en ellos ni, por supuesto, hablar de ellos, ya que sólo los chamanes poseían el poder para pasar del mundo real al sobrenatural. Cada año, antes de la cosecha, antes de que la primera familia levantara la primera choza, se erigían las chozas divinas de los chamanes. Todos participaban en la tarea, incluso niños y ancianos; todos cortaban las mejores ramas y ramitas, ofrecían las mejores pieles y la mejor leña para que la choza divina acogiera a los dioses y bendijera la cosecha y al pueblo a través de las búsquedas visionarias de los chamanes. El mundo era un lugar incierto y aterrador que no permitía predecir ni contar con cosechas abundantes, de modo que, antes de desprender la primera piña del primer árbol, los chamanes acudían a las chozas divinas y entraban en trance para comunicarse con los poderes sobrenaturales, recibir instrucciones, escuchar profecías y en ocasiones conocer nuevas leyes.

Por ello Marimi sentía un miedo repentino aquella noche de celebración. Opaka tenía el poder de los dioses, y Marimi estaba segura de que en su mirada brillaba un destello de maldad. ¿Por qué sería? Marimi no recordaba haber hecho nada que pudiera provocar la cólera de la anciana. Si el origen del rencor fuera otro miembro de la tribu, Marimi acudiría a la chamán de su tribu y le rogaría que pidiera a los dioses protección contra esa persona. Pero en aquel caso era la propia chamán quien le echaba el mal de ojo.

Y de repente la asaltó el recuerdo de Tika y se sintió presa de un pánico cegador.

Tika era la hija mayor de la hermana de la madre de Marimi, y desde pequeñas, ambas habían sido como hermanas. Se habían sometido juntas a los ritos sagrados de la pubertad, y cuando Tika y otras doce muchachas disputaron la carrera de las iniciadas, que ganó Marimi al llegar en primer lugar a la choza de la chamán, Tika fue la única que la vitoreó. También fue Tika quien, en la cosecha anterior, había llevado mensajes secretos entre Marimi y el joven cazador, pues no podían hablarse mientras tenían lugar las negociaciones matrimoniales, y Tika, asimismo, les ofreció como regalo de bodas una cesta de diseño tan magnífico que todo el clan habló de ella.

Pero entonces la desgracia se cernió sobre ella. Se enamoró del joven a quien Opaka

Librodot

pretendía desposar con la nieta de su hermana. Si hubiera yacido con cualquier otro muchacho no la habrían proscrito, de eso Marimi estaba convencida. Pero cuando sorprendieron a ambos juntos en la choza de un tío suyo, los ancianos se reunieron en consejo, fumaron sus pipas de la sabiduría y decretaron proscribir a Tika, aunque no al muchacho, pues en su opinión ella, con su seducción, lo indujo a quebrantar las leyes tribales. Puesto que la tribu no ejecutaba a ninguno de sus miembros por muy grave que fuera su delito, los culpables eran condenados a una muerte en vida. Le arrebataban el nombre, las posesiones y el alimento para luego expulsarlos del círculo protector de la tribu. Una vez proscrita una persona, jamás volvía a ser acogida en el seno del poblado. Nadie podía hablar al proscrito, mirarlo, darle comida, agua ni cobijo. Sus familiares se cortaban el pelo y llevaban luto por su ser querido como si en verdad hubiera muerto. Cuando Tika se convirtió en una Sin Nombre, Marimi lloró por ella. Recordaba haber visto un día a su amiga en el linde del bosque de pinos como un alma en pena. Marimi quiso acercarse a ella, salir del círculo protector para llevarle comida y mantas, pero eso también la habría convertido en una proscrita a ella.

Como ya estaban muertos, los proscritos no sobrevivían mucho tiempo. Ello no se debía sólo a la dificultad de encontrar alimento ni al hecho de estar siempre a la intemperie, sino sobre todo a que su espíritu moría al ser proscritos. Una vez disipada la voluntad de vivir, la muerte no tardaba en hacer su aparición. Al cabo de unos días, Tika dejó de acudir al margen del campamento.

—Madre —susurró Marimi a la mujer que, sentada junto a ella con las piernas cruzadas, cantaba mientras tejía una complicada cesta. El canto confería vida y por tanto espíritu a las cestas, además de permitir a los dedos tejer un mito o un relato mágico en la obra. Empleando un trazado de rombos, la madre de Marimi empapaba su cesta con la historia de la creación de las estrellas—. Madre —repitió en voz un poco más alta—. Opaka me está observando.

—Lo sé, hija. Ten cuidado, aparta la vista.

Marimi paseó una mirada nerviosa por el bullicioso campamento, donde el humo de quinientas hogueras se elevaba hacia el cielo. Su morada estival se hallaba en el desierto, donde la vegetación más corriente era la artemisa. Aquellas montañas, en cambio, estaban alfombradas de pinos y juníperos, y ese nidal de fantasmas habría aterrorizado a Marimi si ella y los suyos no contaran con la protección del círculo.

De noche, cuando yacían sobre las pieles, atemorizados por el ulular de los espectros en los árboles, las familias esperaban que los talismanes de los chamanes, colocados en torno al perímetro del campamento, bastaran para mantener alejados a los espíritus. Por esa razón, todos pagaban de buena gana a los chamanes, pues un chamán poderoso garantizaba la seguridad del clan y la protección de los dioses. Todos recordaban la terrible suerte que corriera el Clan del Búho, cuyo chamán cayó accidentalmente por un precipicio, dejando a treinta y seis familias sin figura que las representara en el mundo de los espíritus y hablara con los dioses en su nombre.

En menos de un ciclo lunar, todos los hombres, mujeres y niños habían enfermado y muerto, de modo que ahora el Clan del Búho ya no existía.

Con creciente temor, Marimi se obligó a concentrarse en la cuna que estaba tejiendo. Pero sus dedos empezaron a moverse rígidos y sin gracia cuando comprendió trastornada que la magia que intuía aquella noche no era necesariamente magia buena...

Mientras observaba a Marimi desde el otro lado del círculo, Opaka rememoró un tiempo en que también ella resultaba tan atractiva a la vista. Sentada sobre su suntuosa piel de búfalo, rodeada de los obsequios de comida, abalorios y plumas llevados por personas que buscaban el favor y la bendición de los dioses, Opaka pensó con amargura que el rostro redondo de Marimi, los ojos risueños, la boca sensual y el cabello reluciente cual cascada negra, rasgos que no sólo habían llamado la atención del joven cazador que se había casado con ella, habían sido antaño sus propias facciones, antes de que la edad y el exceso de viajes espirituales la

Librodot

deterioraran. Ahora Opaka era una anciana encorvada, de cabello blanco y casi desdentada.

Pero no era por esta razón que odiaba a la muchacha.

El veneno que corría por las viejas venas de Opaka había brotado seis inviernos antes, durante la Estación Sin Piñones, cuando al llegar al bosque, las familias habían descubierto que las piñas habían caído de los árboles y los piñones se habían podrido en su interior. Cuando comprendieron que los dioses habían adelantado la estación y que aquel invierno pasarían hambre, elevaron al cielo un clamor desgarrado. Los chamanes se retiraron a las chozas divinas para quemar mezquite sagrado, ayunar, ingerir estramonio, cantar, salmodiar e implorar visiones de los dioses que mostraran a la gente dónde había piñones. Pero los dioses no atendieron los ruegos de los chamanes, de modo que una terrible hambruna parecía amenazar a los topaa.

Y entonces la madre de Marimi acudió a Opaka con un relato extraordinario.

Su hija, que a la sazón contaba nueve veranos, había contraído un espantoso mal que le llenaba la cabeza de un dolor agudo, le cegaba los ojos y ensordecía sus oídos. La madre había sumergido la cabeza de la niña en agua fresca y la había mantenido a la sombra de los árboles para protegerla del sol. Al sanar, Marimi habló a su madre de un pinar situado al otro lado del río. Sólo era un sueño, replicó su madre, provocado por el hambre y la extraña enfermedad. Asimismo, advirtió a su hija que debía guardar silencio sobre la visión, pero a Opaka le correspondía revelar al clan el lugar donde hallarían comida. Sin embargo, Marimi se mantuvo en sus trece y ratificó su visión de un bosque de pinos en una tierra más allá de los límites del territorio topaa, un lugar deshabitado en el que ningún antepasado había vivido jamás, por lo que no sería tabú recolectar la abundante cosecha de piñones.

Por ello, cuando los chamanes salieron de las chozas divinas y anunciaron que ese año no habría piñones ni cacería de liebres, pues nadie había visto liebres en el bosque, y que éste se había tornado yermo porque los dioses habían vuelto la espalda al pueblo, la madre de Marimi consideró necesario pedir consejo a Opaka sobre la visión de su hija. La niña había afirmado que el bosque se encontraba en dirección al sol naciente, al otro lado de un río y sobre una cresta fértil.

Opaka replicó que la tierra de la que hablaba se hallaba fuera de los límites de su territorio tribal y que era tabú viajar allí. La niña insistió en que no era tabú, pues el espíritu del sueño así se lo había asegurado. Tras ordenar a la madre que no revelara la visión a nadie más, Opaka viajó sola al lugar indicado y, en efecto, localizó el bosque repleto de piñones. De inmediato regresó al campamento, entró en la choza divina para realizar un viaje espiritual y al salir anunció que los dioses la habían transportado en su visión hasta un lugar lleno de piñones, un lugar en el que ningún antepasado había morado jamás.

La tribu eligió a cuatro valientes jóvenes y los armó con lanzas. Recibieron instrucciones de correr hacia el sol, pero si llegaban a territorio tabú, debían regresar al instante.

Durante su ausencia, la gente bailó y se alimentó con larvas de abejas, miel y los escasos piñones que pudieron salvarse del terrible desperdicio. A su regreso, los cazadores hablaron de un bosque munificente al otro lado del río, un lugar totalmente deshabitado.

La Estación Sin Piñones acabó siendo muy fructífera y de ella se hablaba en cada reunión y alrededor de cada hoguera. La tribu dio cuenta de un abundante festín, y sus miembros regresaron a sus moradas estivales con los cestos rebosantes de piñones. Nadie mencionó a la niña en ningún momento. El mérito de la visión recayó en los chamanes, lo que demostró una vez más su poder, el poder de Opaka.

Desde entonces, Opaka observaba a la niña y estaba pendiente de las ocasiones en que sufría dolores de cabeza y hablaba de visiones. Dos veranos antes, cuando se hizo mujer y ganó la carrera del ritual de la pubertad, una victoria que le otorgaba un lugar de honor a los ojos de la tribu y que Opaka había esperado ver en manos de la nieta de su hermana, la chamán, que no tenía ninguna nieta propia, intensificó su vigilancia. Cuando las muchachas completaron el último rito de la pubertad, transcurrido en una choza ceremonial donde habían emprendido búsquedas visionarias, todas afirmaron que su guía espiritual era la serpiente de

Librodot

cascabel, un símbolo de gran virilidad que traía suerte a las vírgenes que esperaban convertirse en madres fecundas, pero Marimi anunció que su guía espiritual era el cuervo, desafiando así la tradición.

Sin embargo, lo que más alarmaba a Opaka era que la joven tenía visiones sin necesidad del estramonio, que sí precisaban los chamanes. ¿Qué sería de la estructura social de la tribu si cualquiera pudiera comunicarse con los dioses? Se sumiría en la rebeldía, el salvajismo, el caos. Sólo los elegidos e iniciados en los ritos chamánicos secretos podían pasar al Otro Mundo. Sólo así el universo conservaba su equilibrio y la sociedad su orden. Opaka consideraba a la muchacha como una amenaza para la estabilidad futura de la tribu, sobre todo ahora que estaba embarazada y pronto ascendería al rango de madre.

Un privilegio que Opaka jamás había conocido.

Elegida cuando no era más que un bebé, separada de su madre y enviada a vivir recluida con la chamán del clan, Opaka había aprendido de la anciana los misterios y secretos, los remedios y las curas, el arte de hablar con los dioses. Había sido una iniciación muy dura, con largos meses de cruel soledad y sacrificio carentes de solaz y amor, en los que había aprendido a no pensar en sí misma, sino en la tribu, a llevar una vida sin marido, sin hijos, a permanecer virgen por siempre. Opaka era incapaz de reconocer la emoción de la envidia, pues, había sido educada para convertirse en la persona más rica y poderosa del clan, así que, ¿de qué iba a sentir envidia? También los celos constituían un concepto desconocido para ella, por lo que no supo de qué se trataba cuando los sintió. Y si alguien le hubiera dicho que podía temer a una muchacha cualquiera, no lo habría creído. Las personas que hablaban directamente con los dioses estaban por encima de las mezquinas fragilidades humanas. Así, ciega al rencor y la amargura que le corroían las entrañas, al profundo temor de que algún día Marimi compitiera con ella por el poder divino, Opaka se dijo que el secreto que urdía contra la joven era por el bien de la tribu.

Se le acercó un grupo de muchachas, las amigas solteras de Marimi que, en tono burlón, comentaron que esperaban no pasar frío aquella noche, cuando el aire invernal invadiera sus chozas. Ellas no tenían más que sus pieles para abrigarse, mientras que la afortunada Marimi contaba con el calor de un hombre.

—Si te oímos gritar, ¿quieres que vayamos a rescatarte? —preguntó socarrona una joven que pronto se casaría con un cazador del Clan del Halcón.

—Pero ay si el que grita es él? —pinchó otra—. ¿Debemos acudir a salvar a tu esposo?

Marimi se sonrojó, rió y regañó a sus amigas por ser unas vírgenes tontas, pero en realidad le gustaba ser el centro de atención y lo cierto era que esperaba con ansia el vigoroso abrazo de su esposo aquella noche.

Cuando estaba a punto de ofrecer a sus amigas una cesta de bayas que había cogido aquella tarde, una mujer rompió el círculo, empujando a un lado a los bailarines y profiriendo gritos con un niño inconsciente en brazos. Al ver a Opaka se arrojó a sus pies y le suplicó que salvara a su hijo.

El campamento enmudeció, y sólo se oía el crepitar de las hogueras y el llanto lejano de los bebés en sus chozas.

Marimi reconoció al niño; era Payat, del Clan de Gato Montés. Su segunda familia era el Pueblo del Cañón Rojo, su primera familia, «vive junto a la llanura salada». Un silencio sepulcral se cernió sobre el campamento mientras Opaka se levantaba con dificultad y se inclinaba sobre el niño, que gemía de dolor. Tocó varias partes de su cuerpo, le apoyó una mano en la frente, luego cerró los ojos y extendió las manos con las palmas vueltas hacia abajo sobre su silueta convulsa, todo ello sin dejar de murmurar un canto místico que nadie comprendía.

Por fin abrió los ojos, se irguió tanto como pudo y declaró que el niño había quebrantado un tabú y estaba poseído por un espíritu maligno.

Un jadeo atónito recorrió la muchedumbre. La gente empezó a removerse inquieta, y algunos incluso retrocedieron. Las mujeres que tenían la menstruación o estaban dando el pecho se refugiaron presurosas en sus chozas, y los hombres movían nerviosos las lanzas. Una persona poseída por un espíritu maligno era algo aterrador, pues el espíritu podía salir en cualquier momento del poseído y entrar en el cuerpo de otra persona.

Opaka declaró que el niño era un Intocable, lo cual equivalía a pronunciarlo muerto, más allá de la ayuda de los dioses, y acto seguido se reunió con el jefe y lo subjefes para decidir su suerte. A buen seguro, no se le permitiría permanecer entre la gente. En aquel intervalo. Marimi se acercó más al lugar.

La madre de Payat estaba inclinada sobre él, sollozando y suplicando al espíritu maligno que abandonara su cuerpo. Dos cazadores recibieron orden de alejarla, pues Opaka había decretado que era tabú tocarlo. Mientras todos los presentes se centraban en la mujer histérica, Marimi se acercó aún más, impulsada por la curiosidad de saber qué había sucedido. Sabía que tenía que mantenerse al margen, pues estaba encinta y no debía hallarse en presencia de una persona tabú, pero era la primera vez que veía a un poseído.

Sin embargo al aproximarse sólo vio a un niño pequeño con el rostro palidísimo y contraído por el dolor. ¿Qué espantoso crimen podía haber cometido un niño para merecer ser poseído por un espíritu maligno?, se preguntó.

Y entonces vio algo que nadie más parecía haber advertido, unas flores amarillas aplastadas entre los dedos del niño. De repente lo comprendió todo; el niño había comido hojas de ranúnculo. ¡Así había poseído el espíritu maligno a Payat! Todos sabían que el ranúnculo albergaba un espíritu maligno y que ingerirlo causaba enfermedad y muerte. Si las hojas seguían en su estómago, ¿no sería acaso posible expulsar el espíritu?

Sin pensárselo dos veces, avanzó rauda, y antes de que nadie pudiera reaccionar, alzó al niño, le dio la vuelta y le introdujo un dedo en la garganta. El pequeño empezó a vomitar de inmediato.

Los presentes profirieron gritos de terror al ver el líquido verde que brotaba del vientre de Payat, y cuando se formó un charquito en el suelo, todos exclamaron que tenía forma de bestia. ¡El espíritu maligno había abandonado el cuerpo del niño!

Varios hombres acudieron a toda prisa para cubrir de cenizas al demonio verde y sofocarlo antes de que encontrara otro cuerpo.

Cuando Marimi volvió a tender a Payat en el suelo con suavidad, el chiquillo gimió y llamó a su madre. La mujer lo alzó en volandas entre sollozos y carcajadas, y lo abrazó con fuerza mientras los presentes comentaban el milagro en murmullos. Ninguno de ellos recordaba haber presenciado nunca un acontecimiento similar. Miraban a Marimi con nuevos ojos, algunos con admiración, otros con respeto, unos pocos con cautela.

Cuando Payat tosió y abrió los ojos, recobrando ya el color natural de la tez, todos empezaron a hablar a un tiempo, elevando el nombre de Marimi al firmamento.

—¡Silencio! —ordenó de pronto Opaka al tiempo que alzaba su báculo decorado con plumas y cuentas.

El gentío enmudeció. Todas las miradas estaban fijas en la hechicera de cabellera blanca, una figura poderosa pese a su aspecto menudo y frágil. Y en el momento de terrible silencio que siguió, todos los miembros de la tribu supieron que acababan de presenciar el delito más grave que podía cometer un topaa. Una muchacha había desafiado el edicto de una chamán.

Los chamanes de todos los clanes se congregaron en la choza divina, por cuya abertura superior se veía salir el humo de sus pipas místicas. Un sombrío estado de ánimo se había apoderado del campamento entero. Marimi lloraba compungida sobre el regazo de su madre, mientras su joven esposo se paseaba rabioso ante la choza y todos los demás aguardaban el veredicto.

Cuando los chamanes dieron por finalizada su deliberación, Opaka sentenció a Marimi y el niño al destierro.

—¡No! —gritó Marimi—. ¡No hemos hecho nada malo! Su esposo le escupió y le dio la

Librodot

espalda.

Marimi se arrojó a los pies de su madre, pero ésta también le volvió la espalda e inició el plañido que habría de durar cinco días y cinco noches.

Con gran ceremonia, mientras la tribu se situaba en círculo, de espaldas a Marimi y el niño, Opaka los despojó de sus nombres, ropas y posesiones. No tendrían lanza para cazar, ni cesta para transportar se—millas, ni pieles para protegerse del frío. Vivirían fuera del campamento, fuera del círculo, solos, fantasmas corpóreos sin que nadie los mi—rara ni les dirigiera la palabra, su suerte carnal en manos de los dioses.

Agonizaban.

Sentados al borde del campamento, sin rebasar el límite marcado por los talismanes de Opaka y los símbolos místicos que había grabado en los troncos de los árboles, Marimi y el niño contemplaban con apatía la danza que tenía lugar en el claro, a las mujeres tejiendo sus cestas y los hombres ocupados con sus juegos de azar. Las primeras y segundas familias de Marimi y Payat estaban de luto. Se habían cortado el pelo y untado de barro el pecho y el rostro. Además, se abstendrían de comer carne durante un ciclo lunar entero. Las tías y las primas de los proscritos tenían prohibido tejer, mientras que los tíos y los primos no podían participar en la danza. Por su parte, los hermanos de Payat, los hermanos de Marimi y su viudo no podrían cazar durante una luna. Asimismo, ningún miembro de las familias podía tener relaciones sexuales, comer en compañía de personas ajenas a la familia o pisar la sombra de Opaka y los demás chamanes.

Los dos proscritos habían luchado por la supervivencia durante siete noches. Atormentados por espasmos de hambre, Marimi y el niño habían encontrado un sitio donde dormir, un hoyo que Marimi había forrado de hojas. Había atraído a Payat hacia sí para compartir el calor, pero ambos pasaron la noche tiritando, y el niño lloró en sueños. Durante la primera larguísima noche, Marimi contempló las estrellas y sintió que se apoderaba de ella un extraño entumecimiento. No era la pérdida de su propia vida lo que la sumía en la desesperación, sino la de su hijo nonato. Había sentido la nueva vida agitarse en su interior. ¿Cómo iba a alimentarse lo suficiente para alimentar a su hijo? Si ella tiritaba de frío, ¿no tiritaría también su bebé? Y cuando llegara el momento, en primavera, ¿nacería muerto a causa de la maldición de Opaka?

Sin la falda de piel de gamo y la capa de piel de conejo, sin el abrigo de una hoguera y de las mantas de pieles que llenaban las chozas de la tribu, Marimi era presa de un frío tan intenso que jamás habría podido imaginar. Tenía los dedos entumecidos y la sangre helada. Nunca había temblado con tal violencia como ahora, aferrada al pequeño Payat, al que las lágrimas que derramaba por su madre se le helaban sobre el rostro.

Marimi no sabía qué era peor, si el frío o el terror.

Cada mañana, al salir el sol, los chamanes de los clanes entonaban las plegarias apropiadas, elevaban humo sagrado al cielo y esparcían semillas a los cuatro vientos para aplacar a los dioses y mostrar respeto y gratitud. Poderosos talismanes bendecidos por ellos pendían de las entradas de las chozas para ahuyentar el mal y la enfermedad. Las chozas se construían en forma de círculo, el más sagrado de los símbolos, y se disponían también en círculo alrededor del gran espacio circular de danzas. El campamento entero, con sus centenares de familias, formaba un gran círculo hasta donde abarcaba la vista, y dentro del círculo reinaba la seguridad.

Pero Marimi y el niño habían sido expulsados del círculo, obligados a arreglárselas solos en la tierra hostil y peligrosa que se extendía más allá de la protección de los chamanes.

Aquel lugar extraño y espeluznante estaba poblado de fantasmas que vivían en la tierra margosa y las sombras amenazadoras, que acechaban entre las zarzas y los escaramujos, se pertrechaban en las ramas de los árboles y observaban a los humanos desprotegidos, listos para descender en cualquier momento y poseer sus cuerpos. Marimi nunca había estado en el bosque sola, sino siempre en compañía de su familia y con los chamanes encabezando la comitiva para allanar el camino con el humo sagrado y los cascabeles. Pero ahora estaba

Librodot

desnuda y sola, fuera del círculo, en un lugar tenebroso donde oía el susurro de los espíritus y fantasmas que pasaban junto a ella como exhalaciones, mofándose de ella, amenazándola.

Y lo peor de todo era que ella y el niño estaban alejados de las historias. Los relatos que se contaban junto a la hoguera conectaban a los topaa entre sí; los mitos e historias recitados de noche vinculaban a las generaciones desde tiempos inmemoriales. Al igual que todos los padres topaa, el padre de Marimn transmitía las historias que había aprendido junto a la hoguera de su padre, quien a su vez las había aprendido de su padre, y así sucesivamente hasta la primera historia y el primer padre. Pero Marimi y Payat habían quedado al margen de las historias y, por ende, de sus clanes y familias, y jamás podrían regresar al seno de la tribu. Permanecían cerca del campamento. alimentándose con bayas de enebro y los piñones que los recolectores no habían recogido. Sin embargo, eso no era suficiente, y no tardaron en debilitarse por el hambre. Los días y las noches se sucedieron hasta que no les quedaron fuerzas siquiera para coger bayas. Marimi sabía que ella y Pavat se enfrentaban a la muerte y no podían acudir a ningún hechicero para que intercediera por ellos ante los dioses.

Marimi contemplaba la luna entre las ramas. Era tabú mirar la luna con fijeza, pues eso era privilegio de los chamanes. El clan aún hablaba de un primo que había contemplado la luna durante tanto rato que los dioses le infligieron un mal que le hacía agitarse convulso en el suelo y echar espuma por la boca. Cuando la hermana menor de Tika no lograba quedar embarazada, obsequió a Opaka con unas valiosas plumas de cernícalo, ésta, acto seguido entró en su choza divina y suplicó a la luna la llegada de un hijo. La hermana de Tika fue bendecida con un hijo varón la primavera siguiente.

Marimi sabía que debía apartar la mirada de la esfera celestial, pero no podía. Debilitada por el hambre, con el alma mortecina como la última brasa entre cenizas ya frías, ya nada temía ni nada le importaba. Tumbada en el hoyo, con el cuerpo huesudo de Payat acurrucado contra ella mientras el niño dormía demasiado profundamente, Marimi mantenía la vista clavada en el reluciente círculo del cielo. Poco a poco su respiración se tranquilizó, y el corazón empezó a latirle con más fuerza. Los pensamientos acudieron a su mente por sí solos mientras, sin darse cuenta, hablaba con la luna.

—Yo cometí el crimen. El niño es inocente, tan inocente como el niño que llevo en mi seno. Castígame sólo a mí y permite que él viva. Si me concedes este ruego, haré cuanto me pidas.

La luz de la luna pareció intensificarse. Marimi no parpadeó siquiera, sino que siguió mirándola entre las ramas mientras su luminiscencia aumentaba y se tornaba más blanca hasta cubrir el firmamento entero. De repente un agudo dolor le atenazó la cabeza, y comprendió trastornada que incluso en aquel nuevo estado fantasmal sufría el mal que la atormentaba desde niña. La luna la estaba castigando. Marimi había tenido la arrogancia de hablar con los dioses, por lo que sería castigada con fuertes dolores hasta la muerte. Que así sea, pensó Marimi antes de entregarse a su poder y sumirse en el sueño más profundo de su vida. Y el último pensamiento que cruzó su mente entre oleadas de dolor fue: «Voy a morir..

Pero Marimi no murió, y mientras dormía se le apareció su guía espiritual, el cuervo. Al alzar el vuelo le hizo una seña, y Marimi lo siguió hasta llegar a un pequeño claro donde crecía algodoncillo.

Cuando despertó al alba, viva a duras penas, pero llena de una extraña energía, Marimi se levantó trabajosamente de su lecho de hojas y siguió el camino recorrido en el sueño. Por fin encontró el claro donde crecía el algodoncillo y comió voraz la feculenta raíz que, aunque amarga, era muy nutritiva. Luego le llevó un poco a Payat y lo indujo a comer.

A partir de entonces sobrevivieron con algodoncillo y, tras recobrar las fuerzas, pudieron confeccionar pequeñas trampas y complementar su monótona dieta con carne de ardilla y conejo. Marimi encontró astillas para encender fuego y no tardó en construir una choza redonda con ramas y hojas. Ella y Payat sobrevivían lejos del campamento, a solas con los

Librodot

fantasmas y espíritus del hostil bosque, pero Marimi tenía menos miedo que antes, porque en el momento de más profunda desesperación, cuando más abandonada se sentía por su gente, cuando sabía que ella y el niño se hallaban a un paso de la muerte, había tenido una revelación. Había rezado a la luna directamente, sin ayuda de ningún chamán, y la luna le había respondido.

Una noche, el mal volvió a apoderarse de la cabeza de Marimi mientras dormía, atacando su cráneo con intensos dolores, como si de fantasmas con lanzas se tratara. En su agonía oyó que su guía, el cuervo, le ordenaba seguir a Opaka. En un principio tuvo miedo, pero viéndose obligada a obedecer a su guía espiritual, de repente comprendió que no tenía nada que temer, pues era un fantasma, y los fantasmas podían ir adonde se les antojara. Así pues, podía espiar a Opaka mientras ésta se dedicaba a sus tareas cotidianas.

A la luz moteada del sol y delante de Opaka, Marimi observó a la anciana mientras cogía frambuesas. Toda la tribu sabía que los chamanes utilizaban las frambuesas y sus hojas para elaborar astringentes, estimulantes, tónicos, infusiones y jarabes para curar la diarrea y la disentería, las llagas y los dolores de garganta. Si bien cualquiera podía recolectar frambuesas, lo que la gente desconocía era el modo correcto de recolectarlas, los momentos propicios y las plegarias que hacía falta recitar durante la recolección y sin las cuales de nada servía la planta.

Marimi observó con descaro cómo Opaka se acercaba a una planta antes de cosechar sus frutos, las palabras de respeto que pronunciaba, las señales sagradas que dibujaba en el aire con sus abalorios y plumas. Cuando Opaka desechó una planta tras arrancarla de la tierra, Marimi vio que tenía la raíz rota, lo que significaba que había perdido su poder espiritual. Puesto que Opaka solía coger frambuesas de noche, Marimi se grabó en la memoria la fase lunar, la posición de las estrellas y el espesor del rocío sobre las hojas.

Marimi también escuchó mientras Opaka familiarizaba a la nieta de su hermana con los secretos de las hierbas y la medicina, le enseñaba a envejecer la corteza de aliso antes de hervirla, pues de lo contrario la corteza verde provoca vómitos y dolor de vientre, a dejar reposar la decocción durante tres días, hasta que el amarillo se hubiera transformado en negro. Le explicó que, administrada durante la luna llena, la infusión de aliso fortalecía el estómago y estimulaba el apetito. Asimismo, las bayas constituían un excelente vermífugo para los niños.

A veces, cuando Opaka salía de su choza, que se hallaba bastante alejada del resto del campamento, Marimi entraba en ella para averiguar qué hacía la anciana con las plantas que recolectaba. De ese modo, Marimi aprendió el secreto de la corteza interior del resbaladizo olmo, que Opaka arrancaba y ponía a secar. Junto a la corteza, sobre una piel de gamo, vio un mortero que contenía parte de la corteza ya majada. Colgados de una cuerda se secaban resbaladizos supositorios de corteza de olmo que, según sabía Marimi, se insertaban vaginalmente para problemas femeninos y rectalmente para trastornos digestivos.

Durante el largo invierno, mientras su bebé crecía bajo su corazón, Marimi se grababa en la memoria cuanto veía y oía. Los terrores del bosque la rodeaban por doquier, burlones y amenazadores, manteniéndola ojo avizor a los espíritus malignos mientras intentaba protegerse y proteger a Payat de la posesión. Sin embargo, sentía que una nueva fuerza cobraba vida en su interior, una suerte de sabiduría y propósito. La luna la había salvado por algún motivo, y ella cumplió su parte del trato. Cada vez que se topaba con un estanque cubierto de hojas que no permitían ver el reflejo de la luna, Marimi limpiaba la superficie para que la luna pudiera brillar bella y orgullosa en el agua. Y cuando encontraba flores de floración nocturna en el bosque, como primaveras de noche, apartaba las ramas de los árboles que las tapaban para que la luna pudiera ver los hermosos capullos que se abrían a ella.

Así sobrevivieron la robusta muchacha y el confiado niño. Permanecían en las inmediaciones del campamento, pero sin atreverse jamás a cruzar el límite del círculo. Marimi no pensaba en el futuro, porque los topaa nunca pensaban en el futuro. Existía el hoy y los

tiempos pasados, pero el mañana era un concepto vago y desconcertante, pues el mañana siempre se convertía en hoy. Le habría gustado poder preguntar a un chamán qué hacer cuando llegara la primavera, si ella y Payat debían quedarse en el bosque o buscar una morada estival cerca de sus familias. Cuando los desterraron, no los esperaba nadie al otro lado para enseñarles a desenvolverse en su nueva vida. Por lógica, Marimi y el niño deberían haber muerto, pero Marimi había rezado a la luna, y la luna les había mostrado el modo de sobrevivir. ¿Habrían quebrantado algún otro tabú al no morir?

Marimi era demasiado joven para debatirse durante demasiado tiempo con las complejas cuestiones que la atormentaban, de modo que las desterró de su mente para afrontar cada nuevo amanecer con la sencilla tarea de sobrevivir un día más, y dejar los misterios de la vida y la muerte en manos de los chamanes.

Y entonces llegó el día en que comprendió por fin su verdadero poder. Tras semanas de verse atormentada por Marimi, Opaka se había tornado cauta y nerviosa. Salía de su choza con reservas y se adentraba en el bosque temerosa de toparse de nuevo con la omnipresente muchacha. Las ancianas manos empezaron a temblarle, se tornó más huraña y cada día estaba más inquieta. Sabía que debía hacer caso omiso de aquella criatura, pero ésta la seguía dondequiera que iba, destrozándole los viejos nervios. Un día, incapaz de seguir soportándolo, sobresaltó a Marimi junto al riachuelo girando sobre sí misma con un grito, agitando los palos sagrados y cantando en una lengua desconocida para la joven.

Marimi, alta y orgullosa, no se arredró, y su vientre hinchado daba fe de su fuerza vital y la voluntad que le había permitido sobrevivir. Al cabo de unos instantes, la anciana enmudeció, y ambas mujeres se miraron de hito en hito. Incluso el bosque quedó en silencio, como si los espíritus y los fantasmas, los pájaros y los animalillos fueran conscientes de que se había alcanzado un importantísimo punto de inflexión. Por fin, Opaka desvió la mirada, dio la espalda a la muchacha—fantasma que se negaba a morir y desapareció entre los árboles.

Un amanecer, el sol cegador perforó los ojos de Marimi como un cuchillo afilado y veloz. Yació inmóvil, en terrible agonía, pero entre los pliegues del dolor tuvo una visión. Su guía espiritual, el cuervo, estaba posado sobre una rama y la miraba con sus perspicaces ojillos negros.

—Sígueme —le oyó susurrar. Marimi recogió las hierbas y plantas que había recolectado durante su estancia en la tierra de los muertos, así como las bolsas de piel de conejo que había confeccionado y llenado de semillas, hojas y raíces.

—Nos vamos de este lugar —anunció a Payat, tomándolo de la mano.

Embebida de una extraña confianza y sin temor ya de las leyes y los tabús de la tribu, se dirigió a la choza de su familia, donde todos dormían aún, y cogió sus posesiones, que su madre no había enterrado todavía. Marimi se acuclilló junto a su madre dormida, alarmada por la vejez y el deterioro que traslucía su rostro tras el largo luto, y acercó los labios a su oído.

—No llores más por mí, pues voy a seguir a mi cuervo. Mi destino ya no forma parte de esta familia. No volveré jamás, madre, pero te llevaré en el corazón. Cada vez que veas un cuervo, detente a escuchar sus palabras, pues tal vez sea el que te lleve un mensaje mío. Y el mensaje será éste: «Estoy a salvo, soy feliz. He hallado mi destino».

Se marchó ataviada con sus mejores ropas, una falda larga de piel de gamo, una capa de piel de conejo sobre los hombros y sandalias de paja. A la espalda llevaba la estera de dormir que ella mis—ma había tejido con anea, una manta de piel de conejo y la cuna que había tejido para el bebé que nacería en primavera. Asimismo llevaba una cesta para semillas, una lanza, un lanzadardos, herramientas para encender fuego y bolsas de hierbas medicinales. Y entonces comprendió por qué el cuervo le había ordenado seguir a Opalca y aprender los secretos de la hechicera. Estaba preparando a Marimi para el gran viaje.

Los topaa recorrían grandes distancias en su eterna búsqueda de alimento, pero existían ciertos límites, y todos los niños aprendían muy pronto que «aquella tierra pertenecía a los antepasados de otras tribus, por lo que tenían prohibido pisarla. Pero mientras ella y Payat

Librodot

seguían al cuervo que volaba ante ellos, Marimi presintió que, por primera vez, se adentrarían en territorio prohibido.

Caminaron todo el día, y cuando llegaron al confín occidental del territorio topaa, Marimi se acercó a la escarpa con precaución porque era aquella una tierra que ningún topaa había pisado jamás, salpicada de rocas plantas y, por tanto, espíritus desconocidos. Contempló el valle desértico que se extendía hasta el horizonte. No conocía las reglas vigentes en aquel lugar, los tabús. Sabía que debía tener mucho cuidado, pues podía ofender a un espíritu en cualquier momento.

—Espíritus del lugar —rezó antes de empezar a descender por la escarpa—. No pretendemos haceros daño ni ofenderos. Venimos en son de paz.

Acto seguido asió con firmeza la mano del niño, levantó el pie derecho y pisó decidida la tierra prohibida.

Pavat empezó a llorar, tiró de la mano de Marimi y señaló la dirección de la que venían, gimiendo por su madre.

Marimi le apoyó las manos en los hombros y clavó una mirada profunda en sus jóvenes ojos.

—No podemos regresar, pequeño. No podremos regresar jamás. Ahora yo soy tu madre. Yo soy tu madre.

Payat se tragó las lágrimas y deslizó la manita en la de Marimi.

—¿Adónde vamos?

La joven señaló el cielo, una gigantesca bola roja en el cielo del oeste contra la que se recortaba su guía el cuervo.

Pavat fue el primero en advertir la presencia de los buitres que sobrevolaban la zona.

—¿Por qué no nos conduce Cuervo hacia el agua? —preguntó con los labios resecos y agrietados.

—No lo sé —repuso Marimi resoplando por el esfuerzo que representaba llevar el niño a la espalda, pues estaba demasiado cansado para andar—. Puede que esté buscando agua.

—Esos pájaros quieren comernos —afirmó Payat, refiriéndose a los buitres.

—Sólo tienen curiosidad. Somos extraños en su tierra: seguro que no quieren hacernos daño.

Era una mentira piadosa, destinada a consolar al niño.

Marimi y Payat habían recorrido un largo camino durante días y noches, por escarpados precipicios, guiones profundos, campos de cantos rodados y vastas extensiones de arena donde crecían cactus más altos que un hombre, siempre en pos del cuervo, que volaba en dirección al oeste, siempre al oeste.

Cada anochecer, el cuervo se detenía a descansar sobre una roca, un cactus o un árbol, y Marimi y el niño acampaban allí mismo. A la mañana siguiente, seguían de nuevo al cuervo en su vuelo hacia el oeste. ¿Hacia dónde los conducía Cuervo? ¿Se unirían a otro pueblo? Marimi estaba preocupada, pues su hijo nacería pronto, y era impensable que viniera la inundo sin la presencia de un chamán que pidiera bendiciones a los dioses. ¿Cómo obtendría su hijo protección y favor de los dioses si ningún chamán intercedía por él?

Durante su largo periplo, Marimi y Payat habían sobrevivido con alubias de mezquite, ciruelas silvestres, dátiles y capullos de cactus. Cuando la caza era buena, se atiborraban de estofado de liebre, cebollas silvestres y pistachos. Cuando no encontraban un río o un manantial, chupaban los gruesos tallos de las chumberas, que estaban cargados de agua.

Por dondequiera que caminaban, se mostraban respetuosos en extremo con la tierra. Todo lo trataban con deferencia y ritual. Celebraban una sencilla ceremonia, que consistía en hacer una petición o expresar agradecimiento, antes de coger cualquier parte de un árbol, matar un animal, beber de un manantial o entrar en una cueva.

—Espíritu del manantial —decía Marimi—, te pido perdón por beber de tu agua. Que juntos completemos el círculo de la vida que nos dio el Creador de Todo.

Asimismo, confeccionaba lazos con cebo, y después de esconderse tras las rocas con el

niño, Marimi se besaba el dorso de la mano para producir el chasquido que atraía a los pájaros. Cuando cazaban de esta guisa alguna pieza menor, pedía disculpas al animal y rogaba por que su espíritu no se vengara de ellos.

Una vez, la tierra rugió y tembló con tal violencia que ella y Payat saltaron por los aires. Marimi estuvo aterrada hasta que deshizo el camino andado y descubrió la causa del terremoto; sin darse cuenta, había pisado un caparazón de tortuga. Pidió perdón al Abuelo Tortuga y despejó la entrada de la morada del reptil.

Nunca olvidó la deuda que tenía con la luna. Cada vez que Payat y ella comían, nunca daban cuenta de todo, sino que siempre dejaban algo como ofrenda a la diosa que los había salvado.

En ocasiones encontraban indicios de presencia humana, tales como rocas ennegrecidas, huesos de animales y cáscaras de frutos secos. Sin embargo, a menudo los restos eran muy antiguos, pues los petroglifos que hallaban parecían haber sido grabados en el principio de los tiempos. Marimi se sentía rodeada de los fantasmas de esos pueblos ancestrales mientras atravesaba con Payat aquellos parajes desconocidos, pisando la tierra ardiente entre las sombras de enormes palmeras datileras. Se preguntaba qué pensarían los espíritus de esos intrusos que caminaban por su tierra ancestral, y siempre suplicaba su perdón y les aseguraba que ella y Payat no pretendían ofenderlos.

La luna había muerto y resucitado cinco veces desde que Marimi le rezara, y en ese intervalo Marimi la había observado, maravillándose de su poder. Sólo la luna podía morir y resucitar en un ciclo infinito de muerte y nacimiento, y sólo la luna alumbraba la tierra de noche, cuando más falta hacía, mientras que el sol brillaba de día, cuando no era necesario. Y cuando caminaba a la luz de la luna, pese a las pesadas cargas que llevaba a la espalda y en su cuerpo, Marimi sentía su paso fuerte, percibía el poder de la luna corriendo por sus venas. A cada paso, su fuerza se acrecentaba.

Mientras viajaba hacia el oeste por el desierto inacabable, dejaba que sus pensamientos volaran hacia las estrellas, permanecieran allí un tiempo y regresaran empapados de nuevos conocimientos. Marimi sabía algo que su pueblo jamás había sabido, que una persona podía rezar directamente a los dioses sin la intervención de un chamán. También aprendió que el mundo no era necesariamente un lugar malvado, como creían los topaa. En todas partes había espíritus, desde luego, pero no todos eran malignos. Algunos eran amables y podía recurrirse a ellos en busca de ayuda y guía; era el caso de los pájaros que describían círculos en el cielo al atardecer, indicando la ubicación del agua. Los chamanes de los topaa enseñaban a su pueblo que sólo el miedo garantizaba la supervivencia, pero durante su prolongada estancia entre los cantos rodados y los cactus mudos, los coyotes cabizbajos y las lentas tortugas, Marimi aprendió que la confianza y el respeto mutuos también garantizaban la supervivencia.

Cuando contemplaba la belleza con que la luna iluminaba el paisaje desértico por la noche para alumbrar su camino, Marimi no comprendía por qué los topaa la consideraban una diosa furiosa y aterradora. No sólo era tabú mirarla, sino que el pueblo la temía a causa del enorme influjo que ejercía sobre la sangre menstrual, los ciclos de nacimiento y los oscuros misterios de las mujeres. Asimismo, los topaa temían el sol porque quemaba la piel, provocaba incendios y sequías, siempre estaba enfadado y lo único que podía aplacarlo era la intercesión de los chamanes. Pero Marimi y Payat aprendieron a amar el calor del sol matutino sobre su piel, y observaban cómo las flores estiraban el cuello para seguir su trayectoria por el cielo. Marimi llegó a comprender que lo que su pueblo temía podía amarse, y empezó a considerar el sol como a un padre estricto pero benévolo, y la luna como a una madre tierna y cariñosa.

Pero ahora se encontraban en una tierra sin agua, bayas ni semillas, donde las únicas plantas que crecían eran amargas y secas. Ni siquiera los animalillos más pequeños salían de sus madrigueras. Marimi llevaba al niño a la espalda, y puesto que sus sandalias se habían desecho largo tiempo atrás, tenía los pies descalzos llenos de cortes ensangrentados. Chupaban guijarros para mitigar la sed. Se detenían junto a ríos secos que con frecuencia llevan agua justo debajo de la superficie, en el punto más bajo de la cara exterior de un recodo

Librodot

y allí cavaba en su busca, pero siempre en vano. Por fin se vieron obligados detenerse. Marimi dejó a Payat sobre la arena y estiró los músculos de la espalda. Su bebé se movía inquieto como si también tuviera sed, y cuando alzó la mirada en busca del cuervo, no lo vio.

¿La había abandonado su guía espiritual en aquel cruel desierto? Habrían ella y Payat ofendido sin querer a algún espíritu por el camino? ¿Habrían tal vez profanado un nido de serpiente o no mostrado gratitud suficiente al abrir el último higo chumbo que conueran?

Se protegió los ojos con la mano y escudriñó el yermo paisaje, donde sólo crecían plantas achaparradas y marchitas, donde el viento ardiente gemía doliente sobre la arena. A lo lejos divisó unas olas plateadas que surgían de la arcilla dura, pero ya sabía que no se trataba de agua, sino de una ilusión creada por los espíritus del desierto. Por fin alzó la mirada hacia el fiero padre sol. Era a él a quien debía rezar, se dijo, pues la luna dormía en su morada.

Pero mientras levantaba los brazos y buscaba las palabras adecuadas, la asaltó de nuevo el mal de la cabeza. Cayó de rodillas y se oprimió los ojos con las manos. Cuando el dolor se la llevó en volandas, vio a un niño perdido y atrapado entre unas rocas. Lo vio desde el cielo, como si fuera un pájaro. Acto seguido vio a mucha gente buscando al niño, pero en la dirección equivocada, alejándose cada vez más de él.

—Cuervo me ha guiado hasta un niño perdido —anunció a Payat cuando el dolor se disipó—. Debemos encontrarlo antes de que los buitres lo devoren.

Localizaron al pequeño en la garganta rocosa y yerma de un río seco; estaba inconsciente y deshidratado, pero aún vivía.

—Oh, pobre niño, pobrecito —canturreó Marimi tras arrodillarse junto a él—. Mira, Pavat, tiene el pie atrapado.

El tobillo del niño estaba ensangrentado, y las rocas mostraban cicatrices allí donde las había arañado en un intento de liberarse.

Marimi se puso en cuclillas, aguzó el oído y husmeó el aire. Luego cerró los ojos y trató de recuperan— la visión que el cuervo le había mostrado desde el cielo.

—Allí hay un río —musitó a Payat, señalando los cantos rodados.

Marimi calmó la sed de Payat y la suya antes de llevar agua al niño y hacerle beber. También cogió hojas de hiedra a la orilla del río y envolvió con ellas el tobillo del pequeño. El río iba cargado de peces; Payat pescó varios con ayuda de una cesta, y aquella noche los tres dieron cuenta de un festín alrededor de una hoguera que brillaba con tanta intensidad como la luna llena.

Al día siguiente, el miro, que ya empezaba a recobrarse de la ordalía vivida, les dijo que se llamaba Wanchem, pero no sabía el nombre de su clan ni su familia, e ignoraba dónde vivía. Mientras Marimi se preguntaba cómo podría devolverlo a su gente, vio que el cuervo la llamaba trazando impacientes círculos en el cielo. No le quedaba más remedio que seguirlo. Se colgó la cesta y la manta del hombro, cogió la lanza, se colocó a Wamchen en la cadera y, con Payat a su lado, emprendió de nuevo viaje hacia el sol poniente.

Por fin llegaron al margen occidental del desierto, donde una fiera cordillera de montañas se alzaba abrupta y mellada. Marimi encontró un paso y, tras varios días de difícil viaje, desembocaron en una gran llanura fértil que se extendía a sus pies. Poseía un verdor que jamás habían visto, y estaba salpicada de árboles hasta donde alcanzaba la vista, así como ríos, lagunas y suaves colinas. Al descender hacia el valle encontraron una antigua vereda y, sabedores de que los conduciría a algún lugar con agua y comida, la siguieron. En efecto, pasaron junto a árboles cargados de frutos y ríos caudalosos, llenos de peces. Marimi sintió deseos de detenerse y hacer allí su hogar, pero el cuervo siguió volando hacia el oeste, y la joven fue en pos del pájaro sin cuestionar su proceder.

Continuaron por el sendero, pasando por claros y campos, marismas y grandes lagunas de una sustancia negra en cuyas superficies se veían burbujas hediondas. Prosiguieron hacia el oeste, topándose en su viaje con algunas personas que se mostraban amables pero hablaban en

una lengua desconocida para Mariani. Aquellas personas vivían en pequeñas chozas redondas y compartían su comida con los viajeros. En ocasiones, Marimi se detenía para examinar a un niño o anciano enfermo, así como para compartir las hierbas medicinales que llevaba.

Un día, el aire empezó a adquirir un cariz del todo nuevo para ella y Payat; era un aire limpio y frío que olía a sal. Y cuando Marimi divisó a lo lejos las montañas verdes, le acometió la sensación de que el viaje tocaba a su fin. Muy pronto, aseguró a Payat y Wanchem, Cuervo se detendría definitivamente.

Cuando se acercaban al pie de las montañas verdes, el cielo se cubrió de negros nubarrones. Empezó a soplar un viento que impedía avanzar a Cuervo. El ave describía círculos y más círculos en el cielo, mientras Marimi abrazaba a los dos niños y los abrigaba con su manta de piel de conejo. Al estallar la tormenta se cobijaron bajo la copa de una gran encina y contemplaron aterrados los torrentes que se precipitaban por barrancos y desfiladeros, amenazando con arrastrar a los tres humanos a su paso. Horrorizados presenciaron cómo varios acantilados sucumbían al agua y se abalanzaban hacia ellos en avalanchas fangosas. El viento rugía, y la tempestad zarandeaba la robusta encina. Marimi perdió de vista al cuervo y se preguntó asustada si ella y los niños habrían violado algún tabú y ahora estaban recibiendo su castigo.

Y en aquel instante empezaron los dolores del parto.

Dejó a los niños al abrigo del árbol y salió a la tormenta en busca de algún refugio. Cegada por la lluvia, caminó dando tumbos entre rocas y arbustos, desesperada por encontrar un lugar seco.

Por fin, entre la espesa cortina de lluvia, vislumbró la silueta negra del pájaro que planeaba elegante pese al agua y el viento, guiándola hacia un montón de rocas. Cuervo se posó sobre ellas, se sacudió las plumas y se comunicó con ella en silencio. Marimi exploró la zona, dando frecuentes traspiés sobre el suelo resbaladizo y empapado, y descubrió que las grandes rocas ocultaban la boca de una garganta. Se adentró en el pequeño cañón, pestañeó para ahuyentar la lluvia de sus ojos y vio la entrada de una cueva donde ella y los niños podrían entrar en calor, secarse y protegerse de la tormenta. Más tarde, cuando su hijo hubiera nacido y ella hubiera recobrado las fuerzas, Marimi regresaría a las rocas y grabaría dos petroglifos en ellas. El símbolo del cuervo, en agradecimiento por haberlos conducido hasta allí, y el símbolo de la luna, por haber respondido a sus plegarias.

A Marimi no le extrañó dar a luz dos niñas, pues procedía de una larga estirpe de mujeres que sólo alumbraban hembras. Cuando recobró las fuerzas, el cuervo voló hasta la cima de la cresta, seguido de Marimi con sus dos bebés, Wanchem y Payat. Al llegar a la cumbre quedaron petrificados durante largo rato.

Habían llegado al final del mundo, pues ante ellos se extendía la llanura de agua más inmensa que Marimi había visto en toda su vida. Era la tierra de los muertos, pensó, el lugar al que iban los topaa después de morir. Su majestuosidad cortaba el aliento.

El cuervo se había posado en una encina y llevaba algo en el pico que dejó caer antes de desaparecer para siempre. Al recogerlo, Marimi comprobó que era una extraña y hermosa piedra, perfectamente redonda y lisa, negra azabache como la pluma del ave. Cerró los dedos en torno a ella y sintió toda la fuerza del espíritu del cuervo.

Se volvió de nuevo hacia el agua azul y vio, a su orilla, delgadas columnas de humo procedentes de hogueras.

—No iremos a ese poblado —anunció a los dos niños y a las pequeñas que llevaba en brazos—. Sus costumbres, tabús y leyes serán distintos de los nuestros. Fuimos desterrados, y ahora seremos nuestro propio pueblo. Este es nuestro hogar, y lo llamaremos la Morada del Pueblo.

Formó la palabra uniendo dos vocablos de su lengua topaa, que significaba «el pueblo», y ngna, que significaba <la morada de».

Librodot

Abandonaron la cueva de Topaa—ngna y se trasladaron a la llanura pantanosa situada en las inmediaciones del océano, al pie de las colinas. Erigieron chozas redondas, cazaban piezas menores y una vez al año subían a las montañas para recolectar bellotas. Marimi acudía a la cueva cuando necesitaba consejo del cuervo y la luna. En esas ocasiones percibía que el don espiritual se adueñaba de ella y se adentraba a ciegas en el pequeño cañón, con la cabeza a punto de estallar por el dolor, y se sentaba en la oscuridad de la cueva mientras numerosas imágenes surcaban su mente. Así le fueron transmitidas las leyes de su nueva familia.

Marimi comprendía la importancia vital de que una persona conociese su clan, su segunda familia y su primera familia, pues si los desconocía, podía quebrantar tabús sin darse cuenta de ello. Así pues, intentó reconstruir el linaje de Wanchem. Puesto que el cuervo la había conducido hasta él, decidió que pertenecía al Clan del Cuervo. Su segunda familia era el Pueblo que Vivía con los Cactus, y la primera era la que Marimi acababa de fundar: «El pueblo que come bellotas».

La pequeña familia crecía y florecía. Durante el cuarto invierno que pasaron allí, la nieve cubrió cada rama y cada arroyuelo. Un cazador de osos que se había perdido se refugió en la cueva de Marimi, donde ella lo encontró. Se quedó con la familia hasta la primavera y luego prosiguió su camino. En verano, Marimi parió otro par de gemelas, esta vez del cazador.

A medida que los niños se acercaban a la edad adulta, Marimi empezó a preocuparse por los tabús y los vínculos familiares. Las reglas no eran de su invención, sino que las habían decretado los dioses al principio de los tiempos. El hermano no podía casarse con la hermana, el primo hermano materno no podía contraer matrimonio con la prima hermana materna. Si se quebrantaban tales normas, la tribu podía enfermar y morir. Sin embargo, Marimi sabía que el primo hermano materno podía casarse con la prima hermana paterna, de modo que la familia necesitaba sangre nueva. Fue a la cueva en busca de consejo, y el cuervo le indicó que encontrara un marido en alguna tribu vecina y lo llevara a vivir con ellos.

Cargada con la lanza y una cesta de bellotas, Marimi se dirigió al este, hacia un poblado por el que había pasado hacia varias estaciones. Ofreció a sus moradores abalorios de concha, que eran muy apreciados, y prometió al futuro esposo gran cantidad de bellotas y pesca. A cambio, él debía aceptar las normas de los topaa, advirtió Marimi, y convertirse en uno de ellos. La familia del hombre convino en que era conveniente tener vínculos con una tribu de la costa, pues era bien sabido que poseían pieles de nutria y carne de ballena. El esposo escogido pertenecía al Clan del Ciervo, al Pueblo que Vive en Tierra Temblorosa y a los «moradores de la marisma». A partir de entonces formaría parte del «pueblo que come bellotas».

Al llegar a la edad adulta, las primeras hijas de Marimi se casaron con Payat y Wanchem. Una de las hijas del cazador también contrajo matrimonio con Payat, pues Marimi lo había nombrado jefe de su pequeña tribu, y el jefe podía tener más de una esposa. La segunda hija del cazador se casó con un hombre procedente del este que venía en busca de pieles de nutria y decidió quedarse. El esposo de Marimi le dio tres hijos y cuatro hijas, que a su debido tiempo se casaron y engrosaron la tribu.

En el transcurso de las estaciones, Marimi enseñó a sus hijas y nietas a tejer cestas, a rezar y cantar para que se les confiriera vida y por tanto espíritu. Transmitió a los jóvenes las reglas y los tabús de los topaa, que cuando los saltamontes y grillos escaseaban no debían comérselos, que cuando llegaba la cosecha de la bellota no debían recolectarla hasta acabar con sus existencias, sino dejar las suficientes para garantizar una buena cosecha al año siguiente, que un esposo no copulaba con su esposa durante los cinco días que duraba su luna, que el cazador que traía carne no comía de ella, sino de la de otro cazador. Porque sin reglas y desconociendo los tabús, las personas no podían manejar sus vidas, les decía. Los topaa sabían por la naturaleza que existían reglas. Sabían que el gato no se apareaba con el perro, que el ciervo no comía carne, que el búho sólo cazaba de noche. Al igual que los animales, los topaa debían obedecer las reglas.

Un otoño, una plaga azotó las encinas, las bellotas cayeron a tierra, inservibles, y los animales desaparecieron del lugar, de modo que no encontraban ni una triste ardilla que asar

Librodot

en la hoguera. La familia empezó a pasar hambre, y Marimi recordó la ocasión en que había rezado a la luna. Volvió a hacerlo con gran respeto, prometiéndole a cambio gratitud. Y ocurrió un milagro. La noche siguiente, numerosos peces aterraron en la orilla coleando. Marimi ordenó a todos que bajaran a la playa con cestas y los recogieran. Una vez secos, los peces proporcionarían alimento hasta la primavera, que traería bayas y semillas en abundancia. En señal de agradecimiento, la siguiente vez que aparecieron peces en la orilla, Marimi hizo que sus hijos devolvieran algunos a la mar, explicándoles que lo que se toma de los dioses se retorna a ellos.

Marimi inculcó a su familia la importancia de contar historias, que las historias debían transmitirme de generación en generación para que el clan conociera su pasado y recordara a sus antecesores. Cada noche, alrededor de la hoguera, les contaba cómo habían sido creado el mundo y los topaa, les narraba historias de los dioses y las fábulas que encerraban valiosas enseñanzas. Les repetía que debían rezar respetuosamente al Padre Sol y la Madre Luna, que los topaa eran hijos de los dioses y no necesitaban chamanes que intercedieran por ellos. Como todos los padres, al sol y la luna les gustaba oír la voz de sus hijos, pero sólo si eran respetuosos, obedientes y prometían ser reverentes. En tales condiciones, los dioses protegían a sus hijos y velaban por ellos.

De vez en cuando, en el transcurso de los años, Marimi dejaba sus tareas y miraba hacia el este, donde el sol de la mañana asomaba entre las montañas. Pensaba en su madre y en el clan, y una peculiar tristeza se adueñaba de su corazón.

Cuando el cabello de Marimi se había tornado blanco como la nieve que trajera al cazador de osos tanto tiempo atrás y supo que pronto emprendería el viaje hacia el oeste para reunirse con sus antepasados en el océano, pasaba todo los días en la cueva, mezclando colores. El rojo con corteza de aliso, el negro con bayas de saúco, el amarillo con ranúnculos, el violeta con girasoles. Con aquellas pinturas plasmó meticulosamente en pictogramas el viaje que había realizado a través del Gran Desierto, para que los topaa del futuro conocieran la historia de su tribu.

Marimi agonizaba rodeada de su familia. Si bien ahora el grupo consistía en nueve familias de cinco tribus y cuatro clanes, con hermanos de un grupo casados con hermanas de otro, y forasteros que habían llegado para desposar a las hijas restantes, la generación joven descendía por entero de Marimi. Les había enseñado a cazar y recolectar frutos secos, a tejer cestas y cantar las canciones de sus antepasados, a venerar a la Madre Luna y vivir en armonía con los espíritus que habitaban cada animal, cada roca, cada árbol. Les había repetido una y otra vez que no debían olvidar jamás que eran topaa.

Payat, a la sazón ya abuelo, esbozó una sonrisa triste cuando Manara le apoyó una mano en la cabeza para bendecirlo.

—Recuerda siempre que en mi familia no habrá proscritos, no habrá muertos vivientes como tú y yo fuimos un día. Enseña a nuestro pueblo que no debe vivir atemorizado e impotente como nosotros vivimos una vez, sino en paz y amor. No olvides contar a los niños nuestra historia, nuestro viaje desde el este, el temblor que provocamos al pisar el caparazón del Abuelo Tortuga, el día que encontramos a Wanchem junto al río mágico, el modo en que la Madre Luna nos protegió y alumbró nuestro camino. Enséñales a recordar esas historias y transmitirlas a sus hijos, para que los topaa de las generaciones venideras conozcan sus orígenes.

Acto seguido, Marimi llamó a su lado a su bisnieta, quien desde su más tierna infancia sufría cegadores dolores de cabeza acompañados de visiones, que Marimi ya no consideraba un mal, sino una bendición, y también le apoyó la mano sobre la cabeza.

—Los dioses te han elegido, hija mía. Te han regalado el don espiritual. Te doy mi nombre porque pronto me reuniré con nuestros antepasados, y al tomar mi nombre te convertirás en mí, Marino, chamán del clan.

Librodot

La enterraron con gran ceremonia en la cueva de Topaa—ngna, y enviaron su espíritu al oeste con sus bolsas de hierbas medicinales, el lanzadardos, sus horquillas y arracadas. Sin embargo, conservaron la piedra espiritual sagrada del cuervo, que colgaron al cuello de la niña elegida, ahora llamada Marimi, la cual se convertiría en la chamán del clan y cuyo deber consistiría en atender la cueva de la Primera Madre durante el resto de sus días.

3

«Tu nombre es Camina Con El Sol, y formabas parte de una partida de caza; te alejaste demasiado y te perdiste, de modo que te asentaste aquí e hiciste de este lugar tu morada.»

No, pensó Erica mientras examinaba las fotografías que había tomado del esqueleto en la cueva. Aquella mujer nunca se perdería.

«Eres Mujer Foca y llegaste del noroeste en una larga canoa con tu amante tras huir de los tabús tribales que te prohibían casarte con é.

O viniste de unas islas situadas muy al oeste y ya sumergidas en el mar, y tenías nombre de diosa.»

Erica se oprimió el puente de la nariz, se reclinó en la silla y se desperezó, moviendo la cabeza y los hombros para ahuyentar el agarrotamiento. Miró el reloj. Vaya, el tiempo volaba, sin lugar a dudas.

Mientras alargaba la mano para coger el café frío miró el desorden apilado sobre el banco de trabajo, numerosos artefactos a la espera de ser examinados, etiquetados y catalogados. Erica se encontraba en la caravana convertida en un laboratorio atestado de equipo científicos, microscopios, taburetes altos y un tablón de anuncios cubierto de alfileres, notas y dibujos. Caía la tarde, y llevaba varias horas clasificando los últimos hallazgos del día. Estaba sola en el laboratorio, pues los demás cenaban en la carpa habilitada como cantina o charlaban en el campamento.

Cuando Erica descubrió el cráneo enterrado en la cueva, Sam le dio permiso para iniciar una excavación a gran escala. Obtuvieron luz verde de la Oficina de Protección Medioambiental, y si bien Sam sería el director de la excavación, concedió a Erica el honor de ocuparse del trabajo duro.

—Pero sé objetiva, Erica —le advirtió—. Después del desastre del pecio de Chadwick, más de uno pidió tu cabeza. Sin embargo eres una buena antropóloga y no creo que tu carrera deba irse al garete por un error impulsivo.

De cualquier forma Erica puso manos a la obra con su vigor y exuberancia de siempre. Sin perder un instante, delimitó el suelo de la cueva con estacas y cuerda, y acto seguido procedió a rascar cuidadosamente la tierra con una paleta, conteniendo el impulso de cavar sin ton ni son en las capas de tierra y desenterrar los inestimables vestigios de historia que sin duda hallaría. Reservó la tierra apartada en cubos y la hizo subir a la superficie, donde varios voluntarios la tamizaron en busca de material arqueológico. Entretanto, Luke comenzó a limpiar las paredes.

En el exterior de la cueva, los geólogos, ingenieros y especialistas en suelos iniciaron su trabajo a lo largo de Emerald Hills Drive.

Y por supuesto, Jared Black tampoco permaneció de brazos cruzados.

Estaban inmersos en una carrera. La tarea de Jared consistía en localizar al descendiente más probable lo antes posible para poner en sus manos la cueva y su contenido. Erica sospechaba que, cuando eso sucediera, ella se quedaría sin trabajo. Era blanca, y cuando se descubriera al propietario indio de la cueva, éste querría que su propia gente se encargara de la excavación o quizás incluso la detendrían y mandarían sellar la cueva. Así pues, trabajaba sin descanso en un intento desesperado de desvelar los misterios de la cueva antes de que Jared Black alcanzara su objetivo.

El primer visitante que Jared llevó a la cueva era el jefe Antonio Rivera, de la tribu de los

Librodot

gabrielinos. La intención del abogado era que intentara identificar la pintura y así le permitiera poner en marcha el engranaje legal. Puesto que el visitante era un hombre de edad avanzada, lo bajaron a la cueva en una silla, y mientras examinaba los pictogramas, Erica había interrumpido su trabajo para observarlo. Aquel rostro hendido por mil surcos y arrugas, de tez cobriza y seca, era una máscara mientras los ojos pequeños y agudos pasaban de un símbolo a otro, deteniéndose a veces para absorber algún detalle antes de continuar. Permaneció sentado durante casi una hora, empapándose del magnífico mural con el cuerpo rígido, las manos curtidas sobre las rodillas, hasta que por fin lanzó un suspiro entrecortado y se levantó de la silla.

—No es de mi tribu —declaró.

Jared no dejaba de llevar a la cueva miembros de distintas tribus. Venían tongva, diegueños, chumash, luiseños, kemaaya... Jóvenes, viejos, hombres, mujeres, trajeados, en vaqueros, de cabello corto o trenzado contemplaban de pie o sentados los desconcertantes misterios del antiquísimo mural. Y antes de marcharse, todos meneaban la cabeza.

—No es de mi tribu —decían.

Algunos de los visitantes miraban a Erica con visible disgusto, recordando los ancestrales tabús sobre las mujeres que irrumpían en lugares sagrados. A otros les incomodaba incluso entrar en la cueva. Una mujer de la tribu purísima, al norte de Santa Bárbara, se alteró sobremanera y se marchó afirmando haber violado el tabú que prohibía a las mujeres mirar los símbolos sagrados de la búsqueda visionaria de un chamán, y que sobre toda su tribu caería la maldición por ello. En cambio, algunos visitantes acogían con satisfacción la presencia de Erica y su trabajo. Un joven, miembro de la tribu de los navajo y profesor de historia india en la Universidad de Arizona, le estrechó la mano y expresó el deseo de ser informado de sus progresos.

Jared también trajo a expertos blancos, hombres y mujeres que habían aprendido historia de los indios de las universidades. Pero ellos, asimismo, pese a sus títulos y conocimientos académicos, denegaron con la cabeza y se fueron.

Además, la cueva encerraba otros misterios.

La moneda de un centavo acuñada en 1814 que Erica había encontrado el día anterior, por ejemplo. En 1814, el comercio entre californianos y americanos era ilegal, pero aquella moneda era estadounidense. Los navíos estadounidenses tenían prohibido atracar en San Pedro y San Francisco, y cualquiera que desembarcara allí era detenido y deportado. Así pues, ¿cómo había ido a parar esa moneda a la cueva? Erica sabía que no podía haber llegado hasta allí años más tarde, cuando California ya formaba parte de la Unión, porque el relieve era muy pronunciado. Se apreciaba con claridad la guirnalda que rodeaba las palabras Un Centavo y, a su alrededor, Estados Unidos de América. En la otra cara, la cabeza de Libertad con una corona en torno al cabello rizado, rodeada de doce estrellas bien definidas y el número 1814, del todo legible. Una moneda que hubiera permanecido varios años en circulación habría perdido los contornos al pasar tantas veces de mano en mano; a todas luces, aquella se había perdido poco después de ser acuñada, lo cual constituía un misterio.

Y había otros.

Erica echó un vistazo a las fotografias en blanco y negro sujetas al tablón con tachuelas. Mostraban el sorprendente hallazgo de Luke, unas palabras grabadas en la pared de piedra arenisca de la cueva: La Primera Madre.

Quién era la Primera Madre? ¿Sería aquello una pista de la identidad de la Señora?

Así la habían bautizado, la Señora. La mujer cuyo esqueleto intacto había descubierto Erica de forma gradual a lo largo de las últimas semanas en compañía de objetos funerarios, vestigios de ropa e incluso mechones de largo cabello blanco.

No fue difícil determinar el sexo, pues la pelvis era claramente femenina. La edad en el momento de la muerte, que Erica calculaba entre ochenta y noventa años, se estimó examinando los dientes, erosionados casi hasta la mandíbula por una vida entera de comer alimentos cubiertos de tierra y arena gruesa. El cálculo de la edad histórica del esqueleto era

Librodot

harina de otro costal y requirió el análisis del carbono 14. El tejido óseo tenía entre mil novecientos y dos mil doscientos años de antigüedad, y el hecho de que hubiera enterrados junto a la mujer una lanza y un lanzadardos, en lugar de arco y flecha, también indicaba que sin duda tenía más de mil quinientos años.

Asimismo, Erica dedujo que la Señora había sido una curandera, pues la habían enterrado con bolsas de semillas y cestas que contenían hierbas. Casi todo ello estaba desintegrado, pero de momento el análisis microscópico había identificado varios tipos de hierbas medicinales.

Sin embargo, no lograba descubrir a qué tribu había pertenecido. La mujer había sido alta, lo que indicaba la posibilidad de que fuera mojave, ya que éstos se contaban entre las tribus más altas del subcontinente norteamericano. Los objetos funerarios no eran chumash, y además, los chumash no habían enterrado a sus muertos a aquel lado del arroyo Malibú. Tampoco pudo haber sido gabrielina, pues éstos incineraban a los difuntos. Los objetos funerarios estaban intactos, y los indios de la región de Los Angeles rompían las pertenencias de los muertos, es decir, partían las flechas en dos y quebraban las lanzas para que los objetos también murieran y se unieran a sus dueños en la vida del más allá.

Pero fuera quien fuera, y fuera cual fuera su tribu, quienes la sepultaron lo hicieron con gran minuciosidad y veneración. La Señora yacía de costado, con los brazos cruzados sobre el pecho y las rodillas dobladas cómodamente en lo que parecía una posición fetal o dormida. La habían envuelto en una manta de pieles de conejo, ahora casi desintegrada por completo pero aún visible en pequeños jirones sobre el esqueleto. Llevaba varios collares y pulseras de abalorios de concha. El análisis de polen indicaba que la habían tendido sobre un lecho de flores y salvia, y junto a sus manos se veían pequeñas ofrendas de comida consistentes en semillas, frutos secos y bayas. Sus pertenencias estaban dispuestas con gran cuidado alrededor de su cuerpo. Había horquillas plumadas, pendientes de hueso tallado, una flauta hecha de huesecillos de pájaro y diversos objetos que Erica no logró identificar, pero que suponía cargados de significado ritual. Vestigios de almagre sugerían que el cadáver había sido pintado de rojo antes de recibir sepultura.

Mientras los sonidos del campamento se filtraban por la ventana abierta, una guitarra, gente jugando a voleibol..., Erica retrocedió en el tiempo. Contempló las fotografías colgadas sobre el banco de trabajo, el cabello blanco y los huesos frágiles que algún día habían formado parte de una mujer viva, y experimentó el acuciarte deseo de conocer la historia de la señora.

Las historias hacían reales a las personas, les conferían alma.

Nunca olvidaría el día en que empezó a querer conocer la historia de las personas: el curso de su vida cambió para siempre. Tenía doce años y visitaba un museo con la escuela. Se encontraban en la sección de antropología, mirando los dioramas mientras el profesor hablaba de las vidas de los indios descritos en el poblado reconstruido tras el vidrio, y de repente, Erica experimentó una emoción inexplicable al pensar que aquellas personas llevaban tanto tiempo muertas, pero pese a ello ahí estaban, enseñando a la gente cómo habían vivido. Qué maravilla no permitir que las personas murieran y cayeran en el olvido, mantenerlas vivas y recordarlas.

¿Quién eres? preguntó Erica en silencio al quebradizo cráneo, con sus pómulos delicados y su mandíbula frágil. ¿Cómo te llamabas? ¿Quién te amaba? ¿A quién amabas tú? Sola en la cueva, entre sombras y silencio, mientras examinaba el frágil esqueleto de la Señora, acurrucado de costado, Erica experimentó una emoción inesperada, como si cuidara de un niño. Sintió la necesidad física de proteger aquellos huesos solitarios y olvidados, atraerlos hacia su pecho y mantenerlos a salvo. Justamente entonces decidió averiguar la identidad de la mujer antes de que Jared Black localizara a los propietarios legítimos de la cueva.

Tal vez el último hallazgo que había hecho aquella tarde en la cueva le proporcionaría alguna pista sobre la identidad de la mujer. El extraño objeto tenía el tamaño y la forma aproximados de un balón de fútbol pequeño, una especie de paquete de piel de conejo con tendones de animal adornados con abalorios de concha. Lo había encontrado a un nivel

inferior que el de la moneda de 1814, pero por encima de la capa de la que había extraído los fragmentos de cerámica. Puesto que los indios de la cuenca de Los Angeles no cocían arcilla, sino que trocaban la cerámica por otros objetos con las tribus pueblo que pasaban por la zona, Erica revisó numerosos catálogos de cerámicas del sudoeste datadas e identificadas. Guiándose por el contenido en mineral de plomo del lustre y el temple de piedra arenisca, concluyó que las vasijas habían sido fabricadas en Pecos, un gran poblado indio situado a orillas de Río Grande, en los aledaños de 1400, lo cual seguía dejando un margen de cuatrocientos años. Harían falta más análisis para determinar con mayor precisión el año en que el balón de piel de conejo había sido dejado en la cueva.

Erica estaba segura de que tenía algo dentro. Una ofrenda de un descendiente que había ido a la cueva a pedir un milaclro: una mujer que deseaba un hijo, un guerrero que buscaba esposa.

Deseosa de dar un paseo y tomar el aire, cogió un libro de entre el desorden de su banco de trabajo y se lo puso bajo el brazo.

La tierra situada a espaldas de la finca de Zimmerman era en realidad la cresta septentrional del cañón, mientras que la mansión del productor se erigía en la cresta meridional, en sentido transversal con respecto a los jardines traseros. Allí, entre encinas, pinos enanos y chaparros, se veían las caravanas y tiendas en las que se alojaban los arqueólogos y voluntarios que habían acudido para tamizar, limpiar, clasificar, catalogar, fotografiar, analizar y llevar a cabo pruebas con todos los objetos procedentes de la cueva y el cráter dejado por la piscina de Zimmerman, en su mayoría huesos humanos.

Durante el día, la zona era un hervidero de actividad. Mientras la policía, los equipos de protección civil y numerosos trabajadores municipales se ocupaban de los propietarios de las casas circundantes, los curiosos y los periodistas, varios agrimensores verificaban las condiciones estructurales de la mesa y las comparaban con los datos históricos. Se les veía por toda la urbanización esgrimiendo niveles, teodolitos, taladros, azadas, equipos electrónicos de medición de distancias, unidades de análisis sísmico y diversos tipos de herramientas de muestreo a fin de recoger muestras de suelo y analizarlas. Otro jardín se había hundido parcialmente, dejando entre otras cosas la espectacular imagen de una intrincada fuente renacentista partida en dos y ladeada.

Los arqueólogos no eran los únicos que vivían en la zona. Había también miembros del Instituto Sismográfico, que controlaban delicados instrumentos instalados por toda la mesa y la urbanización de Emerald Hills Estates, vigilantes jurados contratados por los propietarios para proteger las mansiones de los saqueadores y albañiles enviados para apuntalar el barranco, el cráter de la piscina y el interior de la cueva, tipos con casco que flirteaban con las esbeltas licenciadas en antropología llegadas de la UCLA. Muchos de los albañiles eran indios contratados de acuerdo con la nueva legislación aprobada en parte gracias a Jared Black, quien arguyó que la supervisión de túmulos indios no sólo proporcionaba empleos a indios, sino también despertaba la conciencia cultural de los miembros de las tribus, contribuía a financiar los programas de formación tribal y aportaba los expertos que los promotores inmobiliarios y los organismos gubernamentales necesitaban para cumplir las leyes de impacto medioambiental tanto federales como estatales.

También habían acudido otros indios, manifestantes que desde el otro lado del cordón policial exigían la interrupción de la excavación pese a que nadie sabía aún a qué tribu habían pertenecido la cueva y el esqueleto. Otros querían que los trabajos continuaran, pues albergaban la esperanza de que se lograran identificar los restos. Jared Black conversaba a menudo con los manifestantes e intentaba mediar entre grupos indios en conflicto. Ya había estallado una pelea, y varios manifestantes habían sido retirados del lugar esposados. Desde el decreto de 1990 relativo a los derechos patrimoniales de los indios estadounidenses, numerosos esqueletos habían sido trasladados de sus museos para recibir sepultura. El

Librodot

Smithsonian ya había devuelto dos mil y se proponía retornar los otros catorce mil que obraban en su poder. Sin embargo, el problema de la Mujer de Emerald Hills residía en que su adscripción tribal aún se desconocía, por lo que a algunas tribus les preocupaba que un grupo rival tocara los huesos y así maldijera a sus adversarios y a los descendientes de éstos.

Mientras cruzaba el bullicioso campamento, Erica miró la ostentosa autocaravana Winnebago de quince metros de Jared Black, aparcada a cierta distancia de las demás caravanas y tiendas, de características mucho más modestas. El vehículo de Black estaba a oscuras. Aquella mañana lo había visto marcharse temprano, saliendo de la zona de estacionamiento como si su Porsche estuviera ardiendo. Por lo visto, aún no había vuelto.

Jared no era hombre que se cruzara de brazos. Además de formar parte de la Comisión en pro del Patrimonio Indio del Estado de California, seguía ejerciendo como abogado en un prestigioso bufete de San Francisco. Tenía a todo su personal buscando escrituras locales y referencias históricas de la cueva, revisando los archivos de las misiones franciscanas y revolviendo asimismo los archivos de la ciudad, el condado y el Estado en un intento de averiguar si en ellos figuraba alguna mención a los indios y a alguna tribu india autóctona.

Erica había estado una vez en el interior de la autocaravana, cuan—do Jared convocó una reunión con ella, Sam y varios miembros de una tribu local. El vehículo estaba equipado con aparatos electrónicos de última generación, televisor y equipo de música, una cama inmensa, un frigorífico potentísimo, lavavajillas, microondas, máquina de hielo automática, alfombras mullidas y vitrinas con copas de cristal. Era más lujoso y cómodo que cualquiera de los pisos que Erica había habitado en su vida. En su opinión, Jared Black, el abogado y activista que luchaba por los derechos de los indios, era un fantasma al que le gustaba estar en el candelero. Jared incluso tenía una secretaria, cortesía de un bufete de abogados de la zona, que acudía cada mañana y se marchaba horas más tarde con el maletín repleto de papeles. Un sinfín de personas entraba y salía de la auto—caravana durante todo el día. Ahogados, políticos, representantes tribales... Su vida profesional era un libro abierto.

Pero por otro lado, el Jared Black hombre constituía un enigma.

Al final del día, cuando el trabajo terminaba, los trabajadores volvían a sus casas, y Erica y su equipo guardaban las herramientas antes de ir a la cantina o el alojamiento de cada uno. Jared Black también cerraba la barraca, el torrente de visitantes cesaba, las luces se encendían en el interior de la autocaravana y la puerta permanecía cerrada. Nunca cenaba en compañía, sino siempre solo, y alrededor de las ocho se marchaba con una pequeña bolsa de gimnasio y regresaba al cabo de dos horas con el cabello húmedo. Erica imaginaba que iba a hacer ejercicio a algún lugar, tal vez a jugar a balonmano o nadar, pero aquellas salidas eran diarias. «Es entrenador personal de luchadores profesionales y estrellas del kung fu. Cada noche escala la fachada del Hotel Bonaventure, con permiso de la dirección, por supuesto.» Fuera como fuese, eso explicaba su físico: aun enfundado en sus trajes de tres piezas, era evidente que Jared Black poseía un cuerpo esbelto y musculoso.

A juzgar por lo que veía Erica, carecía de vida social. Se preguntó por qué su mujer no se habría reunido con él. Dos semanas antes, Jared se había ausentado durante cuatro días, Erica suponía que para ir a San Francisco, donde vivía. «El y su mujer hacían el amor con pasión y desenfreno. Hacían el amor en todas partes, en su dormitorio, en el parque Golden Gate, en el tranvía... Un festín de amor insaciable para recuperar el tiempo perdido y afrontar con vigor los meses de celibato que se avecinaban.»

Las piezas de la vida de Jared no encajaban como las de otras personas. Erica no lograba descifrarlas. Si bien conocía los hechos superficiales que lo marcaban, no lograba desenterrar los artefactos enterrados bajo las múltiples capas de su compleja personalidad.

Pero una cosa sí sabía, y era que no confiaba en él.

—¿Estás aquí? —interrumpió sus pensamientos una voz estentórea. Sam Carter salía de la cantina con la corbata manchada de café—. Quería hablar contigo.

«Malas noticias», se dijo ella.

—Acabo de hablar con la OIU. Estamos a merced de la naturaleza, Erica, no hay vuelta de

hoja. Después de los temblores de ayer y del hundimiento de otra piscina, dicen que el cañón entero puede desmoronarse en cualquier momento. Tienes que estar dispuesta a ahuecar el ala en cualquier momento.

—¡Pero si no he terminado!

—Erica, la Oficina de Intervención Urgente no quiere asumir la responsabilidad de tu seguridad si se produce otro temblor, y creen que pasará.

—Yo asumiré mi propia responsabilidad.

—Erica, tu seguridad es responsabilidad mía, y si la OIU dice que tenemos que marcharnos, nos marchamos.

Se fijó en el libro que Erica llevaba bajo el brazo. Al ver su mirada interrogante, se lo alargó. La extraña vida y el ministerio de la hermana Sarah. El título estaba sacado del titular de un artículo aparecido en el Los Angeles Times 1926, en el que se hablaba del arrollador éxito de las sesiones colectivas de espiritismo que la médium celebraba en el Auditorio Shrine, donde más de seis mil personas histéricas afirmaban haber visto y hablado con espíritus.

—¿Qué, un poco de lectura ligera antes de dormir? —preguntó Sam.

—Siento curiosidad por saber qué atrajo a la hermana Sarah a este lugar, por qué eligió este cañón para su Iglesia de los Espíritus.

—Puede que porque le saliera barato el solar. En aquella época, el suelo valía poco por aquí. No había carreteras ni servicios; debía de ser un coñazo vivir en este lugar.

Sam ojeó las fotografías en blanco y negro y se detuvo en un espectacular retrato de Sarah envuelta en su túnica blanca, con el cabello atusado y ojos de vampiresa. Parecía más una estrella de cine mudo que una médium. Y entonces recordó que así había empezado. ¿No la habían «descubierto» o algo por el estilo?

Devolvió el libro a Erica y se volvió hacia la Winnebago.

—Estoy buscando a nuestro amigo el comisario. ¿Lo has visto?

—Me parece que no está.

—¿Adónde crees que va por las noches?

—A tomar clases de guitarra con un músico de jazz jubilado. Sam la miró asombrado hasta que vio su sonrisa sarcástica.

—Algún día, tu imaginación te meterá en un buen lío, Erica. «Mi padre es espía y mi madre, una princesa francesa a la que sus padres desheredaron por casarse con él.»

«Erica, querida, ¿por qué cuentas mentiras a los demás niños?» «No son mentiras, señorita Barnstable. Son historias» «A ver, niños, Erica tiene algo que deciros. Vamos, Erica, dile a la clase que sientes haber contado mentiras.»

—¿Has abierto va la bola de pelo de conejo? —inquirió Sam.

Sabía que Erica ya habría urdido una historia, aun sin saber qué contenía el paquetito. Eso era precisamente lo que le había causado tantos problemas en el asunto Chadwick; tenía demasiada imaginación y estaba demasiado ansiosa por conocer la historia. Si los hechos no la contaban, la mente de Erica se encargaba de tejerla. En sus manos, un fragmento de cerámica no era sólo un fragmento de cerámica, sino el enojo de una esposa que trabajaba furiosamente la arcilla mientras pensaba en su marido coqueteando con la mujer de su hermano, un esposo perezoso que no sabía cazar, por lo que su mujer se veía obligada a hacer vasijas para trocarlas por carne y pescado mientras su marido contemplaba la posibilidad de violar un tabú tribal que los destruiría a todos. Erica trabajaba con pasión y ningún distanciamiento científico.

—Mira esto! —gritaba de pronto mientras sostenía en alto algún objeto sucio v mohoso—. Es fantástico, ¿no te parece? Me parece estar oyendo su historia.

Historia que no tenía por qué ser cierta, sólo posible.

Tal vez por eso era una mujer tan solitaria. Quizás las historias le bastaran. A Sam le asombraba la facilidad con que Erica se había instalado en el campamento, utilizando sus escasas pertenencias, como siempre hacía, para transformar una simple tienda en un hogar.

Carecía de domicilio permanente y sus señas quedaban reducidas a un apartado de correos en Santa Bárbara. Era increíblemente flexible, lo que le permitía cambiar de proyecto en un abrir y cerrar de ojos y mencionar con frecuencia y una carcajada burlona su vida errante. Hubo un tiempo en que Sam envidiaba aquella falta de raíces porque él estaba ligado a una costosa hipoteca en Sacramento, con sus hijos ya mayores y sus nietos pequeños viviendo a pocas manzanas, su ex mujer, con la que aún se llevaba bien, en el mismo barrio, y su madre inválida alojada en una residencia geriátrica cercana. Poder coger tus bártulos e ir a cualquier parte sin dar explicaciones ni hacer promesas de llamar o volver pronto, le había parecido un sueño al llegar a la crisis de la madurez. Sin embargo dejó de envidiar a Erica unas Navidades, cuando trabajaban en una excavación en el desierto de Mojave. Sam cogió un avión para pasar las fiestas con su familia, pero Erica se quedó para catalogar huesos. Más tarde, Sam se enteró de que su colaboradora había dado cuenta de la cena de Navidad en el restaurante de carretera más cercano, compartiendo pavo embutido y salsa de arándanos enlatada con tres camioneros, dos policías de carretera, dos jóvenes autoestopistas, un guarda forestal y un viejo y canoso explorador llamado Clyde. A Sam le pareció el cuadro más deprimente que había oído en su vida.

A veces se preguntaba en qué consistiría su vida sentimental. Había visto hombres entrar y salir de su vida, pero nunca permanecían en ella demasiado tiempo. ¿Cómo terminaban aquellas aventuras? ¿Tal vez Erica les decía que había llegado el momento de marcharse? ¿O quizá sus hombres comprendían pronto que ella sólo les daría amor físico, que su corazón era territorio tabú? En los primeros tiempos de su trabajo en común, Sam se había sentido atraído por ella, pero Erica le indicó con delicadeza que lo admiraba y respetaba, y que no quería echar a perder su amistad con complicaciones. En aquel momento, Sam se creyó rechazado por tener veinte años más que ella, pero con el tiempo había llegado a la conclusión de que Erica no permitiría que nadie en absoluto traspasara sus fortificados muros. Sospechaba que se debía a su pasado. No podía decirse que Erica Tyler hubiera tenido una vida fácil precisamente.

—Por qué la mujer de Jared no viene a visitarlo? —preguntó Erica mientras ambos seguían mirando la autocaravana a oscuras. Sam la miró sobresaltado.

—¿La mujer de Jared? Pero ¿es que no lo sabes?

Jared alargó la mano hacia el contestador, pero de pronto se detuvo.

—Hola, hijo, tu madre y yo estábamos hablando de ti y preguntándonos qué tal estarías —oyó decir a su padre por el altavoz mientras dejaba el maletín y las llaves del coche sobre una mesa.

Jared se quedó mirando el contestador automático, pero no hizo ademán de descolgar el teléfono.

—Hemos leído el artículo en el periódico —continuaba la voz de su padre— sobre el trabajo que estás haciendo en Topanga, y estamos muy orgullosos de ti —breve pausa—. Bueno, sé que estás muy ocupado, pero llámanos. Al menos llama a tu madre; le encantaría hablar contigo.

Jared pulsó el botón de parada y contempló el teléfono durante largo rato. Lo siento, papá, quería decir. Ya nos lo hemos dicho todo. No queda nada que decir.

Tras encender las luces y prepararse una copa, cogió de nuevo el fax que acababa de recibir del Grupo Parlamentario Indio de Washington e intentó concentrarse en su contenido, pero no le quedó más remedio que dejarlo a un lado. La llamada de su padre había desencadenado de nuevo el dolor, la rabia.

Empezó a pasearse por la autocaravana, desde el asiento del conductor hasta el dormitorio, mientras se golpeaba la palma de la mano con el puño. Necesitaba ir al gimnasio. Sentía la furia bullendo en su interior como la lava en un volcán. Una hora en el gimnasio, machacando el cuerpo hasta sus límites físicos, lograría desahogar la rabia. Pero aquella noche habían

Librodot

cerrado para realizar las labores de mantenimiento, dejando a numerosos tigres y tigresas deambulando sueltos por Los Angeles en busca de una válvula de escape para sus energías y frustraciones. Al igual que la mayoría de los demás socios, Jared no iba al gimnasio para estar en forma.

Viendo los trastos agolpados en su hogar/despacho provisional, el ordenador que nunca dormía, los teléfonos que nunca dejaban de sonar, el fax que nunca dejaba de escupir mensajes y los papeles apilados y esparcidos por todas partes como si una nevisca hubiera dejado caer documentos, informes, memorándums, cartas, escrituras y pedidos, Jared comprendió que la autocaravana, pese a sus generosas dimensiones, no bastaba para soportarlos a él y su furia, de modo que cogió una chaqueta y salió a la noche.

Al borde de la mesa, en un promontorio con vistas al océano, se erigía un fabuloso cenador victoriano, vestigio de la Iglesia de los Espíritus de la hermana Sarah. El promotor de Emerald Hills Estates lo había hecho restaurar y convertido la zona en un pequeño parque comunitario para los residentes. Por desgracia, el lugar había sido declarado peligroso, y el cenador estaba en desuso, razón por la que Erica siempre lo tenía para ella sola cuando iba.

La primera vez que fue, hacía ya varias semanas, la embargó una sensación de paz en aquel rincón. No sabía si se debía a que se encontraba lejos del campamento y del trabajo, lejos de la energía y el vibrante entusiasmo de los voluntarios y los empleados; o tal vez la causa residía en el ambiente que se respiraba en aquel delicado cenador, reliquia de un pasado más sereno, símbolo de una época menos compleja.

Erica miró el libro que llevaba en la mano. ¿Qué había atraído a la hermana Sarah a aquel lugar? ¿Había experimentado una sensación de calma inexplicable en la cima de aquellas colinas, o...?

Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza al ocurrírsele otra idea. En aquellos tiempos, el cañón no estaba cubierto de tierra, por lo que la cueva se encontraría en un punto accesible. Acaso Sarah entró, vio la pintura y concluyó que era la señal de que debía construir allí su iglesia? Sarah afirmaba haber erigido su iglesia espiritista en aquella zona porque permitía un fácil acceso al más allá. Pero ¿qué significaba eso exactamente? ¿Había decidido levantar allí su iglesia de lo paranormal porque el paraje recibía el nombre de Cañón de los Fantasmas? ¿La atraía la idea de que los espíritus ya habitaran el lugar? Erica acababa de empezar a leer la biografía de la enigmática figura de los años veinte, una mujer cuyo rostro conocían todos los estadounidenses, que aparecía en todos los periódicos, revistas y boletines informativos, una personalidad extravagante cuya teatralidad y voz cautivadora eran pasto de viñetas periodísticas y comedias, pero cuyo pasado y vida personal eran un enigma para casi todo el mundo. La hermana Sarah había surgido de la nada, convirtiéndose en una auténtica sensación de la noche a la mañana, para luego desaparecer de repente en circunstancias misteriosas, dejando su iglesia fragmentada, hecha añicos.

Erica entró en el cenador, que brillaba como una tarta nupcial a la luz de la luna, y al apoyar la mano sobre la madera sintió la vibración de sus historias, los besos robados, las promesas rotas, las citas al claro de luna, las sesiones de espiritismo para invocar a los difuntos. Música, amor, decepción, codicia y contemplación espiritual habían quedado absorbidos por aquella vieja madera a lo largo de las décadas, y ahora el cenador era un hervidero de las vidas que habían pasado por él.

Erica contempló el mar y se preguntó si su madre, dondequiera que estuviera, tal vez en los Campos Elíseos de París o en una playa del Caribe, se sentiría incompleta por haber abandonado a su hija. «Ahora mismo pasea por Central Park, del brazo de su segundo marido, un dentista, y se siente como si le faltara un pedazo, sin saber que a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia, ese pedazo camina, respira y sueña.»

Se apartó el cabello del rostro y advirtió con un sobresalto que no estaba sola. Al otro lado del cenador, al borde mismo del promontorio, había alguien. Era Jared Black, con los pies

Librodot

separados y los brazos en jarras, como si se estuviera peleando con el océano.

De repente Jared se volvió hacia ella, y Erica quedó petrificada al ver la expresión de su rostro: era como mirar el ojo de un huracán.

El instante se prolongó entre ellos, como una sobrecogedora tregua en la tempestad. y la noche quedó congelada. Nunca habían estado a solas. En las semanas transcurridas desde que empezara el provecto, siempre que se encontraban había gente a su alrededor, temas que tratar y problemas que resolver. No tenían absolutamente nada que decirse al margen del trabajo. Erica se preguntó cuál de los dos se alejaría primero del cenador. Para su sorpresa, Jared se apartó del peligroso borde del precipicio y subió la crujiente escalinata del cenador para situarse bajo el elegante tejado rematado con filigranas exquisitas.

—La hermana Sarah debía de predicar desde aquí. Esta estructura se construyó teniendo en cuenta la acústica, sin lugar a dudas. Erica alzó la mirada hacia el tejado.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Estudié arquitectura —repuso Jared antes de añadir con una sonrisa—: Fue en el Pleistoceno.

La sonrisa y la broma sorprendieron a Erica, pero en seguida se dio cuenta de que ambas habían sido forzadas.«Está ocultando algo que no quiere que vea. La expresión de su cara la rabia contra el océano.»

—Por lo general no hay nadie cuando vengo aquí —comentó, sintiendo extrañas corrientes en el aire que no alcanzaba a identificar— Las señales ahuyentan a la gente.

—A veces, las señales provocan exactamente lo contrario de lo que pretenden —replicó él sin dejar de observarla.

En el silencio que siguió, Erica buscó desesperada algo que decir. Tenía la peculiar sensación de que Jared intentaba dominarse por todos los medios, de que si se soltaba aunque sólo fuera un poco, si bajaba la guardia un solo instante, se transformaría en algo que quería ocultar a los demás.

—He recibido varias llamadas de grupos hispanos —dijo Erica por fin, a falta de algo mejor.

Desde que se hiciera pública la noticia de la pintura de la Primera Madre, Erica había recibido numerosas llamadas de personas que querían verla, así como periodistas que querían su opinión sobre el posible significado de «La Primera Madre».

—Estamos de moda —señaló Jared con otra sonrisa.

El silencio volvió a reinar entre ellos, y a Erica se le ocurrieron mil temas que sacar a colación, que necesitaban ser comentados, pero al fin no pudo callar lo que más la preocupaba.

—Sam Carter acaba de decirme lo de su mujer. No lo sabía. En aquella época estaba dando clases en Londres y no me mantenía al corriente de las noticias de aquí. Lo siento mucho.

Jared apretó los labios en una fina línea.

—Era tan joven... —prosiguió Erica—. Sam no me contó cómo...

—Mi mujer murió al dar a luz, doctora Tyler.

Erica se lo quedó mirando.

—El bebé también murió —añadió Jared en voz baja antes de girarse de nuevo hacia el océano oscuro.

Erica estaba trastornada; de repente tenía la sensación de hallarse junto a un completo desconocido.

—Debe de echarla de menos.

Era una chorrada, pero algo tenía que decir.

—Si. No sé cómo he soportado los tres últimos años. Es tan injusto... Netsuya tenía toda la vida por delante, cientos de planes y sueños. Quería enmendar dos siglos de agravios y reconstruir la historia de su tribu —se volvió hacia Erica—. Era maidu, y ya sabe lo que ese proyecto habría supuesto.

Como antropóloga especializada en los indios de California, Erica estaba familiarizada con

la historia de los maidu, similar a la de todas las demás tribus de la Costa Oeste. Las misiones españolas, que condenaron a la destrucción a las culturas litorales, no hicieron mella en ellos, pero encontraron la muerte durante la Fiebre del Oro, cuando los blancos, al codiciar el amarillo metal, arrasaron cuanto hallaron a su paso, ya fueran montañas o personas. La malaria y la viruela diezmaron la tribu, y los mineros ahuyentaron la caza y destruyeron los hábitats de los peces empleando técnicas de minería que hicieron estragos en los ríos, acabando con sus moradores y los lechos de desove de éstos. La vida, tal como los maidu la habían conocido durante siglos, se apagó casi en un instante.

—Después de licenciarse en Derecho —continuó Jared, dando la espalda a Erica—, Netsuya inició un plan para proporcionar vivienda, asistencia geriátrica, sanidad, recursos culturales, oportunidades económicas y becas académicas a su tribu. Pero su verdadero sueño era ver algún día a un indio ocupando el cargo de gobernador de California.

Erica absorbió las palabras antes de que el viento las disipara. Jared enmudeció y siguió contemplando el océano.

—Netsuya es un nombre muy bonito —comentó Erica, sin saber qué otra cosa decir—. ¿Qué significa?

Por fin Jared se volvió hacia ella. Erica intentó discernir el color de sus ojos. No eran exactamente gris acero, sino del matiz de las sombras y el misterio.

—A decir verdad, no lo sé. Su verdadero nombre..., bueno, el nombre con que la bautizaron, era Janet, pero cuando abrazó la causa de su pueblo, adoptó el nombre de su bisabuela.

La miraba con una expresión inescrutable que Erica no supo interpretar. Sí, veía en ella la rabia que había detectado desde el primer día, pero también otras emociones que surcaban sus atractivas facciones como olas en una piscina oscura.

Recordó su actitud el día de su llegada, la expresión agresiva que tanto la sorprendió en un principio. Ahora se preguntó si guardaría alguna relación con su mujer. Era bien sabido que, antes de conocer a Netsuya, Jared, especializado en propiedad inmobiliaria, había sido el representante legal de grandes empresas, herederos y ciudadanos en numerosos litigios, y que no abrazó la causa india hasta después de casarse con una activista. En la actualidad, se dedicaba a dicha causa de forma casi exclusiva. Erica imaginó de pronto una especie de pulsión de muerte, la difunta esposa de Jared instándole a continuar la lucha. Los fantasmas motivaban mucho.

Cuando Jared se apoyó contra un poste labrado con los brazos cruzados, a Erica se le ocurrió que intentaba relajarse, mostrarse amable.

—Los maidu creen que el alma de una buena persona viaja hacia el este por la Vía Láctea hasta llegar junto al Creador —comentó el abogado, contemplando las estrellas.

Erica se negó a bajar la guardia y se recordó que seguían siendo adversarios y que la razón principal por la que Jared participaba en el proyecto era para arrebatárselo a Erica.

—Bueno, se ha hecho muy tarde y tengo que seguir trabajando —anunció por tanto al tiempo que miraba el reloj.

Jared apartó la vista del firmamento y la fijó en un punto lejano del océano. Erica intuía que estaba sopesando algo importante o debatiéndose con algún pensamiento complicado. Cuando volvió a mirarla, se preparó para lo peor.

—Tengo entendido que hoy ha encontrado algo extraño —se limitó a comentar Jared.

Pero Erica tenía la curiosa sensación de que no era eso lo que había querido decir.

—Si quiere, puede acompañarme al laboratorio y ver cómo lo abro.

Cuando se disponían a abandonar el cenador, el silencio se vio quebrado de repente por un tremendo rugido.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Jared.

Al alzar la mirada vieron un helicóptero de la policía que sobrevolaba Emerald Hills Way y alumbraba un punto con su potente foco.

Mientras cruzaban el complejo divisaron a una multitud congregada en la calle ante la casa de

Zimmerman. Eran los propietarios... Maridos, mujeres, niños y animales domésticos que sostenían cajas, maletas, sacos de dormir y almohadas. Harmon Zimmerman, ataviado con chandal Adidas, gritaba al guardia de seguridad, que por lo visto se había asustado al ver a toda aquella gente cruzar la verja de seguridad y llamado a la policía. Por el cañón se oía el aullido de las sirenas.

—Por qué coño ha llamado a la policía, imbécil?

—Es mi-mi trabajo, señor. Se supone que...

—Si, es su trabajo porque nosotros lo contratamos, idiota. Nosotros pagamos su sueldo. ¿Por qué ha llamado a la policía para que vaya a por nosotros?

El azorado guardia no supo qué contestar, de modo que Jared acudió en su ayuda.

—Acaba de decírselo. Ha llamado a la policía porque para eso le pagan. ¿Por qué le molesta tanto?

Zimmerman se encaró con él.

—Y usted, abogado listillo... Entre usted y esa mujer —espetó, señalando a Erica— han conseguido alargar este asunto durante tanto tiempo que nuestras casas y nuestros jardines se están echando a perder. Esto parece un puto pueblo fantasma.

Erica contempló la calle desierta y oscura. Sólo había casas a un lado, mientras que al otro se veían árboles y la suave pendiente que descendía hasta el siguiente cañón. Eran casas hermosas, pero los jardines empezaban a ahogarse entre malas hierbas y plantas descuidadas. Todo el lugar producía una sensación de negligencia, como el castillo de la Bella Durmiente, se dijo Erica. La doncella se había dormido, y la naturaleza reclamaba su reino. Y harta falta más que un apuesto príncipe para subsanar la situación. Todo la urbanización había sido declarada zona peligrosa. Los ingenieros municipales habían taladrado la calle entera y descubierto que todo el cañón, desde el extremo ciego al norte hasta la parte abierta al sur, se estaba licuando y filtrando hacia los cañones inferiores. Era casi como si el cañón quisiera retornar a su estado original, pensó Erica, después de que los humanos se entrometieran e intentaran alterar su formación natural.

Emerald Hills Estates aparecía rodeada de vallas metálicas, y sólo podía accederse al interior por verjas que de noche se cerraban a cal y canto. Pese a esta precaución y la contratación de vigilantes jurados, las casas eran objetivo claro de los saqueadores. Era cierto que los propietarios habían sacado todos los muebles, pero las mansiones aún contenían objetos de valor. La policía ya había sorprendido a dos hombres que intentaban robar los grifos de oro de un cuarto de baño, y un propietario que había vuelto para echar un vistazo a su casa había descubierto que todos sus electrodomésticos. el mármol importado de las paredes de los cuartos de baño, las tuberías de cobre y los cables habían desaparecido sin dejar rastro ni pista alguna sobre la identidad de los ladrones.

Así pues, los residentes habían decidido instalarse de nuevo en sus casas pese a que el ayuntamiento se lo prohibía a causa de la inestabilidad del suelo y la falta de suministros. Zimmerman y los demás exigían que el promotor inmobiliario que construyó la urbanización rellenara el cañón, lo compactara de forma conveniente y lo reforzara con puntales de acero y hormigón para devolver la estabilidad al lugar.

—Creíamos que este asunto habría quedado zanjado hace semanas —prosiguió Zimmerman, portavoz de los iracundos propietarios— y que podríamos volver a instalarnos en nuestras casas. Pero esto se está alargando indefinidamente —masculló al tiempo que clavaba el dedo acusador en el hombro de Jared—. Usted y sus indios —el dedo se desvió en dirección a Erica—. Y usted y sus huesos...

Los policías, que habían aparcado los coches patrulla ante la valla, se acercaban corriendo.

—¡No nos iremos! —vociferó el editor de una revista que poseía una mansión estilo Tudor de tres mil metros cuadrados, cuya pista de tenis se había hundido un metro.

—De aquí no nos movemos —corroboró Zimmerman, cruzando los brazos—. Vivimos aquí y aquí nos quedamos.

—Esta zona es inestable y por tanto peligrosa —le recordó Jared.

—Sabe cuánto me costó esta casa? Tres millones, y eso sin contar la piscina y el carísimo jardín de rosas, que ha quedado totalmente pisoteado. El seguro no se hace cargo, y desde luego, no puedo vender. ¿Cree que me voy a largar sin más? Ya nos han tomado bastante el pelo. ¡Vaya con el pez gordo de Sacramento defendiendo la causa de los indios! ¿Qué me dice de nuestros derechos? Algunos de nosotros invertimos los ahorros de toda una vida en estas casas. Algunos vinimos aquí al jubilarnos. ¿Adónde vamos ahora? Dígamelo usted... No, señor, aquí nos quedamos, nadie va a echarnos de nuestras propiedades.
—Señor Zimmerman —terció Erica—, le aseguro que trabajamos lo más deprisa que po...
—Yo también le aseguro una cosa, señora. Mis abogados ya han puesto manos a la obra. Vamos a hacer que sellen la cueva, rellenen el cañón y nos devuelvan nuestras casas. Y ya pueden ir metiéndose a los indios y los huesos donde les quepan, ¿se entera?

Las tenazas de dentista y el bisturí estaban preparados y a la espera de que Erica abriera la misteriosa bola de pelo de conejo. Sam estaba sentado en un taburete alto, con el estómago quejumbroso porque se había puesto a dieta... otra vez. Y Luke comprobaba la exposición, la velocidad y la película de su cámara.
—¿Todos listos, caballeros? —preguntó Erica.
Antes de que nadie pudiera responder, Jared entró en el módulo y cerró la puerta de aluminio tras de sí para que no entrara el frío de la noche. Se había rezagado para obtener más información de Zimmerman.
—Lo que esperaba —dijo, tras haber cerrado—. Van a presentar demanda contra el contrato de ejecución de obra del promotor, alegando que la urbanización se construyó sobre una pendiente inadecuada. Si el tribunal falla a su favor y considera el proyecto no terminado, el constructor no tendrá más remedio que rellenar el cañón.
—¿Puede impedírselo? —inquirió ella.
—Desde luego, lo voy a intentar —replicó Jared antes de mirar la bandeja con el ceño fruncido—. ¿Es un animal?
—No, es algo envuelto en piel de animal.
—¿Antiguo?
—Unos trescientos años. El doctor Fredericks, nuestro dendro-cronólogo, ha tomado muestras de árboles autóctonos cercanos y determinado que un terrible incendio devastó gran parte de esta zona hace trescientos años. El análisis microscópico y químico de una capa fina de hollín y ceniza que cubría el suelo de la cueva coincide con las muestras. Esta bola de piel de conejo se encontró debajo de esa capa, lo que significa que la dejaron allí hace al menos trescientos años. Podría ser chumash. Estos abalorios se parecen a los que utilizaban como moneda hace cientos de años, pero no sabemos qué contiene el paquete.
Erica ajustó el flexo para alumbrar mejor el objeto y acercó las finísimas tenazas y el bisturí a los tendones que cerraban el paquete. Luke tomaba fotografías de cada paso del procedimiento.
Al otro lado de las delgadas paredes de la caravana oían el ruido de personas riendo y llamándose unas a otras mientras, en el interior, Jared, Sam y Luke se arremolinaban en torno a Erica, respirando casi inaudiblemente.
Erica seccionó los tendones y los apartó a un lado con gran cuidado. Acto seguido pinzó los bordes de la quebradiza piel como si estuviera efectuando una intervención quirúrgica a corazón abierto. Al cabo de unos instantes retiró la última capa de piel.
Todos miraron el contenido mudos de asombro.
—Pero... —farfulló Luke—. ¿Cómo han llegado hasta aquí?
—Dios mío —murmuró Sam, apartándose la melena del rostro.
—¿A qué nivel dice que lo encontró? —preguntó Jared en tono incrédulo.
—Justo debajo del mil seiscientos —repuso Erica, maravillada—. No soy experta en este campo y tendría que consultar a un historiador, pero a juzgar por la elaboración y los

materiales, diría que tienen unos cuatrocientos años y son de fabricación holandesa...
—Pero eso es imposible —protestó Luke—. En esa época todavía no había europeos en California. No llegaron hasta doscientos años más tarde.
—Eso dice la historia, Luke, pero no me cabe duda de la antigüedad de esto. Al igual que no cabe duda de que esto —sostuvo el sorprendente objeto a la luz del flexo— son unos anteojos.

4

Marini
1542 d. C.

—¡Un monstruo marino! ¡Un monstruo marino!
Todo el mundo corrió a la orilla, hacia donde señalaba el muchacho. Y efectivamente, allá sobre las olas flotaba un animal que nadie había visto jamás.
Llamaron a la curandera, que llegó con su humo mágico y su bastón solar especial. Era una joven alta que llevaba una hermosa falda de esparto fino y una capa corta de piel de nutria, las orejas adornadas con zarcillos de hueso de pelícano y plumas de codorniz, entre los pechos desnudos varios collares de abalorios de concha y un cordón de cuero de cuyo extremo pendía una bolsita también de cuero que contenía la piedra espiritual del cuervo, pasada de generación en generación desde los tiempos de la Primera Madre. Era Marimi, así llamada por ser Guardina de la Cueva Sagrada de Topaangna. De pequeña tenía otro nombre, pero cuando empezó a mostrar síntomas del don espiritual en forma de dolores de cabeza, visiones y trances, fue elegida sucesora de la anciana chamán, también llamada Marimi, y desde entonces consagraba su vida al servicio de los topaa y la Primera Madre. Era el mayor honor que podía otorgarse a un miembro del clan, y Marimi daba las gracias cada día por haberlo recibido, a pesar de que el servicio a la Primera Madre significaba renunciar al matrimonio y a las relaciones sexuales. Si alguna noche, a solas en su choza, la asaltaban pensamientos de amor e hijos, o cuando contaba las estaciones y se daba cuenta de que aún era muy joven y tenía ante sí una vida entera de castidad, se recordaba que la virginidad era necesaria para mantener su cuerpo y su espíritu puros, y que era un sacrificio pequeño en comparación con el privilegio que representaba servir a la Primera Madre.
Escudriñó el agua con ojos entornados.
—No es un monstruo marino —sentenció—. Es un hombre.
—¿Un hombre? ¿Uno de los nuestros? —se elevaron las voces de todos—. Pero si no falta nadie. Hoy, todas las canoas han regresado. Han vuelto todos los cazadores marinos. ¿Qué hace un hombre en el agua?
Y luego los jadeos y las especulaciones inusitadas:
—Será un miembro de la tribu del norte? ¿De los temidos chumash? ¡Ha venido para echarnos el mal de ojo! Devolvámoslo al mar.
Marimi alzó los brazos para acallar a la multitud que se agolpaba en la playa. Majestuosa en lo alto de una duna mientras las gaviotas surcaban el radiante cielo azul y la brisa marina le alborotaba el largo cabello negro, Marimi contempló al hombre que flotaba inerte en el mar y tomó una decisión. Mandó traer una canoa, y todos corrieron al poblado para cargar a hombros una de las embarcaciones de caza marina hechas de madera de deriva atadas y calafateadas con brea. A bordo de aquellos impresionantes botes, con capacidad para más de doce hombres, los topaa se hacían cada día a la mar armados con lanzas, redes y ganchos para cazar ballenas, marsopas, focas y rayas. Sin embargo, ese día zarpaban con miras a una presa distinta. Todos los moradores del poblado siguieron con la mirada los remos que se sumergían en el agua al unísono hasta que la embarcación llegó junto al hombre. Una vez allí, los cazadores lo subieron a bordo con ayuda de un gancho. La marea empujó el bote hacia la orilla, depositando sobre la arena la misteriosa figura, un hombre, en efecto, que yacía

Librodot

inmóvil y en posición supina sobre un tablón. Otro murmullo de asombro recorrió el gentío.
—¡No es chumash! ¡Mirad la piel de su cuerpo! ¡Y sus pies son grandes como los de un oso!
Se apartaron de él con temor. El jefe de la tribu se adelantó para hablar con Marimi. Pese a ser poderoso por derecho propio, su poder era distinto del de Marimi. Juntos decidirían cómo tratar aquel asunto.
En las últimas semanas, la gente había avistado extrañas criaturas en alta mar, seres de grandes alas cuadradas y cuerpo hinchado. Los cazadores habían salido a la mar y regresado para informar de que no eran criaturas, sino embarcaciones que no se parecían en nada a las que conocían los topaa. Los miembros de una tribu meridional que pasaban por la zona de camino al norte para comerciar con los chumash les contaron que numerosos hombres de piel blanca habían arribado a las islas del canal, comerciado y comido con los ancianos para luego seguir viaje en sus increíbles canoas.
Eran visitantes amistosos cuyos antepasados vivían muy lejos, afirmaron los integrantes de aquella tribu.
¿Era éste uno de esos visitantes?, se preguntó Marimi mientras examinaba el cuerpo cubierto de sal y envuelto en las pieles más extrañas que había visto en su vida. El hombre yacía de bruces sobre un tablón de madera. ¿Por qué lo habían sacado de su canoa?
A una orden suya, dos hombres dieron la vuelta al desconocido. Todos los presentes profirieron un grito. ¡Tenía dos pares de ojos!
—¡Es un monstruo! ¡Un demonio! ¡Arrojadlo al amar!
Marimi impuso silencio mientras seguía examinando al forastero. Comprobó que era muy alto y tenía el rostro peculiarmente estrecho, una gran nariz curva y tez pálida. ¡Y aquellos ojos! Pensó que quizás era un antepasado, pues había llegado del lugar que habitan los espíritus de los muertos, al oeste, más allá del océano. Tal vez el espíritu recibía un segundo par de ojos después de la muerte.
Marimi se arrodilló junto a él y le rozó el cuello frío con las yemas de los dedos, percibiendo muy vagamente el latido de la vida. Habría preferido retirarse a su cueva para pedir consejo a la Primera Madre, pero el forastero estaba a las puertas de la muerte y no había tiempo que perder.
Marinni se irguió y ordenó a cinco hombres fuertes que llevaran al desconocido a su choza, situada a las afueras del poblado.

Recitó una oración para sus adentros. ¡Ese segundo par de ojos! Serían mágicos? ¿Le permitirían ver aun cuando tuviera los ojos cerrados? ¿Sería en verdad un monstruo?
Pero ha llegado del oeste, donde moran los antepasados
«Son visitantes amistosos», había asegurado la tribu meridional.
Antes que nada debía desvestirlo. Empezó por el estrambótico sombrero que no era de paja, como los que llevaban los topaa, sino de una piel que no conocía, y al quitárselo no pudo por menos de proferir un grito. ¡La cabeza de aquel hombre estaba ardiendo! Frunció el ceño. Pero ¿cómo era posible que el cabello ardiera sin consumir el cuero cabelludo? Se acercó un poco más y por fin tocó con infinito cuidado los rizos color puesta de sol. Había navegado demasiado lejos, v su cabeza había rozado el sol. Era la única explicación posible. El cabello en llantas era muy corto, casi estaba pegado a la cabeza, pero el mentón y el labio superior también aparecían cubiertos de pelo, en este caso más largo, puntiagudo y rizado. Los hombres topaa llevaban el cabello largo y no tenían pelo en el rostro.
Observó las varias capas de pieles que cubrían su cuerpo desde el cuello hasta los pies, dejando sólo expuestos el rostro y las manos. No sabía qué encontraría debajo. Los hombres de su tribu no llevaban nada salvo una cuerda alrededor de la cintura de la que colgaban comida y herramientas. ¿Sería igual el visitante, debajo de las pieles?
Marimi no sabía que las pieles tenían nombre ni que, de hecho, estaba retirando algunos de los tejidos más suntuosos que se fabricaban en Europa ni que su diseño estaba pensado para

Librodot

dar a conocer la alcurnia y la riqueza de quien las lucía. La primera capa era un jubón acolchado de terciopelo negro con mangas acuchilladas para realzar la fina camisa de hilo blanco que llevaba debajo; sobre el jubón se veía un justillo fajado de brocado rojo que descendía hasta las rodillas en una falda plisada por entre cuyos pliegues sobresalía una portañuela de terciopelo rojo. Las calzas eran blancas con jarreteras en las rodillas, y los gruesos calzones eran de terciopelo negro. El sombrero, que Marimi ya le hahía quitado, era también de terciopelo negro, copa baja, ala ancha y adornos de pieles y perlas. Las mangas de la camisa acababan en puños rizados, y el cuello era plisado. Cuando le liberó los pies de sus extrañas jaulas, Marimi comprobó que eran suaves y no tenían callos, al igual que sus manos, como si fuera un niño.

Una vez lo despojó de todas las pieles, advirtió que también tenía la entrepierna cubierta de pelo flamígero. ¿Cómo lo había alcanzado el sol ahí? Su piel era suave y blanca como la espuma que coronaba las olas en la marea matutina. Y entonces vio el intenso color que cubría sus piernas, brazos y cuello, y supo de inmediato qué mal padecía.

En primer lugar fue a buscar agua y consiguió verter un poco entre sus labios resquebrajados al tiempo que le sostenía la cabeza con el fuerte brazo. En cuanto pudo tragar sin atragantarse, volvió a tumbarlo y fue a buscar una caja de espadaña que contenía un mortero y una mano tallados de cristal de roca, varios cuchillos de sílex, un trozo de pedernal para encender el fuego y algunos talismanes sanadores. Cogió una piedra que, según la tradición, estaba viva porque había sido tratada con unas hierbas dotadas de increíbles poderes vitales, untada con sangre de colibrí y grasa de anguila y por fin envuelta en suavísimas plumas blancas. Mariani la apoyó sobre la frente del desconocido y le colgó alrededor del cuello un collar con abalorios de huesos de águila y halcón. Vio que ya llevaba un collar de una sustancia amarilla y reluciente que nunca había visto, de un matiz parecido al de su cabello, el talismán que pendía en su extremo constaba de dos palitos atados perpendicularmente y con la figura diminuta de un hombre sobre ellos.

De una de sus numerosas cestas seleccionó un puñado de vástagos en flor secados. Tras remojarlos en agua caliente, dejó enfriar la infusión y acto seguido le lavó con ella la piel enrojecida. El hombre despertó.

—Sífilis, sífilis —farfulló delirante e intentó apartarla de sí.

Para los cardenales que había sufrido mientras flotaba a la deriva sobre el tablón en la marea despiadada. Marimi hirvió hojas y ramas de chaparro para hacer una cataplasma; asimismo, preparó un té con las hojas y se lo dio como tónico.

La fascinaba el nacimiento de su cabello. No discurría en línea recta por su frente, como sucedía con el suyo, sino que retrocedía a partir de un extremo puntiagudo de un modo que le recordó un águila que había visto en cierta ocasión, cuando se dirigía a la cueva de la Primera Madre. Sus fieras cejas doradas acentuaban el aspecto de águila, pero las veces que abrió la primera pareja de ojos en su delirio, Marimi no vio nada que se pareciera a los ojos de los pájaros. ¡Por la Madre Luna, pero si eran del color del cielo! ¿Habría mirado el firmamento durante tanto tiempo que sus ojos habían quedado atrapados en él?

No tocó el segundo par de ojos, pues tal vez era tabú.

De vez en cuando estaba en condiciones de tomar alimento, y Marimi le daba unas saludables gachas preparadas con bellotas y carne de conejo. A veces la miraba con ojos desenfocados, pues había pasado tanto tiempo zarandeado por las olas y sin beber agua que no alcanzaba a recobrar los sentidos. Pero con infinita paciencia Marimi lo alimentó, le dio de beber y le lavó las extremidades llameantes con la fresca infusión hasta que el color de su piel mejoró y su respiración se tranquilizó. Entonces supo que sanaría.

Cuando volvió en sí, lo primero que vio fueron dos pechos oscuros y abundantes.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó antes de bajar la mirada y descubrir que estaba desnudo—. ¡Madre de Dios! —tronó, levantándose de un salto y llevándose las manos a la

cabeza al notar que se mareaba.
En cuanto el mareo se disipó, miró a la muchacha de piel oscura sentada en el centro de la choza con una cesta de hojas en el regazo. Sólo llevaba una falda de paja y lo miraba con expresión sobresaltada.
—¿Dónde están mis ropas? —gritó el hombre mientras se arrollaba la manta de pieles a la cintura—. ¿Dónde está mi tripulación? Pero... —Se detuvo en seco—. Un momento. Estaba a punto de morir —Se miró los brazos y las piernas, donde sólo quedaba un leve vestigio de erupción—. La sífilis ha desaparecido. Sigo vivo.
Para su asombro, la joven se cubrió la boca con la mano y empezó a reír, lo que no hizo más que enfurecerlo.
—Pero ¿qué te sucede? ¿Acaso estás loca? ¿Y dónde estoy, en el nombre del cielo?
Se dirigió a la entrada de la choza y contempló el brumoso amanecer cargado de brisa marina. Por entre la niebla divisó otras chozas redondas como aquella en que se encontraba, y varias personas en cuclillas alrededor de hogueras.
Advirtió una palmadita en el hombro, y al volverse se halló cara a cara con la joven. ¡Madre mía, qué alta era! Sin embargo, ya no reía, sino que le tocaba los brazos con manos livianas como mariposas que revolotearan sobre su piel. Y le hablaba en su dialecto salvaje, explicándole algo, o intentándolo al menos. Con gestos le explicó que había partido algo, hervido algo y lavado sus extremidades con algo.
—Qué intentas decirme, muchacha? ¿Que sabes curar la sífilis? —bramó frunciendo las cejas rojizas—. Por eso me echaron del barco, sabes? Cuando contraje la enfermedad, el capitán y la tripulación creyeron que tenía algo contagioso que acabaría con la vida de todos. Soy cronista y viajo con Cabrillo. Enfermé después de que nos detuviéramos en una bahía al sur de aquí para coger agua. En cuanto esa erupción apareció en mi piel, los marineros, esos hijos de perra sifilíticos, me echaron del navío cerca de una de esas malditas islas donde viven otros como tú. Nadie se apiadó de mí. No hay ni una sola alma cristiana entre ellos.
Calló un instante y se mesó la barba.
—Recuerdo estar flotando sobre las olas —prosiguió en voz más baja—, rezando el Padre Nuestro y muchos Avemarías. Recuerdo los barcos que levaban anclas y se alejaban mientras yo flotaba sobre un tablón a la deriva, cada vez más lejos de las islas. Y la piel me ardía por la sífilis. Me pregunto si podía existir un fin más cruel para un hombre. Y entonces... —Entornó los ojos en un intento de recordar—. Y entonces perdí el conocimiento a causa de la sed. Eso es lo último que recuerdo... hasta ahora.
La muchacha lo escuchaba con mirada atenta e inteligente, y con la paciencia de una monja, como si hubiera entendido cada palabra. Pero por supuesto, no era así.
—¿Cómo lo has hecho, si ni siquiera el médico de a bordo logró ayudarme?
Por gestos consiguió hacerle entender la pregunta. La muchacha le indicó que esperara y salió corriendo de la choza. Francisco de Ampudia encontró sus calzas y calzones, y ya estaba más o menos presentable cuando la joven regresó con una piedra sobre la que yacía una ramita, parloteando de nuevo en su lengua ininteligible.
—No entiendo nada —dijo Francisco al tiempo que alargaba la mano hacia la ramita.
La joven profirió un grito y retrocedió a toda prisa. Luego, entre risas, le explicó por gestos que aquella planta había causado la enfermedad. Francisco examinó con ojos semicerrados las hojas dispuestas en grupo en torno a tres florecillas verdosas. Era un hombre culto que se enorgullecía de sus conocimientos de botánica, y en seguida supo que aquella especie no crecía en Europa.
Por fin logró hacerse una idea de lo ocurrido. Aquella planta era autóctona y crecía en abundancia por aquellos parajes. De acuerdo con los ademanes de la joven, su tribu se veía afectada a menudo por la planta, razón por la cual tenían un remedio contra ella. Pero como forastero, él no podía conocer sus propiedades venenosas y debía de haberla pisado al desembarcar en la bahía.
Una vez terminada la explicación, la joven le alargó una cesta que contenía unos largos tallos

Librodot

de color rojo violáceo con hojas verde oscuro y gran cantidad de flores amarillas marronáceas. De inmediato supo que era artemisa, conocida también como Mater Herbarum, la Madre de las Hierbas, que se utilizaba en toda Europa para curar enfermedades comunes, aunque también se consumía como té y como hierba aromática en recetas culinarias.

—¿No era más que una vulgar erupción? —exclamó—. ¿Algo que incluso los niños y los ancianos saben tratar? ¿Y esos canallas me echaron al mar por eso? —acabó gritando.

La muchacha le lanzó una mirada asustada, pero al cabo de un instante sonrió y luego lanzó una franca carcajada al detectar la indignación y la avergonzada furia de un hombre que, creyendo haber estado a las puertas de la muerte, descubría que no había sufrido más que un prurito.

—Muchacha loca —refunfuñó Francisco mientras registraba la choza en busca de sus demás ropas—. ¿Se puede saber por qué todo te parece tan gracioso?

Intentó ponerse la camisa, pero la muchacha le asió el brazo y sacudió la cabeza con violencia.

—¿Por qué no? Es mi ropa, y no tengo intención de ir desnudo como tú.

La joven sacudió de nuevo la cabeza, y el cabello se agitó a su al-rededor como alas de cuervo, se dijo Francisco. Le frotó los brazos, le señaló el cuerpo y con gran consternación suya, le introdujo una mano en la axila y se pellizcó la nariz con los dedos de la otra.

—¡Pardiez! —exclamó el hombre—. ¿Crees que huelo mal? Pues claro que sí, mujer, es el olor del sudor de un hombre honrado. ¿Para qué crees que sirve el perfume? Claro que vosotros, los salvajes, nada sabéis de perfumes y vais por el mundo ofendiendo las narices de todos con vuestro hedor.

Al salir de la cueva tras ella vio que los esperaba una multitud.

—¡Que me aspen! ¿Acaso todo el mundo va desnudo aquí?

Algunos retrocedieron asustados ante su voz atronadora, pero después de que la muchacha los pusiera al corriente en su lengua, todos sonrieron y algunos incluso rieron. La joven habló con un hombre de cabeza emplumada gesticulando mucho, pensó Francisco, no como las bien educadas damas españolas a cuya compañía estaba acostumbrado. Al cabo de unos instantes, el hombre de las plumas asintió y, con una sonrisa asió al visitante del brazo.

—¿Adónde me llevas? ¿A la olla? Es eso, ¿eh? ¿Vais a comerme, salvajes?

Sin embargo, lo condujeron a una choza de paja baja y alargada. En el interior hacía un calor espantoso, y varios hombres sentados sudaban e inhalaban humo antes de frotarse la piel para librarla de toda ponzoña.

Cuando salió de la choza limpio, sintiéndose refrescado y llevando sus calzas y calzones, que también habían sido sometidos a una meticulosa limpieza, la muchacha lo esperaba.

La observó de cerca, con la mente ya despejada del todo. De repente, al contemplar sus inteligentes ojos, comprendió lo que había hecho por él.

—Dios Todopoderoso —suspiró con voz más serena—, sois seres racionales a fin de cuentas. El capitán aseguraba que erais bestias sin mente ni razón. Pero con ingenio y fuerza de voluntad me has salvado la vida, y ni siquiera te he dado las gracias. Te pido perdón. He vuelto de la muerte para hallarme vivo, pero sólo he tenido pensamientos para los bucaneros que me arrojaron del navío. Soy don Francisco de Ampudia, a vuestro servicio —se inclinó ante ella—. Cómo puedo agradeceros lo que habéis hecho por mí?

La muchacha lo miraba impasible.

—En fin, esto será muy interesante, sin lengua común ni intérprete. ¿Cómo puedo haceros entender que deseo mostraros mi gratitud? Pero... ¿qué puedo ofreceros salvo las ropas que llevo y de las que, si me permitís decirlo, ya me habéis despojado una vez?

Entonces vio cómo lo miraba, cómo lo miraban todos los presentes al tiempo que lo señalaban y murmuraban. ¡Los anteojos!

Cuando se los quitó, la multitud entera profirió una exclamación. Algunos incluso dieron media vuelta y huyeron despavoridos.

—No, esperad —pidió—. No temáis.

Librodot

Se los alargó a la muchacha, pero ella retrocedió, aterrada. Francisco se los colocó de nuevo sobre la nariz.
—Se los compré a un óptico en Amsterdam que me cobró un dineral por ellos. Pero sin ellos no puedo deslizar mi pluma por el pergamino ni leer mis amados libros.
El hombre de las plumas, al que Francisco atribuía el cargo de jefe, se adelantó y señaló la mano de Francisco con expresión interrogante. El español frunció el ceño un instante, pero en seguida comprendió la pregunta.
—Es un anillo de plata.
Pero cuando se lo alargó al jefe, éste retrocedió. La reacción indujo a Francisco a fijarse en las faldas de paja, las pieles de animales, los abalorios de concha, los huesos de pájaro y las lanzas con punta de sílex.
—¿No conocéis el metal? —exclamó— perplejo.

Acababa de regresar de Nueva España, donde los aztecas conquistados conocían el metal, fabricaban tejidos, construían impresionantes pirámides y templos de piedra, hacían papel, vivían según un complejo calendario, escribían y asistían a escuelas de ciencia y aprendizaje. Sin embargo, sus vecinos del norte no seguían ninguna de tan modernas costumbres. Vaya, se preguntó Francisco con profunda extrañeza, ¿acaso Dios había mantenido esos conocimientos alejados de esas gentes? ¿Era una bendición o una maldición que los hubiera dejado en la inopia?
De nuevo adoptó una expresión pensativa mientras estudiaba a la muchacha india de pechos desnudos que lo miraba con sus relucientes ojos negros. Por las barbas del profeta, era como un sueño.
Pero el olor del mar era demasiado real, al igual que el chillido de las gaviotas y el amargo recuerdo de que lo habían arrojado por la borda a causa de un sarpullido.
—Y además se han quedado con todas mis cosas —masculló entre dientes—. Mis libros, mis pergaminos, mi oro, mis trajes... Que me echaran al mar vestido sólo se explica por el temor supersticioso de esos canallas de que arrojar a un hombre desnudo por la borda trae mala suerte al navío.
En ese instante, Francisco juró que por la Preciosa Sangre de Cristo y Santiago, cuando llegaran los siguientes barcos abordaría uno, y cuando volviera a Nueva España se encargaría de que Cabrillo y su sifilítica tripulación lamentaran haber nacido.

Una muchedumbre se había congregado en la playa para presenciar las bufonadas del forastero. En cuclillas sobre la arena, los hombres hacían apuestas acerca de su actividad. Algunos afirmaban que construía una choza, mientras que otros aventuraban que se trataba de una canoa. Los niños seguían al visitante en sus caminatas por la playa para recoger madera de deriva y algas, y por el interior para buscar ramas secas de encina. Las mujeres se sentaban en la playa y tejían cestas mientras observaban al hombre llamado Francisco, que gruñía por el esfuerzo que representaba su peculiar tarea. Marimi también lo observaba; sólo ella sabía lo que estaba haciendo, y sólo ella comprendía su pesar. Su pueblo lo había desterrado, al igual que la tribu había desterrado a la Primera Madre tantas generaciones atrás. Qué dolor de corazón, cuánta soledad debía de albergar su alma. ¡Ser alejado de la tribu, las historias, los antepasados! Rezó por que su hoguera funcionara, por que su gente lo viera y volviera a buscarlo.
Cada día, Francisco iba a la playa y seguía construyendo su colina de madera y paja, que mantenía seca con pieles y frondas de palmera. Montaba guardia durante horas, escudriñando el horizonte en busca de una vela, listo para encender la hoguera en cuanto viera una y enviar señales de humo como hacían los marinos náufragos desde hacía siglos. Tras el rescate buscaría venganza, pues lo que don Francisco de Ampudia albergaba en su corazón no era

Librodot

dolor ni pena, como creía Marimi, sino furia, una furia intensa y pura, y la decisión inalterable de hacer pagar a aquellos malnacidos cada hora que permaneciera confinado en aquel lugar.
Entretanto, no le quedaba más remedio que vivir entre los nativos.
Le dieron una choza propia, un refugio circular hecho de ramas y paja, con un orificio en el techo para el humo. Mientras esperaba la llegada de un navío, Francisco intentó aprender cuanto pudiera de aquellas gentes, pues por ello había abandonado España y las tumbas de su esposa e hijos para viajar alrededor del mundo y ver las tierras que se estaban descubriendo.
Mediante gestos y dibujos trazados en el suelo, él y Marimi desarrollaron un sistema rudimentario de comunicación, y con el tiempo, Francisco aprendió algunas palabras en topaa, al tiempo que Marimi aprendía vocablos españoles. Francisco supo que ostentaba varios títulos. Era Guardiana de la Cueva, Señora de las Hierbas y de los Venenos, además de Lectora de las Estrellas, actividad que realizaba durante los partos para predecir el futuro del recién nacido y darle nombre. Asimismo, se enteró de que no se le permitía casarse por temor a que las relaciones sexuales con un hombre la despojaran de su poder, y que yacer con un hombre no sólo la haría enfermar y morir a ella, sino también al resto de la tribu.
Don Francisco consideraba que era un terrible desperdicio.
Los miembros de la tribu lo aceptaron de buen grado en su seno, y los hombres lo invitaban a participar en sus juegos de azar. Los topaa eran unos fanáticos de los juegos, que podían durar varios días. Francisco no tardó en aprender a interpretar los palos, huesos o cualquier otro objeto que los jugadores arrojaran al aire o al suelo. Aprendió las estrategias necesarias para apostar sus abalorios y que los malos perdedores no estaban bien vistos. Asimismo, se adaptó con rapidez a la costumbre de fumar en pipa de arcilla y descubrió que le gustaba el tabaco. Sin embargo, los topaa no fermentaban y por tanto no bebían licores para animar el espíritu. En cierta ocasión en que elaboró un vino de uvas silvestres y se emborrachó como una cuba, los topaa se apartaron de él, negándose a tomar un brebaje que lo convertía en un poseído, de modo que a partir de entonces bebió en soledad. También llegó a apreciar e incluso a esperar con impaciencia los baños de sudor en la choza especial, donde se sentaba con los demás hombres en medio del intenso calor y el humo perfumado con distintas cortezas, frotándose la piel con fuerza hasta quedar limpio y con el cuerpo renovado. Le gustaba mucho más que su tradicional baño anual, que siempre le había disgustado.
A veces, los usos de los topaa lo perturbaban sobremanera. ¡Las mujeres con los pechos oscilantes y los hombres desnudos como Adán! No tenían vergüenza alguna. Además, Francisco consideraba que sus desconcertantes leyes no hacían sino alentar la promiscuidad. Si un esposo sorprendía a su mujer en acto de adulterio, tenía derecho a divorciarse de ella y casarse con la esposa del otro hombre. Los topaa celebraban danzas rituales de fertilidad a la luz de la luna llena y luego se retiraban a sus chozas de paja, donde no mantenían precisamente en secreto lo que hacían. A las jóvenes solteras se las exhortaba a elegir compañero, y en diversas ocasiones las casadas se entregaban a hombres que no eran sus esposos. Pese a que Marimi intentó explicarle los fundamentos de su cultura, que la unión sexual entre hombres y mujeres despertaba la fertilidad de la tierra y garantizaba que la tribu recibiera la bendición de la fecundidad, es decir, que la copulación era un acto sagrado, Francisco, escandalizado y reprobador, se aferraba con obstinación a la creencia de que eran un atajo de inmorales.
Una noche, cuando ya podían comunicarse verbalmente, Marimi le refirió la historia de su tribu, remontándose hasta la época de la Primera Madre.
—Cómo sabes todo esto: —inquirió Francisco—. No tenéis documentos escritos.
—Contamos nuestra historia cada noche. Los ancianos se la transmiten a los jóvenes. Así la conservamos.
—No me parece un método demasiado fiable. Con toda probabilidad, el relato acaba por distorsionarse.
—Pero tiene que ser fiable, porque creemos en las palabras exactas de la historia. Los niños memorizan lo que les cuentan sus abuelos, de modo que cuando les llegue el turno de

Librodot

transmitirla, contarán lo mismo. ¿Cómo recordáis vosotros a vuestros antepasados?
—Tenemos pinturas, archivos, libros.
Hablaron de sus dioses. Francisco le mostró el crucifijo y le habló de Jesús. Marimi, a su vez, le habló del creador Chinigchinich y los siete gigantes que iniciaron la raza humana, así como de la Madre Luna, a la que los topaa rezaban. A Francisco le pareció un culto muy ingenuo, pues todo el mundo sabía que la Luna no era más que un cuerpo celeste que giraba alrededor de la Tierra al igual que el sol y todos los planetas.
Las primeras veces que comió con la tribu, comprobó que lo miraban con no poca desaprobación. Don Francisco era el primero en admitir que era un hombre de saludable apetito. Engullía la comida, bebía a ruidosos sorbos y eructaba sin disculparse. Pero al parecer, en aquella tribu se consideraba descortés mostrar fruición. Cada noche, cuando se sentaba para tomar otro ágape compuesto de gachas de bellotas, estofado de conejo o sopa de almejas, suspiraba anhelante por la comida de su tierra. Banquetes de perdiz y faisán, salchichas y tocino, dulce de membrillo, queso florentino y mazapán de Siena. Echaba de menos la ternera, el cordero, el cerdo, las aves, la paloma y la cabra; las galletas, los panes, los pasteles de carne, las tartas, los dulces escarchados y las almendras garrapiñadas; las setas, el ajo, el clavo, las olivas... Cerraba los ojos y soñaba con queso, huevos, leche y mantequilla. ¿Quién habría dicho que llegaría a añorar bienes tan corrientes? Recordaba discusiones acaloradas pero afables en torno a las excelencias de un queso en particular, ya fuera brie, gruyere o parmesano. Deseaba describir al jefe topaa las delicias de un buen roquefort o un intenso queso suizo, pero el hombre no lo entendería. Los topaa no consumen leche animal. Sin embargo, eran excelentes pescadores, y siempre había frutos del mar en abundancia, si bien todo hombre civilizado sabía que el pescado era más sabroso con una buena salsa. Pero lo que don Francisco más echaba a faltar era el buen vino de Burdeos.
Cuando no comía, dormía ni jugaba, Francisco montaba guardia en la playa. Cada amanecer y cada atardecer, luciera el sol o lloviera, hubiera niebla o soplara el viento, era una figura sobre las dunas solitaria, o tal vez acompañada por un grupo de chiquillos que lo seguían, aún fascinados por la presencia de un forastero entre ellos. Hablaba para sus adentros en aquella lengua incomprensible y de vez en cuando callaba para escudriñar el mar con ojos entornados. De haber entendido su lengua, los topaa habrían sabido que don Francisco era un hombre sabio, un hombre de ciencia que echaba de menos sus libros, sus instrumentos de cálculo, probetas y viales de alquimia, que añoraba el astrolabio, el cuadrante y los mapas, los relojes de arena y de sol, las plumas, el pergamino, la trina, las letras, las palabras. Asimismo, habrían sabido que don Francisco, hombre de gran fortuna, estaba acostumbrado a las comodidades, por lo que echaba de menos castillos, sillas, platos, pañuelos, colchones de plumas y chimeneas, además de la política, las intrigas cortesanas, saber quién gozaba del favor de los soberanos, quien había caído en desgracia... Su lengua ansiaba enzarzarse en debates inteligentes, !y quería su caballo! Todas las cosas que siempre había dado por sentadas las anhelaba con una intensidad tan real como el dolor físico.
Una mañana de bruma gris en que ni las gaviotas chillaban ni las canoas se hicieron a la mar, don Francisco, envuelto en sus múltiples capas de ropa y non el frío y la humedad metidos hasta los huesos, recordó una novela que hacía furor en España, Las sergas de Espladián. Era la historia de un caballero llamado Esplandián que durante el sitio de Constantinopla encabezó la defensa de la ciudad contra los paganos. De repente, entre los sitiadores apareció una reina
llegada de una fabulosa y lejana isla, «situada a la derecha de las Indias, muy cerca del paraíso terrenal». Habitaban dicha isla mujeres de piel de ébano cuyas arenas eran de oro, y en sus montañas vivían grifos legendarios. Contaba la historia que, cuando los grifos eran jóvenes, las amazonas los capturaban y alimentaban con los hijos varones que habían dado a luz las mujeres y los hombres a los que hacían prisioneros. Más avanzada la novela, la reina se convertía al cristianismo, empezaba a respetar a los hombres, se casaba con el primo de Esplandián y lo llevaba consigo a su isla maravillosa.

Librodot

Todos cuantos leían el libro o escuchaban la historia se preguntaban, pese a saber que era una obra de ficción, si dicha isla fabulosa existiría en verdad. Por ello, al zarpar de México para explorar la costa septentrional, Cabrillo y sus hombres habían esperado hallar una tierra en la que el único metal, como en el libro, fuera el oro. Pero cuando echaron el ancla en la bahía y comprobaron que los nativos llevaban vidas harto sencillas y no tenían oro, ni hermosas amazonas ni grifos de ninguna clase, bautizaron el lugar con el nombre de la isla de aquella novela, California, llevados por el desdén y la decepción.

Al recordar aquello, un nuevo y sombrío pensamiento asaltó a don Francisco. Aquellas gentes no poseían nada de valor para la Corona española. ¡Pasarían años antes de que llegara un barco! Y si bien los salvajes podían alimentar su cuerpo, no podían alimentar su mente, que se marchitaría y moriría, dejándolo sumido en la locura.

Desesperado ante tal posibilidad, paseó la mirada por la playa y vio que Marimi lo observaba, su alta figura envuelta en pieles de foca y una mirada doliente en sus ojos. ¿Cómo podía hacerle entender el infierno a que sus compañeros lo habían condenado, que un hombre necesitaba una ocupación, que perdería el juicio si tenía que pasar el resto de su vida comiendo, jugando y fumando en pipa?

—¡Soy un hombre culto! —vociferó al viento—. ¡Tengo mente y una curiosidad que la alimenta! ¡Y voy a pudrirme en este lugar! Marimi se acercó a él, le tomó las manos entre las suyas y se las giró para examinar las palmas. Luego dijo algo, pero Francisco sólo meneó la cabeza.

—No te entiendo.

Marimi señaló las canoas alineadas en la playa, los arpones y las redes de pesca. Le recordó los nombres de todos los pescadores a los que había conocido, señaló la choza del hombre que hacía cuchillos de pedernal, la de la anciana que confeccionaba abalorios, levantó las manos de Francisco ante su rostro y le hizo una pregunta.

—¿Que qué hago? ¿Es eso lo que me preguntas?

Durante las últimas semanas, Francisco había intentado explicarle su profesión, pero ¿cómo hacerle entender que era cronista a una muchacha que no sabía lo que era el abecedario ni la escritura?

Y entonces se le ocurrió.

—¡Por los clavos de Cristo, ahora entiendo lo que intentas decirme! Para eso me hice a la mar, para redactar la crónica de los viajes y los descubrimientos de los exploradores. ¿Y qué hago? ¡Quedarme sentado, a la espera de que me rescaten!

De buena gana la habría besado allí mismo y lo habría hecho de no haber visto la expresión que se dibujaba en su rostro, como si hubiera adivinado sus intenciones, pues retrocedió a toda prisa.

El sombrío humor de Francisco se trocó en entusiasmo al iniciar la nueva empresa. Cambió su sombrero de fino terciopelo por un puñado de las plumas del jefe para fabricarse útiles de escritura. Cuando un cazador trajo un ciervo de las montañas, Francisco cambió su chaqueta acolchada por la piel, y durante muchos días, mientras la tribu se atiborraba de venado, la gente lo observaba mientras trabajaba la piel, la rascaba, estiraba, frotaba con tiza y piedra pómez hasta obtener algo que llamaba pergamino. Por último fabricó tinta con jugo de sepia.

Ya estaba preparado para empezar su crónica, pero antes debía averiguar dónde se encontraba. Al divisar aquel llano mientras navegaban hacia el norte, los españoles lo habían bautizado con el nombre de Valle del Humo, no sólo por las numerosas hogueras que salpicaban el lugar, sino también por los fuegos provocados. Los indios tenían por costumbre incendiar la maleza para estimular el crecimiento de nuevas plantas y prevenir incendios mayores, según le explicó Marimi. Francisco había presenciado uno de aquellos incendios, que ardió durante días porque la maleza era espesa y estaba muy seca. Pero los indios sabían que, para prevenir incendios graves, era necesario provocar con regularidad incendios pequeños. Sin embargo, puesto que la cuenca estaba rodeada de montañas que atrapaban el humo, el lugar permanecía envuelto en humo casi siempre; algunos días ni siquiera se veían las cimas de las montañas

Librodot

por entre el humo marronoso.
Francisco decidió hacer un mapa.
Marimi le sirvió de guía. Caminaba ante él por los senderos, las caderas generosas bamboleándose delante de sus ojos, y de vez en cuando entreveía un trozo de muslo suave y bronceado. En ocasiones, Marimi se detenía en la cima de una colina y señalaba varios lugares, diciendo sus nombres. En la cara norte de los montes de Topaangna vivían los chumash, que llamaban su poblado Maliwu, nombre que Francisco pronunció erróneamente como Malibú, lo que hizo reír a Marimi. Los topaa y los chumash eran enemigos y no se mezclaban. La frontera se encontraba en el arroyo de Maliwu, y los dos pueblos hablaban lenguas distintas, lo que en un principio extrañó a Francisco.
—Pero si viven muy cerca, al otro lado de las montañas.
Sin embargo, de repente recordó que los franceses vivían al otro lado de las montañas que separaban su país de España. Marimi señaló otros asentamientos, Kawengna y Simi. Juntos cruzaron las montañas hasta un punto desde el que Francisco divisó un valle poblado de encinas. Como carecía de nombre, lo bautizó con el nombre de Los Encinos.
Durante su exploración, mientras atravesaban otros poblados topaa y los asentamientos de otras tribus, don Francisco advirtió la ausencia de una clase guerrera. Las lanzas y las flechas parecían destinadas sobre todo a la caza, no a la guerra. Marimi le explicó que las disputas entre tribus eran insignificantes y por lo general se resolvían con rapidez. Los habitantes del Valle del Humo se le antojaban pacíficos, nada agresivos, a diferencia de la avanzada civilización de los aztecas que, antes de la conquista, había sido una raza agresiva y sedienta de sangre. Y entonces pensó en la historia de su propio pueblo, una historia escrita con sangre, y una nueva idea acudió a su mente: ¿el conocimiento engendraba agresividad?
Francisco advirtió que la muchacha observaba en todo momento un comportamiento respetuoso con la tierra. todo lo trataba con máxima deferencia y ritual. Antes de coger frutos de un árbol o sacar agua de un manantial, realizaba una ceremonia muy sencilla en forma de petición o reconocimiento. Francisco había observado cómo los indios pedian perdón a los animales que mataban.
—Espíritu de este conejo, te pido perdón por comer tu carne. Que juntos completemos el círculo de la vida que nos dio el Creador de Todo.
Marimi explicó que, según sus creencias, el animal cazado se some-tía de buen grado al cazador si la gente se mostraba respetuosa con él.
El viaje fúe breve porque Mariani no quería alejarse demasiado de la tribu ni Francisco, del océano. Cuando regresaron, y el mapa estuvo listo, Francisco empezó a escribir la crónica, que ya imaginaba haciendo furor en España, en toda Europa, a su regreso.
«Aquí da comienzo la crónica e historia de mi estancia entre los salvajes indios de California, escribió como encabezamiento. Puso manos a la obra con la seriedad obsesiva de un hombre tan absorto en su tarea que en su mente no cabían otros pensamientos. De esta guisa, Francisco esperaba labrarse de un destino peor que ser arrojado al mar sobre un tablón de madera, pues deseaba a una joven ligada por un voto de castidad.
Quería empezar por el aspecto científico, pero como la ciencia no existía en aquellos parajes, se decantó por la medicina como segunda opción. Describió sobre papel los rituales y curaciones que Marimi le permitía presenciar. Para los bebés en plena dentición, secaba pétalos de rosa, los hervía y los aplicaba a las encías de los pequeños. Para tratar la ictericia, mientras la sopa de bellota aún hervía, Marimi se peinaba el cabello sobre la perola, dejando caer piojos en la sopa. Francisco quedó impresionado, pues aquel era un remedio conocido en España, donde todo el inundo sabía que beber agua con piojos era la mejor cura para los trastornos de hígado.
Pero también presenció tratamientos menos definidos y científicos, casos en que las hierbas y medicinas de nada servían, por lo que se hacía necesario echar mano de la magia. Francisco

Librodot

sabía que no era el «poder» de la pluma de águila lo que curaba, ni los colmillos de coyote, ni la piel de serpiente de cascabel, sino más bien el poder combinado de la fe del enfermo en la chamán y la fe de la chamán en sí misma. Ambos estaban convencidos de que ella curaría al paciente, cuya fuerza de voluntad conseguía sanarlo. Francisco casi admiraba el sistema. Si pudiera hallarse una fe tan profunda en Europa, donde casi todos los médicos eran unos charlatanes... Y si el paciente no lo lograba, entonces la voluntad del clan lo curaba. Francisco fue testigo del milagro un día en que un cazador de focas regresó a tierra herido. El hombre había sido ensartado por una lanza, la herida se había infectado y le provocaba altas fiebres. Marimi siguió el ritual de encender una hoguera junto al moribundo y disponer a su primera familia en un estrecho círculo en torno a él, mientras la segunda familia, compuesta por primos, tíos y tías, se situaba en otro círculo mayor alrededor del primero. Marimi agitó cascabeles a los cuatro vientos para invocar su poder, cantó a la luna, espolvoreó el cuerpo del hombre con polvo de algas y dibujó sobre su piel símbolos místicos con grasa de foca y pigmentos. Luego sostuvo en alto una piedra en la que había tallados varios ciempiés. Se lo mostró a la luna, a los cuatro vientos y derramó unas gotas de brea caliente sobre ella para borrar las imágenes y así «matar» a los ciempiés, símbolos de la muerte. Al poco, el hombre empezó a respirar mejor, la fiebre descendió y tras otra ronda de cánticos de su familia, abrió los ojos y pidió agua.

Francisco declaró que aquello era magia, pero Marimi replicó que no era más que obra de los espíritus. Y lo que Marimi consideraba magia, Francisco lo tildaba de ciencia. Cuando por fin la convenció de que se probara los anteojos, Marimi exclamó que su magia le hacía ver un mundo distinto. Cuando el español intentó explicarle las propiedades del vidrio y las lentes, Marimi no quiso escucharlo, máxime cuando le demostró que podía encender fuego con sólo sostener los anteojos a la luz del sol y sin necesidad de frotar dos ramitas.

Describió en su crónica las prácticas religiosas de la tribu. En el solsticio de invierno, los topaa se congregaban en un cañón sagrado, donde la tribu entera esperaba a que Marimi saliera de una cueva. Cuando aparecía, la chamán golpeaba su bastón solar tres veces sobre una piedra, elevaba el bastón al cielo y «tiraba» del sol hacia el norte, marcando así el fin del invierno y el inicio del regreso del sol. Francisco plasmó en su escrito los vítores de los indios.

Asimismo, habló de sus costumbres sociales.

—Por qué no utilizas una olla? —preguntó un día a Mariani, al ver que cocía gachas de bellota en una cesta tras echar piedras calientes en el mejunje y remover con vigor para que la cesta no se quemara.

Marimi lo miró con perplejidad y él se dio cuenta de que no había visto ninguna clase de cerámica en el poblado. Aparte de algunas piezas de piedra que, según le explicó Marimi, habían obtenido de una tribu insular a cambio de brea. Los topaa no fabricaban cerámica alguna. Cocinaban, almacenaban semillas y transportaban agua en cestas.

Don Francisco señaló en su crónica que los ancianos topaa tenían los dientes erosionados hasta las encías. No es que se les rompieran o cayeran, sino que se gastaban. Averiguó la razón tras unas cuantas comidas. Las gachas de bellota contenían restos de arena, en las semillas molidas quedaba polvillo de piedra, la tierra se adhería a las raíces y los bulbos que comían crudos.

Don Francisco escribió también que en ninguna parte crecían cultivos, sólo plantas de tabaco, la única planta que cultivaban los topaa. Los miembros de la tribu recolectaban las hojas de tabaco, las secaban sobre piedras calientes y las picaban en morteros para fumarlas en pipa.

Pero sobre todo, su crónica giraba en torno a Marimi, a quien cada día profesaba más cariño. Observaba sus obligaciones para con los dioses, su interacción con la tribu, su risa, su inteligencia vivaz y el misterio mensual, ocasión en la que se retiraba durante cinco días a una pequeña choza situada a las afueras de la aldea, sin ver a nadie, sin hablar con nadie y recibiendo comida y agua de mujeres emparentadas con ella. Francisco descubrió que ésa era la costumbre de todas las mujeres durante la menstruación, el flujo mensual que encerraba el

tremendo poder de la luna y debía ser domeñado. Si una mujer hablaba con otro miembro de la tribu durante esos días, tocaba su comida o pisaba su sombra, esa persona enfermaría y moriría. Asimismo se consideraba que, durante la menstruación, las mujeres eran susceptibles a la eternidad, por lo que se les prohibía lavarse el cabello, comer carne, hacer esfuerzos y acostarse con sus esposos.

Por fin llegó un día en que Francisco no pudo seguir callando la cuestión que le quemaba el corazón, y preguntó a Marini qué sucedería si yacía con un hombre.

—Me desterrarían, y la tribu sucumbiría al infortunio.

—¿Y qué le pasaría al hombre?

—La tribu lo mataría.

Despertó a causa del ruido y el olor acre del humo.

Al salir comprobó que el poblado era un hervidero de actividad. Todo el mundo amontonaba peces en cestas, hacía bolsas de pieles de nutria y prendía fuego a las chozas. Marimi le explicó que se disponían a emprender el viaje anual al interior para comerciar con otras tribus, ocasión que aprovechaban para quemar sus chozas y así construir otras nuevas sobre tierra nueva a su regreso.

Cuando Francisco vio que los hombres se cargaban pesadas cestas a la espalda y se ataban las correas a la frente, se prometió enseñarles a fabricar ruedas y carros. Cuando echaron a andar hacia el este, como campesino, se preguntó si en aquellos parajes vivirían caballos o tal vez mulos, cualquier animal que pudiera utilizarse como bestia de carga. El viaje duró dos días, tiempo durante el cual Francisco dio rienda suelta a sus pensamientos.

El cabello le había crecido desde que llegara a territorio topaa. No había utensilios para cortarlo, pues los topaa carecían de tijeras, navajas y peines. Los cuchillos de pedernal no hacían mas que mellar. Asimismo, la barba se le había salido de padre, por lo que aprendió a afeitarse a diario con conchas de almeja afiladas. Perdido en sus ensoñaciones durante el viaje hacia el este, se imaginó enseñando a los topaa a extraer metal de la tierra y transformarlo en objetos útiles como cuchillos, navajas y cacerolas.

Fantaseó sobre muchas cosas mientras recorrían la antigua vereda en un éxodo masivo de seres humanos sin un solo animal entre ellos. Pasaron por otros poblados, algunos de los cuales también estaban siendo desmantelados para unirse al gran viaje. Estaban mas al este de lo que Francisco había viajado durante su exploración, a unos veinticinco kilómetros hacia el interior, y si bien los usos tribales le parecieron similares, las lenguas diferían tanto como las europeas. Marini explicó que el camino que seguían era el que la Primera Madre había recorrido al llegar a aquella llanura hacía ya muchas generaciones. La gente creía que el sendero existía desde la noche de los tiempos.

Por fin llegaron a su destino, un inmenso campamento donde se daban cita numerosas tribus, todas las cuales erigieron sus chozas en un llano. Marino contó a Francisco que allí era donde obtenían la sustancia que empleaban para impermeabilizar las canoas y cestas de agua.

—La brea —dijo él, el término que en España se utilizaba para designar esos estanques de alquitran negro y burbujeante en el centro del campamento.

Marimi también le contó que habían acudido allí para tratar con los comerciantes de las tribus del este, de lugares tan lejanos como el poblado de Cucamonga e incluso mas lejos. Cuando Francisco vio que el camino continuaba hacia el este, preguntó hacia dónde se dirigía.

—Yang-na —repuso Mariani.

Por sus gestos, Francisco dedujo que la joven nunca había estado allí, que jamás había llegado más allá de las charcas de brea.

—¿No te gustaría saber qué hay más allá? —inquirió Francisco mientras erigían chozas de palos y ramitas que habían llevado consigo.

—¿Para qué?

—Para ver que hay.

Librodot

—¿Para qué? —repitió la muchacha.
Por primera vez, Francisco, que había viajado miles de millas para llegar hasta allí, quedó asombrado por el hecho de que Mariani des-conociera la envergadura del mundo, de que no fuera consciente de que vivía en un globo que giraba en el espacio, que inmensas catedrales se elevaban hacia el cielo y perforaban las nubes en tierras lejanas, al otro lado del océano. Aquellos miserables estanques de brea eran el confín oriental de su mundo. Al norte, su territorio quedaba limitado por una cresta en la que crecían encinas sagradas, razón por la cual no se rebasaba, y al oeste y al sur se abría un océano que, según su creencia, sujetaba el cielo.
Pero si hace cincuenta años que sabemos que la tierra no es plana, quiso gritar. Y desde luego, sabemos que no es del tamaño de una sartén como vuestro mundo insignificante, sino vasto, aterrador y repleto de maravillas sobrecogedoras. Intentó hacérselo entender trazando dibujos en la tierra, describiendo la grandeza con sus manos, pero de nada sirvió. Marirni se limitó a reírse de sus payasadas y lo consideró un hermoso mito.
En aquel momento Francisco supo lo que tenía que hacer. Mientras la tribu de Marimi se ocupaba en intercambiar bellotas, esteatita, marisco y pieles de foca y nutria por cerámica, semillas de mezquite y pieles de ciervo, agitando sin cesar sus hileras de abalorios de concha, la moneda universal por aquellos lares, Francisco urdió un plan secreto. Cuando los navíos españoles regresaran, como sin duda sucedería, se llevaría consigo a aquella muchacha y le mostraría el esplendor del mundo. La deleitaría con la caricia de la seda y las perlas contra su piel morena, le enseñaría los imponente monumentos del hombre, las obras de arte, los perfumes, los tapices y los platos de oro y plata, la llevaría a dar paseos a caballo, la asombraría con maravillas que su primitivamente no podría siquiera imaginar.
Aquella noche la observó inclinada sobre su muela, con los pechos oscilando de un modo harto seductor. Marimi se había untado el cuerpo con pintura de color almagre, que daba a su cuerpo un aspecto reluciente y realzaba las sugerentes curvas de su voluptuosa figura. El experimentaba en su interior un deseo cada vez más intenso. ¿Por qué lo atraía tanto aquella criatura salvaje? En primer lugar, le había salvado la vida. Cuando su cuerpo inerte llegó a la orilla tantos meses atrás, nadie quiso tocarlo, pero Marimi sí se atrevió. Sin embargo, su seducción iba más allá. Había algo en la gracia con que se movía entre su gente. Había visto mujeres de rango similar en su propia sociedad, monjas poderosas, damas con dinero y contactos, pero pocas hacían gala de aquella actitud benévola, y muchas abusaban de su posición y sus privilegios.
También detectaba en ella cierta vulnerabilidad. Aquellos extraños ataques que de vez en cuando sufría podían sobrevenirle en cualquier momento y lugar, y la primera vez que presenció uno se alarmó sobremanera. Los hombres retrocedieron mientras las mujeres corrían a su lado para llevarla en volandas a su choza. En la entrada de ésta, Francisco la vio agitar la cabeza de un lado a otro en muda agonía. Al cabo de un rato, se sumió en un profundo sueño y más tarde habló de las visiones. Las mujeres le contaron que era una enfermedad sagrada que le permitía comunicarse con los dioses. Francisco había visto a personas así en España, monjes y monjas santos, pero eran cristianos que hablaban con los bienaventurados, mientras que aquella mujer no era cristiana.
Y por último estaba su soledad. Si bien Marimi formaba parte integrante de la tribu y era, de hecho, el punto de reunión de gran parte de sus creencias, al mismo tiempo estaba aislada de su gente y vivía sola. Por las noches, en las demás chozas se oían voces, risas, música de flauta, el golpeteo de los palos durante los juegos de azar, las carcajadas de los hombres compitiendo con vigor, las risitas de las mujeres, los chillidos de los niños... Pero en la choza de Marimi siempre reinaba el silencio. La soledad de la joven le recordaba la suya, la que se había adueñado de su corazón al dejar atrás las tres tumbas de sus seres queridos, su mujer y sus hijos, que le fueran arrebatados por las fiebres.
—Ay, doncella —gimió en silencioso sufrimiento—, ¿acaso no sabes que ardo de deseo por ti?

Librodot

La última noche que pasaron en el campamento de las charcas de brea, Francisco reunió valor suficiente para revelar a Marimi su secreto. Le habló de las maravillas de su inundo y de cuánto ansiaba mostrárselas. Para su asombro, Marimi prorrumpió en amargos sollozos y confesó que en su pecho anidaba el mismo deseo. Nada la complacería más que convertirse en su esposa y seguirlo dondequiera que fuera, pero no podía ser. Debía consagrarse a su pueblo, mantener su voto de castidad.

Francisco quedó atónito ante tan inesperada declaración. En sus ensoñaciones carnales nunca se le había ocurrido preguntarse qué sentiría ella por él. Jamás le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Marimi pudiera desearlo, pero tras oír aquella confesión, su deseo se desbocó por completo y llenó el cielo entero.

—No puedo soportar la idea de irme sin ti —exclamó—, pero si me quedo, tampoco puedo tenerte. Marimi, si vienes conmigo, el voto de castidad ya no tendrá vigor. Seremos libres para casarnos.

Marimi replicó entre lágrimas que no podía marcharse y que Francisco no debía volver a mencionar jamás su deseo, pues era tabú y traería mala suerte a la tribu.

Aquella noche una suerte de locura se apoderó de Francisco, y al verse incapaz de pegar ojo, salió a la noche maloliente y paseó por la playa negra de las hediondas charcas de brea sin reparar en los insomnes que lo observaban. Caminaba, agitaba los brazos y de vez en cuando profería exclamaciones en una lengua que ninguno de sus espectadores casuales comprendía. Las gentes de Cahuilla, Mojave y más allá alimentaban sus hogueras y contemplaban al hombre blanco que luchaba contra los demonios.

En ese mismo instante se le ocurrió la idea de enseñar a los topaa los secretos del mundo moderno. Enseñándoles a fabricar papel, extraer metales, usar la rueda y la bestia de carea, construir casas y vivir según los relojes, abriría los ojos de Marimi, le haría comprender el alcance de le inopia en que vivía y la induciría a desear acompañarlo.

Su plan fracasó.

Los sucesivos proyectos despertaban un interés inicial en la gente, pero no tardaban en perder atractivo para ellos. Don Francisco consiguió fabricar velas, que en un principio maravillaron a los topaa, pero cuando se consumieron, no manifestaron deseo alguno de fabricar más. Cuando confeccionó una especie de jabón, los miembros de la tribu se enjabonaron gozosos, pero cuando se acabó, perdieron el interés. Instaló un pequeño huerto de girasoles y les explicó cómo tener semillas durante todo el año, pero cuando las flores murieron por falta de cuidados, el interés de la gente corrió la misma suerte. ¿Por qué iban a cambiar, preguntaban a Francisco, si vivían así desde la noche de los tiempos y sus costumbres siempre habían sido buenas para los topaa?

—El cambio es progreso —intentaba convencerlos.

Pero para exasperación suya, el progreso era un concepto que no entendían.

Por fin acudió a la choza de Marimi y le preguntó de nuevo si podía quebrantar su voto de castidad.

—¿En tu tierra hay mujeres que consagran su mente y su virginidad a los dioses? —replicó la joven.

—Sí, las monjas.

—Y si desearas a una de ellas, ¿intentarías convencerla de que renunciara a sus votos?

Francisco la asió por los hombros.

—Marimi, el celibato es una ley de los hombres, no de Dios.

—¿Hablas con tu dios?

Francisco retiró las manos.

—Ni siquiera creo en él.

Marinii alargó la mano hacia el crucifijo dorado que llevaba colgado alrededor del cuello.

Librodot

—Y ese hombre, Jesús. ¿Crees en él?
—Jesús es un mito. Dios es un mito.
En aquel instante, los ojos negros de Marimi se inundaron de lágrimas, y lo miró durante largo rato con expresión apenada. La enfermedad que atenazaba la honrada alma de Francisco no era un misterio. Necesitaba creer en algo.

Tardaron dos días en recorrer la antigua vereda desde las charcas de brea hasta el cañón de Topaangna.
Al llegar a las montañas, Francisco y Marimi enfilaron una pista por entre densos chaparros y lilas silvestres. En una ocasión dieron con un pequeño claro donde un coyote hembra interpretaba una danza demente. Se tendía en el suelo con el hocico vuelto hacia el cielo, y de repente, con un salto hacia arriba y ladeado, batía la mandíbula y volvía a caer a tierra, donde se ponía a escarbar furiosamente. Repetía la operación una y otra vez, con tal intensidad que Francisco retrocedió, temeroso de que se tratara de un perro enloquecido. Pero Mariani se echó a reír y le explicó que el animal sólo buscaba gusanos. Su pueblo llamaba al coyote «El Astuto», porque se tendía en el suelo y se hacía el muerto para atraer a los buitres, cazarlos y comérselos.
—Sólo yo y los demás chamanes tenemos permiso para entrar—señaló Marini cuando llegaron a una cueva abierta en un pequeño cañón—. Esta ley se aplica a todos los topaa y a los miembros de otras tribus. Pero tú eres distinto, porque tus antepasados moran en un lugar muy lejano, y creo, Francisco, que con tus anteojos que te hacen ver cosas que otros no pueden ver, y con los que puedes hacer fuego milagroso, debes de ser un chamán en tu tierra. Así pues, no es tabú que entres en esta cueva sagrada. Nuestra Primera Madre descansa aquí —murmuró con deferencia al entrar en la caverna.
Francisco comprobó que la sepultura era muy antigua, tal vez de más de mil años.
—Siempre traemos regalos a la Primera Madre —explicó Marimi al dejar sobre ella unas flores.
Acto seguido le mostró la pintura y le refirió la historia de la primera Marimi.
—Te cuento esto porque sé que tienes un vacío aquí, Francisco—observó al tiempo que le apoyaba una mano en el pecho—. Eso no es bueno para un hombre, porque sin una creencia que llene ese vacío, los espíritus malignos se apoderaran de él. El espíritu de la tristeza y la amargura, de los celos y el odio. Te he traído aquí para llenar ese vacío con ayuda de la sabiduría de la Primera Madre.
Francisco bajó la mirada hacia la mano de piel cobriza que se apoyaba sobre su camisa antes blanca. Escudriñó los ojos inocentes, aunque sabios, de la joven india, sintió el peso de las montañas a su alrededor, oyó extraños susurros en la oscuridad y percibió el movimiento de las sombras vigilantes, expectantes. La cueva le recordaba una gruta que visitara de niño y en la que, según decían, un santo había encontrado aguas milagrosas. A fin de cuentas, tal vez existían las cuevas mágicas, tal vez la Primera Madre de Marimi moraba realmente allí.
Francisco había aprendido a llevar siempre consigo diversos utensilios, como hacían los topaa y de la bolsa de cuero que pendía de su cintura sacó un trozo de obsidiana negra y reluciente. Escogió una porción de pared limpia y lisa y en ella escribió con el canto afilado del mineral: «La Primera Madre».
—Ahora todas las generaciones venideras sabrán quién descansa aquí —declaró con una sonrisa.
Marimi contempló maravillada las extrañas formas. Mientras dibujaba el mapa y escribía la crónica. Francisco había intentado enseñarle a leer, pero los símbolos no dejaron de ser más que símbolos para ella. Ahora, mientras miraba las letras recién grabadas, una luz se encendió en su mente. Alargó la mano, resiguió cada una de ellas con las yemas de los dedos y las pronunció con repentino entendimiento.
Sobrecogido, Francisco la observaba y escuchaba su dulce voz. Ahí estaba el milagro que

tanto había anhelado, su sueño hecho realidad. Había logrado enseñar a Marinri algo de su mundo. Y en aquel instante percibió que su deseo carnal se trocaba en una emoción más tierna. Se había enamorado de ella.

Le cogió las manos y la giró hacia sí.

—¿Eres virgen a causa de la primera madre?

—Sí.

—Al igual que las hermanas españolas que consagran su virginidad a la Madre de Dios. Marimi, no puedo creer en tu primera madre más de lo que creo en aquella otra primera madre llamada María. Pero respeto tus creencias y tus votos. No volveré a pedirte que vengas conmigo, pues ahora comprendo que estaba equivocado. Tampoco puedo seguir viviendo con tu pueblo. El dolor que siento es mayor de lo que puede soportar un mortal. Me iré.

Cuando Marimi rompió a llorar, Francisco la estrechó entre sus brazos y se estremeció al comprender que aquella sería la última vez que se vieran. Por fin se apartó de ella, temeroso de perder toda su fuerza de voluntad si seguía abrazándola.

—Dices que nunca visitáis a la Primera Madre sin dejar un presente. Pues bien, éste es mi presente para ella —anunció al tiempo que se quitaba los anteojos.

De pronto tuvo una visión del futuro.

—Vendrán hombres para destruiros —musitó con intensidad—. Lo he visto en los imperios del sur. Vendrán con sus escribas, sus sacerdotes, sus hombres de ciencia y sus soldados para llevarse lo poco que tengáis sin daros nada a cambio salvo subyugación, como sucedió con los aztecas, los incas y todos los pueblos que han recibido la visita del hombre civilizado. Por eso voy a caminar hasta Baja California y les diré que aquí arriba no hay nada; con un poco de suerte, os dejarán en paz, al menos durante un tiempo.

Cuando se marchó, Marimi permaneció en la cueva con el corazón destrozado. Por primera vez en su vida no quería ser la elegida para servir a la Primera Madre. Quería a Francisco.

Miró los anteojos que le había dado el español, aquellos ojos maravillosos que permitían ver otros mundos. Se los colocó sobre el puente de la nariz, contempló las letras que Francisco había grabado y luego la pintura. Profirió una exclamación involuntaria. ¡Los pictogramas habían crecido! Ahora llenaban su campo de visión y ponían de manifiesto pequeños detalles e imperfecciones que jamás había advertido. Y cuando movía la cabeza, los símbolos parecían desplazarse con ella.

De pronto, un dolor agudo le atravesó la cabeza. Con un grito cayó de rodillas y luego de costado mientras la consabida enfermedad se adueñaba de ella, sumiéndola en la negrura de la inconsciencia.

En el breve sueño se le apareció la Primera Madre, una imagen luminosa pero vaga que hablaba en silencio, comunicándose a través de significados en lugar de palabras, diciendo a su sierva Marimi que el celibato era una ley de los hombres, no de los dioses. La Primera Madre quería que sus hijas fueran fecundas.

Al despertar, ya libre de dolor, se quitó los ojos mágicos de Francisco y comprendiendo con emoción y respeto que le habían permitido viajar al mundo sobrenatural, donde había recibido un mensaje de la Primera Madre, salió corriendo de la cueva, descendió el cañón y alcanzó a Francisco allí donde los símbolos del cuerpo y la luna aparecían grabados sobre los cantos rodados. —Seré tu esposa —le prometió.

Puesto que la Primera Madre había hablado con Marimi y Francisco no era un hombre corriente, ya que había llegado del oeste, donde moraban los antepasados, los jefes, subjefes y chamanes de la tribu consideraron que debían permitir el matrimonio de ambos. Sin embargo, al tratarse de un tabú, debían consultar primero a los espíritus. Los chamanes se encerraron en la choza del sudor durante cinco días, comiendo estramonio e interpretando sus visiones, mientras Marimi y Francisco ayunaban, rezaban y se mantenían puros. Cuando los ancianos salieron de la choza, declararon que Francisco era un antepasado reencarnado, un hombre especial enviado por los dioses para convertirse en compañero de la curandera. La unión sexual con él incrementaría el poder de Marimi y, por ende, el de la tribu.

Librodot

La tribu celebró la boda durante cinco días con banquetes, danzas y juegos, y cuando la última noche culminó en un ritual de fertilidad a la luz de la luna llena, con todos los miembros de la tribu participando de forma que Francisco habría considerado inmorales tiempo atrás, vació en los brazos de Marimi y experimentó felicidad por primera vez en su vida.

Cierto día, varios hombres llegaron de la costa con la noticia de que habían divisado velas en el horizonte. A toda prisa, Francisco recogió sus mapas y su crónica y corrió emocionado hacia la playa, donde divisó la lona de unas velas recortándose con claridad contra el cielo azul. Marimi se unió a él con su primer hijo en brazos. Al poco, la tribu entera se congregó en las dunas, y Marimi sacó el pedernal para encender la hoguera. Sin embargo Francisco la detuvo, pues de pronto había reparado en algo que nunca se le había ocurrido. Si llevaba a Marimi a España, la joven sería una novedad, al igual que los salvajes de Colón en la corte de Isabel, un objeto por examinar, tal vez diana de todas las burlas. Le arrebatarían la dignidad, el alma, y ella se marchitaría y moriría, como toda flor alejada de su entorno natural. No, comprendió de repente, no irían a España. No podía fallar a su amada Marimi y a su hijo.
Francisco arrojó los mapas y la crónica a la hoguera sin encender, donde el pergamino se mojaría, se pudriría, y acabaría arrastrado por la marea. Luego asió la mano de Marimi, dio la espalda a las velas que despuntaban en el horizonte y se alejó de la playa, camino de su hogar.
A lo largo de las semanas, los meses y por fin los años que siguieron, algo extraño sucedió a Francisco. Empezó a experimentar un peculiar consuelo cuando escuchaba las historias que se narraban por las noches alrededor de la hoguera, relatos transmitidos de generación en generación que emocionaban a los oyentes, que suspiraban, sonreían y aplaudían encantados al conocer las valerosas hazañas de sus antepasados: le gustaba oír la historia de Tortuga engañando a Coyote, de la creación del mundo, de las estrellas que permitían a las almas de los muertos velar por sus hijos e hijas. En las palabras del narrador, don Francisco veía un hilo invisible que unía el presente con el pasado hasta que no se sabía si el cuentacuentos estaba rememorando algo sucedido largo tiempo atrás o el día anterior. No importaba. Las historias eran buenas, entretenidas y creaban un sentimiento de pertenencia, de comunicación tanto con los demás presentes como con los antepasados.
También empezó a perder el interés por sus galas europeas, pues no eran un símbolo de categoría entre aquel pueblo desnudo; por el contrario, el terciopelo acolchado y el algodón resultaban poco prácticos en una tierra donde los veranos eran calurosos y secos, y los inviernos muy suaves. Francisco se sentía muy cómodo ataviado con pieles como los topaa. de modo que guardó el jubón, el justillo y las calzas, y empezó a vivir como Adán tanto tiempo atrás.
Asimismo, descubrió que ya no echaba de menos los relojes, los días de la semana ni los años. Un nuevo ritmo se instaló en sus huesos. Perdió la costumbre de buscar con la mirada un reloj de sol para saber qué hora era y se dedicó a observar el recorrido del sol por el cielo. Los nombres de los días también perdieron importancia, al igual que los meses; sólo contaban las estaciones, que un hombre conocía por instinto, como si su cuerpo cambiara con ellas, creciera y menguara con la luna, subiera y bajara con las mareas. El hombre de ciencia empezaba a comprender la conexión de los topaa con la tierra y la naturaleza. Veía que el ser humano no vivía separado de las bestias y los árboles como le habían enseñado. Existía una red universal, tejida por el tejedor cósmico, y todos los hombres, mujeres, ciervos, halcones, moluscos, arbustos, flores y árboles estaban entretejidos de forma inextricable.
Mientras que antes se sentía solo y aislado, ahora empezaba a experimentar un sentimiento de unión más fuerte que nunca. Su hogar castellano se convirtió en un sueño, sus libros, instrumentos, relojes y plumas perdieron importancia. No enseñó a los topaa a fabricar ruedas ni a extraer metal, ni a leer ni a resolver problemas matemáticos. Si era la voluntad de Dios que siguieran inocentes como Adán y Eva en el _Jardín del Edén. ¿quién era Francisco para ofrecerles el fruto del Arbol de la Sabiduría?

Don Francisco de Ampudia vivió entre los topaa como esposo de Marimi durante veintitrés veranos. Le dio doce hijos y cuando murió, lo vistieron con las ropas que llevaba al llegar, le colgaron el crucifijo al cuello y lo incineraron con gran ceremonia. Luego transportaron sus cenizas en una magnífica canoa para esparcirlas sobre las olas en la dirección de la que había llegado. Marimi enterró su segundo par de ojos, que le habían proporcionado una visión mágica del mundo y que Francisco le había legado como recordatorio de su amor, junto a la Primera Madre en la cueva, como obsequio del hombre que había llegado del mar.

5

«Pisadas. Respiración trabajosa. El sonido de palas al hundirse en la tierra.»
Erica abrió los ojos, contuvo el aliento y escuchó el silencio de la noche.
«Metal chocando contra tierra, un pico estrellándose contra la piedra. Una maldición susurrada. Respiración trabajosa. Una...,no, dos personas.»
—¡Dios mío! —exclamó al tiempo que saltaba de la cama y buscaba su ropa a tientas en la oscuridad.
Al cabo de un instante salió de su tienda y cruzó el campamento hacia la vieja tienda de camuflaje militar en la que dormía Luke. Irrumpió en ella y a punto estuvo de tropezar con su figura dormida.
—¡Despierta, Luke! —siseó, sacudiéndole el hombro—. ¡Hay alguien en la cueva! ¡Hay gente excavando!
—¿Qué? Erica... —farfulló él, restregándose los ojos.
—Avisa a los demás. ¡Date prisa!
—¿Erica? Pero Erica ya se había marchado.

—¡Espera! —susurró uno de los hombres, apoyando una mano sobre el brazo de su compañero—. ¡Escucha! Viene alguien.
—Imposible —gruñó el otro con el rostro reluciente de sudor por el esfuerzo—. No pueden oírnos. Sigue cavando.
Pero antes de que el pico pudiera volver a tocar la piedra una intensa luz batió el interior de la cueva.
—¿Qué están haciendo aquí? —gritó una mujer.
Y antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, la mujer se abalanzó sobre ellos esgrimiendo una pala y los golpeó en la cabeza sin dejar de chillar a pleno pulmón.
Uno de los intrusos consiguió pasar junto a ella, salir de la cueva y alejarse andamio abajo, en dirección opuesta a los pasos que se acercaban.
—¡Basta, por el amor de Dios! —gritaba el otro una y otra vez mientras intentaba zafarse de los paletazos de Erica.
Cuando Erica volvió a levantar la pala sobre la cabeza para asestarle otro golpe, el hombre se arrojó hacia ella con la cabeza baja, le hizo perder el equilibrio y salió de la cueva a toda velocidad.
¡Quieto! —vociferó Erica, lanzándose en su persecución—. ¡Que alguien lo detenga!
Se oían otros gritos y pisadas en el andamio. Al salir de la cueva, Erica chocó con Jared que, al igual que todos los demás. iba a medio vestir y exhibía una expresión confusa por haber sido arrancado del sueño con un sobresalto.
—¡Esos hombres! —jadeó Erica, señalando el cráter de la piscina de los Zirmnerman—. ¡Que no se escapen!
Jared empezó a perseguirlos. Los focos del campamento empezaron a encenderse. Por todas partes se veían siluetas corriendo en pos de los intrusos.
Luke bajó la escalera de mano con el cabello rubio alborotado.

—He llamado a la policía, Erica. ¿Qué ha pasado? ¿Han escapado? Pero Erica estaba entrando de nuevo en la cueva, peinando con el haz de la linterna el suelo y las paredes.
De pronto se detuvo con expresión incrédula. El esqueleto...
Cavó de rodillas y alargó una mano temblorosa. El cráneo estaba aplastado, los huesos hechos astillas, la pelvis resquebrajada como una cáscara de huevo.
—Joder —musitó Luke—. ¿Qué coño han hecho?

—Ve a buscar a Sam —ordenó Erica con voz tensa.

El cráneo de la Señora hecho añicos, la mandíbula rota. —Tiene el sueño muy profundo: tendrás que despertarlo. —Erica...

—¡Vete!

Se incorporó con esfuerzo y elevó el haz de la linterna hacia la pintura. Mellas obscenas en la roca. Los intrusos habían maltratado los pictogramas.

Erica advirtió apenas el sonido de las botas que subían por la escalera de mano, la respiración entrecortada de alguien que había corrido una buena distancia. Lo oyó entrar e intuyó su presencia.

—Se han escapado —oyó decir a Jared.

Erica cerró los ojos, abrumada por la furia. Los encontraría. De algún modo encontraría a los responsables de aquello.

Jared se adentró en la cueva y guardó un instante de silencio en la penumbra.

—Espero que esté satisfecha —espetó.

Erica giró sobre sus talones. Por entre las lágrimas que le nublaban los ojos distinguió los churretes de suciedad sobre su pecho desnudo, el brillo del sudor tras perseguir a los vándalos. Imposible pasar por alto la ira reflejada en sus ojos mientras examinaba los terribles daños.

—¿A qué se refiere? —consiguió articular por fin.

—Exhumó a esta mujer cuando debería haberla dejado donde estaba —acusó Jared—. Antes de que llegara usted con sus palas y cepillos, estaba a salvo en su tumba, donde esperaba descansar por toda la eternidad.

Erica se lo quedó mirando. ¿La estaba culpando a ella? En la oscuridad de la cueva, Erica perdió el mundo de vista.

—¡Sí, mírela! —gritó—. ¡Pues yo soy la que ha detenido a los profanadores! ¡No he visto que usted hiciera nada para garantizar la seguridad del lugar que, según dice, le resulta tan sagrado, señor comisario. Yo, en cambio, sí he hecho algo.

Sacó un objeto del bolsillo y se lo puso delante de las narices. —Esto es un transmisor portátil para bebés. Lo escondí en la cueva y puse el receptor junto a mi cama. El sonido de los intrusos me ha despertado. ¡Al menos yo he hecho algo! ¿Qué ha hecho usted?

Jared se la quedó mirando con la boca entreabierta; por un instante creyó que Erica le arrojaría el transmisor a la cara, pero por fin se lo guardó de nuevo en el bolsillo y se dirigió hacia la entrada de la cueva, donde se topó con Luke, que acababa de regresar del campamento.

—Tenía razón, Erica. Sam dormía como un lirón.

—Luke, quiero que lo fotografíes todo tal como está —masculló Erica, apenas capaz de hablar—. No toques n¡ muevas nada. Y no... —empezó a temblar—. No dejes entrar a nadie. Tendré que redactar un informe sobre este desastre antes de poder restablecer el orden.

—¿Está bien? —se interesó el joven.

—¡Tengo que salir de aquí o me cargaré a este tipo! —estalló al tiempo que señalaba el interior de la cueva con el pulgar.

Arriba se reunió con Sam, que llevaba un tirante puesto, el otro colgando costado abajo y el pelo como si lo acabara de alcanzar un rayo.

—No te lo vas a creer cuando lo veas, Sam.

—Luke me ha dado una idea bastante aproximada. ¿Está muy mal el esqueleto?

Las lágrimas rodaban imparables por las mejillas de Erica, y temblaba con tal violencia que tuvo que rodearse el cuerpo con los brazos.

—Mucho. Ojalá lo hubiéramos protegido mejor.

Sam parecía tan afectado como si estuvieran hablando de una persona viva.

—¿Se han llevado muchas cosas?

Erica se enjugó el rostro con la manga del jersey e intentó frenar el llanto.

—¿Qué has dicho? —preguntó por fin.

—Que si se han llevado muchas cosas.

Erica frunció el ceño mientras recordaba la cueva, la pared des—trozada y el esqueleto hecho trizas. De repente su expresión tras—tornada se trocó en otra de sorpresa.

—¡No se han llevado nada, Sam! No llevaban sacos ni bolsas al salir de la cueva, y que yo haya visto, tampoco han dejado nada dentro.

Qué raro.

—No —espetó Erica con expresión sombría—, porque no eran ladrones de reliquias. Sam, has visto muchas excavaciones saqueadas. Los ladrones se limitan a coger lo que quieren y se van. No se en—tretienen destrozando el lugar al igual que un ladrón de joyas no se para a destrozar la casa de su víctima. Esos tipos eran unos vándalos.

El arqueólogo se volvió hacia los faros que se acercaban. Era la policía.

—Pero ¿por qué? ¿Qué se consigue con el vandalismo?

—Pues inutilizar la cueva para los arqueólogos y cabrear a los indios lo suficiente para tener que sellar la cueva, de modo que los residentes puedan volver a sus casas.

—Crees que Zimmerman está metido en esto? —inquirió Sam con las cejas enarcadas.

—Me apostaría lo que fuera.

Erica se volvió hacia la cueva. Numerosas personas iban de aquí para allá al borde del precipicio, vagando sin destino fijo como hormigas a quienes acaban de destrozar el hormiguero. Vio a Jared entre la gente, hablando con los trabajadores indios de la construcción. Al igual que él, casi todos ellos iban sin camisa, el largo cabello negro les caía por la espalda. Estaban enfadados, algunos incluso agitaban el puño, como guerreros preparándose para la batalla, pensó Erica.

Se giró de nuevo hacia Sam.

—Los propietarios se mueren por acabar con todo esto. Nuestra excavación obstaculiza su demanda contra el promotor. Si el tribunal les da la razón, el cañón será rellenado, y ellos recuperarán sus fincas, pero no mientras este lugar sea una excavación arqueológica. Así que, ¿qué mejor forma de eliminar un obstáculo que destrozar la cueva para que ya no nos sirva de nada? Necesitamos medidas de seguridad, Sam. tengo la sensación de que esto no ha terminado.

Jared tenía una jaqueca que no se aliviaba con aspirinas.

Habían transcurrido doce horas desde la intrusión, y estaba de un humor tan negro como su cabello. No había vuelto a dormir: de hecho, nadie había vuelto a dormir tras lo sucedido. Había preguntas de la policía que responder, vagas descripciones de los vándalos, un inventario de los daños ocasionados en la cueva, una breve conversación con Sam Carter, quien le trasladó la teoría de Erica, según la cual los propietarios de las fincas circundantes eran responsables del desaguisado, el impulso de Jared, contenido a duras penas, de ir al campamento de los propietarios, sacar a Zimmerman a rastras por las Adidas y arrancarle una confesión.

Al regresar a su autocaravana, todas las líneas telefónicas sonaban frenéticas. Lo llamaban de cadenas de televisión, periódicos, grupos indios indignados por la profanación de un túmulo sagrado indio. Acusaban a los arqueólogos blancos de negligencia, pese a que Jared les aseguró que la doctora Tyler tuvo la idea de colocar el transmisor en la cueva y detuvo a los vándalos antes de que pudieran causar daños más graves aún. Pero no importaba: el lugar había sido profana—do, y las fuerzas del mal se habían puesto en marcha.

Librodot

Tragó otra aspirina y deseó poder ir al gimnasio, pese a que faltaban horas para la sesión vespertina; al mismo tiempo, no podía dejar de reproducir mentalmente la escena de la cueva, cuando las lágrimas de Erica lo dejaron petrificado.

Había creído que era una mujer dura. Al entrar en la cueva. Erica se hallaba de espaldas de él. «Espero que esté satisfecha», le dijo, pero cuando la mujer se volvió, y él vio sus ojos ambarinos llenos de lágrimas, quedó atónito. En un abrir y cerrar de ojos, Erica le echó una bronca de campeonato que le impidió reaccionar. Sólo podía pensar en que de repente se había tornado vulnerable, que ya no era una adversaria, sino una víctima que le permitía ver su cara débil. De repente deseó no formar parte de todo aquello, no haberse convertido jamás en un activista, no haber conocido a Netsuya, estar de vuelta en su bufete de San Francisco, tramitando con su padre escrituras, concesiones territoriales y contratos.

Entonces Erica había salido de la cueva, y él seguía demasiado anonadado para seguirla y retractarse. No había sido su intención hacerle daño. Las palabras que había pronunciado eran fruto de la furia que llevaba dentro día y noche. Netsuya estaba enterrada en un cementerio indio. Cuando vio el cráneo y los huesos destrozados de la chamán...

Miró la tienda de Erica, situada al otro lado del campamento iluminado. Un monitor de bebés. No había ido a una tienda de electrónica para comprar complejos e impersonales aparatos de detección, sino que se había limitado a comprar un monitor de bebés, como si esperara que el suave llanto de la Señora la despertara en plena noche.

—Comisario Black.

Se volvió y vio a un hombre de pie ante la mosquitera de la autocaravana. Era un día soleado y cálido, por lo que Jared tenía la puerta abierta.

—¿Sí? —replicó sin reconocer al visitante.

—Soy Julian Xavier, abogado —se presentó el hombre al tiempo que le alargaba una tarjeta—. ¿Puedo entrar? Me gustaría hablar con usted de un asunto confidencial.

Tras ponerse cómodo en una de las butacas tapizadas de cuero, el hombre alto y delgado, de gatas con montura dorada, se colocó el maletín de piel de anguila sobre las rodillas con sumo cuidado y explicó que representaba a un grupo de elite que incluía a curanderos y chamanes de distintas tribus indias.

—Temen que lo que está sucediendo en Emerald Hills sea un síntoma de la enfermedad que afecta al mundo moderno, comisario —señaló—. Dicen que la desgracia se cebará en la humanidad si la cueva no se sella de inmediato.

_Jared, que no se había sentado, guardó silencio.

Xavier se examinó las uñas perfectas; a todas luces, era hombre que medía sus palabras.

—Sé que usted ya representa a varios grupos indios, comisario, y que como miembro de la CPIEC debe de estar muy ocupado, pero mis clientes querrían contratar sus servicios.

—Pero usted ya los representa, señor Xavier —señaló Jared—. ¿Por qué quieren contratarme a mí?

El visitante se tiró de los puños cerrados con pesados gemelos de oro.

—Usted está mucho más familiarizado con la problemática que yo; su implicación es de sobra conocida, está al corriente de todos los hechos, tiene contactos en Sacramento y demás. Son ventajas que mis clientes consideran muy útiles para su causa, señor Black. Asimismo, aprecian su actitud ante los arqueólogos, ya que la comparten.

—¿Y cuál es mi actitud ante los arqueólogos?

Xavier carraspeó antes de hablar.

—Bueno, usted considera que han profanado un lugar sagrado y le gustaría que se fueran lo antes posible. No se ha molestado precisamente en ocultar sus opiniones.

—¿Y sus clientes qué quieren que haga?

—Como ya le he dicho, está usted muy familiarizado con la problemática y tiene ciertas ventajas que una persona ajena como yo jamás podrá tener. Permítame añadir, comisario, que mis clientes cuentan con fondos especiales para estos casos y están dispuestos a pagar cuanto les pida.

Librodot

—¿Quiénes dice que son estas personas? —quiso saber Jared, sin apartar la vista del hombre.

—Bueno, no se me permite divulgar sus identidades —dijo Xavier con una breve sonrisa—. A decir verdad, no lo entiendo demasiado bien; guarda relación con ciertos tabúes, leyes y cosas por el estilo.

Jared asintió con la cabeza.

—Pero si decido aceptar el caso, me proporcionará una lista de nombres?

—Bueno, esto..., no, me temo que no. No pueden correr el riesgo de que su participación en este asunto se haga pública a causa de rivalidades tribales y ciertos juramentos. Es muy complejo, se lo aseguro, pero también le aseguro que los fondos están preparados y pueden transferirse en cuanto usted dé luz verde.

—¿Qué quieren que haga?

—Hacer sellar la cueva, por supuesto —exclamó Xavier con un parpadeo—. Detener la profanación de los arqueólogos blancos y proteger el cuerpo y los objetos funerarios de la mujer sepultada. Se trata de un asunto sagrado, señor Black. Mis clientes son hombres santos que operan en las más altas esferas de los intereses indios. Podría decirse que son el equivalente indio de un colegio de cardenales.

Jared meditó unos instantes mientras los sonidos del campamento se filtraban por la ventana abierta.

—Bueno, señor Xavier —dijo por fin—. Puede decir a sus clientes que mis servicios no seran necesarios. Con toda probabilidad, el Estado decretará la expropiación, en cuyo caso los propietarios recibirán ofertas justas por sus fincas. Las casas serán demolidas, la cueva quedará protegida por la Agencia de Protección Medioambiental y a buen seguro será entregada a representantes tribales. Si eso no sucede, solicitaré un interdicto permanente contra el rellenado del cañón, en cuyo caso los propietarios también perderán. Sea lo que sea, senior Xavier, la cueva quedará protegida.

Una tosecilla nerviosa.

—Bueno, pero es que..., verá..., mis clientes no sólo quieren que la cueva quede protegida, sino sellada... para siempre.

Extendió las manos sobre el caro maletín, como si quisiera dar pistas sobre su valioso contenido.

—Permítame hacer hincapié en que el dinero no representa obstáculo alguno para mis clientes, tratándose como se trata de evitar el sacrilegio cometido en sus sepulcros. Ha sucedido demasiadas veces a lo largo de su historia; y por supuesto, saben que usted tiene un interés personal en estos temas. Su esposa...

Dejó la frase sin terminar.

—Sí, mi esposa era india, y la conservación de túmulos era una de sus causas —replico Jared.

Reflexionó unos instantes más mientras estudiaba con toda franqueza al visitante, que lo miraba con la sonrisa fija en el rostro.

—Senior Xavier, ¿Le importaría acompañarme un momento? —propuso, abriendo la puerta mosquitera.

La sonrisa del abogado flaqueó.

—¿Acompañarle? ¿Adónde?

—A ayudarme a aclarar unos puntos —explicó Jared con una sonrisa—. No tardaremos mucho.

—Con ayuda del archivo histórico —dictó Erica a su grabadora—, he logrado determinar que, con toda probabilidad, el dueño de los anteojos era un marinero que navegaba con Juan Cabrillo, quien en 1542 fondeó en los alrededores de Santa Mónica y Santa Barbara, y tuvo breves contactos con los indios chumash. Pero, ¿por qué los anteojos del hombre están

enterrados en la cueva? ¿Fue también él sepultado en ella? ¿Por qué enterrarían a un europeo en una cueva sagrada india?

Pulsó el botón de parada, cerró los ojos y se masajeó las sienes. No lograba concentrarse. Pese a que Sam la había elogiado por haber impedido un desastre de proporciones mucho más graves, se sentía responsable de la destrucción del esqueleto. Había tenido el presentimiento de que ocurriría algo malo, pero lo único que hizo fue colocar un monitor de bebés en la cueva. Sam lo había tildado de actuación inteligente; Luke y los demás no cesaban de darle palmaditas en la espalda por su previsión. Era una heroína a los ojos de todos los implicados en la excavación de Emerald Hills.

Con una excepción.

«Espero que esté satisfecha.»

Sus pensamientos vagaron de nuevo hacia Jared y el aspecto que ofrecía la noche anterior, el pecho desnudo manchado de sudor y tierra, el cuerpo delgado, pero musculoso, que la indujo a preguntarse de nuevo dónde pasaba aquellas dos horas cada noche, ilocalizable por teléfono y busca. Pero sobre todo le desconcertaba la expresión de su rostro al pronunciar la fatídica frase: «Espero que esté satisfecha». Primero furia, la misma ira oscura que había advertido en su rostro cuando discutía en silencio con el mar desde el cenador, pero al instante siguiente, la más absoluta estupefacción. ¿Se debía a la reacción de ella? Erica apenas recordaba las palabras que habían brotado de sus labios mientras atacaba jared Black y su arrogancia. La sorprendía no haberle arrojado el transmisor, tan furiosa se había puesto. Pero para su sorpresa, el abogado no había replicado. ¿Qué lo había impulsado a enmudecer y dejarla marchar sin decir la última palabra?

Seguía enfurecida con él. Casi nunca se enfadaba por nada ni con nadie durante mucho tiempo, pues consideraba que el enfado era un desperdicio de tiempo y energía que no llevaba a ninguna parte. Pero aquella vez, los demonios se habían adueñado de ella. «Espero que esté satisfecha» ¡La culpaba por lo que sólo ella había intentado evitar! Fuera lo que fuese lo que le había gritado, no era suficiente. Sentía deseos de ir a su maldita autocaravana y seguir imprecándolo.

Al oír pasos que se acercaban a su tienda, dejó a un lado su trabajo pensando que era Luke con un inventario de daños. Horas antes, Erica había intentado volver a entrar y evaluar exhaustivamente el alcance del acto vandálico, pero se sentía tan abrumada por la rabia que delegó la tarea en Luke. «No me digas que has encontrado más huesos rotos.»

Sin embargo, era Jared quien la llamaba.

Fue a la abertura de la tienda y miró al exterior con los ojos entornados. Ultimamente vestía con más informalidad, advirtió diciéndose que la camisa de cambray y los vaqueros le sentaban muy bien, y deseando al mismo tiempo que no fuera así.

—Doctora Tyler —la llamó de nuevo—. ¿Podemos interrumpirlaun momento?

Erica estudió al hombre que acompañaba a Jared, un desconocido en cuyo rostro se pintaba el más absoluto desconcierto. Asimismo, observó que el hombre se tiraba nervioso del cuello de la camisa.

—¿Qué pasa? —preguntó a bocajarro, sin invitarlos a entrar.

—Este es el señor Xavier, un abogado que representa a un grupo indio que desea contratar mis servicios.

Erica esperó.

—Señor Xavier, ¿le importaría repetirle a la doctora Tyler lo que me ha contado hace unos minutos? —pidió Jared al abogado. El hombre se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—Bueno, yo...

—Limítese a repetir lo que me ha dicho a mí. Algo relativo a que el dinero no representa obstáculo alguno para sus clientes...

Xavier permaneció inmóvil durante un instante con la misma expresión perpleja y con el rostro tan pálido que Erica temió que sufriera una apoplejía allí mismo. Por fin giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa.

Erica se volvió hacia Jared.

—Le importaría explicarme de qué va todo esto?

—Ese tipo es un mercenario de los propietarios que ha venido a ofrecerme un soborno para que haga sellar la cueva... Doctora Tyler —se apresuró a decir cuando Erica se disponía a entrar de nuevo en la tienda—. Quería disculparme por lo que le dije anoche. Estuvo fuera de lugar, no tenía ningún derecho a hablarle de esa forma. Es que me alteré tanto al ver lo que habían hecho los vándalos...

Erica lo miró durante una fracción de segundo, observando de cerca la expresión sincera y franca que mostraban sus ojos grises mientras recordaba las palabras de Sam: ¿La mujer de Jared? Pero ¿es que no lo sabes?...

—Estaba a punto de preparar café. ¿Le apetece una taza? —sugirió. Jared la siguió al interior de la tienda.

—Yo también me alteré mucho —aseguró Erica al tiempo que sacaba una botella de agua mineral del frigorífico y llenaba la cafetera—. Y seguramente dije cosas que debería haberme callado, aunque la verdad es que no me acuerdo de casi nada.

—Me puso usted en mi sitio, nada más —sentenció Jared con una sonrisa.

—Señor Black, a los dos nos importa mucho la mujer enterrada en la cueva. No deberíamos ser adversarios.

Jared meneó la cabeza.

—Sigo creyendo que lo que hace está mal. Por mucho que lo llame excavar en nombre de la ciencia, para mí es saqueo de tumbas. ¿Y para qué? ¿Para exponerlo todo en un museo?

—Si quiere le explico lo que hago —replicó Erica con los brazos en jarras—. Cuando los españoles llegaron a América e instalaron aquí las misiones hace doscientos treinta arios, los indios fueron acorralados en sus poblados y sobornados o bien asustados para que se convirtieran al cristianismo. No se les permitió practicar su antigua religión ni mantener sus tradiciones, y la mayoría murió a causa de las enfermedades de los blancos. La conquista sucedió con tal rapidez que. en el espacio de apenas dos generaciones, las costumbres, la historia e incluso las lenguas de aquellas tribus se perdieron. Pero la arqueología está empezando a reconstruir esas culturas perdidas, y si se sacan todos los objetos de los museos, como quieren hacer los indios, y se vuelven a enterrar, será un paso atrás. Cuando llevamos a grupos de escolares a los museos, explicamos a los niños cómo vivían los pueblos que habitaron esta tierra antes que nosotros. Si no lo hacemos, los niños nunca llegarán a saber lo que hubo en el pasado.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire mientras Jared la miraba de hito en hito. Al cabo de un instante, Erica se volvió hacia la cafetera, que ya había escupido el café, y llenó dos tazones con personajes de dibujos animados estampados sobre ellos.

—Un amaretto vergonzosamente caro —anunció, alargándole el tazón del Pato Lucas—. Es mi única extravagancia —añadió con una sonrisa en un intento de mitigar la tensión.

Era la primera vez que Jared entraba en su tienda y aprovechó la ocasión para echar un discreto vistazo a su alrededor, buscando pistas que arrojaran alguna luz sobre aquella mujer que continuaba siendo un misterio para él. Dura un instante, vulnerable al siguiente, luego dura de nuevo, pero en cualquier caso, siempre apasionada con su trabajo. Lo que vio le sorprendió. La tienda daba la impresión de que Erica llevaba años viviendo en ella. A todas luces, tenía el don de instalarse en un lugar y convertirlo de inmediato en su hogar. Pensó en su autocaravana que tenía alquilada y no era más que un lugar de paso. Estaba atestada de comodidades y lujos, pero carecía de la personalidad que se apreciaba aquí. Había una Estatua de la Libertad de treinta centímetros con un reloj sobre el vientre, un tótem esquimal en miniatura, un cartel de la película Las minas del rey Salomon, un calendario de «Los vigilantes de Malibú», lo que parecía un cactus en flor en una maceta, pero que en realidad era una vela, una caja abierta de galletas Oreo y, por último, una foto dedicada de Harrison Ford: «A mi arqueóloga favorita», firmado: «Indiana Jones». Se quedó mirando un estante lleno de figurillas de bebés.

Librodot

—Son mis animalillos domésticos —explicó Erica—. Me acompañan a todas partes.

Jared vio que cada una llevaba una etiqueta con un nombre. Ethel, Lucy, Figgy...

—Se llevan bien —añadió Erica con una sonrisa—. Por regla general. Sin embargo, no había fotografías familiares, ninguna instantánea de padres, hermanos ni hermanas. Acto seguido vio un montón correspondencia sobre la cama; había revistas, facturas, cartas y circulares, todo ello dirigido al apartado de correos que Erica tenía en Santa Bárbara.

Cuando Erica lo sorprendió mirando, Jared se sonrojó ligeramente y removió el café con cierta timidez.

—Así que vive en Santa Barbara.

Erica se apoyó, contra la mesa de trabajo y tomó un sorbo de café.

—Ahí es donde envían mi correo, pero no tengo domicilio fijo. A decir verdad, ahora mismo éste es mi hogar —explicó, extendiendo los brazos.

Jared bebió un poco de café mientras la observaba por encima del borde del tazón, intentando disimular su desconcierto. ¿Eso era todo? ¿Todas sus pertenencias se encontraban en aquel espacio minúsculo?

—Una vez visité a un amigo que estaba trabajando en una excavación en Nuevo México. Tenía la tienda llena de hallazgos arqueológicos, una especie de colección privada. Nunca viajaba sin ella —Jared paseó la mirada por la tienda—. Supongo que esperaba ver lo mismo aquí.

—No colecciono objetos ni creo en las colecciones privadas de antigüedades.

Jared adoptó una expresión sorprendida.

—Pero hace un momento ha dicho que...

—Creo en las colecciones museísticas —lo atajó Erica—, porque se comparten con la gente y permiten ampliar conocimientos; en cambio, soy contraria a las colecciones privadas de objetos arqueológicos. porque fomentan la ratería. Mientras haya coleccionistas dispuestos a pagar un dineral por objetos funerarios, seguirá habiendo ladrones de tumbas. El tráfico de reliquias no hace más que alentar el saqueo de tumbas que tanto denosta usted.

De repente, Jared pensó en los objetos que decoraban su casa del condado de Marin, auténticas reliquias precolombinas por las que había pagado una fortuna. Nunca se le había ocurrido preguntarse a qué precio cultural los había obtenido.

Cuando estaba a punto de comentar las tácticas desesperadas de los residentes y advertir que todos deberían extremar la vigilancia en los días venideros, oyeron pisadas de botas que se acercaban. Al cabo de un instante, Luke irrumpió en la tienda.

—¡Erica, tiene que venir a ver esto!

—¿Qué es? —preguntó ella, dejando el tazón sobre la mesa.

—¡En la cueva! He empezado a limpiar un poco y... No, no, no he tocado nada, pero... ¡tiene que venir a verlo en seguida!

Los tres corrieron al borde del cañón y descendieron por el andamio. Una vez en el interior de la cueva, Erica cayó de rodillas y cepilló con gran delicadeza la tierra que cubría el objeto recién descubierto.

—Parece como si lo hubieran envuelto en un paño o algo así —murmuró—. Está totalmente podrido, pero el análisis microscópico de las fibras... ¡Dios mío! —exclamó de repente—. ¡Es un relicario!

Jared se inclinó para ver mejor.

—¿Un relicario?

—Sí, un estuche para guardar las reliquias, por lo general huesos o cabellos de santos.

Erica siguió limpiando la caja y dejó al descubierto una mano y un antebrazo de plata.

—Es un relicario, sin lugar a dudas. Bueno, por lo visto hay alguien más enterrado aquí aparte de la Señora.

—¿De qué santo se trata, Erica? —inquirió Luke, conteniendo apenas la emoción—. ¿De quién son los huesos: ¿Lo sabe?

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —añadió Jared.

Erica eligió un cepillo mas suave.

Después de la visita de Cabrillo, en 1542, no hubo contactos durante doscientos veintisiete años. Imagino que quien lo trajo a América no lo hizo antes de 1769.

Siguió limpiando la caja y acercó la luz. Al leer el nombre grabado en la plata, profirió una exclamación y miró a los demás con expresión incrédula.

—Creo que nuestra pequeña excavación está a punto de convertirse en un asunto internacional.

—¿Por qué?

—Porque voy a tener que informar de esto —señaló el brazo de plata semienterrado— al Vaticano.

Teresa
1775 d. C.

Teresa albergaba dos deseos: descubrir qué inquietaba al hermano Felipe y hallar el modo de paliar su preocupación.

—Sólo se recolectan las hojas de la dedalera —decía Felipe en aquel instante.

Su voz siempre le recordaba un viento estival susurrando por un cañón, suave y tranquilizadora. Todo lo relacionado con el hermano Felipe era suave y tranquilizador. Su forma de hablar, tan sureña como las de algunos padres, sus modales pausados como el jardín por el que caminaba, su forma de comer, aguardando varios minutos entre bocados, como si saboreara la magnificencia de la tierra, sus altos en el trabajo, con las manos introducidas en las voluminosas mangas de su hábito y la cabeza rapada inclinada en un instante de oración. Pero su rasgo más tranquilizador eran sus ojos, consideraba Teresa, amables como los de un gamo, puertas que conducían a un lugar silencioso y lejano donde no cabía ni la ira ni la violencia, ni el dolor ni la muerte. A veces, cuando Teresa ya no soportaba el sufrimiento de su gente, que enfermaba a un ritmo aterrador, se perdía en los ojos verde musgo del hermano Felipe y sentía que su espíritu se sumergía en ellos, en aquella soledad pacífica, preciosa.

Al menos, así había sido hasta hacía poco. Sin embargo, en los últimos tiempos se había operado un cambio perturbador en el hermano Felipe, un cambio tan sutil que quizá sólo Teresa, que trabajaba cada día con él en el huerto, lo percibía. No se ponía de manifiesto en sus gestos ni su modo de hablar, pero bajo sus ojos se apreciaban nuevas sombras, y mostraban una expresión atormentada que no se veía en ellos tres años antes, cuando el hermano Felipe llegó a la misión.

Teresa suspiraba de amor por el joven fraile, pero nunca podría revelárselo; el hermano Felipe era un hombre santo que consagraba su vida a su dios y a la purificación de los espíritus. Al igual que los padres de la misión, no pensaba en asuntos relacionados con los hombres y las mujeres, con el amor y el sexo. Incluso había hecho voto de celibato. Si bien el celibato no se practicaba en el pueblo de Teresa, pues un maravilloso mito topaa contaba la historia de un héroe llegado del mar que se había enamorado de la chamán del clan. Hacía de eso muchas generaciones, y en aquella época las chamanes no podían casarse, sino que debían permanecer castas hasta el fin de sus días. Sin embargo el héroe se casó con ella, desde entonces las hechiceras tenían permiso para tomar esposo, razón por la cual la madre de Teresa se había casado y la propia Teresa esperaba seguir sus pasos algún día pese a estar destinada a ser la hechicera del clan. Pero no aceptaría a cualquiera; quería a Felipe.

—La dedalera —repetía en aquel momento el fraile.

Teresa detectó una nueva tensión en su voz que sin duda no estaba ahí el día anterior. ¿Acaso sentía añoranza de su tierra? ¿Anhelaba regresar a la patria de sus antepasados? Teresa nunca había conocido a nadie que pudiera ser feliz lejos de su tribu durante mucho tiempo. No obstante, los padres ya llevaban allí seis años, construyendo sus extrañas chozas,

Librodot

cultivando sus extraños alimentos y criando a sus extraños animales, y no parecían tener intención de marcharse pronto. Pero el hermano Felipe no era como los padres, que parecían dotados de un espíritu irás severo. Felipe era un hombre afable, muy joven, de tez pálida proclive al rubor y con una sonrisa dulce y tímida. En ocasiones, Teresa creía que el hermano Felipe no era un ser humano, sino un espíritu guía que los antepasados habían enviado para que velara por los topaa durante la estancia de los padres.

Teresa había llegado a la Misión tres años antes, cuando todo su poblado sucumbió a la tentadora oferta de comida. Teresa y su madre esperaban regresar a la aldea por mar, pero su madre enfermó de repente y pese a los solícitos cuidados de los padres franciscanos, murió. Cuando Teresa, con sólo catorce años, postrada de dolor v pena, se disponía a regresara su aldea, el hermano Felipe la invitó a quedarse al igual que los padres invitaban a todos los topaa a vivir entre ellos. La joven escrutó los amables ojos verdes del fraile, que le recordaban dos lagunas o dos claros envueltos en bruma, y aceptó.

A causa del hermano Felipe permitió que la bautizaran al cabo de unos meses.

Teresa no acababa de entender que significaba el agua vertida sobre la cabeza, como les sucedía a los demás topaa bautizados que vivían en la misión, aprendiendo a cultivar y cosechar vegetales, ordeñar vacas, tejer mantas y hacer cerámica. La vida en la misión les parecía más fácil que en el poblado, donde se veían obligados a pescar para comer o adentrarse en el bosque en busca de bellotas que con frecuencia no encontraban. En la misión, los padres les proporcionaban alimento en abundancia y un techo siempre y cuando dijeran «Padrenuestro». ,iJesus: y «Amén.. Seguían al sacerdote durante el ritual matutino, levantándose, santiguándose, arrodillándose y tocándose la frente, pecho y hombros cuando hacía la señal de la cruz en el aire. Se dejaban colocar el pedacito de pan sobre la lengua y recitaban palabras que no comprendían. El hermano Felipe aseguraba que los bautizados estaban salvados. Pero, ¿de qué? se preguntaba Teresa.

¿Por estar ,salvados» no podían abandonar la misión? Aunque a muchos les gustaba vivir en ella, otros muchos querían regresar a sus poblados, pero los padres decían que no podíais volver una vez bautizados, razón por la cual los encerraban de noche y los soldados se encargaban de hacer volver a los fugados. Muchos decían que, de haber sabido que el agua vertida sobre la cabeza significaba quedar prisionero en la misión, habrían conservado sus tradiciones y religiones sin someterse nunca a los dictados de los padres.

Teresa se preguntaba si ése era el motivo de que su gente enfermara y muriera a una velocidad tan alarmante.

Tras la muerte de su madre, Teresa debería haber asumido la responsabilidad de la cueva de Topaaagna, pero no había llegado a completar la iniciación a los secretos, los mitos y los hechizos, las oraciones y los ritos. ¿Estaría muriendo su gente porque la Primera Madre llevaba tres veranos sin recibir ninguna visita? Pero a Teresa le daba miedo celebrar los ritos de la cueva sin guía alguna. Algunos tabús eran tan poderosos que el error más insignificante podía atraer una desgracia de la gravedad de un terremoto o una inundación.

Pero ¿acaso la muerte de su pueblo no era también una desgracia? —Hay que procurar no magullar la hoja —aleccionaba el hermano Felipe con su habitual voz meliflua.

Teresa intentó prestar atención a sus palabras. Había elegido ayudar a Felipe en el huerto, donde cultivaba plantas curativas, porque también ella las conocía a fondo. Por desgracia, ni ella ni el hermano Felipe habían encontrado remedio alguno para el mal que cada vez se cobraba más vidas ropaa.

—Así —instruyó el hermano Felipe mientras recolectaba con toda delicadeza las hojas de dedalera.

Hablaba en su lengua, el castellano. Teresa había aprendido la lengua de los padres, como debían hacer todos los topan, tongva y chumash. Era una lengua nueva, al igual que la flor que le mostraba Felipe y que contenía un espíritu capaz de curar las enfermedades de corazón. El jardín estaba repleto de flores nuevas procedentes de un lugar llamado Europa; había claveles, acacias, peonías. Al otro lado de la valla, nuevos animales traídos también de

Librodot

ultramar, vacas, caballos y ovejas, pastaban en la hierba— Los campos sobre los que los miembros de su tribu y otras inclinaban la espalda para azadonar, arrancar malas hierbas y sembrar estaban salpicados de plantas nuevas y extrañas, como trigo, cebada y maíz. Tantas novedades en una tierra antigua inquietaban vagamente a Teresa. No había visto a los padres pedir permiso a la tierra para ararla, cargarla con pesadas bestias o alterar el curso del río creando canales donde antes no existían. ¿Se desmoronaría el orden para dar paso al caos?

Teresa recordó el día en que llegaron los forasteros. Contaba ella once veranos, y por los poblados corría el rumor de que unos viajeros habían penetrado en tierra ancestral sin mostrar el debido respeto. Los intrusos sacaban agua sin pedir permiso al río, cogían fruta sin pedir permiso a los árboles, cortaban ramas y encendían hogueras sin celebrar el ritual apropiado. Todas las tribus convinieron en que era necesario hacer entender a los forasteros las costumbres de los pueblos.

Pero cuando salieron al encuentro de los recién llegados, esgrimiendo lanzas y flechas para dejar claro que tenían intención de proteger a los espíritus de la tierra, los forasteros alzaron de repente a una mujer en volandas para que todos la vieran. Convencidos de que se trataba de una chamán, los miembros de la tribu guardaron silencio en espera de que hablara. Sin embargo, la mujer permanecía inmóvil v en silencio. ¿Estaría muerta? se preguntaron. Pero sus ojos estaban abiertos y en sus labios se dibujaba una sonrisa. Creyendo que los intrusos les mostraban a una mujer santa, los jefes depusieron arcos v flechas en señal de respeto, y sus madres y hermanas se adelantaron para ofrecerle abalorios y semillas. Cuando los forasteros erigieron una choza para su señora y pusieron flores a sus pies, los topaa, los tongva y demás tribus acudieron a dejarle ofrendas. Por aquel entonces. Teresa se preguntaba cómo podía la señora permanecer inmóvil tanto tiempo, pero entretanto había descubierto la existencia de los cuadros y sabía que aquella no era una mujer real, sino una representación plasmada sobre algo llamado «lienzo». Sin embargo, forasteros y nativos coincidían en una cosa, en llamarla Señora.

Seis años más tarde, Teresa y los topaa aún se preguntaban a qué habían venido los forasteros. A buen seguro no se quedarían mucho más, especulaban jefes y chamanes, pues nadie puede permanecer demasiado tiempo alejado de sus antepasados. Y según afirmaban los padres, habían recorrido una enorme distancia. En primavera, el jefe de los padres llegó de visita. Era un hombre de cortísima estatura (todos los topaa eran mucho más altos que él) que se llamaba Junípero en honor del arbusto del enebro. En aquella ocasión, Teresa oyó a aquel tal padre Serra hablar de aun pueblo llamado indio que se había amotinado en una misión llamada San Diego, lo cual resultaba inquietante.

—Los padres espirituales deberían ser capaces de castigar a sus hijos, los indios, con golpes —le oyó decir a los padres.

Tantas ideas de los padres la desconcertaban. Por ejemplo, cuando los sacerdotes descubrieron que las mujeres ingerían brebajes de hierbas para prevenir la concepción, las castigaron con gran severidad. Pero todo el mundo sabía que el control de la natalidad era de vital importancia para la salud de la tribu, ya que de lo contrario, ésta crecía por encima de la capacidad de la tierra para alimentarla. Era lo que los dioses habían enseñado a los topaa muchas generaciones atrás, que demasiadas personas significaba comida insuficiente y por lo tanto hambruna. La respuesta de los padres era cultivar más comida. Enseñaron a los topaa a plantar semillas, regarlas, cuidarlas y luego cosechar el maíz, las alubias y los calabacines que habían traído consigo desde su mundo lejano. Puesto que ahora había comida suficiente, las mujeres ya no debían prevenir la concepción. Pero Teresa consideraba caótico deshacer un patrón que los dioses habían tejido al principio de la creación y permitir que la comida y la población crecieran y se multiplicaran hasta que no quedara ni un pedazo de tierra desocupado.

Además, el plan de los padres no funcionaba, pues no cultivaban suficientes cosechas para satisfacer las demandas de los soldados de los presidios, y en las aldeas la gente moría de hambre. Cada día, más topaa, tongva y chumash llegaban a la misión con sus cestas vacías

Librodot

para que se las llenaran, los padres les daban comida si se quedaban y se convertían al cristianismo. Así, los compañeros de Teresa se llenaban el estómago con Jesús y trigo, al tiempo que permitían que los rebautizaran con nombres como Juan, Pedro y María.

Sus pensamientos volaron de nuevo hacia el hermano Felipe y la creciente inquietud de que una enfermedad estuviera devorándole el espíritu.

De haber podido ver el interior del alma del joven, Teresa habría descubierto un anhelo tan intenso que lo consumía como el fuego. Felipe había venido al Nuevo Mundo con un solo propósito, experimentar el éxtasis, cosa que hasta el momento le había sido negada.

Como el beato fray Bernardo de Quintanilla, que había vivido quinientos años antes, pensó Felipe mientras miraba las flores acampanadas que tenía en la mano sin recordar qué debía hacer con ellas. Desde que Bernardo tomara el hábito de san Francisco, había experimentado con gran frecuencia el éxtasis a través de la contemplación de cosas celestiales. Oh, divina gracia, ¡poder experimentar ese sublime don de Dios! Felipe soñaba con ello a menudo y se preguntaba qué habría sentido fray Bernardo cuando un día, durante la misa, su mente se elevó hacia Dios de tal modo que experimentó la más absoluta de las transfiguraciones, el éxtasis, permaneciendo inmóvil, con los ojos alzados hacia el cielo, desde los maitines hasta la novena. Durante quince años, fray Bernardo gozó del tesoro celestial que suponía ver su corazón y su rostro elevados hacia Dios a diario. Tan alejada estaba su mente de todo lo terrenal, que Bernardo flotaba cual paloma sobre la tierra y en ocasiones permanecía hasta treinta días en la cumbre de una montaña imponente contemplando las cosas divinas.

Felipe soñaba también con gozar del privilegio de fray Masseo, compañero de san Francisco, que tras encerrarse en su celda y castigar su cuerpo con ayuno, flagelo y oración, entró en un bosque e imploró al Señor entre gritos y lágrimas que le concediera la virtud divina.

—¿Qué me darás a cambio de esta virtud que ansías? —replicó la voz de Jesucristo desde el cielo.

—Señor, de buena gana te ofrezco mis ojos —contestó fray Masseo. —Te concedo la virtud y ordeno que conserves tus ojos —sentenció el Señor.

¡Oír la voz de Jesucristo! Felipe se estremeció bajo el pesado hábito de lana. Por esa razón había venido a aquella tierra salvaje para recibir la bendición de la revelación divina, poder ver la Divina Faz. Cuando recibió la llamada de Dios para que se dedicara al servicio misionero, Felipe respondió con presteza. ¡Qué regocijo reinó en su pueblo cuando se hizo público que lo habían elegido para formar parte de la misión de Alta California! ¡Qué orgulloso estaba su padre! Todo el pueblo se había agolpado en la pequeña iglesia para rezar por la seguridad de Felipe y el éxito de la misión. Y el corazón de Felipe había latido henchido de esperanza y el conocimiento cierto de que, en aquella tierra lejana, su sueño de conocer al Salvador en persona se haría realidad.

Durante el largo viaje en que recorrió medio mundo, Felipe imaginó cómo habría sido el día, seis años atrás, en que los padres llegaron al río de la Porciúncula para afrontar la amenaza de una multitud de salvajes que blandían lanzas, arcos y flechas. Temerosos de morir a manos de aquellos seres, los padres habían sostenido en alto una pintura de Nuestra Señora de los Dolores para que los salvajes la vieran. Y milagro de los milagros, los paganos reconocieron al instante que se hallaban en presencia de la Virgen y depusieron las armas.

Felipe estaba convencido de que se trataba de una señal de que, en aquel lugar, un hombre humilde podía hallar la gracia. Gracia...

Olvidadas las flores que tenía en las manos y la joven india que se hallaba junto a él, Felipe alzó la mirada y contempló el horizonte durante largo rato. En su mente resonaba una voz. «Bendito sea san Francisco, que hablaba con el Señor cada día, y cuando yacía moribundo en la Porciúncula pidió ser sepultado en una fosa de criminales. Yo deseo lo mismo. Quiero que mi cuerpo yazca en la sepultura más humilde del lugar más despreciado.»

San Francisco se llamaba a si mismo «la más vil de las criaturas de Dios». Felipe anhelaba humillarse de aquel modo, degradarse igual que el santo. Quería que los hombres escupieran

Librodot

sobre él y le arrojaran tierra, pues ansiaba la humillación que habían sufrido san Francisco y sus hermanos. Pero...

El corazón de Felipe dio un vuelco al sentir un dolor que crecía en su interior día a día, el dolor de la duda, la culpa, el desprecio hacia sí mismo. Una noche, en el establo mientras yacía postrado en el estiércol de vaca, implorando éxtasis al cielo, había tenido una revelación. ¡Hombre arrogante! había gritado una voz en su interior. Acaso no es un acto de soberbia desear humildad: ¿Cómo puedes ser humilde y soberbio a un tiempo?

Dios Todopoderoso, quiso gemir Felipe en aquel jardín que trabajaba, en presencia de la joven pagana convertida a Cristo tan poco tiempo atrás. ¡Mírame como a tu siervo más vil! Presencia el castigo que inflijo a este desgraciado cadáver llamado Felipe. Observa cómo detesto la comida y la bebida. Mira estas marcas que dejo cada día en mi piel indigna... y recompénsame con la visión, por muy breve que sea, de tu Divino Semblante.

Dejó caer los brazos. No era suficiente. Tras tres años de privaciones, trabajo duro y degradaciones. Felipe comprendía desesperado que no había hecho suficiente para ser recompensado con la visión de Cristo. Debía esforzarse más, pero ¿como? «Si pudiera volver a casa, a España, recorrería toda Europa a gatas para postrarme en la Porciúncula, donde murió mi Bendito y Perfecto San Francisco.»

Preguntándose qué atraería tanto la atención de Felipe, Teresa miró más allá del jardín, los pastos y los campos de trigo, allí donde el río serpenteaba por e] llano.

—¿Qué veis, hermano Felipe?

—La Porciúncula —musitó el fraile con extraña voz. Lo llamamos así en memoria de san Francisco.

—¿A qué os referís? ¿Al río?

Esperó respuesta con creciente inquietud.

—¡Hermano! —insistió, rozándole el brazo.

—Cerca de Asís hay una iglesia pequeña y modesta, la Porciúncula, que significa «pedacito» —explicó Felipe como si contemplara algo que sólo él pudiera ver. Se llamaba así porque era un edificio diminuto que se erigía olvidado y casi en ruinas. San Francisco la encontró un día, y al descubrir que debía su nombre a los ángeles que habían elevado a Nuestra Señora a los cielos en la Ascensión, decidió restaurarla y vivir allí un tiempo, justamente entonces, mientras habitaba Nuestra Señora de los Angeles de la Porciúncula, en el año de nuestro señor 1209, experimentó una revelación divina acerca de su vida. Años más tarde, ya moribundo, pidió que lo llevaran a la Porciúncula para poder morir allí. Y ahora hemos venido a este lugar, quinientos años después de su muerte, y hemos bautizado un río con el nombre de la iglesia a la que san Francisco tanto afecto profesaba.

Cerro los ojos y se halanceó un poco.

—Hermano Felipe —dijo Teresa al tiempo que le asía el brazo y percibía asombrada, su extrema delgadez bajo la manga de lana—. ¿No os encontráis bien?

Felipe abrió los ojos, se obligo a salir de su ensimismamiento y miró los dedos fuertes y bronceados que le aferraban el brazo. Y entonces recordó. Teresa. Estaba recogiendo hojas de dedalera con Teresa. La miró con los ojos entornados por el dolor, sintiendo un singular consuelo al ver su rostro redondeado y tranquilo, reflejo de una paciencia que le hacía pensar en la eternidad. Había algo en aquella muchacha, su primera conversa... No lograba definirlo. No se parecía a los demás indios de la misión. Tenía la nariz más grande, el nacimiento del cabello en punta sobre la frente, los límpidos ojos negros esperando sus pregunta. Era la personificación de una respuesta, pero estaba fuera del alcance, al igual que las estrellas, el sol y la luna.

La misión estaba construida en torno a una plaza y constaba de cuatro chozas de paja con un pasadizo interior que comunicaba la capilla, los talleres, la cocina, el refectorio, los almacenes, los alojamientos de los sacerdotes y una estancia llamada el monjerío, donde todas

Librodot

las féminas de más de seis años eran encerradas cada noche hasta la mañana siguiente. Por un ventanuco, las presas oían a los hombres de su, tribus disfrutar de la vida bajo las estrellas mientras fumaban sus pipas y se entregaban a sus juegos de azar. Los padres habían intentado convencerlos de que no jugaran pero con escaso éxito, por lo que decidieron desistir y permitirles que se divirtieran, siempre y cuando respetaran el régimen diario de oración, trabajo en los campos, más oración y más trabajo.

Era tarde, y la puerta del monjerío estaba cerrada. Teresa caminaba entre las mujeres tendidas sobre esteras y cubiertas con mantas. Hoy el número de enfermas había aumentado. Muchas tosían, jadeaban y ardían de fiebre. Ninguna de ellas podía comer, y pocas lograban tragar agua. La carne menguaba sobre sus huesos mientras sus pulmones escupían sangre. Por mucho que Teresa intentaba ayudarlas con los caldos e infusiones del hermano Felipe, además de sus remedios topaa. la enfermedad se propagaba. Era un mal distinto a cuantos había conocido su pueblo, y Teresa sabía que se debía a los espíritus que habían traído consigo los hombres blancos, espíritus que no pertenecían a aquel lugar, sino a un mundo muy lejano. Los hombres blancos no morían cuando esos espíritus penetraban en sus cuerpos. Algunos ni siquiera enfermaban: pero los topaa y las demás tribus carecían de poder para combatirlos.

Muchas de aquellas mujeres habían acudido a la prisión en busca de la protección de los padres porque temían a los soldados, hombres violentos que gustaban de embriagarse y perseguir a caballo a nativas indefensas para atraparlas en sus lazos como si de bestias se tratara y violarlas. Con sus lanzas y flechas, los esposos y hermanos de las mujeres no podían defenderse de los mosquetes de los soldados. Así pues, era mas seguro abandonar los poblados y refugiarse en la misión, pero ¿a qué precio?, se preguntó Teresa mientras paseaba la mirada por la atestada choza y escuchaba la mezcolanza de lenguas mientras los tongva intentaban hablar con los churnash, las nrujeres intentaban calmar a los bebés que lloraban en sus brazos y las jóvenes, con expresión atormentada, se preguntaban dónde iban a encontrar marido y quién se dedicaría al estudio de los linajes familiares. En otra época, en otra vida, tal vez habrían acudido a la mente de Teresa las palabras «desmoronamiento del orden social». Pero lo único que comprendía aquella noche de infinitas preguntas era que, de repente, las cosas no iban bien en el mundo.

Llegó a la última estera y se arrodilló con sigilo junto a la mujer que yacía de costado contra la pared. Su nombre de bautismo era Benita, los soldados la habían violado y dejado embarazada. Cuando sufrió un aborto, los padres sospecharon que se lo había inducido por no tener marido, de modo que la castigaron poniéndole grilletes en los tobillos, azotándola en público, obligándola a ponerse una túnica de tosca tela de saco, cubrirse de cenizas y llevar siempre una imagen de madera de un niño pintado de rojo para simbolizar el pecado del aborto. En misa dominical la obligaban a colocarse delante de la iglesia de la misión para someterse a las pullas y los dicterios de los feligreses. Tal castigo pretendía forzar a las mujeres indias a conservar los hijos no deseados porque los padres consideraban el aborto como un pecado. Sin embargo, no parecían comprender que las enfermedades eran las responsables de tantos abortos espontáneos entre las topaa. Al igual que los espíritus malignos que atormentaban a las mujeres con fiebres y congestiones pulmonares, una enfermedad que los padres denominaban «neumonía», había espíritus que causaban llagas y erupciones, que los padres llamaban «sífilis» y »gonorrea». Eran espíritus nuevos para los topaa, al igual que las hierbas nuevas, los animales nuevos y las flores nuevas. Y su gente no podía luchar contra todo ello.

Benita agonizaba: su enfermedad no afectaba al cuerpo, sino al espíritu. No había provocado que su hijo nonato abandonara su cuerpo, pero los padres no la creían. Debían infligirle un castigo ejemplar, decían, al igual que a los maridos y hermanos bautizados que intentaban volver a su antigua vida. Los soldados les daban caza, los traían de vuelta y los atrapaban en un aparato llamado «cepo» para que la gente se burlara de ellos.

Teresa se acuclilló y pensó en las mujeres y muchachas hacinadas en la pequeña choza sin ventilación, fuego que las caldeara ni chamán que impidiera a los espíritus pasar de un cuerpo

Librodot

a otro. Bastaba con que una mujer fuera poseída por el espíritu del sarampión o el tifus para que todas las demás enfermaran, pues el espíritu se apoderaba de una tras otra.

Los padres no parecían comprenderlo; pero había tantas cosas que no comprendían...

¿Por qué insistían en sudar durante el verano envueltos en sus gruesas túnicas de lana cuando tenía mucho más sentido ir desnudo? ¿Por qué obligaban a las mujeres a cubrirse, aduciendo que sus pechos eran motivo de verguenza? ¿Por qué los llamaban «indios»? Había muchas tribus de lenguas, mitos y antepasados diferentes. La mujer junto a la que se encontraba era yangna, pensó. Descendían de linajes distintos. Teresa no conocía sus costumbres y la mujer ignoraba las suyas. Y aquellas mujeres de allí eran tongva, sin relación alguna con la raza de Teresa; pero los padres no lo comprendían.

Teresa había intentado mantener la tradición de contar historias por las noches, los cuentos y mitos que vinculaban las generaciones hasta los primeros antepasados. Pero los padres dividían a los clanes e incluso a las familias; se llevaban a los hermanos a una misión y a las hermanas a otra; separaban a los abuelos de sus nietos, a los primos de sus primos, de modo que las historias que se narraban por las noches no siempre pertenecían a la propia tribu. Teresa temia que si las cosas continuaban por aquellos derroteros, los ancianos morirían sin haber transmitido las historias a los jóvenes. Por ello se sentaba junto a las demás prisioneras y les hablaba de la Primera Madre, que había llegado del este y provocado un terremoto al pisar un caparazón de tortuga. Contó la historia del forastero que había salido del mar y los ojos mágicos que había entregado a los topaa. Pero los mitos de Teresa no significaban nada para muchas de aquellas mujeres, porque ellas tenían otros.

—¿Era Jesús? —le preguntó una de las niñas cuando refirió la historia del hombre llegado del mar.

Los mitos de los pueblos empezaban a confundirse con los cristianos y, lo que era aún peor, a las niñas les costaba comprender a Teresa porque estaban aprendiendo a hablar sólo español. Al ser bautizadas, todas ellas habían recibido nombres españoles, por lo que las más jóvenes empezaban a olvidar sus hombres tribales.

Teresa asió la bolsa de cuero que pendía de su cuello y que contenía la piedra espiritual heredada de la Primera Madre.

¿Por qué había tanta enfermedad entre la gente? Su madre había muerto de la afección pulmonar, y otras tosían t ardían de fiebre. ¿Se debía a que nadie contaba las historias? Teresa se culpaba mientras miraba a las mujeres enfermas y asustadas. «No debería haberme quedado aquí. Debería haber vuelto para cuidar de la cueva. Quién cuida de la Primera Madre? Nadie, por eso ha caído sobre nosotros este maleficio.»

Sabía lo que debía hacer. Para salvar a su gente, debía regresar a la cueva aunque estuviera prohibido y el castigo fuera severo. Sencillamente, tendría que procurar que los soldados no la encontraran, porque sin duda irían en su busca, como siempre que se fugaba alguien. Teresa no tenía el castigo tanto como la posibilidad de no volver jamás a la cueva.

Por Ultimo pensó en Felipe. Le rompía el corazón alejarse de él, porque si se marchaba no podría regresar. Pero su pueblo estaba enfermo, moribundo; para salvarlo debía dejar a su amado Felipe y no volver a verlo nunca.

El ventanuco era apenas lo bastante ancho para salir por él. Sus amigas la auparon y la colmaron de bendiciones y buenos deseos tanto en topaa como en dialectos que Teresa no comprendía. Prometió no dejarse atrapar: prometió no permitir que se perdieran las costumbres. Y por fin se alejó en la noche, silenciosa como un gato.

En primer lugar se dirigió al jardín de hierbas medicinales, ocultándose entre las sombras negrísimas y guiándose por la tenue luz de la luna y las estrellas. Entre las hierbas y plantas cogió flores y hojas oscuras. Luego pasó a toda prisa ante el establo y caminó hacia el este, donde encontraría el antiguo camino que conducía a las montañas.

Se detuvo en seco al oír un extraño ruido.

Librodot

Aplicó el ojo a una grieta en la puerta del establo, pero por un instante no halló lo que buscaba. De repente profirió una exclamación. Felipe estaba arrodillado en la pocilga, desnudo de cintura para arriba, azotándose con seis correas de cuero anudadas y atadas a un mango de madera. Tenía toda la espalda ensangrentada.

Teresa abrió la puerta de par en par, entró corriendo en el establo e se arrodilló junto a él.

—Qué estáis haciendo, hermano Felipe?

El fraile no la vio, sino que continuó flagelándose.

—¡Basta! —gritó Teresa al tiempo que le arrebataba el látigo—

—¿Qué hacéis, hermano?

Felipe se quedó mirando su mano vacía, luego volvió la cabeza y la miró con ojos nublados.

—Teresa.. .

Al comprobar la profundidad de sus heridas y las cicatrices que surcaban su espalda, Teresa rompió a llorar.

—¿Por qué os hacéis esto?

—Quiero..., quiero que Dios me considere digno de él.

—¡No lo entiendo! Si vuestro Dios os creó, ¿acaso no sois digno de él? ¿Acaso crea seres indignos?

Alargó la mano y rozó con delicadeza los verdugones que mellaban su piel blanca. Sintió deseos de abrazarse a su espalda y dejar que sus lágrimas lo curaran, que su amor fluyera como un bálsamo.

Felipe empezó a sollozar. ¿Como hacerle entender que ansiaba experimentar el éxtasis? Quería sufrir los estigmas que habían atormentado a san Francisco; quería domesticar palomas salvajes y predicar a los peces del mar. Anhelaba una visión. El Señor y María se habían aparecido a san Francisco y sus hermanos. ¿Por qué no a él?

Teresa cogió agua del abrevadero e limpió las heridas como pudo. Se rasgó la mitad inferior de la falda y secó la sangre, poniendo especial cuidado en los lugares donde la piel estaba partida. Trabajaba sin dejar de llorar y veía el cuerpo estragado del hermano Felipe entre un velo de lágrimas.

El fraile permaneció arrodillado, sometiéndose a sus cuidados como un niño mientras su pecho huesudo se agitaba convulso por los sollozos.

Por fin, tras limpiar la sangre y secarle la piel. Teresa lo ayudó a incorporarse y le introdujo los brazos en las mangas del hábito, recomponiendo en parte su dignidad. Luego lo miró a los ojos en la penumbra del primitivo establo.

—Contadme lo que queréis, hermano Felipe.

—Busco el gozo perfecto —repuso el fraile con voz ronca.

—¿Y qué es eso?

—Te lo contaré. Un día de invierno, san Francisco viajaba con fray León desde Perugia a Nuestra Señora de los Angeles, y ambos tenían mucho frío.

»Aunque complaciera a Dios que los frailes dieran ejemplo de santidad y edificación en todas las tierras, ello no constituiría el gozo perfecto", comentó a fray León, que caminaba por delante de él.

»"Hermano León —añadió al cabo de un rato—, aunque fuera dado a los frailes hacer andar a los cojos, devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos y el habla a los mudos, ello no constituiría el gozo perfecto".

»"Hermano León —llamó un poco más lejos—, aunque los frailes conocieran todas las lenguas y estuvieran versados en todas las ciencias, si pudieran interpretar todas las Escrituras, poseyeran el don de la profecía y fueran capaces de revelar todas las cosas futuras, los secretos de todas lkas conciencias y todas las almas, ello no constituiría el gozo perfecto.

"Hermano León —exclamó al poco—, aunque los frailes hablaran las lenguas de los Angeles y pudieran explicar el curso de las estrellas y conocieran las virtudes de todas las plantas, las aves, los peces, los animales, los hombres, las piedras y las aguas, ello no

Librodot

constituiría el gozo perfecto. Y aunque los frailes tuvieran el don de predicar hasta convertir a todos los infieles a la fe de Cristo, ello no constituiría el gozo perfecto.

»Asi pues, el hermano León se detuvo en el camino y pidió al santo: "Padre, enseñadme que es el gozo perfecto". Y repuso san Francisco: "Si cuando lleguemos a Santa María de los Angeles empapados, tiritando de frío. cubiertos de barro y débiles por el hambre, llamamos a puerta y el portero nos abre y le decimos que somos dos hermanos v nos contesta enojado que no decimos la verdad, que somos impostores que engañamos al mundo para poder arrebatar el alma a los pobres, y nos deja afuera, en la nieve y la lluvia, para que sigamos pasando hambre, y volvemos a llamar, y el portero nos recibe a golpes y, acuciados por el frío y el hambre, llamamos por tercera vez, suplicando al portero entre lagrimas que nos dé cobijo, y nos derriba, nos revuelca en la nieve y nos golpea con un bastón, y si soportamos tales heridas, crueldades e inquidad con paciencia y alegría, pensando en los sufrimientos de Nuestro Señor, que compartiríamos por amor a él, entonces, hermano León, eso sería el gozo perfecto".

Teresa escuchaba muda de asombro.

—Al morir —añadió Felipe con infinita tristeza—, san Francisco había quedado casi ciego de tanto llorar.

—¿Vuestro dios desea que lloréis toda la vida?

—Dios ordenó a san Francisco que llevara la cruz de Cristo en su corazón, que viviera según sus enseñanzas, predicara su palabra, fuera un hombre crucificado de palabra y obra. San Francisco buscaba la vergüenza y el desprecio por amor a Cristo— Se regocijaba cuando se veía desdeñado y se entristecía cuando lo honraban. Recorría el mundo como peregrino forastero, llevando sólo al Cristo crucificado. Quiero ser como él, y copio fray Bernardo también. Cuando llegó a Bolonia, los niños, al verlo vestido de un modo tan extraño y pobre, se burlaron de él, tomándolo por loco. El aceptó sus pullas con gran paciencia y alegría por amor a Cristo. Buscando tan desprecio aún mayor. fray Bernardo fue al mercado y allí se sentó. Gran cantidad de niños y hombres se agolparon a su alrededor, le tiraron de la túnica, le arrojaron piedras y tierra. Fray Bernardo lo soportó en silencio y con expresión de suprema felicidad, y durante varios días regresó al mismo lugar para recibir los mismos insultos, hasta que un día las gentes de la ciudad llegaron a la conclusión de que debía de ser un santo. Yo también quiero ser así —exclamó Felipe—, pero para ser un santo debo albergar humildad en el corazón. ¿Cómo puedo desear grandeza y poseer humildad al mismo tiempo? ¡He aquí mi tormento! La soberbia y la vanidad me privarán del gozo sublime.

Alarmada, Teresa concluyó que la enfermedad no sólo afectaba a su pueblo, sino también al hombre blanco. Anidaba en la tierra, el aire, las plantas y el agua, y había que hacer algo al respecto. Era necesario restablecer el equilibrio en el mundo.

Alargó la mano hacia Felipe.

Felipe la acompañó sumiso. Montaron una mula y siguieron el camino iluminado por la luna hacia el este, pasando por delante de las charcas de brea y las marismas hasta llegar al pie de los montes que los padres habían bautizado con el nombre de Santa Mónica y donde se veían antiquísimas marcas del cuervo y la luna. Allí, Teresa anunció que debían continuar a pie. Impelido por la sensación de un poder que sobrepasaba el suyo, Felipe la siguió obediente, demasiado sumido en su dolor y desgracia para cuestionarse por qué avanzaba paso tras paso.

En un momento dado tropezaron con una serpiente de cascabel y Felipe retrocedió asustado, pero Teresa lo instó a seguir caminando con serenidad, pues la serpiente no les haría ningún daño.

—Es nuestra hermana y nos permitirá pasar si le mostramos el debido respeto.

Y, en efecto, pasaron junto a ella de puntillas, y la bestia se alejo. —Este es un lugar sagrado explico— Teresa cuando se acercaban a la cueva—. Aquí sanarás.

Librodot

Antes que nada dejó la ofrenda de flores sobre la tumba al tiempo que explicaba a Felipe que siempre había que llevar presentes a la Madre. Acto seguido encendió un pequeño fuego con ayuda de sus utensilios. Cuando dejó caer sobre las llamas las hojas color verde oscuro que había cogido en el jardin, un olor penetrante llenó el aire. inundando el olfato de Felipe con la familiar fragancia de la marijuana, que cultivaba para elaborar medicamentos. Cuando el fuego creció e iluminó los símbolos pintados en la pared. Teresa contó a Felipe la historia de la Primera Madre tal como la contaban su madre, la madre de su madre y todas las madres desde el principio de los tiempos.

Felipe escuchaba en silencio, con la mirada fija en los símbolos de la pared. Y al cabo de un rato el dolor menguó un ápice, al igual que la angustia.

El humo llenaba la cueva y el interior se tornaba cada vez más cálido. Teresa, que ahora se llamaba Marini, seguía recitando la suave letanía de la historia de su tribu, los mitos tal como le habían sido transmitidos. Mientras hablaba fue despojándose de las ropas que los padres la habían obligado a llevar, la blusa, la falda, las prendas interiores, los zapatos, hasta quedar ante la Primera Madre como el creador la trajo al mundo.

El joven fraile no se escandalizó como le habría sucedido en circunstancias normales. A medida que el incienso le llenaba la nariz, la cabeza, los pulmones, poniendo en marcha su fuerza curativa, empezó a parecerle del todo natural hallarse en aquella cueva antiquísima junto a una muchacha india desnuda, escuchando cuentos que antes le habrían parecido paganos e infames.

Al cabo de un rato, mientras escuchaba la cadencia de su voz. comenzó a percibir un ritmo en su interior—, como si su pulso, su respiración, incluso sus nervios y sus músculos reaccionaran al canto melodioso. Sin ser consciente de ello, el hermano Felipe fue quitándose el hábito, las sandalias y el taparrabo hasta presentarse ante la Primera Madre en humilde desnudez.

Con la pesada lana del hábito desaparecieron las escamas que le cubrían los ojos y las cadenas que le apresaban el alma: experimentaba una repentina levedad que nunca habría imaginado posible, y se dio cuenta de que sonreía.

Entonces sintió que algo le acariciaba la piel como alas de mariposa susurrantes. Contempló fascinado los dedos de bronce que le acariciaban las cicatrices. Los ojos de Teresa se llenaron de lágrimas al ver el lamentable estado en que se hallaba el cuerpo de Felipe, las costillas y los huesos prominentes, prueba de que en su búsqueda del éxtasis se había obligado a pasar hambre y había maltratado su cuerpo. !Qué estragados sus pobres miembros! !Qué arruinada su delicada piel!

—Pobre Felipe lloró—. Cuánto has sufrido.

Lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia su pecho cálido. Felipe sepultó el rostro en sus cabellos y la abrazó a su vez. Sentía las lagrimas de Marini sobre el pecho, y sus propias lagrimas goteaban sobre la melena negra.

Y en aquel instante empezó a suceder algo. Felipe se separó de su cuerpo y comenzó a elevarse, como si los ángeles lo llevaran en volandas sobre sus alas, hasta que se encontró en el techo de la cueva. mirando hacia abajo, donde vio dos criaturas de Dios abrazándose desnudas, llenándose los corazones de amor. Vio al hombre tender a la muchacha sobre un tálamo hecho de flores y un hábito franciscano. El largo cabello negro de la joven se extendía a su alrededor como un abanico, y en su rostro se advertía una expresión extasiada. Felipe vio la espalda magullada llena de cicatrices del hombre, y las manos de la muchacha que acariciaban las heridas. Se besaron larga y dulcemente. Felipe sonrió y al cabo de un instante, para su asombro, se echó a reír. Su forma etérea experimentó una oleada de calor y humedad, una sensación sublime que le aceleró el pulso de tal modo que se creyó a punto de perecer de deseo, goce y plenitud. Oyó al hombre proferir un grito de éxtasis y vio lágrimas relucientes ere las pestañas negras de la joven.

De pronto, la cueva quedó inundada en una luz maravillosa y Felipe vio que estaba llena de gente. Como si la piedra de la montaña se hubiese derretido, veía hasta el horizonte, una

Librodot

vastísima extensión salpicada de gente que alcanzaba el infinito. En una revelación cegadora comprendió que presenciaba las almas de cuantos habían vivido antes que el y ahora moraban en la benévola luz de Dios. A la cabeza de la multitud estaban los profetas Elías y Moises ataviados con sus magníficas túnicas. Entre ellos se encontraba Jesús, transformado en columna de luz. Sobre todos ellos flotaba la Madre de Dios, ora paloma radiante ora hermosa mujer, reluciente y luminosa, entregando su amor y su gracia a todos.

Felipe profirió una exclamación y sintió que su cuerpo se desgarraba y su alma volaba libre hacia los cielos.

Entonces los ángeles lo posaron con suavidad en el suelo, y se encontró de muevo en la cueva, arropado por el calor de la muchacha, donde se sumió el el sueño mas dulce que jamás había conocido.

Al despertar experimentó una sorpresa momentánea al verse desnudo, pero no tardó en recordar que aquel era su estado natural, que así había creado Dios a todos los hombres y mujeres, y que la desnudez nada tenía de vergonzante. ¿Acaso san Francisco no se había desnudado y proclamado «Padrenuestro que estás en los cielos»?

Felipe se volvió hacia Teresa, que dormitaba con absoluta placidez. He aquí la respuesta que buscaba, el misterio de la muchacha que tanto le había desconcertado. La había visto hablar con las plantas, susurrar a los vientos y cantar a la lluvia. No temía a los animales, sino que los comprendía y los trataba con una afinidad digna de san Francisco, pero no de Felipe. No se consideraba por encima de las bestias como solían hacer los hombres, sino igual que ellas. ¡Esa era la verdadera definición de la humildad! Teresa siempre había estado allí para decírselo, pero Felipe estaba demasiado ciego para verlo.

Sollozó de felicidad, y sus lágrimas fluyeron con la misma copiosidad que las de san Francisco en su día. El hermano Felipe había viajado a California para hallar el éxtasis y por fin lo había encontrado.

Llegaron a la misión antes del alba, en silencio, ambos maravillados y sabedores de que aquella noche había tenido lugar el milagro de la curación. Teresa en el monjerío por el ventanuco y Felipe regresó a la celda. Al día siguiente, antes de que el sol alcanzara su cenit, enfiló el camino hacia el oeste. llevando sólo una hogaza pequeña de pan y un hato oculto en la manga. Estaba inundado de gloria y gozo. Ya no sentía dolor ni lo atormentaban las preguntas. De repente, todo encajaba, y por fin comprendía.

Al morir en I226, san Francisco fue sepultado en la iglesia de San Jorge, en Asís. Cuatro años más tarde, su cuerpo fue trasladado en secreto a la gran basílica erigida por el hermano Elías. Durante el nuevo entierro clandestino un fraile, presa de fervor religioso, cortó el dedo meñique de la mano derecha del santo y lo oculto en tan pequeño monasterio de España. A lo largo de los años, la reliquia se guardo en diversos recipientes cada vez más suntuosos, hasta que los sagrados huesos fueron parar a un relicario de plata con forma de mano y antebrazo humanos. Cuando los padres se disponían a zarpar rumbo a Nueva España para iniciar su misión en Alta California, recibieron el encargo secreto de llevarlo consigo para que la presencia del santo en aquella lejana y salvaje tierra garantizara el éxito de la misión.

Ese fue el obsequio de Felipe para la Primera Madre.

Una vez dentro de la cueva, se desvistió hasta quedar en taparrabo, envolvió el relicario en su hábito y lo enterró en el suelo. Luego. recordando el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches de san Francisco, durante el cual había comido media hogaza de pan por deferencia al Señor, quien bahía ayunado cuarenta días y cuarenta noches sin ingerir alimento alguno, Felipe salió de la cueva con su rosario y la hogaza de pan, y en lugar de dirigirse hacia abajo, a la boca del cañón, que conducía de regreso a la misión, continuo subiendo por la garganta con el rostro vuelto hacia el sol y una sonrisa radiante en los labios, caminando hacia arriba, hacia arriba hasta perderse entre las rocas el cielo.

Librodot

7

Si Los Angeles tuviera corazón, se dijo Erica, sería Olvera Street.

Mientras caminaba por la galería de una manzana de longitud, se sintió inundada de alegría al contemplar la calle pavimentada de colores, donde los vendedores ambulantes vendían títeres, artículos de piel, jarapas, sombreros mexicanos, estatuillas de santos y comida mexicana autentica al son de una banda de mariachis que interpretaba una animada versión de Guantanamera. Erica acababa de almorzar un relleno de chili en el pintoresco patio de un restaurante que a uno le hacía olvidar que se hallaba en medio de una metrópolis de cinco millones de habitantes.

En el canino de regreso de la misión de san Gabriel había decidido, movida por un impulso, salir de la autopista. No sabía por qué, sólo que necesitaba pensar. La visita había sido infructuosa; aunque la misión conservaba archivos que se remontaban hasta 1771, año de su fundación, no encontró en ellos mención alguna de que los indios o los padres hubieran lubricado alguna vez objetos como el que había encontrado aquella mañana en la cueva y para el que había esperado encontrar una explicación en la omisión. Ahora paseaba contenta entre turistas y residentes que visitaban los lugares históricos que formaban parte del alma oculta y romántica de Los Angeles. La iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, construida en 1818 por obreros indios que transportaron los troncos para las vigas desde los montes de San Gabriel y en la que los domingos por la mañana se celebraban los quinceañeros, las fiestas que marcaban el inicio de la madurez de las muchachas de quince años, una importante celebración que, según se creía, tenía su origen en ritos indios y que la Iglesia católica pretendía eliminar. La Sepúlveda House, una hermosa mansión victoriana erigida en 1887. La Pelanconi House, levantada en 1855, el primer edificio de ladrillo de Los Angeles. Y por supuesto el Avila Adobe, al parecer uno de los edificios más antiguos de Los Angeles, construido 1818, treinta y siete años después de la fundación de la ciudad. Erica estaba convencida de que todas aquellas edificaciones vibraban de pasión historias pasadas.

Al llegar a la plaza bañada por el sol, que mas bien era un parque de estilo mexicano coronado por un enorme árbol se alegró de haber dejado la autopista en el último momento. La soledad tenía sus ventajas, pero en ocasiones, el alma anhelaba encontrar en espacios concurridos. Todos los bancos estaban ocupados por turistas que descansaban los doloridos pies o residentes con nariz metida entre las páginas del Los Angeles Times o La Opinión.

Y entonces vio a los fantasmas, personas transparentes con ropas antiguas, caballos, carretas, perros sarnosos, destartalados edificios de adobe, aceras de madera... Erica estaba acostumbrada a ver fantasmas, incluso en el centro de Los Angeles en peno día. Los muertos siempre estaban ahí; la arqueología lo demostraba. Vio a mujeres con parasoles, un hombre estevado con placa de sheriff, tramperos a caballo y hombres duros en busca de un bar. La gente creía que hoy en día Los Angeles era una ciudad salvaje, pero deberían haberla visto ciento cincuenta años antes. Aquí se encontraba la terminal del Salvaje Oeste.

Vio a una joven pareja actual de hispanos abrazados por la cintura, con las cabezas muy juntas y aspecto de hallarse en plena luna de miel. Erica nunca había pensado en Los Angeles como lugar para pasar la luna de miel, pero la Plaza, con su aire del Viejo México, las flores, la música, la buena comida, la gente disfrazada y el ambiente alegre parecía el sitio idóneo para dos personas enamoradas.

En aquel instante vio a un camarero asiático con delantal manchado apoyado contra una farola y leyendo la edición matinal del Times. Emerald Hills volvía a ocupar la primera página, esta vez con la palabra «embrujado» en el titular. Un periódico sensacionalista de la ciudad había desenterrado viejas historias sobre la hermana Sarah y algunos de los extraños sucesos acaecidos en el Cañon de Fantasmas. La hermana Sarah había llegado a declarar que decidió construir su Iglesia de los Espíritus en aquel lugar después de que se le apareciera una «mujer envuelta en una túnica». Erica sospechaba que dicha aparición tenía mucho más de

Librodot

teatral que de real. No obstante, el artículo desencadenó una epidemia de «avistamientos» en la cueva, y los trabajadores afirmaban experimentar sensaciones sobrecogedoras en el lugar.

Otra noticia sensacional acaparaba la atención de la prensa. Tras encontrar el relicario con los restos de san Francisco, Erica se puso en contacto con el Vaticano. Allí le comunicaron que había llegado a California en 1772 y se le dio por desaparecido de la misión en 1775, junto con un tal hermano Felipe, que desapareció asimismo sin dejar rastro y de quien se sospechó que había muerto devorado por los osos pardos. Erica se preguntó por qué un fraile franciscano enterraría los huesos de san Francisco en una cueva tan alejada de su hogar. Y una cueva india, para colmo.

El Vaticano envió sin demora a un representante. A Erica no le extrañó la rápida reacción de Roma. No se debía a que el relicario tuviera demasiada importancia en sí mismo, pues había miles de ellos en todo el mundo, ni incluso a que san Francisco fuera un santo de tanto relieve, sino a que era una cuestión política. Fray Junípero Serra había sido beatificado, el primer paso hacia la santidad, pero muchos sectores se oponían a la canonización, convirtiéndola en un tema escabroso. Cada vez salían a la luz más detalles del trato que los frailes misioneros habían dispensado a los indios, y la Iglesia católica afrontaba duras críticas. El hallazgo de los huesos de un santo enterrados junto a los de una india daba mucho que hablar.

Si bien el relicario estaba de camino a Roma, había sido objeto de tanta atención mediática que la gente hacía cola junto a la valla de seguridad de Emerald Hills con la esperanza de que les franquearan el paso y así pudieran ir a rezar al lugar donde habían estado enterrados los huesos de san Francisco. Familias con hijos enfermos o seres queridos confinados en sillas de ruedas rezaban el rosario mientras esperaban. Los hispanos afirmaban que la Primera Madre hacía referencia a una aparición de la Virgen María en la cueva, a consecuencia de lo cual, los medios de comunicación la equipararon con la gruta de Lourdes. Una fotografía aparecida en los períodicos, en la que se veía el plástico transparente que ahora proteg_7a el esqueleto y la pesada verja de hierro que guardaba la entrada de la cueva, confería al lugar un cariz de misterio religioso, pues en verdad parecía lugar proclive a los milagros.

Aquella mañana, mientras se alejaba de la excavación, Erica había visto en el cruce de la carretera secundaria con la autopista litoral del Pacífico a unos policías deteniendo a dos jóvenes que por lo visto, habían tendido una pancarta sobre la carretera en la que se anunciaba: *Excavación de Emerald Hills, 5 dólares por persona*. No pudo contener una sonrisa: desde luego, los habitantes de los Angeles eran cuando menos emprendedores.

Obligándose a regresaral mundo moderno que pasaba junto a ella como una exhalación en zapatos de tacón y mocasines de dos colores, Erica sacó del bolso una bolsita de tela y vació su contenido sobre la palma de la alano. Era un crucifijo muy sencillo de hojalata en el que se veía una fecha: *Anno Domini 1781.*

—Tal vez conmemore un acontecimiento especial —sugirió el sacerdote de la misión cuando Erica le explicó que el crucifijo había sido enterrado, con gran cuidado y deferencia en un hoyo ribeteado de flores—. Un nacimiento, quizás.

¿Un nacimiento Pero ¿de quién?

—¿Dónde nació usted, doctora Tyler? Quiero decir que parece apasionarla mucho la historia de California, así que he pensado que tal vez nació aquí.

La pregunta la sorprendió, al igual que el hecho de que Jared fuera observador. Por un instante la halagó la posibilidad de que éste sintiera curiosidad por ella, pero luego se dijo que no era un interés amistoso lo que lo envolvía, sino que la estaba estudiando, como ella lo había estudiado a él. ¿No es eso lo que hacen los adversarios, buscar los puntos fuertes y las debilidades del otro?

—Soy de San Francisco.

La respuesta oficial, pues eso indicaba su partida de nacimiento. La verdad resultaba un

poco más difícil de explicar.

«—Así que te llamas Erica? —preguntó la amable trabajadora social—. ¿Y no tienes apellido? Bueno, Erica, ¿puedes decirme si el hombre que te ha traído es tu papá?

—No creo —respondió Erica.

Sólo tenía cinco años, pero entonces ya reconocía la perplejidad en el rostro de un adulto.

—¿Cómo que no crees?

—Tengo muchos papás.

La trabajadora social anotó algo mientras Erica contemplaba fascinada las largas uñas esmaltadas de un bonito color y el anillo de oro que refulgía en el dedo de la señora.

—Y la mujer a la que han traído contigo, ¿era tu mamá? —preguntó antes de añadir a toda prisa—: Quiero decir que si es tu mamá.

Porque aún no habían dicho a Erica que la mujer había muerto en urgencias.»

La voz de Jared interrumpió sus pensamientos.

—¿Y su familia sigue en San Francisco?

—No tengo familia —confesó por fin—. Estoy sola.

No era una mentira, pues lo cierto era que no lo sabía.

«—¿Ha habido suerte? —preguntó la bondadosa trabajadora social más tarde en otra sala.

—Estaba en lo cierto —repuso el hombre calvo sin darse cuenta de que Erica lo escuchaba todo—. Tenía la sensación de que la niña venía de una de las comunas hippies, por la mujer que ha sufrido una sobredosis, y la forma en que iba vestido el hombre. Bueno, he localizado la comuna. Parece que la niña ha sido abandonada. Dicen que la madre se largó con un motero. En cuanto al padre biológico..., la madre llegó a la comuna ya embarazada y tuvo a la niña allí. Nunca habló del padre; no creo que estuviera casada.

—¿Has averiguado el nombre de la madre?

—Se hacía llamar Rayo de Luna, es lo único que he descubierto. No creo que consigas encontrarlos a ella ni al padre. Dudo que estuvieran casados siquiera. Lo más probable es que la niña no tenga ni partida de nacimiento.

—Le he preparado una. Hemos puesto San Francisco como lugar de nacimiento.

—¿Y ahora qué?

—Bueno, será difícil que la adopten con cinco años.

—¿Tú crees? Algunas parejas quieren niños mayores, sobre todo una niña tan mona como ésta.

—Si, pero tiene algo extraño...»

El hecho de crecer sabiendo que su madre la había abandonado, errando de una familia de acogida a otra, de una trabajadora social a otra, impulsó a Erica a refugiarse en la fantasía. Las historias se convirtieron en su tabla de salvación, la ficción era su cordura.

En cuarto curso fantaseaba sobre un hombre apuesto vestido de militar que entraba en la clase con paso firme. «Soy el general McIntyre y vengo del campo de batalla para llevar a mi hija a casa.» Se abrazarían delante de todos aquellos niños, de Ashley, Jessica y Tiffany, las barracudas de la escuela elemental de Campbell Street, y saldrían cogidos de la mano, Erica cargada de juguetes nuevos. En quinto se veía tendida en una cama de hospital tras una operación de cerebro, al borde de la muerte porque necesitaba una transfusión de sangre que sólo un pariente cercano podía donarle, y sus padres acudían presurosos, diciendo que llevaban mucho tiempo buscándola y que habían visto su foto en el periódico bajo el titular: «¿Puede alguien ayudar a esta niña?». Eran muy ricos y donaban dinero para construir un ala nueva que recibiría el nombre de su hija.

En sexto, Erica empezó un álbum de familia con fotografías de otras personas. Debajo pegaba etiquetas que decían: «Mamá y yo en la playa» o «Papá enseñándome a montar en bicicleta». En séptimo, cuando la pubertad confirió cierto sentido de urgencia, a su vida, empezó a llamar con regularidad a los servicios de menores para saber si su madre se había puesto en contacto con ellos.

Las trabajadoras sociales llegaban y desaparecían, los hogares de acogida cambiaban, así

como las escuelas y los barrios. Erica se sen tía como una bola en una máquina del millón, rebotando contra timbres y palancas sin detenerse jamás. Se convirtió en una joven fuerte, imaginativa, afable. Algunos hogares de acogida estaban llenos de delincuentes juveniles, pero Erica sobrevivía a todo porque sus historias gustaban. Fingía leer la mano e interpretar los posos de té, y siempre auguraba futuros felices. Pero nunca dejó de creer que sus padres irían a buscarla.

Volvió a examinar el crucifijo que yacía en la palma de su mano y pensó de nuevo si conmemoraría un nacimiento. ¿El nacimiento de quién? Y entonces, mientras paseaba la mirada por los edificios restaurados y se preguntaba qué la había impulsado a ir allí, vio una placa de bronce que rezaba: Monumento histórico al pueblo de Los Angeles, 1781, d. C. Sintió un estremecimiento de emoción.

El crucifijo no conmemoraba el nacimiento de una persona, sino de un lugar...

8

Angela
1781 d.C.

¿Qué clase de lugar era aquel para fundar un asentamiento?, pensó el capitán Lorenzo de Castro, huraño. El río se encontraba a varias leguas, no había puerto ni defensas naturales a lo largo de la orilla. Todas las grandes ciudades del mundo se erigían a orillas de ríos o puertos defendibles. En cambio, aquel lugar estaba dejado de la mano de Dios.

El capitán De Castro sabía que el gobernador Neve había elegido adrede aquella zona para fundar su nuevo pueblo. No importaba que careciera de puerto y río navegable. Los colonos cultivarían y criarían ganado, y esa llanura humeante serviría a tal propósito a las mil maravillas. Lorenzo consideraba que Neve exhibía una expresión muy satisfecha, lo que no era de extrañar, pues había cumplido la misión de fundar dos asentamientos en Alta California, uno en el norte y otro en el sur, el primero bautizado en honor de san Francisco y el segundo, de la Virgen María.

Dios mío, pensó el capitán, desaprobador. ¡Mira que bautizar el pueblo con el nombre del río, que a su vez debía su nombre a una capilla de la lejana Italia! Era un nombre grandioso, tan complicado que no podía pronunciarse con la boca llena, de eso no cabía la menor duda. El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles del Río de Porciúncula. La gente ya empezaba a burlarse. Se reían y decían que lo de Porciúncula era una ironía, pues significaba «pedacito» y ¿no era eso lo que les otorgaba el gobierno por establecerse allí? ¿Y qué significaba lo de Los Angeles?

Nadie veía ángeles por allí, sólo un astroso grupo de colonos traídos de México, once familias en las que se mezclaban numerosas razas. Había indios, africanos negros, mulatos, mestizos e incluso un chino de las Filipinas. Los soldados mexicanos del capitán De Castro, además de los misioneros españoles con su horda de indios de las misiones, completaban el elenco para la fundación de la nueva ciudad del gobernador Neve. Pero de ángeles ni rastro.

El capitán había sido uno de los reclutadores asignados con objeto de sobornar a hombres de México para que se establecieran en Alta California. Cada colono recibiría un solar, dos extensiones de tierra de regadío y dos de secano. Asimismo, todos tendrían derecho a las propiedades comunes del pueblo para apacentar el ganado y almacenar leña. Cada familia cobraría durante tres años diez pesos mensuales, además de recibir ropa y herramientas, dos vacas, dos bueyes, dos ovejas, dos cabras, dos caballos, tres yeguas y una mula. Los colonos, a su vez, se comprometían a trabajar la tierra durante al menos diez años.

Si bien le parecía un arreglo generoso, a él y al capitán Rivera les había resultado imposible convencer al número requerido de colonos. ¿Qué harían en un lugar tan alejado de

Librodot

todo?, preguntaban. Y a buen seguro no podrían comunicarse con sus lugares de origen. Por fin se resignaron al fracaso y emprendieron el arduo viaje hacia el norte acompañados de sólo veintitrés adultos y cinco niños, uno de los cuales, la hija del capitán De Castro precisamente, murió por el camino.

Y henos aquí, se dijo mientras esperaba el fin de los discursos y contemplaba con ojos entornados las lejanas montañas y el océano, difuminado por la eterna bruma. Un lugar solitario, pensó, alejado de la civilización, donde los nativos son mucho más numerosos que nosotros. Pese a ser criollo, es decir, nacido en México pero de ascendencia española, Lorenzo de Castro no despreciaba a los indios como algunos de sus compañeros. De hecho, admiraba su predilección y habilidad por el juego, que consideraba la única redención por la promesa de establecerse en aquel confín salvaje. Había aceptado la misión de reclutar colonos porque, en recompensa, sería licenciado del servicio militar, y una vez jubilado Lorenzo tenía intención de dedicarse por entero a la cría de ganado, la caza y el juego.

Su humor se ensombreció. ¿Qué clase de vida le esperaba? Su esposa, doña Luisa, no podía sobreponerse a la pérdida de su hija, y lo que era aún peor, no lo aceptaba en su lecho.

Se concentró de nuevo en la ceremonia que se estaba celebrando bajo el sol implacable mientras una pareja de halcones de cola roja sobrevolaban el lugar. La nueva plaza ya estaba delimitada mediante postes que señalaban los solares que daban a ella. Una procesión formal, encabezada por el gobernador de Alta California y completada por indios de las misiones que portaban un gran estandarte de la Virgen María, había desfilado solemne por la periferia de la plaza mientras, a cierta distancia, los indios yangna, a quienes pertenecía aquella tierra, presenciaban la escena pasivamente.

—Dios nos ha encomendado salvar almas aquí —decía en aquel instante el padre de la misión.

¿Almas?, pensó el capitán con cinismo. Estamos aquí por la inquietud de la Corona ante el hecho de que los rusos cazan cada vez más en Alta California y se han establecido en el norte; como los británicos tienen puesta su codiciosa mirada en la costa de California, necesitamos una presencia importante en este lugar. Porque, ¿acaso no consiste nuestra misión en crear el mayor número posible de súbditos españoles católicos en el espacio de tiempo más breve posible, alentar la conversión entre los paganos y exhortarlos a procrear en abundancia, pues cuantos más súbditos españoles católicos vivan aquí, más difícil resultará a otra nación reclamar esta tierra? El capitán De Castro había estado en la corte española tres años antes, cuando el embajador español en Rusia anunció que los rusos proyectaban ocupar la bahía de Monterrey, a lo que el rey de España reaccionó de inmediato.

Y nosotros somos la consecuencia de esa reacción, pensó mientras el padre rezaba una oración en la plaza. Al capitán Lorenzo le importaba un ardite llevar a Jesús a las almas de los paganos; lo que le interesaba eran el ganado y los caballos. Toda esa tierra, hasta donde alcanzaba la vista, disponible para quien quisiera apropiarse de ella... Allí, uno podía hacerse rico.

Miró a su esposa, dona Luisa, sentada con la esposa del gobernador y las esposas de los demás oficiales a la sombra de un tejado de paja que descansaba sobre cuatro postes. Era una mujer hermosa, pensó con una punzada de anhelo, una mujer dotada de una fuerza interior que falta le haría en aquel lugar salvaje. Luisa descendía de nobles españoles, y eso quedaba de manifiesto en su postura erguida y la expresión reservada de su rostro. Guardaba su llanto para la intimidad de sus aposentos. Si hubieran tenido más hijos... Pero Inés había sido el centro del universo de Luisa, y ese centro se había extinguido como una vela. ¿Qué haría una dama de alcurnia en un lugar donde todo el trabajo lo hacían los indios? Claro que, en cualquier caso, Luisa no ocuparía sus delicadas manos con tareas como guisar o coser. Su papel consistía en criara los hijos de su esposo, instruirlos y guiarlos. Pero no había hijos ni parecía que hubiera de haberlos.

El capitán De Castro intentó prestar de nuevo atención a la ceremonia, a cuyo término tendría lugar un banquete para celebrar la fundación del pueblo. En aquel momento haría

Librodot

mutis por el foro sin ofender, o al menos eso esperaba, al gobernador y a los padres.

Al otro lado de la nueva plaza, de pie en un solar donde un día se erigiría una iglesia de adobe, los indios de la misión presenciaban la ceremonia en actitud respetuosa. Llevaban los crucifijos de hojalata con el año estampado y el cordel de cáñamo que les habían entregado como incentivo para que se unieran a la procesión de más de trece kilómetros desde la misión al lugar donde se construiría el nuevo pueblo. Teresa había pedido permiso para participar en la celebración pese a que estaba enferma y necesitaba descansar, porque la fiesta constituía una oportunidad para escapar.

La habían llevado con su hija de cinco años, Angela, llamada así porque era hija de un santo y había sido concebida en la cueva de la Primera Madre.

Teresa pensaba a menudo con cariño en el hermano Felipe, que había desaparecido sin dejar rastro seis años antes y que, según se rumoreaba, había robado los huesos de san Francisco de la misión. Todo el mundo aseguraba que había vuelto a España, que había dado la espalda a Dios y regresado a casa para vender las reliquias sagradas y vivir rodeado de lujos. Pero Teresa sabía la verdad; el hermano Felipe se había marchado para reunirse con su dios.

Mientras intentaba aspirar pequeñas bocanadas de aire, tarea difícil a causa de los dolores que la enfermedad del hombre blanco le ocasionaban en el pecho, observó a los soldados y los nuevos colonos, tan impresionados por su logro de haber «conquistado» aquella tierra, al tiempo que los yangna permanecían al margen, perplejos, sin comprender que les estaban arrebatando su territorio ancestral. Teresa estaba horrorizada. Creíamos que esta gente eran nuestros invitados, pero ahora construirán hogares en una tierra perteneciente a los antepasados de otro pueblo.

Teresa se mantenía alerta, dispuesta a escapar a la primera oportunidad que se le presentara.

Desde el momento en que advirtieron que estaba embarazada, los padres de la misión la habían vigilado como halcones, asignándole a una india obediente y bautizada para que no la perdiera de vista. Sabían que de algún modo había salido del monjerío, pero no podían demostrarlo. Si una india lo conseguía, decían los padres, todas lo intentarían, y se produciría un éxodo masivo de regreso a los poblados, dejando a los padres sin manos para trabajar la tierra y construir las iglesias. En los seis años transcurridos desde la visita de Teresa a la cueva, las reglas se habían endurecido y los castigos se habían tornado más severos. En varias ocasiones los indios de la misión se habían rebelado violentamente contra la subyugación a los padres. Los sacerdotes hicieron venir a los soldados armados y, una vez más, los indios fueron sometidos.

Teresa se daba cuenta de que aquella era una oportunidad, pues los padres estarían demasiado ocupados con los soldados y los nuevos colonos. Pese a la fiebre que le quemaba la piel y el dolor en los pulmones, Teresa estaba resuelta a escapar de una vez por todas con Angela.

Con la escritura de la Corona española en el bolsillo, el capitán Lorenzo recorrió los límites de lo que algún día sería su rancho. Al sur, su propiedad terminaba en el arroyo sin nombre que Lorenzo había bautizado como Ballona en honor al pueblo natal de su padre; al este, en las marismas denominadas «ciénaga» en la escritura; al norte, en las charcas de brea, con un antiguo sendero que discurría de este a oeste a lo largo del confín septentrional. No le habían entregado la tierra de inmediato, sino sólo derechos de pasto con la condición de que al cabo de unos años, si mejoraba la tierra y la ocupaba, pudiera solicitar y obtener el título de propiedad definitivo. Cuando llegara ese día, Lorenzo llamaría, a su nuevo hogar, Rancho Paloma.

Ocupaba una extensión de mil seiscientas hectáreas y varias cuadrillas de trabajadores indios ya fabricaban ladrillos de adobe, unos pisando la mezcla de arcilla y paja en un gran hoyo, otros prensando el compuesto en moldes de madera, y un tercer grupo retirando los ladrillos secados al sol de los moldes y almacenándolos, preparados para la construcción. Los

Librodot

indios trabajaban a bajo precio, en esencia a cambio de comida y abalorios que luego apostaban en sus interminables juegos de azar. Habían abandonado sus poblados y levantado chozas en los límites de la propiedad de don Lorenzo. Este se preguntaba si, una vez construido su hogar, los indios regresarían a su antigua vida. Esperaba que no, pues necesitaba manos que se ocuparan del ganado y los caballos.

Sería un rancho magnífico. Pronto tendría una casa con establos y otros anexos a la sombra de los árboles que el capitán Lorenzo había encargado ya de Perú. Imaginaba los rosales y las fuentes, los senderos pavimentados y los frescos porches. El interior estaría decorado con suelos de madera pulida y los grandes muebles de Luisa, que habían llegado de México en carros tirados por bueyes y que de momento estaban almacenados bajo unas lonas en el asentamiento. a la espera de ser trasladados a su morada definitiva. Había elaborados lechos con dosel, roperos, aparadores, mesas; Luisa había traído la plata, los tapices, el peltre, las colchas, los candelabros, las bandejas para la cocina... Sería un hogar digno de una reina, pensó el capitán con orgullo.

Pero entonces recordó a Luisa en el asentamiento, repartiendo órdenes entre las siervas indias que se afanaban con patios y aceite para tratar los muebles de su señora. Desde que enterraran a su pequeña en el desierto de Sonora, Luisa se obsesionaba con el cuidado de sus sillas y baúles. ¿Se convertirían en sus hijos?, se preguntó don Lorenzo, trastornado. ¿Se preocuparía más del estado de su valioso escritorio que del bienestar de su esposo?

De repente tuvo una visión de futuro nada halagüeña. Vio a doña Luisa, sin hijos ni amigas, pues las esposas de los colonos no eran la compañía adecuada para una dama española de alta cuna, cada vez más amargada con el correr de los años, caminando silenciosa entre sus muebles en busca de manchas y polvo, resentida contra sus criadas indias por su fecundidad y haciéndoselo pagar con reprimendas por motas y lamparones inexistentes. Don Lorenzo se imaginaba a sí mismo olvidado, buscando solaz en los brazos de mujeres de piel oscura pero sin experimentar en su propio hogar la felicidad a la que todo hombre tenía derecho, por el amor de Dios. No había viajado hasta California para vivir así.

Necesitaban otro hijo. pero doña Luisa rechazaba sus avances y, siendo un caballero como era, don Lorenzo jamás la forzaría, además de que no le hacía ni pizca de gracia hacer el amor con una mujer que permanecía inmóvil como un cadáver.

Echado a perder su buen humor, el capitán decidió salir a cazar. Mientras guiaba su caballo hacia los montes de Santa Mónica, pensó que sólo una pieza de gran tamaño lo podría satisfacer un ciervo o un oso pardo.

Mientras los misioneros y el gobernador celebraban la fundación, y los colonos empezaban a inspeccionar su nueva tierra y a hablar de lo que construirían aquí y plantarían allá, Teresa cogió una mula con sigilo y se dirigió a las montañas con su hija en brazos.

A última hora de la tarde llegaron a su destino. Respirando con dificultad y con el dolor atenazándole el pecho, Teresa pasó con Angela junto a las marcas del cuervo y la luna para luego ascender por el pequeño cañón y entrar en la cueva.

El sol poniente se hallaba en un ángulo en que los rayos se proyectaban oblicuos sobre la pared pintada.

—Esta es la historia de la Primera Madre —explicó a Angela.

Las historias se estaban perdiendo. Cada vez vivía menos gente en los poblados, de modo que algún día éstos dejarían de existir. Todas las tribus se mezclaban en las misiones, los tongva con los chumash, los kamaaya con los topaa, y los padres los llamaban gabrielinos o fernandeños, según los nombres de las misiones. Por las noches se contaban historias erróneas, si es que se contaba alguna. Se hablaba de Jesús y María, por lo que los antepasados de los topaa no tardarían en quedar relegados al olvido. Pero Teresa transmitiría las historias a Angela y la instaría a seguir transmitiéndolas para que no se perdieran.

—No vivirás según las costumbres de los intrusos —sentenció al tiempo que le quitaba el crucifijo que llevaba colgado del cuello—. No comprenden a nuestro pueblo.

La expresión en los rostros de los misioneros cuando les anunció que estaba embarazada,

las largas horas de interrogatorio. ¿Quién era el hombre? Su insistencia en que, fuera quien fuese el padre, debía ir a la misión para su bautizo. Pero Teresa había guardado orgulloso silencio. Lo que hacía con su cuerpo era asunto suyo, como sabían todas las mujeres topaa. Aquellos hombres que se llamaban a sí mismos «padres>, pese a observar el celibato y no poder engendrar hijos, pretendían dictar a las nativas cómo debían comportarse, también en terreno sexual. Ningún hombre topaa tendría jamás semejante atrevimiento.

Mientras explicaba a Angela la necesidad de dejar un presente para la Primera Madre, Teresa sepultó el crucifijo en un lecho de pétalos. Sumida como estaba en un mar de fiebre y enfermedad, no se le ocurrió que su acto era también simbólico, pues acababa de enterrar su nueva religión en el seno de la antigua.

Acto seguido se quitó la piedra espiritual que llevaba alrededor del cuello, la colgó del cuello de Angela, se arrodilló ante ella y la asió por los hombros.

—Te llamas Marimi, no Angela. Voy a llevarte a un poblado donde la gente no ha oído hablar del dios español que ordena a su pueblo robar tierras ajenas. Crecerás con las costumbres de los topaa y la Primera Madre —acarició con la mano la mejilla de la niña, ese ángel que le había dado un santo—. Mi preciosa hija, eres especial, una elegida. La enfermedad que a veces te ataca la cabeza no es un mal, sino un don, y algún día lo comprenderás. Pero hasta entonces...

De repente le acometió un fuerte ataque de tos.

—¡Mamá! —gritó la niña.

Teresa contuvo el aliento hasta que el dolor menguó. El trayecto hasta la cueva la había debilitado. No se había dado cuenta de que estaba tan enferma.

—Escucha lo que te digo, hija mía. Tu nuevo nombre es Marimi, ¿lo entiendes? Ya no eres Angela, pues ése es el nombre de los forasteros cristianos que no pertenecen a este lugar. Eres Marimi, la nueva guardiana de la cueva. ¿Lo has entendido?

—Si, mamá.

—Dilo, hija, dime cómo te llamas.

—Marimi, mamá.

—Bien. Ahora tenemos que irnos. Al oeste de aquí hay poblados a los que los intrusos no han llegado. Ahí estaremos a salvo; los soldados nunca nos encontrarán.

Pero cuando Teresa se volvió hacia la entrada de la cueva, sus piernas se negaron a seguir sosteniéndola, y cayó al suelo.

—No puedo continuar jadeó sin aliento—. Escúchame con atención, Mariani. Tienes que ir a buscar ayuda. Baja por el cañón y gira hacia el mar. ¿Puedes hacerlo?

La niña asintió solemnemente.

—Hay un poblado... Algunos de los nuestros aún viven allí. Diles que estoy en esta cueva, la cueva de la Primera Madre, y que estoy enferma. Repítelo, hija mía, para que sepa que lo has entendido.

Angela repitió las instrucciones, y Teresa se apoyó contra la pared. —Ellos tienen medicinas que me curarán, y entonces viviremos entre los nuestros. Vete, hija mía, camina hacia el mar, hacia el poblado, y trae ayuda. Esperaré aquí.

La pequeña descendió por el cañón, resuelta a cumplir su misión, pero acabó por perderse. Torciera en la dirección que torciera, siempre topaba con más cañones, más rocas, y no encontró ni rastro del mar ni de ningún poblado. Desesperada, rompió a llorar.

De pronto apareció ante ella un hombre semidesnudo, de cabello largo y aplastado por la suciedad, la piel quemada por el sol y una expresión salvaje en los ojos.

Angela se volvió y echó a correr, pero estaba atrapada, pues el salvaje se encontraba entre ella y la boca del cañón.

Se cernía amenazador sobre ella, mirándola con expresión confusa, demacrado, con el mugriento cuerpo surcado de cicatrices y llagas, y cubierto sólo por un tosco taparrabo hecho jirones. Sin embargo, sus ojos verdes denotaban inteligencia, y al cabo de un rato apareció en ellos un destello de comprensión.

Librodot

—¿Por qué lloras, hija mía? —preguntó con voz asombrosamente suave.

La niña dejó de llorar.

—Mi mamá está enferma y no encuentro el poblado.

El hombre parpadeó y luego miró en derredor.

—¿Dónde está?

—En la cueva.

El hombre permaneció inmóvil. La cueva. Recordaba una cueva... ¿Fue ayer o hace años? La cueva donde había experimentado el éxtasis, donde había sido tocado por la Mano de Dios. A partir de entonces caminaba cada día con Jesús por aquellas montañas.

Frunció el ceño al observar a la niña con más detenimiento. El nacimiento del cabello, la forma de los ojos, los labios carnosos... ¡Teresa!

Y algo más. Un pequeño lunar en la mejilla derecha. Su propia madre... Se debatió mentalmente con recuerdos que había desterrado largo tiempo atrás. Y también una de sus hermanas. Era el mismo lunar.

—No llores, pequeña —musitó con una sonrisa que puso al descubierto varios dientes rotos—. Sé dónde está tu madre; conozco la cueva. La ayudaremos a ponerse bien.

Alargó una mano nudosa, y Angela deslizó en ella la suya.

—¡Quieto! —gritó de improviso una voz, rebotando contra las paredes del cañón.

Angela y el salvaje se volvieron y vieron a un oficial español al pie del cañón.

—¡Suéltala! —ordenó al hombre.

El hermano Felipe avanzó un paso con las manos extendidas. dispuesto a explicarse. Pero el gatillo fue más veloz, y la bala de mosquete lo alcanzó en el corazón, derribándolo al instante.

Angela empezó a gritar. El capitán Lorenzo corrió hacia ella y la alzó en volandas para alejarla del muerto. Salió del cañón, fue al lugar donde había atado el caballo, dejó a la niña en el suelo e intentó consolarla.

—No puede hacerte daño, pequeña. El salvaje ya no está. La niña calló y se lo quedó mirando.

—¿Hablas español? —inquirió el hombre.

La niña asintió y de inmediato empezó a llamara su madre.

Una niña preciosa, se dijo entretanto don Lorenzo, intrigado por el nacimiento del cabello que contenía a su rostro forma de corazón. Y aparentaba la edad que su hija tenía al morir.

Su ropa indicaba que era una india de misión. ¿Se habría fugado? —¿Cómo te llamas?

—Tengo que ir con mi mamá —replicó la niña en español—. Está enferma.

—¿Enferma?

Don Lorenzo miró a su alrededor: en el cañón estaba cada vez más oscuro y hacía más fresco. Así que la madre se había escapado con su hija y había subido allí para esconderse de los misioneros. Y además estaba enferma. Al caer la noche, quedaría indefensa ante los gatos monteses y los osos pardos que habitaban aquellos montes.

Una idea empezó a cobrar forma en la mente del capitán.

—Te llevaré con tu mamá si me dices tu nombre.

La niña se frotó los ojos con los puños. Empezaba a dolerle la cabeza. Mamá le había dicho algo acerca de su nombre, pero no lo recordaba.

—Angela —respondió.

Don Lorenzo la aupó sobre el caballo, y la pequeña guardó silencio durante un rato, pero al ver que se alejaban de las montañas, empezó de nuevo a gritar y llamara su mamá, así que el capitán le cubrió la boca con la mano y espoleó al caballo para que acelerara el paso, sabedor de que la niña acabaría olvidando, sobre todo cuando su esposa la acogiera como a una hija y la colmara de amor.

Galopando por la llanura, cada vez más lejos de las montañas y el mar, con la niña inmovilizada entre sus brazos y pensando que Luisa dejaría el luto y volvería a aceptarlo en su lecho, don Lorenzo decidió que, a decir verdad, había tenido buena caza.

Librodot

9

—Se volvió loco cuando murió su mujer.

Erica dio media vuelta sobresaltada. Ginny Dimarco lucía una sonrisa dura que hacía juego con sus duros ojos. Había seguido a Erica hasta la piscina, lejos de los ruidosos invitados y la estruendosa música de los Gypsy Kings cantando «Hotel California» por los altavoces. Pese al frío de la noche, algunos invitados se bañaban en la piscina climatizada, pero la playa que se extendía más allá de la casa estaba desierta.

Erica sabía que Jared Black había sido invitado a la fiesta en la casa de la playa de los Dimarco y que había rehusado asistir. Sospechaba que Ginny Dimarco recurría ahora a la venganza de la anfitriona despechada, es decir, a la murmuración maliciosa sobre el invitado ausente, sobre todo porque el invitado en cuestión era jefe de la Comisión en pro del Patrimonio Indio y la anfitriona, una rica mecenas de las artes en plena cruzada personal para conseguir un museo de arte indio que llevara su nombre.

Cinco minutos antes, en el interior de la fabulosa casa que los Dimarco poseían en la playa de Malibú y que era una exposición de cerámica pueblo, cestería de la Costa Oeste, fetiches zuni, muñecas kachina, tótenas, esquimales y máscaras kwakiutl, Ginny había acorralado a Erica en un rincón con una extraña mirada febril en los ojos.

—¿Que se siente al volver a trabajar con Jared Black?

En realidad no quería asistir a la fiesta de los Dimarco, pero Sam le recordó que era una buena estrategia de relaciones públicas y que debían ser amables con los ricos que financiaban las becas. Así pues, Erica se embutió en el único vestido de noche que tenía, un sencillo trapo negro de tirantes finos, y se peinó el cabello en una especie de moño de fiesta. Se sentía rara con tacones altos y medias tras pasar semanas con los pies metidos en calcetines y botas de trabajo.

—No estoy trabajando con él —puntualizó Erica.

—Bueno, pues luchando con él —se corrigió Ginny con una risita seca—. Es una lástima que el señor Black tuviera otro compromiso esta noche —añadió tras una pausa, mirando a Erica con fijeza—. Hay personas a las que les habría gustado conocerlo..., personas importantes —Erica detectó un destello hostil en su mirada—. Las invitaciones se enviaron hace semanas —concluyó con retintín.

Erica sabía que Ginny esperaba oír alguna explicación, alguna excusa en nombre de Jared por tan imperdonable ausencia. Se preguntó si Ginny habría utilizado el nombre de Jared como anzuelo, si habría invitados que habían venido con la intención de mezclarse con personajes relevantes y hacer contactos en Sacramento. Mientras Erica pugnaba por contener la lengua, pues estaba tentada de replicar que Jared estaba en el campamento mirando reposiciones de series antiguas por la tele, otro invitado las interrumpió para alabar a Ginny por la fabulosa tiesta. Erica aprovechó la oportunidad para escapar a la piscina, llenarse los pulmones de aire marino, huir del parloteo de la fiesta, estar a solas e intentar poner en orden sus confusas emociones.

Jared poblaba con cada vez más insistencia sus pensamientos y sueños, susurrándole que el Jared que veía no era el verdadero. Necesitaba desentrañar aquella creciente fijación, hallar sus raíces y comprenderlas; pero la anfitriona, implacable como un predador, la siguió.

—Sabe que se volvió loco cuando murió su mujer, ¿no? —insistió sin apartar la mirada de Erica.

¿Por qué la atacaba de aquel modo?, se preguntó Erica. De repente se le ocurrió que Ginny esperaba que volviera al campamento con algo que contar y dejara bien claro al grosero comisario que había cometido un error inexcusable al no hacer acto de presencia.

—Después del funeral —prosiguió Ginny como si Erica le hubiera pedido más información—, desapareció de la faz de la tierra. Su familia organizó una búsqueda con todas

Librodot

las de la ley, porque estaban preocupadísimos. Bueno, supongo que no creían que se hubiese suicidado, pero circularon ciertos rumores.

Erica la miró parpadeando. ¿Suicidio?

—¿No lo sabía?

—Estaba en Europa.

—Bueno, pues fue un notición cuando Jared desapareció y la policía no lograba dar con él. Al cabo de cuatro meses, un equipo de biólogos marinos lo encontró por casualidad en una de las islas del Canal de Santa Bárbara. Se había convertido en un auténtico indígena. Lo encontraron desnudo y pescando en una laguna con una lanza. Llevaba el pelo largo, se había dejado crecer la barba y estaba negro, según dijeron.

Algunas siluetas oscuras empezaban a materializarse en las dunas, familias que llegaban en grupos, aparcaban en la cuneta de la carretera de la costa y se lanzaban a la playa con linternas y sacos para la pesca anual del pez gruñón. Erica, absorta en la imagen de una figura perdida entre madera de deriva, andarríos y quelpo, apenas si reparó en ellos.

—Tuvieron que perseguirlo —continuó Ginny, animada por la reacción de su invitada—, pero se escondió en unas cuevas. Siguieron su rastro como si fuera un animal, y al final dieron con él esperando a que se hiciera de noche y guiándose por la luz de su hoguera.

Erica redescubrió la copa de vino que tenía en la mano y bebió un largo trago sin dejar de contemplar el horizonte, donde las estrellas besaban al mar. De repente la consumía una furia incontrolable.

—Cuando los biólogos lo trajeron a casa fue un bombazo, por supuesto. Black padre solicitó un examen psicológico e incluso pretendía internarlo en un psiquiátrico para tenerlo en observación, pero Jared se limitó a cortarse el pelo, se afeitó y volvió al trabajo como si nada hubiera sucedido. Aunque no es normal, ¿no le parece? Claro que un hombre tiene que llorar a su mujer, pero ¿hasta ese extremo? —Lanzó una carcajada, y la luna arrancó destellos a su gargantilla de diamantes—. La verdad, no esperaría que mi Wade se transformara en un aborigen a mi muerte.

Erica agarró la copa con más fuerza, sintiendo deseos de arrojar el vino a la cara de aquella mujer. Sin embargo, se obligó a concentrarse en las hogueras que brillaban a lo largo de la playa.

«El gruñón es una especie de pescado de playa, de unos veinte centímetros de longitud, boca pequeña y desdentada. Cada año, de marzo a agosto, miles de gruñones cabalgando sobre las olas, las hembras horadando frenéticas la arena mojada para poner en ellas sus huevos mientras los machos las siguen y fertilizan, hacen recorridos nocturnos de freza en las playas de California. Luego, todos vuelven a la mar hasta la siguiente migración, a menos, por supuesto, que los atrapen los humanos que esperan en la orilla para coger a los confiados peces con las manos y meterlos en los sacos.»

Erica había participado a menudo en la pesca del gruñón, sosteniendo la linterna o el saco para luego sentarse a disfrutar de la barbacoa nocturna y engullir tan contenta a las desventuradas criaturas. Sin embargo, aquella noche el espectáculo le producía una tristeza inexplicable.

«Se volvió loco.» Erica imaginó el altar que Jared debía de haber erigido a su esposa en el dormitorio de su autocaravana. Consistiría en el retrato de Netsuya rodeado de flores frescas que Jared cambiaría cada día, y tal vez incluso velas. Jared hablaría con Netsuya cada noche antes de acostarse y le dedicaría sus primeras palabras cada mañana.

Erica se llevó la mano al pecho: de repente le costaba respirar. A varios metros, grandes olas rompían en la orilla, y dos niños corrían por la playa esgrimiendo sus linternas y profiriendo agudos chillidos. El haz de una de las linternas cegó por un momento a Erica.

«El sol cegador de las islas del Canal, salvajes y barridas por el viento.»

En aquel momento, algo le golpeó el pecho con inmensa fuerza, como la onda expansiva de una bomba. Emitió un jadeo entrecortado.

—Mire eso —espetó Ginny con otra carcajada amarga—. Esos gruñones no tienen ninguna

posibilidad. ¿Dónde si no en el sur de California se arrojarían los peces a la orilla? —resopló meneando la cabeza—. ¡Pero si ni siquiera hace falta una caña de pescar! No me extraña que nuestros indios fueran tan pacíficos.

Erica se la quedó mirando un instante, dejó la copa sobre una mesilla, musitó una disculpa y entró en la casa.

Se abrió paso a ciegas entre invitados bien vestidos y camareros ataviados con americana roja que ofrecían bandejas con copas de champán y aperitivos. Al poco localizó a Sam. lo convenció de que tenía que irse, y cuando él le dio las llaves del coche, diciendo que ya encontraría a alguien que lo llevara al campamento. Erica salió como una exhalación de la casa de los Dimarco y enfiló la autopista litoral más deprisa que la marea que arrastraba hasta la orilla a los peces condenados a morir.

Erica apagó el motor y las luces, y permaneció sentada en el coche durante largo rato. Descansó la frente sudorosa sobre el volante, cerró los ojos e intentó comprenderse a sí misma.

¿Qué le había ocurrido junto a la piscina de los Dimarco? ¿Un infarto? ¿Un ataque de pánico? El dolor seguía allí, tras el esternón, impidiéndole respirar con normalidad. «Lo encontraron en una de las islas del Canal, desnudo y pescando con lanza...»

Erica sintió el irresistible impulso de echarse a llorar, pero las lágrimas no afloraban a sus ojos. Mientras procuraba respirar despacio para recobrar la compostura, percibió un gran peso en el pecho, como si algo nuevo se hubiera instalado allí. Era oscuro, como un ave indeseada que se hubiera posado en su interior, plegando las mohosas alas en preparación de una larga estancia.

Por fin consiguió bajar del coche y dirigirse hacia el campamento iluminado. Tenía la piel de gallina. La luna jugaba al escondite entre las ramas de los árboles, un ojo que observaba a Erica, como los ojos de los fantasmas que imaginaba en los bosques de Topanga. Se volvió hacia la autocaravana de Jared; estaba a oscuras. Aún no había regresado de la escapada nocturna a dondequiera que fuese. Y aunque hubiera regresado, ¿qué podía decirle?

Al acercarse a la tienda vio que la entrada no estaba cerrada como la había dejado.

Entró con cautela, encendió la luz y miró en derredor, preocupada por lo que había hallado aquella tarde en el nivel IV. Pero el objeto seguía allí, tal como lo había dejado sobre la mesa de trabajo. Intentó abrir el archivador metálico, pero seguía cerrado con llave. Puesto que no guardaba dinero ni joyas en la tienda, no imaginaba qué había atraído al intruso; porque estaba segura de que alguien había entrado.

Y entonces lo vio. Sobre la almohada.

Era un hacha pequeña normal y corriente, de las que se compran en la ferretería, pero estaba envuelta en tiras de cuero crudo y decorada con plumas para hacerla parecer un tomahawk indio. Erica conocía bien su significado.

Era una declaración de guerra.

Empezó a temblar. Alguien había violado su intimidad, al igual que Ginny Dimarco había violado la de Jared. Por un instante, Erica perdió el mundo de vista. Luego salió de nuevo a la noche sin detenerse a pensar que aún llevaba el vestido de fiesta y zapatos de tacón, y cruzó el complejo hasta la cantina, hacha en ristre. Los indios no estaban en su rincón habitual jugando a los dardos, como si supieran que Erica iría a por ellos. Salió de nuevo y los vio en el margen del campamento, sentados alrededor de una hoguera, un círculo de guerreros que lanzaban dardos al tablero clavado a un árbol.

Al acercarse vio a un hombre de largo cabello gris peinado en trenzas, un gigante que dominaba la partida. Erica no lo conocía. Llevaba un anorak de nailon con un tigre asiático de aspecto fiero bordado en la espalda sobre las palabras Vietnam, como de 1966. Cuando se volvió, Erica vio la insignia militar de una lanza en llamas en uno de sus hombros, y junto a ella las palabras Brigada 199 de Infantería. Tenía las cejas pobladas, mandíbula fuerte, una

Librodot

actitud agresiva y una sonrisa sarcástica que exhibió al verla.

—Vaya, pero si es nuestra amiga la antropóloga.

—¿Quién es usted? —inquirió Erica, acercándose más a él y comprobando que, pese a los altos tacones de sus zapatos, el hombre le sacaba una cabeza entera—. No forma parte del equipo.

El hombre se llevó una lata de cerveza a los labios y bebió un largo trago sin dejar de observarla con ojos entornados.

Erica sostuvo en alto el tomahawk.

—¿Es suyo? —quiso saber.

—¿Sabe una cosa? —replicó el gigante tras enjugarse la boca con el dorso de la mano—. Recuerdo que cuando era niño y vivía en la reserva, zorras blancas como usted venían de las universidades y pasaban el verano allí para estudiarnos.

—Le he preguntado si esto es suyo —repitió Erica al tiempo que alzaba el tomahawk un poco más.

—Se paseaban por allí con sus cámaras y cuadernos, vestidas con pantaloncitos muy cortos para enseñar las larguísimas piernas a los indios salidos, pero sin separarse de sus novietes antropólogos con cara de empollones, cazadoras de camuflaje y mochilas de pacotilla. Creíais que estábamos todos colados por vosotras, ¿eh? Pues lo único que hacíamos era reírnos mientras vosotras os sacabais créditos semestrales escribiendo las historias que os contábamos porque no sabíais que nos las inventábamos para no contaros las historias sagradas auténticas.

Erica abrió la boca para replicar, pero el hombre avanzó un paso hacia ella en actitud amenazadora.

—Tenemos entendido que quiere hacer pruebas de ADN al esqueleto. Pues va a tener una sorpresita. No pienso permitir que le quite ni una sola célula a mi antepasada para examinarla bajo el microscopio. No necesitamos que ningún laboratorio nos diga quiénes eran nuestros antepasados.

Avanzó otro paso, y Erica miró por encima del hombro hacia el campamento.

—Es terrible que nunca haya ayuda a mano cuando uno más la necesita, ¿verdad? —espetó el gigante con una carcajada seca.

En aquel momento oyeron pasos crujiendo sobre las ramitas caídas, y un hombre apareció en el claro iluminado por la hoguera. Era Jared, con su bolsa de deporte.

—¿Qué narices haces aquí, Charlie?

Los ojos del gigante adquirieron una expresión mezquina.

—Me llamo Coyote, tio.

—Aquí no se te ha perdido nada —advirtió Jared.

—Es un país libre. Un país indio de océano a océano.

Jared dirigió a Erica una mirada interrogante, y ella le mostró el tomahawk.

—Estaba en mi tienda.

—¿Alguno de vosotros reconoce esto? —preguntó Jared.

Los hombres hicieron caso omiso de él y reanudaron la partida de dardos. Jared blandió el tomahawk en el aire y lo arrojó con tal fuerza que al clavarse en la diana partió en dos el tablero. Acto seguido se volvió hacia Coyote.

—La intrusión es un delito, no lo olvides —advirtió.

—Según las leyes del hombre blanco, no las nuestras —espetó Coyote, agitando uno de sus gruesos dedos en el aire—. Los blancos habéis hecho todo lo posible para negar a los indios de California su tierra y su identidad. El Senado nunca ratificó los tratados de la década de 1850, así que no nos permitieron conservar nuestros territorios. La Oficina de Asuntos Indios siempre ha desfavorecido a los indios de California, así que tenemos la subvención per cápita más baja del país. ¡Pero si la mitad de nuestras tribus ni siquiera están reconocidas por el gobierno federal y no reciben nada...! Los indios de California están en situación de desventaja económica y política a causa del despojo histórico de nuestra tierra, el más

flagrante de todo el país. Así que vete a tomar por el culo con tu delito.

Jared agarró al hombretón por la pechera de la camisa.

—Te sugiero que cojas tus cosas y te largues ahora mismo de aquí —murmuró.

Coyote se zafó de él y se alisó la camisa.

—Recuerda una cosa, tío. No estamos dispuestos a seguir tragando. Nos estamos organizando, nos estamos movilizando. Os creéis que no somos más que un puñado de indios imbéciles, pero os espera una sorpresa. Permitís que esa gente venga a rezar aquí —escupió, señalando con el enorme brazo la valla de seguridad al otro lado de la avenida de Emerald Hills, donde unos esotéricos entonaban un mantra cogidos de la mano. Eso nos ofende, nos ofenden esos cristianos con su religión nueva y falsa. Vienen a nuestro lugar de culto y fingen devoción. ¿Te gustaría que nos pusiéramos nuestras plumas y nuestros abalorios y bailáramos la danza de la lluvia en medio de la basílica de San Pedro? Los tiempos cambian, tío. Estamos demandando a las editoriales que publican diccionarios con el término «piel roja» en ellos; es un insulto a nuestras mujeres. Estamos obligando a los botánicos a cambiar los nombres de las plantas que los blancos llamáis hierba piel roja y arbusto piel roja. También acabaremos por eliminar la palabra «indio», porque no somos de la India, tío. Y tampoco somos nativos estadounidenses, sino que somos los primeros norteamericanos. Así que mantén los ojos bien abiertos, Señor Abogado Blanco, y sé testigo del poder de los hijos de Toro Sentado y Caballo Loco.

Jared asió a Erica por el codo y la alejó a toda prisa de la hoguera.

—Tendremos que andarnos con cuidado —musitó—. Coyote no ha venido por razones sociales, sino para armar follón. Por regla general, nuestros hombres suelen ser apolíticos y no militantes; sólo les interesa cobrar. Pero Coyote puede ser muy persuasivo cuando se lo propone. Es un miembro destacado de los Panteras Rojas.

Erica sintió un estremecimiento al notar el contacto de la mano de Jared sobre su piel desnuda. En aquel momento le importaban un ardite Coyote y el tomahawk, los indios e incluso la cueva. Jared estaba junto a ella, tocándola, y el impacto de la historia de Ginny Dimarco volvió a adueñarse de ella con renovada fuerza.

—¿Panteras Rojas? —se oyó repetir.

Quería hablar de las islas del Canal. ¿Había encontrado allí Jared lo que buscaba?

—Son un grupo escindido radical del Movimiento Indio de América, y desde lo de Alcatraz y Wounded Knee andan buscando otro lugar para desahogarse. Tienen las miras puestas en nuestra cueva. La presión de su pecho se acentuó.

—¿Quién es ese Coyote?

—Su verdadero nombre es Charlie Braddock, y lleva años intentando afiliarse a todas las tribus que puedas imaginar, desde los suquamish de Washington hasta los seminolas de Florida. Ninguna de ellas lo ha admitido porque no puede demostrar que por sus venas corra sangre india. Así pues, decidió afiliarse a una tribu no reconocida por el gobierno federal porque así no tendría que certificar ascendencia india.

—Quieres decir que no es indio?

—Si tiene sangre india en las venas, se la habrán dado en la Cruz Roja. Antes de unirse al movimiento indio probó suerte como mercenario en Africa, y antes de eso fue conductor de ambulancias hasta que lo detuvieron por hacerse pasar por médico. Todo eso de vivir en la reserva se lo ha inventado. Charlie nació y creció en el valle de San Fernando y fue a un instituto blanco. Y ese anorak que lleva... Nunca sirvió en Vietnam. Cuando empezó el reclutamiento, Charlie se escabulló a Canadá y esperó a que la guerra terminara. Por suerte para él, nunca lo llamaron a filas. Pero no lo subestimes; es peligroso, tanto para los blancos como para los indios.

Cuando llegaron a la zona iluminada del campamento, Jared se cambió de mano la bolsa de deporte, hizo una mueca y se llevó la otra mano al costado.

—¿Estás bien? —preguntó Erica, alarmada.

—Sí, sí —aseguró.

Librodot

Pero no lo parecía, se dijo Erica mientras observaba su rostro pálido y sudoroso pese al frío de la noche.

—De verdad, no me pasa nada. Sólo es una lesión de nada, no te preocupes.

—¿Cómo te la has hecho?

—Me fui hacia un lado cuando debería haber ido hacia el otro —explicó Jared, intentando sonreír.

—¿Quieres que vaya a buscar a alguien de la enfermería?

—No, no, sólo necesito una copa. Ha sido un día muy largo. Paseó la mirada por el cabello de Erica, que seguía recogido con peines de carey, y luego por sus hombros.

—Bonito vestido —comentó.

El pecho de Erica se contrajo.

—Acabo de volver de la fiesta de los Dimarco.

Jared permaneció inmóvil entre encinas, tiendas de campaña y gente que pasaba, como si él y Erica estuvieran solos en el mundo, sin nada en que pensar más que en ellos mismos.

—Aun así, es un bonito vestido —ratificó.

El corazón de Erica dio un vuelco. «Se volvió loco cuando murió su mujer.»

—Has sido muy valiente al enfrentarte a Charlie y sus secuaces —añadió Jared.

—La vida me ha enseñado a manejar a los de su calaña.

«No hay nada más poderoso que la mirada, Erica, no lo olvides. Cuando te enfrentes a una matona, sostenle la mirada hasta que la desvíe. Si te enfrentas a un grupo, escoge a una de ellas y haz lo mismo. Retrocederá, y las demás la seguirán. Y cuando estés en el tribunal, mira al juez a los ojos. No mires a ningún otro sitio. No mires a tu abogado, al alguacil ni al taquígrafo. Te sorprenderá comprobar cuánta fuerza encierran tus ojos.»

La voz del pasado se refería a las matonas en femenino, porque las matonas a las que Erica tenía que enfrentarse eran chicas duras del correccional que le tiraban del pelo y la llamaban «basura del valle».

—Avisaré a seguridad para que no lo pierdan de vista y de paso vigilen tu tienda —dijo Jared—. Ahora ven a tomar una copa conmigo y me cuentas lo que me he perdido en la fiesta.

Erica sólo había estado en el interior de la autocaravana una vez al inicio del proyecto. Recordaba el «salón» tras los asientos del conductor y el acompañante, un espacio con un sofá y dos butacas de cuero y un televisor y video encajado entre ellos. Asimismo había visto un impresionante centro de comunicaciones con fax, varios teléfonos, ordenador, montones de documentos legales, correspondencia, libros de Derecho y, más allá, la cocina extraordinariamente bien equipada con frigorífico, lavavajillas, fogón, horno, microondas y una cafetera express que era el último grito. Erica recordaba que la puerta del dormitorio había estado cerrada.

Pero aquella noche, al seguir a Jared al interior del vehículo, comprobó que se había operado un cambio asombroso.

El escritorio había dado paso a una mesa de dibujo. Bocetos de casas y bloques de oficinas llenaban un tablón de corcho, cubriendo por completo los memorandos y comunicados de prensa relativos al provecto de Emerald Hills. Donde recordaba haber visto bolígrafos y pilas de documentos, ahora había útiles de dibujo y lápices. Y lo más sorprendente era que sobre la mesita del comedor plegable des—cansaba la maqueta de una fabulosa mansión de arquitectura con—temporánea con jardines y piscina incluidos.

¿La estás diseñando para alguien? —preguntó Erica, impresionada.

—No es más que una afición —repuso él con modestia.

Sin embargo, no podía ocultar una nota de orgullo y a todas luces le había gustado la reacción de Erica. Jared había dedicado muchas noches al cuidadoso diseño y la concienzuda construcción de la maqueta de cartón y madera de balsa, a la que no faltaban siquiera detalles como los picaportes de latón en todas las puertas.

Erica comprobó que la casa estaba amueblada y en su interior había gente.

—¿Quiénes son? —quiso saber.

—Oh, sólo los he puesto por la escala —repuso Jared.

—Son los Arbogast —musitó ella mientras recorría con la mirada las espaciosas habitaciones y comprendía qué clase de vida llevarían sus habitantes—. Sophie y Herman Arbogast, y sus hijos Billy y Muffin. Sophie no trabaja, pero ocupa su tiempo como voluntaria en el Hospital Saint John y como guía en visitas colectivas al Museo Getty.

Erica escudriñó las habitaciones de la planta superior, de la que partían escaleras que no llevaban a ninguna parte.

—Herman es cardiocirujano y está atravesando la crisis de la madurez. Está contemplando la posibilidad de liarse con la enfermera de la consulta. Cree que Sophie no lo sabe, pero lo sabe y espera que Herman se líe con la chica porque ella lleva un año liada con el socio de Herman.

Se inclinó para examinar la amplia cocina y el comedor adyacente.

—Billy está emocionado porque pronto pasará de los exploradores alevines a los de verdad, y Muffin no cabe en sí de alegría porque por fin se le ha ido el acné y cree que un chico de la clase de historia está por ella.

Erica se irguió y miró a Jared.

—Es una casa preciosa —sentenció, un poco azorada—. Tengo la mala costumbre de inventarme historias —añadió al ver que Jared la miraba con fijeza.

Jared sacudió la cabeza con una sonrisa, abrió la puerta corredera y desapareció en el dormitorio.

Erica se dedicó a evaluar la curiosa metamorfosis que había tenido lugar en el universo privado de Jared. Los libros de Derecho habían dado paso a los lápices, los informes legales, a los planos. Era como si el arquitecto estuviera empujando a un lado al abogado, reclamando su existencia anterior, como si algo en el interior de Jared intentara salir a la luz, cobrar forma y significado.

Al cabo de un rato salió del dormitorio, oprimiéndose el costado con la mano; y entró en el baño, donde se quitó la camisa con ademanes torpes para inspeccionarse las costillas. Erica vio su imagen reflejada en el espejo; se le estaba formando un cardenal de aspecto nada halagüeño.

—¿Así es como te has lastimado? ¿En tu clase de lanzamiento de tomahawk? —preguntó.

Jared asomó la cabeza por la puerta del baño.

—¿Cómo dices?

—Que si es a eso a lo que sales cada noche, a tomar clases de lanzamiento de tomahawk.

Jared la miró un instante con expresión perpleja y de repente lanzó una carcajada.

—Esgrima —explicó con una mueca de dolor al tiempo que salía con un botiquín en la mano.

—¿Quieres decir floretes, sables y espadas?

—Exacto —asintió Jared, agitando el brazo en un gesto fanfarrón que le arrancó otra mueca de dolor—. Por un momento me he despistado, y mi excelente adversario me ha pillado.

De repente Erica lo imaginó en guardia, proclamando a pleno pulmón: «¡Por Francia y por la reina», para luego hacer fintas y esquivar, ligero y veloz de pies, el estoque cortando el aire con un zumbido entre gritos de «!Touché !»... Un deporte noble. Un deporte mortífero.

Mientras Jared sacaba una venda del botiquín y retiraba el envoltorio de plástico y las pinzas metálicas, Erica reparó de repente en el diminuto espacio en que se hallaba, la escasa distancia que los separaba a ambos, medio vestidos, o medio desnudos, como diría un optimista, pensó Erica aturdida, él sin camisa, ella con su trapillo negro de noche. Jared intentó vendarse el pecho con una sola mano, pero no lo conseguía. Erica avanzó un paso hacia él.

—Deja que te ayude —sugirió.

Librodot

Colocó un extremo de la venda sobre su esternón y le pidió que lo sujetara mientras ella le desenrollaba el resto sobre la caja torácica. Jared intentó mantener una expresión impasible, pero Erica sabía que le dolía mucho.

Mientras le vendaba el pecho, advirtió que olía vagamente a Irish Spring y las puntas del cabello negro aún se le rizaban un poco por el vapor de la ducha. Pero su piel estaba cálida y seca, y bajo ella notaba los duros músculos. Cada noche, Jared Black practicaba un deporte que exigía un gran esfuerzo. ¿Por qué? Para mantenerse en forma? ¿O quizás existían razones más profundas que lo impelían a luchar a espada contra otros hombres?

Jared emitió un gemido, y Erica se detuvo de inmediato.

—Lo siento. ¿Crees que está rota?

—No. No es tan grave como parece; sólo me duele cuando me late el corazón —Erica siguió vendando—. Tienes buenas manos para esto.

—Se aprende manejando objetos frágiles.

—Yo no soy frágil —observó él cuando sus ojos se encontraron.

Erica no estaba de acuerdo. En su interior, Jared guardaba algo muy quebradizo, dado el gran esfuerzo que hacía por protegerlo. Quería averiguar de qué se trataba, pero no puedes decirle a alguien como quien no quiere la cosa: «Tengo encendido que un buen día te volviste loco».

—Te echamos de menos en la fiesta —comentó en cambio.

—Habría preferido que me arrancaran una muela a ira la tiesta.

—Pero yo pensaba que te caían bien los Dimarco; al fin y al cabo, hacen mucho por la causa india.

—Son unos pseudointelectuales liberales que invierten en películas como Bailando con lobos, pero en su vida invitarían a un indio a compartir su mesa. ¿Había algún indio en la fiesta?

—Uno, me parece, el jefe de una de las tribus del valle Coachella.

—Y apuesto algo a que llevaba un traje de Armani y conducía un Porsche. Esos jefes indios de casino son ricos. Muy pocos beneficios del juego van a parar a la gente que vive en las reservas. ¿Te soltó Ginny el típico discurso sobre la miseria en las reservas? Es su favorito para los almuerzos de señoras ricas, porque le abre un montón de talonarios. Pobres indios, no tienen de nada en las reservas.

Erica desenrolló otra vuelta de venda sobre el pecho, la pasó por la espalda de Jared y alargó la otra mano para alcanzarla, de modo que por un instante le rodeó el cuerpo con los brazos. Sus rostros estaban muy juntos.

—No la he oído hablar de eso, pero sí me ha hecho partícipe de una teoría sobre el hecho de que los gruñones son la razón por la que los españoles conquistaron California con tanta facilidad.

Siguió vendando a Jared, rodeándolo con los brazos pero sin tocarlo.

—Te queda bien este peinado —musitó Jared—. Espera, que se te ha escapado un mechón.

Alargó la mano, cogió el mechón errante y se lo volvió a colocar en la horquilla.

De repente, Erica sintió deseos de dejarse caer contra él, apoyar la cabeza en su hombro, dejar de luchar y poner de manifiesto su debilidad. Sin embargo, siguió con su trabajo hasta que acabó la venda y la aseguró con las pinzas metálicas.

—Por el amor de Dios, Montressor —murmuró Jared sin dejar de mirarla.

—¿Cómo dices?

—Tienes los ojos de color jerez amontillado —comentó Jared con una sonrisa—. Y ahora mismo, las mejillas como granadas.

—Odio ruborizarme; envidio a las mujeres que saben disimular sus emociones —sentenció al tiempo que se apartaba de él—. Ya está. Te aconsejo que no juegues más con cuchillos.

—Espadas.

—Pues eso —dijo Erica, conteniendo una sonrisa.

—A mí no me gustan las mujeres que saben disimular sus emociones; el rubor te sienta

Librodot

bien, como el vestido.

Sentía el rostro cada vez más ardiente. Sus ojos se encontraron por un instante, y por fin Jared le dio la espalda para abrir una caja de la tintorería de la que sacó una camisa limpia y envuelta en una funda de plástico.

—¿Prefieres vino o whisky?

—Vino —repuso Erica tras una brevísima vacilación—. Blanco, si tienes.

Lo observó mientras se ponía la camisa, que parecía de seda, hecha a medida y cara, y advirtió que le quedaba perfecta sobre las anchas espaldas. Se abrochó todos los botones menos el superior y se metió el faldón en la cinturilla del pantalón.

Mientras servía las bebidas oyeron un leve tintineo, el sonido de gotas de lluvia sobre el techo de la autocaravana. Ambos alzaron la vista como si el techo fuera transparente y pudieran contemplar las nubes inesperadas en el cielo. La sensación de intimidad en el diminuto espacio aumentó. Al cabo de unos instantes, Erica carraspeó.

—¿De verdad crees que los Panteras Rojas son peligrosos?

—Consideran que debería haberte cerrado el chiringuito hace semanas —repuso Jared, alargándole la copa—. ¿Sabías que nueve tribus reclaman la posesión de la cueva?

—No sabía que la quisiera nadie —exclamó Erica con las cejas enarcadas.

—En la actualidad, ochenta tribus californianas intentan obtener el reconocimiento del gobierno federal. Una tribu local que pueda demostrar alguna relación con la cueva y por tanto con el esqueleto tiene mejores cartas para entrar a formar parte del registro de tribus indias y así conseguir fondos. —Echó unos cubitos de hielo en su vaso de whisky—. Por desgracia, las demás tribus no quieren que el gobierno reconozca a más tribus porque, en tal caso, serían más para repartir, lo cual nos sitúa a nosotros en medio de una batalla bastante desagradable.

Bebieron en silencio durante unos instantes.

—Bueno, ¿por qué haces esgrima?

Jared se apoyó contra el mostrador de la cocina; ninguno de los dos parecía sentir deseo alguno de sentarse.

—Para controlar la rabia. Me sirve para desahogarme; si no me dedicara a la esgrima, creo que acabaría haciendo algo de lo que me arrepentiría.

—¿Contra qué sientes rabia?

—Contra mí mismo.

Erica esperó.

Jared miró su vaso de whisky, escuchó unos instantes la lluvia mientras sopesaba sus pensamientos y por fin tomó una decisión.

—Netsuya era diferente a cuantas personas había conocido en mi vida —empezó con voz suave, como la lluvia—. Era exótica, iracunda, apasionada... y difícil como esposa. No le gustaban los blancos y le costaba conciliar su amor por mí con su cruzada personal. A menudo iba a reuniones que a mí me estaban vedadas.

Aspiró una profunda bocanada de aire que le causó una mueca de dolor y tomó otro sorbo de whisky. Erica tenía la sensación de que estaba a punto de abrir una puerta secreta.

—Cuando sospechó que estaba embarazada —prosiguió Jared—, Netsuya no acudió a un médico convencional. Entre sus amistades había una comadrona pomo. Netsuya quería tener el niño en casa, con lo cual me mostré de acuerdo, pero no me enteré hasta más tarde de que yo no participaría en el parto. Algo relacionado con rituales femeninos secretos a los que los hombres no tenían acceso. No me quedaba más remedio que respetarlo.

Bebió otro sorbo, pero no le sirvió para relajarse.

—Intenté convencerla para que fuese al médico, pero se negó —continuó con visible tensión—. Me dijo que los hombres blancos se hicieron con la obstetricia hace doscientos años porque estaban celosos de las mujeres blancas, y que su gente llevaba miles de años trayendo hijos al mundo sin la intervención de médicos blancos. Cuando le propuse recurrir a una mujer médico, siguió en sus trece. Empezamos a discutir; le dije que también era mi hijo

Librodot

y que, por tanto, tenía voz en el asunto, pero Netsuya me contestó que, en última instancia, era su cuerpo y por tanto ella tenía la última palabra.

Siguió bebiendo mientras seguía con la mirada el tejado de la maqueta, como si se preguntara cómo habrían afrontado los Arbogast el nacimiento de Muffin y Billy.

—Cuando empezaron las contracciones, llamó a la comadrona, que llegó acompañada de una ayudante, también india. Las tres mujeres entraron en el dormitorio y cerraron la puerta.

Jared se detuvo el tiempo suficiente para servirse más whisky con hielo.

—El parto no acababa. De vez en cuando me dejaban entrar y sentarme junto a Netsuya mientras la comadrona preparaba infusiones y la ayudante llenaba la habitación de humo sagrado y entonaba oraciones nativas. Cuando ya salía el bebé me echaron de la habitación porque mi presencia era tabú, así que esperé al otro lado de la puerta. Netsuya gritó una vez y luego nada. Seguí escuchando, a la espera del llanto del bebé, pero al ver que todo seguía en silencio, entré.

El hielo tintineó en el vaso. Ahora la lluvia golpeaba la autocaravana con más fuerza.

—Había... —se aferró al vaso de cristal y lo miró como si pretendiera ahogarse en él—. Había demasiada sangre —dijo con un esfuerzo—. Y la comadrona... Nunca olvidaré su expresión. Estaba aterrada. Envolví a Netsuya en unas mantas y la llevé al hospital. No recuerdo nada del trayecto. Sé que tenía la mano pegada al claxon y que me salté todos los semáforos. Los médicos hicieron cuanto pudieron para salvar a mi mujer y a mi hijo, pero era demasiado tarde.

Jared calló. Erica permaneció inmóvil unos instantes.

—Lo siento muchísimo —musitó por fin.

Una vena sobresalía, palpitante, en la frente de Jared.

—No pasa un solo día sin que piense en mi hijo y me pregunte cómo sería ahora, a los tres años —masculló Jared con voz entrecortada—. No puedo perdonar a Netsuya por lo que hizo, ni tampoco puedo perdonarme a mí mismo.

—Pero no fue culpa tuya; no fue culpa de nadie. Esas cosas suceden.

—Esas cosas no suceden —espetó Jared con una mirada furiosa—. Podría haberse evitado, eso es lo que me dijo el médico más tarde, al preguntarme si Netsuya había tomado algún medicamento durante el embarazo. Le contesté que no había tomado ni siquiera una aspirina. No dejaba que nadie fumara en su presencia; estaba tan concienciada con el tema de la salud que sólo tomaba infusiones y suplementos vitamínicos naturales. Entonces el médico me preguntó por los suplementos. Recordé que Netsuya visitaba regularmente a la comadrona para que le diera un compuesto de gingko biloba, ajo y jengibre, recetado para evitar los coágulos de sangre... Pues resulta que ese mejunje también prolonga las hemorragias. El médico dijo que, con toda probabilidad, eso había provocado la hemorragia fatal.

Jared miró a Erica con ojos atormentados.

—Dijo que la gente cree que al tomar hierbas naturales están haciendo algo saludable, cuando en realidad puede tratarse de algo mortífero. Dijo que es un problema que crece, pues cada vez hay más personas que toman suplementos naturales, y que los cirujanos se han acostumbrado a preguntar a los pacientes en el preoperatorio si toman algo así, porque algunas hierbas causan hemorragias, y que si Netsuya hubiera ido a un médico convencional, éste la habría avisado, y ni ella ni el bebé habrían...

Le dio la espalda y por un instante, Erica creyó que estrellaría el vaso contra la pared.

Ahora comprendía la cita diaria con las espadas, sus encuentros con hojas y puntas afiladas. Por supuesto, llevaría protecciones corporales y máscara, y las espadas serían romas, pero eso poco importaba. Necesitaba la lucha, cortar el aire con su furia y su dolor, matar a los demonios una y otra vez en una danza repetitiva de culpa, rabia y reproches contra sí mismo.

—Dios mío —gimió—. Yo los maté...

Erica avanzó un paso hacia él.

—No es verdad. Jared, no fue culpa tuya.

Jared se encaró con ella.

Librodot

—¡Si fue culpa mía! Debería haber tomado cartas en el asunto. También era mi hijo y merecía la mejor atención médica, pero lo dejé en manos de la ignorancia y la superstición.

Desesperada por ayudar, Erica buscaba las palabras adecuadas.

—Netsuya era una mujer culta, conocía los hechos y tomó una decisión. Hiciste lo correcto al respetar sus deseos.

Jared clavó la mirada en el whisky, oprimiendo el vaso como si pretendiera hacerlo añicos.

—Tengo pesadillas —murmuró al fin—. Estoy corriendo, intentando llegar a algún sitio, pero siempre llego tarde. Me despierto sudando como un loco.

Entre ellos se hizo el silencio, roto sólo por el repiqueteo de la lluvia. Las emociones de Erica flotaban a flor de piel, como expuestas a los elementos. No sabía qué sentir. Jared, su dolor, su sentimiento de culpabilidad... Y su propio demonio, acechando malévolo en el fondo de su corazón. Quería consolar a Jared, pues sus entrañas se contraían de dolor por él. Quería sentir su abrazo, sus labios...

—Nunca había hablado de esto con nadie —interrumpió Jared su ensoñación—. Eres la primera persona.

Erica quería consolarlo, pero no sabía cómo. Recordaba a las madres de acogida ordenándole que dejara de llorar porque no era la única que tenía problemas, a los profesores asegurándole que si plantaba cara, los demás no se reirían de ella, a los trabajadores sociales acusándola de lloriquear. En cambio, no recordaba haber sido consolada nunca. Tal vez en la comuna hippie, cuando su madre aún la quería. Había que enseñar a los niños a consolar, al igual que se les enseñaba a amar y odiar. Debían aprender los entresijos de esas habilidades.

—Bueno —suspiró Jared, consciente de pronto de que su vaso estaba vacío—. Te he entretenido demasiado... No pretendía contarte la historia de mi vida.

Erica comprendió con horror que había cometido un error imperdonable. Había vacilado. Ese era el secreto de consolar a alguien; había que hacerlo sin pensar, sin preguntarse qué paso dar a continuación. Erica quería una segunda oportunidad, atrasar el reloj un insignificante minuto, hasta el instante en que Jared había dicho «Eres la primera persona», acercarse a él, rodearlo con sus brazos, envolverlo con su cuerpo y hacerle saber que alguien se preocupaba por él.

Pero el momento se había alargado demasiado, tornándose frío y hueco. Jared le daba la espalda y extendía la mano hacia la botella de whisky.

—Será mejor que me vaya —murmuró Erica, al tiempo que dejaba la copa de vino—. He dejado las ventanas de la tienda abiertas. Esperó un instante.

Y luego salió a la noche lluviosa.

Erica se quitó el vestido de noche y se puso el chándal. La tormenta había arreciado y rugía en el exterior. Imaginó a los pescadores de gruñones corriendo hacia sus coches, a los peces cabalgando sobre las olas como llevaban haciendo miles de años, libres ahora de la amenaza humana. Al cabo de unos instantes se concentró en el objeto que yacía sobre su mesa de trabajo, el asombroso hallazgo de aquella tarde en el Nivel IV

En el momento del descubrimiento. Erica se había sentido abrumada y totalmente centrada en el objeto, como un perro con su hueso. Sin embargo, ahora apenas sabía qué era y se preguntaba por qué le había atribuido tanta importancia. No podía desterrar a Jared de su mente.

Se obligó a concentrarse en el trabajo. Era lo que había hecho durante toda su vida, lo que le impedía ahogarse en el dolor. «Si no piensas en el demonio que te atormenta, el demonio dejará de existir.»

—El cabello es negro, sin indicios canosos —dictó a la grabadora con voz tal vez demasiado alta—. Está unido en una trenza de treinta y cinco centímetros que parece haber sido cortada a la altura de la nuca. Deduzco que se trata de una trenza de mujer.

Con ayuda de unas pinzas retiró lo que parecía una escama de color rosa.

—Al parecer, la trenza fue enterrada con pétalos —siguió dictando mientras examinaba el filamento a la luz y con lupa—. Buganvilla —dictaminó al cabo de un instante.

Tragó saliva. Aún sentía el pecho oprimido por aquel peso, como si una siniestra criatura de plumas negras la hubiera acechado entre las sombras más allá de la piscina de los Dimarco, a la espera de que Erica bajara la guardia para así colarse en su interior y posarse en su caja torácica.

—Puesto que la buganvilla no llegó a California hasta después de 1769, y dado que la trenza se encontró a un nivel inferior al de la moneda de un centavo, pero superior al del crucifijo de hojalata, el ritual celebrado en la cueva que incluiría el corte de la trenza habría tenido lugar entre 1781 y 1814.

Se interrumpió con la mirada perdida en el vacío y las manos inmóviles sobre el hallazgo. «Nos estamos acercando», pensó.

Cogió la trenza con ambas manos, sintiendo el peso del cabello entre los dedos, esa melena recogida que una vez había adornado la cabeza de una joven. Se preguntó por qué alguien habría cometido un acto tan brutal, pues sin lugar a dudas, cortarle el cabello a una mujer en un siglo en que todas lo llevaban largo debía de haber sido un castigo, o una medida disciplinaria o humillante. La víctima no era estadounidense, de eso estaba segura gracias al nivel en que habían encontrado la trenza. Así pues, era una dama española arrastrada hasta la cueva por sus indignados hermanos, quienes le habían cortado el pelo por mancillar el honor de la familia. O tal vez por las hermanas mexicanas de un joven que se había suicidado al verse rechazado por ella. O quizás era la mártir de un olvidado sacrificio indio...

Cerró los ojos y sintió el ardor de las lágrimas en las mejillas. Ese cabello había colgado un día por la espalda de una mujer, flotando al viento cuando corría, volando libre al viento. Había sido cepillado, lavado, acariciado, tal vez besado..., y por fin trenzado cuidadosamente con pétalos de buganvilla para luego ser cortado en un acto salvaje.

Se llevó la trenza al pecho y revivió la imagen de Jared sujetándole el rizo indómito en la horquilla de carey. Un gesto tan íntimo, tan provocador. De repente, una oleada de dolor frío y duro se adueñó de Erica, y de sus labios brotó un sollozo. La sensación opresiva se iba extendiendo por su pecho. Imaginó a Jared solo en la isla, intentando escapar de quienes pretendían rescatarlo, deseoso de que lo dejaran en paz. Y antes, en el trayecto enloquecido hacia el hospital, el miedo y la culpa apuñalándolo como cuchillos. «Podría haberse evitado...»

Y de pronto supo lo que era aquella criatura posada en su corazón como un trasgo malvado. Era la realidad. La de Jared, la suya. Ahora sabía por qué había pensado tanto en él últimamente. Por su soledad.

«Todos necesitamos a alguien que vele por nosotros, pero no todos tenemos esa suerte. Yo. Jared. La Señora de la cueva. Estamos solos y somos vulnerables ante quienes quieren atacarnos.» De pronto sintió el deseo acuciante de proteger a Jared de las Ginny Dimarcos de este mundo, tal como protegía a la Señora de los vándalos.

Pero no sabía ni por dónde empezar.

10

Luisa
1792 d. C.

Doña Luisa y su hija Angela iban a escapar.

Sólo que Angela no lo sabía, ni tampoco el capitán Lorenzo, el esposo de Luisa. Ni los padres de la misión, ni los demás colonos que vivían en el pueblo de Los Angeles y sus aledaños. Luisa mantenía su plan en secreto y pretendía seguir manteniéndolo así hasta que

Angela y ella llegaran a Madrid. Una vez allí, se instalarían para nunca volver a Alta California y la esclavitud que significaba la vida allí.

En un momento dado se le ocurrió que tal vez la gente consideraría su plan un pecado porque abandonaba a su mando, pero no era cierto. Una vez en España, escribiría a Lorenzo y le pediría que se reuniera con ellas, y si se negaba, el pecado sería suyo por abandonar a su esposa e hija.

Y en cualquier caso, la Virgen María, que veía en los corazones de todos, comprendería que Luisa había tomado la decisión correcta, y eso era lo único que importaba.

Estaba en el huerto, recogiendo hierbas y puesto que la travesía sería larga y peligrosa, estaba haciendo acopio de gran cantidad de opio para Angela.

La muchacha, que a la sazón contaba dieciséis años, sufría intensas jaquecas y desmayos desde el día en que Lorenzo la encontrara en las montañas. El opio no servía tanto para aliviar el dolor como para evitar que la muchacha hablara. El día del primer ataque. Angela profirió un grito repentino, se llevó las manos a la cabeza y perdió el conocimiento. En un extraño delirio que alarmó a sus nuevos padres, la niña gritó «¡Están ardiendo!» y estalló en histéricos sollozos. Al despertar no recordaba nada, y Luisa achacó el incidente a una pesadilla. Pero aquella noche, un incendio empezó a arrasar los montes de Santa Mónica y rugió durante siete infernales días, hasta quedar extinguido por una tormenta estival. Más tarde, el pueblo de Los Angeles supo que varias familias indias habían perecido en la conflagración, y Luisa miró a su hija adoptiva con gran inquietud. Puesto que Angela llevaba prendas de la misión y hablaba español cuando su esposo la encontró, Luisa había supuesto que era una cristiana bautizada; pero también sabía que ni toda el agua bendita del mundo podía borrar la raza de una persona. Si la niña era india, ¿no cabía acaso la posibilidad de que la acusaran de brujería si sus dones proféticos salían a la luz? Si bien en España ya no quemaban a las brujas, ¿quién sabía lo que podían hacer los padres de la misión, conocidos por su tendencia a castigar con dureza a los indios? Así pues, Luisa empezó a tener siempre a mano provisiones de opio para sedar a la muchacha durante sus ataques, y como consecuencia de ello, aunque las jaquecas seguían sucediéndose, por suerte ya no hubo más exclamaciones proféticas.

En medio de su jardín de coloridas amapolas, Luisa irguió el cuerpo y se llevó la mano a la parte inferior de la espalda. La rigidez de las articulaciones le recordó que acababa de celebrar su cuadragésimo aniversario y que llevaba diecinueve años fuera de España. Luisa había viajado con su familia a México en 1773, a la edad de veintiún años. Su padre había sido nombrado profesor de Ciencias en la Universidad de México, un cargo de gran prestigio, y puesto que su tío era el virrey de Nueva España y otro de sus tíos alcalde de Guadalajara, Luisa había disfrutado de los privilegios de la clase alta. Apenas un año más tarde conoció al bizarro y apuesto capitán Lorenzo de Castro, se casó con él y dio a luz a su primera hija. Luisa estaba convencida de que su vida rayaba la perfección.

Pero un buen día abandonaron Nueva España y viajaron hacia el norte en pos de un sueño absurdo, enterrando a su hija por el camino. Entonces Luisa empezó a urdir el plan de huida de aquella provincia dejada de la mano de Dios. Ahora, once años más tarde, su sueño estaba a punto de hacerse realidad.

Había tenido que obtener el permiso de Lorenzo para viajar, permiso que éste le había denegado en un principio. ¿Quién llevaría la casa durante la ausencia de Luisa? ¿Quién supervisaría a las indias y se aseguraría de que él y sus hombres estuvieran bien alimentados? Luisa dijo a Lorenzo que podía elegir de entre las mujeres a una en quien confiara, insinuando incluso que podía llevarla a su casa, pues sabía que su esposo tenía amantes indias. Acto seguido, buscó el apoyo del padre Xavier, se ofreció a traer a su regreso rosarios y misales, así como a llevar objetos de la misión para que fueran bendecidos por el obispo de Compostela, donde yacían sepultados los huesos de Santiago. Sin embargo, lo que convenció a Lorenzo fue que le traería dinero de sus hermanos y primos de Madrid para invertir en el rancho. El siguiente problema residió en encontrar a un capitán de navío dispuesto a llevar a dos pasajeras. El capitán del Estrella accedió al conocer el precio que Luisa estaba dispuesta a

Librodot

pagar. Por fin, Luisa y su hija tenían autorización escrita para viajar, habían pagado los pasajes y al día siguiente emprenderían la huida a bordo del Estrella. anclado hasta entonces en la península de Palos Verdes.

Al volverse hacia la siguiente hilera de amapolas, Luisa vio a Angela cabalgando por los campos a lomos de Siroco, su caballo árabe gris perla, el largo cabello negro revoloteando salvaje al viento. Llevaba una falda abierta para poder montar a horcajadas en lugar de sobre una silla de mujer, y rodeaba con los brazos el cuello del animal, mezclando su melena negra con las plateadas crines del corcel. Angela y Siroco eran inseparables. Cada mañana, al despuntar el alba y antes de tomarse el chocolate, Angela ensillaba el caballo y cabalgaba hacia el sol naciente juntos galopaban durante una hora y regresaban felices, sin resuello, Siroco a su establo y Angela a su desayuno y a las lecciones con el preceptor. Al saber la noticia de su inminente viaje a España, Angela preguntó si podía llevarse a Siroco, pero Luisa le había explicado que la travesía sería desagradable, tal vez incluso peligrosa para el caballo, y que el animal estaría en las mejores manos durante su ausencia. La entristecía saber que su hija jamás volvería a ver a su amado caballo, pero la libertad bien valía el sacrificio. En Madrid le brindaría la posibilidad de elegir entre los mejores ejemplares, con la esperanza de que acabara olvidando a Siroco.

Por fin, Angela regresó del paseo, desmontó y entregó las riendas de Siroco a un mozo. Mientras caminaba hacia la casa, alta y esbelta, conduciéndose con extrema gracia y dignidad, Luisa se dijo que era una muchacha muy hermosa..., e instruida, pues sabía leer y escribir, además de conocer los rudimentos de la historia y las matemáticas. Sin embargo, no era una joven mundana, sino muy inocente, tal vez demasiado, se decía en ocasiones Luisa con inquietud. El poder de los padres misioneros era inmenso en la provincia, y casi todas las familias obedecían el dictado de que las mujeres debían ser sumisas y permanecer en el hogar. Como consecuencia de ello, Angela casi nunca había salido de la tierra de su padre. A excepción de las visitas a la misión para asistir a misa en días de guardar y breves paseos a caballo por el pequeño poblado de Los Angeles, el mundo de Angela se reducía a mil seiscientas hectáreas de terreno.

Pero Luisa quería algo más para su hija. El pueblo de Los Angeles consistía en treinta edificios de adobe rodeados por un muro. Angela nunca había visto ciudades, catedrales, palacios, universidades, hospitales, fuentes, monumentos, calles concurridas que se abrieran de repente a soleadas plazas... ¡Y gente por todas partes, en los mercados y los caminos! En su tierra adoptiva, uno podía cabalgar durante kilómetros y kilómetros sin tropezarse con un alma. Cierto, los indios campaban por todas partes, pero no era lo mismo.

Luisa quería que Angela acumulara experiencia y cultura, que supiera lo que era la independencia y el libre albedrío, que tuviera poder por derecho propio y no sólo a través de su esposo. Tales me tas eran inalcanzables en aquella provincia remota donde, en opinión de Luisa, los misioneros tenían un poder excesivo.

No había más que ver lo que le había sucedido a Eulalia Callis. esposa del gobernador Fages, que acusó públicamente a su esposo de infidelidad. Fages negó las acusaciones, pero Callis siguió en sus trece desoyendo el consejo de su sacerdote, a consecuencia de lo cual fue detenida y encerrada en una celda de la misión de San Carlos durante meses. Mientras permanecía presa, el padre de Noriega la condenó desde su púlpito y la amenazó en repetidas ocasiones con los grilletes. el látigo y la excomunión. Si bien los demás colonos desaprobaban que la mujer pretendiera manchar el buen nombre de su esposo, Luisa consideraba que la petición de divorcio de Callis era una estrategia de supervivencia. Había vivido cuatro embarazos en seis años. En primer lugar dio a luz un varón, un año más tarde abortó, realizó el peligroso viaje a California durante el tercer embarazo, cayó gravemente enferma tras el nacimiento de su hija y enterró a un bebé de ocho días al cabo de apenas otro año. Luisa conocía el motivo de su drástica acción. Eulalia Callis tenía la esperanza de que la dejaran volver a México y así garantizar su super-vivencia y la de los dos hijos que le quedaban.

En Alta California, las mujeres no tenían derecho alguno sobre su persona. Las leyes, tanto

civiles como eclesiásticas, otorgaban a los miembros varones de la familia potestad para decidir sobre la sexualidad de las féminas. Apolinaria del Carmen, una viuda que vivía en un rancho cercano, había sufrido una paliza casi mortal a manos de su hijo después de que éste la sorprendiera en la cama con uno de sus jinetes indios. Apolinaria quedó marginada en la provincia y se le prohibió entrar en la iglesia. Su hijo heredó el rancho cuando ella murió al cabo de un año.

Y también estaba la triste historia de María Teresa de Vaca, prometida el día de su nacimiento a un hombre llamado Domínguez, un soldado que servía como escolta en la misión de San Luis. El día en que cumplió catorce años, María fue obligada a casarse con Domínguez, a la sazón un hombre que rozaba los cincuenta años y era casi desdentado. Todo el pueblo sabía que la pobre muchacha había intentado escapar tres veces, pero las palizas habían acabado por someterla y ahora, resignada a su suerte, estaba embarazada de su cuarto hijo.

Luisa se juró a sí misma que Angela no sufriría ninguno de aquellos destinos. A buen seguro, la Santa Madre no pretendía que sus hijas fueran vendidas y poseídas como ganado.

En aquel instante. Angela entró en el huerto, la larga melena negra flotando sobre la espalda, los ojos relucientes por la emoción de haber montado a Siroco.

—!Buenos días, mamá! —exclamó—. ¡Mira!

En la mano llevaba una cesta con las primeras jicamas, un tubérculo con textura de patata, sabor a castaña y forma de nabo, en cuyo tallo crecían hermosas flores blancas o violetas. Angela había plantado las semillas seis meses antes y, a todas luces, se enorgullecía de su primera cosecha. Luisa cogió la cesta y decidió que serviría las jicamas crudas con limón, pimentón y sal, un tentempié muy comúnen Ciudad de México.

—Y he encontrado el lugar ideal para mi nueva huerta, mamá. Espero que papá no se oponga. No son más que unas áreas junto a la ciénaga.

Luisa no sabía de dónde había sacado Angela la idea de plantar frutales en el rancho. Los padres misioneros estaban introduciendo la naranja en Alta California, y Angela parecía seducida por la idea de crear una huerta en Rancho Paloma. Su hija poseía muchos rasgos misteriosos que Luisa no alcanzaba a comprender como esa inquietud inexplicable que se apoderaba de ella cada otoño. La muchacha cabalgaba durante horas sin hablar con nadie, galopando como alma que lleva el diablo, y de repente se detenía con la mirada perdida en las montañas. Por lo general, aquel comportamiento coincidía con la recolección anual de bellotas que llevaban a cabo los indios. Durante varios días se los veía por el camino viejo, procedentes de lejanos poblados, cargados con sus bebés y todas sus posesiones terrenales, en un extraño y salvaje desfile.

—Por cierto, mamá, he visto al padre Ignacio y me ha pedido que le traigamos papel y libros para escribir.

Todos pedían cosas de la patria. En aquella remota avanzada, donde los suministros a veces tardaban un año en llegar, la gente intentaba fabricarse artículos necesarios como velas, zapatos, mantas y vino. Sin embargo, no podían fabricar papel, seda, ni objetos de oro y plata. Algunos de los colonos habían dado a Luisa cartas y regalos para los familiares que vivían en España.

Angela aceptó con agradecimiento la taza de chocolate que en aquel momento le trajo una criada india.

—Oh, mamá, he visto una bandada de gaviotas que ha aparecido de repente de la nada. Han trazado un círculo armando un barullo espantoso y después de un momento han girado hacia el mar como una sola y han volado hacia el oeste. Estoy segura de que es señal de que tendremos una buena travesía, mamá.

Luisa sintió una punzada de temor. Si Lorenzo descubría que no tenía intención de regresar, la encerraría de por vida. Rezó por que las gaviotas de Angela fueran en verdad una buena señal, aunque no confiaba sólo en las señales y los portentos, sino también en la oración, en la intercesión de los santos y la Madre de Dios.

Librodot

Cuando Angela entró en la casa para acabar el desayuno, Luisa volvió a su trabajo sintiendo el agradable sol de California en la espalda. Aquellas amapolas eran especiales, fruto de semillas importadas, pues las amapolas autóctonas no producían opio. Luisa las cultivaba con gran cuidado, plantando las semillas siempre después del equinoccio de otoño, alimentándolas con agua y estiércol y cortando los primeros capullos para que pudieran crecer muchos en lugar de uno solo. Inspeccionaba las plantas a diario, ya que era de vital importancia empezar a ordeñar las vainas en el preciso instante en que la banda negra que dejaban los pétalos se tornaba oscura. Luisa siempre comenzaba el ordeño por la mañana, practicando una incisión en las vainas con un cuchillo afilado y regresando al día siguiente para recoger la sustancia blanca que supuraban las plantas y dejarla secar al sol.

El secreto de una abundante cosecha de opio residía en la precisión de la incisión. Si era demasiado profunda, la planta no tardaba en morir, pero si el corte era exacto, la planta seguía produciendo leche durante otros dos meses. Doña Luisa, de Rancho Paloma, era famosa en el pueblo de Los Angeles por su destreza. Su láudano, una tintura de alcohol y opio, era un bien muy codiciado.

Mientras recogía con gran delicadeza la pegajosa sustancia blanca de las vainas y la depositaba en una bolsita de cuero, pensó en Madrid, donde si alguien necesitaba un remedio contra el dolor, se limitaba a acudir a la botica más próxima. Pero no había boticas en aquella lejana avanzada del imperio español. En el pasado, los medicamentos llegaban desde México por la ruta terrestre de Sonora, pero el cruento alzamiento de los indios yuna, once años antes, la había cerrado. Y puesto que los navíos extranjeros tenían prohibido acercarse a la costa de California, los colonos se veían obligados a conformarse con los suministros que llegaban de México de forma ocasional e imprevisible. Así pues, obtenían los medicamentos de los huertos. Algunos acudían en secreto a curanderos y hechiceros indios, pero muchos iban a casa de doña Luisa, cuya solana estaba siempre bien provista de hierbas. unguentos, bálsamos y tinturas.

Casi al término de sus tareas matutinas, tras haber cosechado también tallos de calderilla a fin de agregarlos a los unguentos y hojas de beleño para las cataplasmas contra el reumatismo, Luisa vio a unos hombres a caballo acercarse por el Camino Viejo. En aquel momento una nube cubrió el sol, sumiendo el paisaje en la sombra y produciendo un estremecimiento de temor a Luisa. Sabía a qué venían aquellos hombres.

Lorenzo apenas trabajaba en el rancho. Del ganado se ocupaban sobre todo indios entrenados para ser vaqueros, razón por la que él y sus amigos podían dedicarse a jugar, cazar y broncearse al sol. Pero ese día, los hombres que llegaban por el camino no venían a jugar a los dados ni a cazar ciervos, sino a negociar con Lorenzo la posesión de su hija.

Angela era un trofeo que uno de ellos había de ganar.

A medida que se propagaban las noticias acerca de Los Angeles hacia las provincias mexicanas más meridionales, más colonos se ins-talaban en el lugar con la esperanza de mejorar sus vidas. Sin embargo, el problema residía en que casi todos los recién llegados eran hombres solteros. Ansioso por civilizar aquel salvaje lugar proporcionando esposas a los hombres, el gobernador había enviado desesperadas solicitudes al virrey de México para que les enviara doncellas a California, pero sin éxito alguno. Acto seguido pidió sin más «cien mujeres», y al ver que tampoco eso arrojaba resultado alguno. accedió a aceptar muchachas huérfanas que, tras ser recogidas en las calles de México, eran enviadas a California y distribuidas entre las familias.

Aquellos hombres, a los que Lorenzo saludaba con alegres exclamaciones y copas de vino, no querían conseguir a Angela tanto porque estuviera disponible y fuera hermosa, sino sobre todo porque era hispana. Al contraer matrimonio con una mujer de pura sangre española, un hombre de ascendencia mixta podía solicitar un decreto oficial de legitimidad y limpieza de sangre para sus hijos, un certificado según el cual el linaje no estaba manchado con sangre judía, africana ni de ningún otro origen no cristiano, lo cual les garantizaba una elevada posición social en la colonia.

Librodot

Nadie sabía la verdad: que Angela no era hispana, sino india. Era el «regalo de Dios» de Luisa.

Luisa recordaba el día, el momento exacto en que Lorenzo trajo aquel ángel a casa. Luisa tenía las rodillas en carne viva de tanto rezarle a la Virgen. Su hija, enterrada en el desierto de Sonora, ya no estaba, pero su amor no se había disipado, y necesitaba un objeto en que volcar su afecto maternal. Ni siquiera contaba con el solaz de una tumba que poder visitar, cuidar y mimar, una lápida sobre la que colocar flores, un montículo de hierba al que acudir cuando su alma necesitase consuelo. Al ser hombre y tener sus deberes masculinos que cumplir. Lorenzo llenaba los días trabajando, mientras que a Luisa sólo le quedaban los pequeños vestidos que Inés no volvería a llevar jamás. Mientras rezaba sus plegarias a la Virgen, «Ayúdame a tener otro hijo y me consagraré a las buenas obras en tu nombre», Lorenzo apareció con una niña en brazos.

—¡Mamá, mamá! —gritaba la pequeña.

Y en cuanto la estrechó entre sus brazos. Luisa sintió que su amor atrapado fluía libre como un río purificador. Sabía que aquella niña era la respuesta de la Virgen María a sus oraciones, y si bien siempre lloraría a la pequeña sepultada en el desierto, amaría a aquel ángel con todo su corazón y consagraría su vida a las buenas obras, tal como había prometido.

Nadie había cuestionado la repentina aparición de una niña en la casita de adobe del capitán Lorenzo. Los colonos estaban demasiado ocupados intentando sobrevivir para entrometerse en los asuntos de los demás. Si alguien hacía algún comentario sobre la oscura tez de Angela, tan distinta de la piel blanca de Luisa, ésta contestaba que la niña había salido a la madre de Lorenzo, de cutis oliváceo. Luisa no consideraba que tal mentira diera pecado, pues creía que encerraba cierta verdad. En su fuero interno, estaba convencida de que Angela no era del todo india. Si bien se parecía a los nativos que vivían en la misión, su tez era más clara y su rostro, menos redondo. Tal vez fuera hija de un soldado español.

La brisa le llevaba las voces de los visitantes de Lorenzo. Luisa despreciaba a aquellos hombres, a los que tachaba de bravucones arrogantes sin una gota de sangre pura en las venas.

Luisa era una dama española de alcurnia, criada en un país donde las líneas entre las clases sociales quedaban definidas con toda claridad. Existían la clase noble, la clase de los mercaderes ricos y la clase de los campesinos, y por lo general no se mezclaban. El linaje lo significaba todo. Incluso en Nueva España, donde los españoles gobernaban desde hacía apenas doscientos años, es decir, desde la conquista de los pueblos nativos, las fronteras raciales se mantenían inviolables. La nueva aristocracia de México estaba constituida por los peninsulares, blancos nacidos en España, enfrentados al resentimiento de los criollos, los blancos nacidos en México. Sólo los peninsulares recibían el tratamiento de don y doña, y siempre se casaban entre ellos. A continuación estaban los mestizos, de ascendencia española e india, una clase vasta y amorfa de tenderos, artesa-nos y siervos. La clase más baja del estrato social la formaban los indígenas, a los que se usaba sobre todo para las labores mas arduas. Tan estrictas eran las reglas de raza y clase que, si se sorprendía a un indígena ataviado con ropas europeas, el castigo era nada menos que el azote. Como peninsular, Luisa siempre se había sentido muy cómoda con la estructura social de México.

Pero en Alta California los límites no estaban tan bien definidos. Casi todo el mundo era de ascendencia mixta, y había muy pocos europeos blancos, por lo que resultaba muy difícil conocer la propia posición social. Si bien doña Luisa no albergaba ninguna duda con respecto al lugar que ella y Lorenzo ocupaban en aquella sociedad, algunos rancheros ricos de ascendencia española e india habían sido campesinos en su México natal. Era como una gran olla de sopa donde se mezclaban todas las sangres, una idea que perturbaba su sentido de clase. Como dueño de quinientas cabezas de ganado, miembro de la aristocracia española y militar retirado, Lorenzo era tratado con respeto; pero, según la demencial mentalidad de la frontera, Antonio Castillo, un hombre de sangre mexicana y africana, casado con una india del lugar, merecía el mismo respeto simplemente porque era el herrero del pueblo. Allí la ocupación de una persona revestía más importancia que su linaje, lo que, en opinión de doña

Librodot

Luisa, constituía una idea primitiva y poco saludable para una sociedad joven.

Sintiendo otra punzada de temor por la visita de los amigos de Lorenzo y pensando en su huida de California, que daría comienzo al cabo de sólo veinte horas, Luisa salió del huerto y se refugió en el frescor de la solana, donde almacenaba sus numerosas hierbas y medicinas.

Su hogar no era tan suntuoso como Lorenzo le prometiera una década antes, pero bastaba para reflejar la posición que ocupaban en Los Angeles. Era una edificación de adobe y tejado de paja, con cuatro dormitorios, comedor, un salón de recibir y una enorme cocina que no sólo alimentaba al capitán, su esposa y su hija, sino también a las indias que lavaban, cosían, cocinaban y fabricaban velas, así como a sus esposos, los vaqueros y los jinetes.

Los hombres y sus promesas vacuas, pensó Luisa con desprecio mientras separaba las hojas de los tallos y las guardaba en sus correspondientes cestas. Lorenzo no sólo no le había construido el lujoso hogar que le prometiera, sino que además, el mísero pueblo no encajaba con la visión original del gobernador Neve. En la ceremonia de inauguración celebrada once años antes, el gobernador había declarado que se les brindaba la oportunidad de crear una ciudad distinta de todas las de Europa, pues estaría planificada aun antes de que el primer habitante pusiera los pies en ella. En aquella ocasión mostró los planos a los futuros colonos, en los que se veían la plaza mayor, los campos, los pastos y las tierras reales. El pueblo de Los Angeles no crecería de forma incontrolada, prometió Neve, pero los recién llegados construían sus moradas como les venía en gana. Luisa ya intuía el caos en que algún día se convertiría el pueblo.

Mientras ponía a secar el opio, que más tarde amasaría hasta hacer una pegajosa bola negra para guardarla en un estuche de cuero, Luisa hizo examen de conciencia, pero no halló motivo alguno para sentirse culpable por huir. ¿Acaso no había cumplido la promesa que hiciera a la Virgen María?

Luisa se enorgullecía de haber convertido al cristianismo a gran cantidad de mujeres indias. Acudían a la capilla cada domingo, vestían con modestia y cuando una de ellas deseaba casarse, el futuro esposo también era obligado a convertirse. Puesto que era justa y generosa, casi todas las siervas le eran leales y muchas de ellas la emulaban. Doña Luisa llevaba el largo cabello negro en una trenza enrollada a la altura de la nuca y cubierto con una pequeña mantilla de encaje negro español que se quitaba al acostarse. Sus siervas se cubrían el cabello con chales, rezaban el rosario y llamaban a sus hijas Mlaria y Luisa. Sólo en contadas ocasiones, una de ellas huía a una aldea india para recuperar su antiguo estilo de vida. Cada vez había más campamentos que se instalaban en los ranchos, asentamientos erigidos por los indios tras abandonar su forma de vida para trabajar a las órdenes de los colonos, lo que les permitía convertirse en diestros jinetes, vaqueros, plateros y carpinteros. Al poder comer buey cada noche, no veían necesidad alguna de ir a las montañas cada año para cosechar la bellota. Algunos mantenían la tradición para oír las historias y concertar matrimonios, pero las reuniones en los bosques eran más reducidas cada año. El festival de cinco días que durante generaciones se había celebrado en honor de Chinigchinich, el Creador, empezaba a sustituirse por ritos navideños y las festividades de Santiago, santo patrón de España.

La solana estaba atestada de cestas tejidas por las indias de Luisa. Algunas de ellas eran bellísimas y, según la tradición, narraban las historias de la tribu. Las mujeres que tejían aquellas cestas habían contado alegremente los mitos a Luisa, explicando a la señora cómo fue creado el mundo y que el Abuelo Tortuga provocaba los terremotos. Al llegar al pueblo, la pequeña Angela contaba las mismas historias, sobre coyotes, tortugas y una Primera Madre llegada del este para fundar una nueva tribu, pero doña Luisa sustituyó en la mente de Angela aquellos relatos paganos por historias cristianas y cuentos de hadas españoles. La historia de dos hermanas, Elena y Rosa, que vivían en el Reino de los Zafiros y su transformación a manos de su madrina, el Hada de la Felicidad; el cuento del joven Gonzalito, quien. con ayuda de unos animales mágicos, salvó a una princesa y su reino de un enano malvado; la aventura de cuatro príncipes en busca de la tierra de la Princesa Aurora. Historias todas ellas con las

Librodot

que Luisa había crecido y que ahora transmitía a Angela.

Se asomó a la ventana abierta y vio que Lorenzo y sus invitados seguían bebiendo a la sombra de la rosaleda. Uno de los hombres, más alto que los demás, le llamó la atención. Era Juan Navarro. A Luisa no le gustaba, pues había algo extraño en sus ojos, una falta de calidez que recordaba a Luisa los ojos de una cría criatura marina. Y su sonrisa no era natural, sino que se limitaba a estirar los labios para dejar al descubierto la dentadura. Corría el rumor de que Navarro había llegado a Alta California tras huir de la Inquisición, que lo acusaba de leer libros prohibidos. Vivía de los muertos, pues se había dedicado a saquear las tumbas de los aztecas, haciéndose con una inmensa fortuna en oro, plata, turquesa y jade. Había que admitir que las tumbas que había saqueado eran paganas, por lo que no era culpable de profanación, pero a Luisa se le antojaba una espantosa crueldad arrancar un anillo a un cadáver y llevarlo. Estaba al corriente de sus ambiciones en California; Navarro era un hombre de baja cuna que deseaba casarse con una aristócrata.

Otro estremecimiento de temor le recorrió el cuerpo entero, pero se apresuró a reprimirlo. Que Navarro pidiera la mano de Angela, a Luisa no le preocupaba el asunto en lo más mínimo e incluso aceptaría de buen grado el compromiso, con la condición de que la boda se celebrase a su regreso de España.

Salió de la solana y atravesó la casa, pasando junto a las mujeres que pulían los muebles y fregaban las baldosas, hasta llegar a sus aposentos, donde los baúles ya estaban preparados para el viaje. Aquel era el santuario particular de Luisa, y Lorenzo no había puesto los pies en él desde la construcción de la casa. Por las noches permanecía en sus propias habitaciones y sólo veía a su esposa y su hija durante la cena. Luisa sabía que su esposo no la echaría de memos durante mucho tiempo. Tal vez al principio ardiera de indignación al darse cuenta de que su esposa no regresaría jamás, pero entonces vendrían sus amigos para jugar a los dados, correrían ríos de vino y las dos mujeres que habían ocupado la casa durante tantos años quedarían relegadas al olvido. Sin lugar a dudas, tendría a quien recurrir para buscar consuelo. Luisa no sólo estaba al corriente de sus amantes indias, sino también de sus bastardos indios.

Luisa se sentó frente al tocador, levantó la tapa de una cajita de madera y retiró el forro de terciopelo para sacar una llave de latón. Encerró la llave en la mano y percibió un soplo de esperanza al sentir el contacto del metal frío contra la piel. La llave abría un cofrecito que obraba en poder del padre Xavier.

El alijo secreto había comenzado por accidente diez años antes, cuando Antonio Castillo, el herrero, había llegado en un galope frenético desde el pueblo para decir a Luisa que su hijo ardía de fiebre y pedirle ayuda. Con sus hierbas especiales, Luisa había arrancado al pequeño de las garras de la muerte, y la señora de Castillo quedó tan agradecida que insistió en entregara Luisa un anillo de oro en señal de gratitud. Luisa intentó rechazar el presente, pero no lo consiguió, y el hecho de aceptarlo por fin hizo muy feliz a la señora. Algún tiempo más tarde, ayudó a una joven durante un complicado parto con pociones cuya receta había aprendido de una anciana india, y el agradecido esposo le ofreció como obsequio un pequeño broche de plata. Con el tiempo, Luisa dejó de rechazar los regalos; no veía por qué no podía hacer buenas obras en nombre de la Virgen María y al mismo tiempo ser remunerada por ellas. ¿Acaso los padres misioneros no pasaban el platillo durante la misa?

Lorenzo desconocía el tesoro secreto de Luisa. Una vez acumulados varios objetos de valor, Luisa temió que su esposo los encontrara y los perdiera jugando. Con los colonos y los soldados, Lorenzo jugaba a las cartas y a los dados, mientras que con los indios el juego podía consistir en adivinar cuántos dedos escondía el jugador a la espalda. Lorenzo incluso se sentaba a la sombra de un árbol con otros rancheros, de cara al Camino Viejo, y hacían apuestas sobre el color del siguiente caballo que pasaría. Por todo ello, Luisa había confiado su cofrecito al padre Xavier. A lo largo de los meses y los años, cada vez que Lorenzo estaba jugando o salía de caza, Luisa hacía una visita a la misión y depositaba otro objeto de valor en manos del padre Xavier, como si fuera un banquero. El cofrecito también contenía monedas, piezas de plata de ocho pesos mexicanos, reales españoles e incluso algunos doblones de oro.

Librodot

En definitiva, una fortuna considerable.

Todo iría a parar a manos de su hija. Angela sería independiente aunque se casara. De haber tenido aquel dinero cuando su hija murió en el desierto de Sonora. Luisa habría dado media vuelta y regresado a México, pero a la sazón dependía de Lorenzo. A Angela no le sucedería lo mismo; en Madrid entregaría el cofrecito a la muchacha y haría redactar documentos legales que estipularan que el esposo de Angela, fuera quien fuese, no podía tocar el dinero.

Al oír que llamaban a la puerta, escondió de nuevo la llave, guardó la cajita en el cajón e indicó al visitante que podía entrar.

Para su asombro, era Lorenzo. Aun desde el otro extremo de la estancia, ella supo que había bebido. Luisa entrelazó las manos sobre el regazo y procuró serenarse, pues no quería estropearlo todo a un solo día de la fuga. Pero cuando vio que paseaba la mirada por los baúles repletos de ropa y regalos para los familiares de España, el corazón le dio un vuelco. ¡Lorenzo había cambiado de opinión!

Mantuvo la espalda erguida como una vara. No importaba si su esposo había descubierto su plan de quedarse en España. Lorenzo nunca se levantaba antes de mediodía; ella y Angela se escabullirían camino de la costa antes del alba...

—Puede que las cosas no hayan ido bien entre nosotros —empezó Lorenzo con voz pastosa, como si no estuviera habituado a hablar con ella—. Es evidente que no han ido como deben ir entre dos esposos, pero te he amado, Luisa. Dios mío, cuánto te he amado.

Pese a las canas que salpicaban su cabello y su tez curtida, Lorenzo seguía siendo un hombre apuesto de porte militar. Sin embargo no la conmovía como antaño, como en México cuando eran jóvenes y estaban enamorados. El día en que enterraron a su hija, Luisa le vedó su cuerpo. Y once años antes, cuando suplicaba a la Virgen que le concediera otro hijo, suplicaba en verdad un milagro, pues ni siquiera entonces, ni siquiera para tener otro hijo, habría permitido que Lorenzo la tocara. La Virgen le había concedido una niña ya mayor, ahorrándole así el ultraje del abrazo íntimo de un hombre y los dolores del parto.

Guardó silencio. Lorenzo hablaba como un hombre a punto de hacer una confesión. Luisa hizo acopio de valor para afrontarla.

—No puedes viajar a España.

—¿No va a zarpar el Estrella? —inquirió su esposa sin perder la calma.

—El Estrella zarpará, pero sin vosotras a bordo.

—No entiendo.

—No tenemos el dinero para pagar el pasaje.

—Pero si ya pagué al capitán Rodríguez.

—He recuperado el dinero.

—Que has recuperado el dinero? —repitió Luisa, parpadeando.

—Se lo debía a otros hombres. Esa cantidad y mucho más.

Lorenzo se removió inquieto, sintiéndose fuera de lugar en aquella estancia llena flores, alfombras de colores y estampas de santos.

—He tenido una racha de mala suerte y acumulado muchas deudas. Además, invertí mucho en un barco que zarpó rumbo a China cargado de pieles para cambiarlas por especias, pero naufragó cerca de la costa de las islas Filipinas.

Se detuvo mirando a todas partes menos a su esposa.

—¿Nos hemos quedado sin dinero? —preguntó Luisa, intentando contener la furia.

¡Maldito loco! ¿Qué derecho tenía a dilapidar su fortuna? Procuró mantener la sangre fría. No debía enojarse, sino seguirle la corriente y ganar tiempo. Lo que fuera con tal de que ella y Angela pudieran subir a bordo del Estrella.

—Tendremos que vender algo.

—No tenemos nada que vender —confesó su esposo con la cabeza gacha.

—Pero poseemos muchos bienes, Lorenzo —murmuró Luisa al tiempo que extendía las manos para señalar los hermosos muebles, la ropa de cama, la plata y los cortinajes.

—Mujer, no eres dueña ni de los botones de tu vestido.

En la voz de Lorenzo no se advertía rencor, impaciencia ni enojo. Sólo se limitaba a constatar un hecho, como si hablara del tiempo.

Luisa bajó la mirada hacia los botones de perla de su corpiño y al cabo de un instante alzó de nuevo la cabeza.

—¿Cómo es posible que lo hayamos perdido todo?

Vio la derrota reflejada en los ojos de su marido, así como des-concierto y desilusión. ¿Qué había sido del gallardo capitán que tantas cosas le había prometido? ¿Se había jugado y perdido también el orgullo?

—¿Hemos perdido también el rancho? —preguntó ella con un hilo de voz.

El rostro de Lorenzo se iluminó de repente.

—¡Eso es lo bueno, Luisa! He llegado a un acuerdo con un hombre de fortuna para que salde mi deuda. A cambio obtendrá la propiedad del rancho y cuanto contiene, pero podremos seguir viviendo aquí.

—¿Cómo es posible? —se extrañó Luisa con el ceño fruncido—. Salda tu deuda, y tú le entregas nuestro hogar. ¿Por qué ha de permitirnos seguir viviendo aquí?

—Porque... también le he entregado a Angela... como esposa. Luisa quedó paralizada.

—Las dos me lo agradeceréis —farfulló Lorenzo a toda prisa—. Corren tiempos peligrosos en Europa. La revolución lo arrasa todo, los campesinos guillotinan a los reyes. Os conviene quedaros aquí, a salvo.

—¿Quién...?—empezó Luisa, aunque en su fuero interno ya conocía la terrible noticia de la identidad del hombre, pues en Los Angeles sólo había un hombre tan adinerado—. ¿Quién se casará con mi hija?

—Navarro.

Luisa cerró los ojos y se santiguó.

—Santa Maria —musitó.

El saqueador de tumbas.

—Lo siento, pero así están las cosas.

Luisa meditó unos instantes y por fin asintió.

—Así sea. Angela se casará con Navarro... cuando regresemos de España.

—Pero si ya te he explicado que no puedes ir. No tenemos dinero para el pasaje.

—Tengo dinero propio —anunció Luisa, triunfante y preparada para su expresión sorprendida.

Sin embargo el momento se prolongó, y en los ojos de Lorenzo se dibujó una expresión, pero no de sorpresa. Una oleada de pánico se adueñó de Luisa.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Lorenzo lanzó un suspiro entrecortado; de repente sentía en sus carnes el peso de sus cincuenta años.

—Ya no lo tienes.

Luisa irguió la barbilla.

-No sabes a qué dinero me refiero —espetó.

—Sí lo sé, por Dios —replicó su esposo con una nota de indignación y de su antiguo orgullo—. El día en que visitaste por primera vez al padre Xavier, vino a verme y me contó tu secreto. Lo sé todo desde hace once años.

Luisa lo miró consternada. ¡El cofre!

—¡No tenía ningún derecho a contártelo! —gritó.

—¡Por supuesto que tenía derecho! —tronó Lorenzo—. Eres mi esposa y cuanto posees me pertenece. No queda nada —añadió en voz más baja, sintiéndose de repente incómodo bajo su mirada—. Te quité el oro hace mucho tiempo, mujer, y eso es todo. No volveremos a mencionar el asunto.

Luisa se levantó de un salto.

—¡No permitiré que te hagas con Angela!

—Acaso lo has olvidado, mujer? —rugió Lorenzo—. ¡Angela es mía! ¡Yo la encontré y puedo hacer con ella lo que me plazca!

Dicho aquello, salió de la estancia dando un portazo. Presa del pánico, Luisa intentó buscar alguna solución; ella y Angela debían escapar. ¡Pero no tenían dinero! Ningún capitán las ayudaría, y si intentaban huir a otra ciudad, las encontrarían y obligarían a volver.

De pronto pensó en la jicama que Angela acababa de cosechar y en el veneno que encerraban sus sencillas. Sería tan sencillo... Remojaría las semillas en agua para extraer la toxina y verterla en el vino de Lorenzo. A la mañana siguiente sería libre.

Pero desterró la idea al instante; jamás sería capaz de asesinar a Lorenzo.

Hundió los hombros al comprender su impotencia absoluta. Y a renglón seguido se dio cuenta de que había cometido un error terrible al rechazar a Lorenzo tantos años antes, al castigarlo por llevarla a aquel rincón dejado de la mano de Dios. En un solo instante vio pasar ante sus ojos los últimos once años y supo que, si pudiera volver atrás, lo perdonaría, lo acogería en sus brazos y le daría más hijos, haría de él un esposo devoto cuya máxima prioridad sería su familia, no los juegos de azar ni las inversiones en navíos mercantes que se hundían

Pero Luisa sabía que no podía volver atrás. No había escapatoria ni ruegos a la Virgen que valieran. Y la única culpable era ella misma.

Con ademanes rígidos, Luisa volvió sacar la cajita del cajón, pero esta vez no estaba interesada en el forro ni la llave inútil que se escondía bajo él, sino que sacó el objeto que había guardado allí once años antes.

El objeto pendía del cuello de Angela cuando Lorenzo la encontró en las montañas; era una pequeña piedra negra envuelta en suave piel de ciervo. Luisa no había tenido valor para deshacerse de ella. Tal vez sabía que algún día le recordaría la verdad, que en realidad Angela no era su hija, sino que pertenecía a otra mujer.

Durante todos aquellos años, Luisa había conseguido desterrar de su mente el hecho de que Angela era una india de la misión, pero la piedra se lo recordó. Debía de poseer algún valor o importancia para que la madre la colgara alrededor del cuello de su hija. Por primera vez, en el caluroso mediodía de aquella tierra que Luisa nunca había llegado a amar, pensó en la madre de la niña. ¿Por qué había ido a las montañas? ¿Por qué nunca regresó a la misión en busca de su hija? ¿Había muerto o llevaba once años llorando a su hija, al igual que Luisa lloraba por la pequeña enterrada en el desierto?

Luisa intentó imaginar a la mujer que había traído al mundo a Angela. En Rancho Paloma trabajaban muchas indias, pero Luisa nunca les prestaba atención, y cuando salía a cabalgar y pasaba por una aldea de indios sin bautizar que iban desnudos y fumaban sus extrañas pipas, se decía que eran criaturas apenas más civilizadas que las bestias.

«Pero las bestias no cuelgan talismanes alrededor del cuello de sus hijas.»

Santa Madre de Dios, gimió su corazón. ¿Cometí un error al quedarme con la hija de otra mujer? Lorenzo me la trajo en un momento en que estaba loca de dolor, en que tenía las rodillas en carne viva de tanto arrodillarme para rezar, y ví a aquella niña como un regalo Tuyo. Pero ¿es cierto eso? ¿O era acaso una prueba para mi fuerza y mi honestidad, una prueba en la que he fracasado?

Que Dios me perdone por lo que hice. Quebranté los votos matrimoniales y aparté de mí a mi esposo. Robé la hija de otra mujer. Este es mi castigo. Angela se casará con Navarro, y yo jamás volveré a ver España.

El capitán Lorenzo cabalgaba por el Camino Viejo, ansioso por incrementar la distancia entre él y la mirada de Luisa. ¿Acaso creía su esposa que era tan fácil convertir un desierto en un rancho fértil? Era una tarea harto ardua. Laos veranos ardientes, las lluvias que inundaban la cuenca, los incendios que todo lo arrasaban, las enfermedades que asolaban al ganado, las cosechas que morían enteras y sobre todo los indios salvajes. Tenía que vérselas con la

Librodot

tradicional reunión anual junto a las charcas de brea. Los salvajes habían instalado un enorme campamento en el campo de maíz de don Lorenzo, y la destrucción de la cosecha aquel primer año lo había enfurecido lo suficiente para desear acabar con todos ellos. Colocó vallas, pero los indios las derribaban. Llegaban desde lejos por el camino viejo que discurría a lo largo del límite septentrional de su propiedad, erigían sus chozas con ramas que arrancaban de los árboles del capitán y se apropiaban de sus ovejas y cabras. No había forma de hacerles entender que aquella tierra ahora era suya y que los animales que mataban y comían no eran salvajes, sino que le pertenecían también a él.

Luego estaban los robos nocturnos de ganado, pero no para comer, sino por rebeldía. Los misioneros no estaban convirtiendo y asimilando la población indígena con suficiente rapidez; aún existían bolsas de resistencia entre los indios no bautizados, jefes poderosos que de vez en cuando intentaban organizar una revuelta contra los colonos. En una ocasión, una mujer fue la instigadora. Se trataba de una joven de la tribu de los gabrielinos que azuzó a los jefes y guerreros de seis poblados para que se alzaran contra los soldados y los padres misioneros. Lorenzo y los otros rancheros se veían obligados a contratar guardias que patrullaban los límites de sus tierras, y estaba harto del asunto.

Luisa no lo comprendía. A salvo en su casa, atendida por las criadas, llevaba una vida fácil. ¡Y mira que esconder dinero para su frívolo viaje a España! No tenía derecho a hacerle sentirse culpable por intentar enriquecerse. ¿Era acaso culpa suya tener tan mala suerte? Luisa debería estar agradecida de que Navarro quisiera su rancho y a su hija. Ahora la vida podía seguir su curso normal, y no quedarían sumidos en la pobreza.

¡Mujeres!, pensó, exasperado. Pero al cabo de un rato, tras aminorar la velocidad del caballo a un tranquilo trote y emprender el regreso al pueblo de Los Angeles, con sus doscientas almas, sintiendo el calor del sol en los huesos, oliendo el polvo del camino y oyendo el zumbido de los insectos, su humor mejoró un poco. Se alegraba de que Navarro se convirtiera en dueño del rancho: a partir de entonces, todos los problemas recaerían sobre sus hombros.

Contento ante la perspectiva de pasar la tarde con Francisco Reyes, alcalde del pueblo, jugando a dados y tomando vino de Madeira con el conocimiento de que el rancho pasaría a ser preocupación de Juan Navarro, el capitán Lorenzo concluyó que, a veces, arruinarse puede ser una bendición.

—Los deberes matrimoniales no son placenteros —explicó Luisa a su hija con solemnidad—, pero por fortuna no duran mucho. Tu esposo hará sus cosas con rapidez y se dormirá.

Luisa creía estar describiendo a todos los hombres y no se detuvo a considerar que ella era virgen al casarse con Lorenzo y, por tanto, nunca había conocido la intimidad física con otro hombre.

Se hallaban en el dormitorio preparado para los recién casados. Habían intercambiado los votos ante el sacerdote, el matrimonio había quedado inscrito en el registro oficial y, después de un tiempo prudencial, Luisa había tomado a su hija de la mano para alejarla del banquete nupcial. Ahora, ella y una india ayudaban a Angela a quitarse el vestido de boda mientras fuera proseguía la fiesta en la cálida noche estival.

Angela no pensaba en el tálamo nupcial con pétalos de buganvilla esparcidos sobre las almohadas, sino en las huertas de naranjos y limoneros que tendría.

—He contado al señor Navarro mis ideas, y le gustan. Incluso le parece bien la idea de tener viñedos.

El día en que el Estrella zarpó sin sus dos pasajeras, tres meses atrás, Navarro empezó a cortejar a Angela bajo la atenta mirada de una carabina. Cada día acudía al rancho para sentarse con ella bajo el clavero que Lorenzo había importado de Australia a un precio astronómico. Hablaban del tiempo, del último sermón del padre Xavier o de nuevas razas de

Librodot

caballos, siempre tratándose cortésmente de señor y señorita. A veces guardaban silencio; tres meses más tarde, seguían siendo corteses desconocidos.

Luisa suspiró con tristeza mientras dejaba a un lado las enaguas de Angela.

—Eres afortunada; Navarro es un hombre muy generoso.

Intentó no pensar en las largas arracadas de oro que llevaba, un regalo de Navarro a su flamante suegra. Según le explicó, se los había quitado a la momia de una princesa azteca. Ese hombre ha traído fantasmas a esta casa, se dijo. Pues sin lugar a dudas, los espíritus de los indios mexicanos regresarían a buscar los tesoros que les habían arrebatado.

Miró la caja con clavos de latón que estaba sobre el tocador y que contenía el regalo de bodas de Navarro para Angela. Ni ella ni su hija sabían de qué se trataba; la caja debía abrirse más tarde, cuando los recién casados estuvieran a solas.

De pronto se le ocurrió la tranquilizadora idea de que Navarro siempre sería fiel a Angela. Luisa sabía que a Navarro no le interesaba la conquista, sino la obtención de tesoros, que no era hombre de corazón, sino de mente, que en su interior no había calor alguno, sino sólo una mente fría y calculadora. Su mujer le proporcionaría satisfacción sexual, y no necesitaría a ninguna otra.

—Todo irá bien, mamá —la apaciguó Angela, tomándola de la mano.

No se le escapó la ironía de que la hija consolara a la madre cuando en realidad debería haber sido al revés. Mientras escudriñaba los serenos ojos de Angela, se preguntó si la sabiduría que a veces detectaba en ellos no sería en verdad paciencia.

—Puede que con el tiempo llegues a amar a Navarro, pequeña.

—Lo único que importa es que hemos podido conservar el rancho, mamá. Yo pertenezco a este lugar, y aquí mismo es donde quiero morir.

Luisa estaba escandalizada. ¡Una novia de dieciséis años hablando de la muerte en su noche de bodas! Tal vez fuese la sangre india la que la impulsaba a pronunciar aquellas palabras.

Angela deseaba poder transmitir a su madre la profunda felicidad que experimentaba en aquel lugar, el amor que sentía por Alta California y Rancho Paloma. Su corazón estaba allí. A veces, cuando salía a montar, ataba a Siroco a un árbol y se tendía en la hierba para contemplar el cielo. En aquellas ocasiones, casi sentía que la tierra se alzaba para abrazarla. Era como si ella formara parte de aquel territorio, aunque había nacido en México. Sin embargo, no recordaba México ni el largo viaje que hiciera en compañía de sus padres y los demás colonos para fundar el nuevo pueblo. Era como si su vida hubiera empezado cuando tenía cinco años, pues no guardaba re-cuerdo alguno de épocas anteriores,

No obstante, algunas veces, en sueños, cuando percibía una fragancia determinada en el viento u oía un sonido, extrañas imágenes surcaban su mente y por un sobrecogedor instante tenía la sensación de ser otra persona.

Como el casamiento había sido una celebración de gran relieve. habían enviado a varias indias de la misión para ayudar en los preparativos. Una de ellas ayudaba en aquel momento a Angela a quitarse el vestido nupcial y a guardarlo con todo cuidado. Angela vio que la mujer llevaba un sencillo crucifijo de hojalata colgado alrededor del cuello, y de pronto se vio acometida por extrañas imágenes que casi se le antojaban recuerdos. Una cueva. Una mujer diciéndole que recordara las historias. ¿La había llevado mamá a una cueva cuando era pequeña? Pero en tal caso, por qué motivo?

Una vez libre del vestido de boda, que consistía en un ajustado corpiño de seda color rosa y falda larga de seda blanca con diminutas rosas bordadas. Angela se puso el largo camisón de algodón y se sentó para que su madre le cepillara el largo y abundante cabello. Cada cepillada encerraba una profunda tristeza, y en los ojos de Luisa se dibujaba una expresión perdida.

Por fin, Luisa y la india se marcharon, y Angela se quedó esperando a Navarro.

Su esposo llamó a la puerta, tal como le había advertido su madre, pero en lugar de apagar la lámpara y desvestirse en la oscuridad, la sorprendió dejando la luz encendida mientras se quitaba la chaqueta y las botas. Mientras Angela permanecía recatadamente sentada en el

borde del lecho, con las manos entrelazadas en el regazo y el pulso acelerado, Navarro se sirvió coñac y se acomodó en una silla junto al fuego, cuyas llamas proyectaban una peculiar palidez en su piel.

—¿Qué haces ahí? —exclamó, alargando la mano—. Ven aquí para que te vea.

Navarro había colocado la cajita con el regalo de boda en la mesilla situada entre las dos sillas, y cuando Angela se detuvo tímida ante él, levantó la tapa, dejando al descubierto el fulgor del oro. Luego contempló a Angela durante un largo instante, recorriendo con la mirada todo su cuerpo y concentrándose sobre todo en el cabello.

—Puedes quitarte esa cosa —ordenó por fin.

—¿A qué os referís, señor?

—Esa cosa que llevas —espetó el hombre con un movimiento de muñeca—. Quítatela.

—No os entiendo —murmuró Angela con el ceño fruncido.

—¿Es que tu madre no te ha enseñado nada? —exclamó Navarro con impaciencia al tiempo que se levantaba—. Estamos casados, somos marido y mujer. La camisa de dormir sobra.

Con el rostro rojo como la grana, Angela se volvió y empezó a desabrochar los botones de la prenda.

—No me des la espalda.

Navarro volvió a sentarse y saboreó el coñac mientras Angela desabrochaba el camisón con dedos torpes. Vacilante, se deslizó la prenda sobre los hombros, advirtiendo por vez primera una extraña frialdad en los ojos de Navarro. Sacó los brazos de las mangas de la camisa, el corazón ya del todo desbocado, y por fin se despojó del camisón para al instante cubrirse con él la parte delantera del cuerpo.

Navarro se levantó y le arrancó la prenda de las manos.

—No volverás a necesitarlo.

Angela empezó a temblar con violencia pese al calor que desprendía el fuego. Cruzó los brazos sobre el pecho para protegerse, pero una mirada penetrante de Navarro la hizo desistir. Su esposo la devoraba con la mirada, despojándola de toda modestia y dignidad. Al cabo de un rato, abrió la cajita y sacó unos pendientes más suntuosos que los que había regalado a Luisa.

—Cuando estuve en Perú —explicó mientras se los colocaba en los lóbulos de las orejas con gran delicadeza—, descubrí en los Andes una antigua ciudad que nadie conoce. Yo y mis hombres excavamos durante meses y encontramos sepulcros con centenares de momias. Curiosamente, casi todas ellas eran mujeres y, a juzgar por la gran cantidad de oro enterrado con ellas, mujeres pertenecientes a la realeza y la aristocracia.

Angela permaneció inmóvil mientras Navarro sacaba dos brazaletes de plata con incrustaciones de esmeraldas y se los ponía en las muñecas.

—Las mujeres estaban momificadas en posición sentada, cubiertas de paja y ataviadas con magníficas telas, oro, plata y joyas.

Por último sacó un magnífico collar de platino con pesadas cuentas de oro e incrustaciones de jade y turquesa.

—Te diré quién soy —murmuró Navarro mientras le levantaba el cabello para colgarle el collar—. Cuando Cortés derrotó a los aztecas hace doscientos cuarenta años, entre sus hombres había un Navarro que ayudó a reducir las ciudades a cenizas. El hijo de ese Navarro y más tarde su nieto vieron a los nativos de Nueva España sucumbir víctimas de la sífilis, las fiebres y la gripe. Murieron miles de indios, dejando desiertos poblados enteros.

Con sus largos y afilados dedos dispuso el collar sobre los pechos de Angela, quien se estremeció tanto por el frío del metal sobre la piel como por el contacto del hombre.

—Mis antepasados —prosiguió Navarro, resiguiendo con un dedo el contorno de cada pecho— se hicieron con las tierras asoladas, y así nos llegó la prosperidad. Poseíamos minas y esclavos, gobernábamos Nueva España. Eso es lo que corre por mis venas, Angela, el legado de los fuertes que dominan a los débiles, de los vivos que se apropian de las

Librodot

posesiones de los muertos. Ese es mi destino y el destino de los hijos que me darás: tener poder y dominio sobre los demás.

Retrocedió un paso para admirar su obra. Angela estaba de pie ante él, desnuda, su cuerpo joven reluciente a la luz de las llamas, su tez oscura un fondo seductor para los metales preciosos y las gemas que acababa de ponerle.

—Soy incapaz de amar, Angela. No busques en mí sentimientos tiernos. En cambio, sí soy capaz de convertirte en la mujer más envidiada de Alta California.

Volvió a acercarse a ella y le echó la cabellera sobre el hombro derecho, disponiendo los exuberantes mechones al igual que había dispuesto el oro y las piedras.

—Mi madre era una gran belleza. Todos los hombres la miraban. Un buen día se fugó con un amante. Mi padre tardó cinco años en encontrarlos, pero por fin los localizó en la isla de Santo Domingo y los mató a ambos, con razón. Eso nunca me sucederá a mí.

Le deslizó el cabello sobre los pechos, rozando los pezones mientras escudriñaba su rostro en busca de una reacción.

—Posees una gran belleza, Angela, pero ahora me pertenece a mí. Tu pelo, tu cuerpo entero son míos.

Su respiración empezaba a acelerarse, y en su frente se veían perlas de sudor.

—Tu pelo fue lo primero que advertí, esta cabellera fina como el terciopelo, exótica como el más negro de los ópalos. Tu pelo fue lo primero que decidí poseer.

Deslizó los dedos entre los mechones, le levantó de nuevo la cabellera y la dejó caer sobre el hombro.

—Ahora que eres una mujer casada, llevarás el pelo recogido, pero cuando estemos a solas, lo llevarás suelto, como ahora.

Se aproximó a ella por la espalda, tan cerca que Angela sentía su respiración en el cuello.

—Inclínate hacia adelante —le ordenó en un susurro ronco. —Señor... —farfulló Angela, aturdida.

—¡Hazlo! —espetó Navarro, asiéndola con fuerza por los hombros. Angela obedeció, y de repente Navarro le recogió todo el pelo y tiró de él hacia atrás.

—¡No te muevas!

La muchacha empezó a debatirse y al sentir el inesperado y doloroso embiste profirió un grito. Navarro le ordenó que callara, recordándole que los invitados seguían en el patio, y Angela se obligó a guardar silencio. Navarro le tiró aún más fuerte del pelo, como si fueran las riendas de un caballo, echándole la cabeza hacia atrás hasta el extremo de que apenas podía respirar.

Angela cerró los ojos y apretó la mandíbula mientras Navarro seguía embistiéndola y el dolor y la humillación se apoderaban de todo su ser. En un momento dado emitió un gemido, pero Navarro le tiró del pelo con tal brutalidad que Angela temió que le rompiera el cuello. En sus ojos empezaba a formarse una nube roja. Intentó aspirar una bocanada de aire. Sus empujes eran afilados como cuchillos. Las lágrimas le quemaban los ojos.

Cuando por fin la soltó, Angela se desplomó en el suelo entre jadeos.

Navarro se abrochó los pantalones y se sirvió más coñac.

—Ya puedes ir olvidando tus ridículos planes de huertas y viñedos. Ahora esta tierra es mía, y yo seré quien tome las decisiones en lo sucesivo. Compraré más ganado y tendré más pastos. Tu lugar, mujer, estará en el dormitorio y la cocina.

Angela se aferró a tientas al borde de la cama y empezó a incorporarse, pero Navarro le ordenó que permaneciera de rodillas.

—Y se acabó eso de montar a caballo. No es propio que la esposa de Navarro cabalgue por los campos como un caballero. Tengo un comprador para Siroco. Vendrá a buscar el caballo mañana mismo.

—¡Oh, no, por favor, señor...!

Navarro se acercó de nuevo a la botella de coñac.

—No quiero que me llames señor. Estamos casados, no es propio. En presencia de otras

personas puedes llamarme Navarro, y cuando estemos a solas en esta habitación, me llamarás Amo.

Angela le lanzó una mirada consternada y de repente, en los ojos de su esposo, vio reflejado su propio futuro y la impotencia que lo marcaría. Tenía que pensar.

—Haré cuanto me digáis, señor —masculló con la boca reseca—. Haré cualquier cosa que me pidáis si a cambio me concedéis un favor. Enviad a mi madre a España.

—La presencia de tu madre me garantizará tu obediencia —denegó Navarro—. Tanto ella como tu inútil y despreciable padre vivirán aquí el tiempo que yo desee.

Angela rompió a llorar.

—Entonces aprenderé a odiaros —susurró ente amargos sollozos.

—Odiame, nada me importa —replicó Navarro con un encogimiento de hombros—. No quiero tu afecto, sólo que me des hijos varones y conserves tu belleza. Insisto en que no pierdas tu belleza. Y ahora llámame Amo.

Angela guardó silencio.

—Muy bien, esta misma noche desahuciaré a tus padres. No sé cuánto tiempo sobrevivirán sin dinero.

—¡No, por favor, os lo ruego!

—Entonces obedéceme. Si haces lo que te digo, seguiré dando a tu padre una asignación para sus apuestas, y tu madre vivirá en la comodidad. Queda claro?

—Sí..., Amo... —musitó Angela, conteniendo un sollozo. Navarro le acarició el cabello.

—Magnífico. Y ahora, querida, la noche es joven. ¿Qué podemos probar?

Al despertar se encontró tendida en el lecho, desnuda bajo las mantas y muy dolorida. Junto a ella, Navarro dormía a pierna suelta, roncando. Permaneció tendida durante largo rato, intentando no pensar en los humillantes actos a que su esposo la había sometido, y visualizando la vida matrimonial que la esperaba, todos los años y las noches oscuras que el futuro le deparaba.

No pudo contener un gemido, pero se cubrió a toda prisa la boca y miró angustiada a Navarro, que no despertó.

Angela se levantó con gran sigilo y se deslizó a la habitación contigua sin que su marido despertase. Tomó un baño, sabedora de que jamás volvería a sentirse limpia, y en lugar del camisón se puso el traje de amazona por última vez. Sus movimientos eran mecánicos, carentes de emoción. Se trenzó el cabello sin darse cuenta de que los frágiles pétalos de buganvilla seguían atrapados en él, se escabulló de la casa silenciosa, ensilló a Siroco en el establo, lo guió hacia el límite del complejo, salió a los campos y enfiló el Camino Viejo, pasando junto a las charcas de brea y las ciénagas en dirección a los montes bajos y escarpados que se recortaban contra el cielo estrellado. No sabía adónde se dirigía ni por qué, sólo que se dejaba guiar por el instinto, el miedo y la humillación. Jamás podría revelar a nadie lo que le había sucedido esa noche. Siguió cabalgando pese a que le causaba dolor, o tal vez precisamente por eso, pues cada bote le recordaba lo que Navarro le había hecho y sin duda seguiría haciendo durante el resto de su vida conyugal. Angela sintió que su impotencia se trocaba en furia y cabalgó como si pretendiera llegar con Siroco hasta el fin del mundo.

Llegó a las colinas, rodeó el poblado donde los indios no bautizados seguían viviendo según las antiguas costumbres y recorrió un sendero hasta alcanzar una peculiar formación de cantos rodados en los que se veían unas extrañas marcas que, por alguna razón, ella sabía que simbolizaban el cuervo y la luna. Allí encontró la boca de un angosto cañón y, sin saber qué la había empujado hasta aquel lugar, condujo el caballo cuesta arriba.

Halló la cueva sin saber que estaba ahí y al entrar en ella la embargó una abrumadora sensación de familiaridad. «Ya había estado aquí», pensó.

Angela había acudido allí para descansar, pero ahora sabía que iba a escapar, que seguiría cabalgando hasta encontrar un lugar seguro en el desierto, lejos de Navarro y su crueldad.

Por fin, todas las lágrimas y los sollozos que se había visto obligada a contener brotaron en un torrente incontrolado. Se dejó caer sobre la tierra y lloró como si se le hubiera partido el

Librodot

corazón, rezando al mismo tiempo a la Virgen María mientras una voz susurraba en su mente: «No puedes escapar, hija mía. Ahora tienes obligaciones que no puedes eludir. Pero posees coraje, el coraje de tus antepasados.»

Angela se incorporó y ponderó aquel pensamiento mientras sus lágrimas remitían. Y entonces comprendió que no podía abandonar a su madre. No sólo le haría daño a ella, sino que deshonraría a toda su familia, y cabía la posibilidad de que Navarro echara a Lorenzo y Luisa.

En el silencio y la soledad de la cueva, Angela sintió que sus pensamientos y emociones se serenaban, como pájaros que tras el agitado día se posaran en una rama para pasar la larga noche. Y lo vio todo con inesperada claridad.

Ahora sabía lo que debía hacer.

Volvió junto a Siroco, que mordisqueaba hierba junto a la entrada de la cueva, desenvainó un cuchillo de la silla, regresó a la quietud oscura de la caverna, se cogió la larga trenza y la seccionó a la altura de la nuca. Le he arrebatado su poder, pensó mientras sentía el pelo como una serpiente en reposo entre los dedos y el aire fresco en el cuello ahora desnudo.

Al enterrar la trenza en la fría tierra de la cueva, no experimentó sensación alguna de triunfo, pues sabía que Navarro la castigaría por lo que había hecho. Pero no le había quedado más remedio que realizar aquel acto de desafío para salvar su espíritu, que sería el último que podría realizar contra su marido. Y sabia que el recuerdo de aquel instante la ayudaría a soportar los años venideros.

11

Los hombres reunidos en la elegante sala de juntas aquella despejada mañana transmitían seguridad en sí mismos. Seguros de su poder y sabedores de que dirigían el cotarro, lucían trajes caros y hablaban de golf. Algunos hablaban por el móvil, dos intercambiaban secretos bursátiles, Sam Carter daba instrucciones a la mujer encargada de redactar el acta de la reunión y un séptimo hombre, de largo cabello blanco trenzado, miraba estoicamente por la ventana de la sala, situada en el piso treinta de aquel edificio de la prestigiosa Century City. Sobre un aparador de caoba se veía una cafetera de plata, varias hileras de tazas de porcelana con sus correspondientes platillos, vasos de cristal llenos de agua y rodajas de limón, así como bandejas de embutidos, panecillos y fruta fresca. Las servilletas eran de hilo y los cubiertos, de plata. Se respiraba un ambiente de riqueza y exclusividad, y cuando Sam Carter consultó el reloj y comprobó que todos habían acudido, se sintió muy satisfecho de sí mismo. Él había convocado la reunión y no albergaba duda alguna acerca de su desenlace. Los apretones de mano y las promesas oficiosas eran garantía de ello.

—Muy bien, caballeros, creo que podemos empezar. Estoy seguro de que todos tenemos compromisos esta tarde.

—La doctora Tyler no irá a crearnos problemas, ¿verdad? —le preguntó en voz baja Wade Dimarco, que pensaba presentar su propuesta de abrir un museo en Topanga.

—Erica es empleada mía, Wade, y hará lo que yo le diga.

Además, Erica no estaba al corriente de aquella reunión; de eso se había cerciorado Sam. Cuando se enterara, ya sería demasiado tarde.

—No te preocupes —tranquilizó de nuevo a Dimarco, dándole una palmadita en la espalda—. Casi puedo garantizarte que esta reunión conducirá a un acuerdo de lo más amistoso.

Los presentes tomaron asiento, Sam les pidió que echaran un vistazo al orden del día que les habían distribuido, y en aquel momento llamaron a la puerta. Los siete hombres sentados a la mesa ovalada se sorprendieron al ver entrar a una mujer con actitud práctica y decidida. Sam y Wade Dimarco intercambiaron una mirada, Harmon Zimmerman adoptó una expresión disgustada, tres de los otros hombres la miraron sin reconocerla y Jared Black esbozó una

sonrisa.

Erica hizo caso omiso de ella.

—Espero no llegar tarde, caballeros —dijo con voz resuelta al cerrar la puerta tras de sí—. Hace muy poco rato que tengo conocimiento de esta reunión.

Llevaba un traje chaqueta azul marino compuesto de americana entallada, blusa blanca de seda, falda hasta la rodilla y zapatos cómodos. El reluciente cabello castaño le rozaba los hombros en un favorecedor estilo paje.

Sin esperar a que la invitaran se sentó en la única silla desocupada que quedaba, frente a Sam. Varios hombres se levantaron en ademán de cortesía. Sam le lanzó una mirada fulminante.

—Les presento a la doctora Tyler, mi ayudante. Está aquí en calidad de observadora —recalcó.

Erica entrelazó las manos sobre la mesa e intentó disimular su enojo mientras Harmon Zimmerman tomaba la palabra. Asimismo, evitaba mirar a Sam por temor a perder el dominio de sí misma y decir algo de lo que más tarde se arrepentiría, razón por la cual también evitaba mirar a Jared.

Harmon Zimmerman representaba a los residentes de la urbanización y respaldó su análisis de la situación con tablas y gráficas que distribuyó entre los asistentes en una avalancha de papel que pretendía conferir mayor peso a su causa. Erica no recibió ninguna de ellas, pues los hombres no esperaban la presencia de una octava persona. El hombre del cabello blanco y las trenzas indias, sentado a su derecha, compartió la documentación con ella.

Erica apenas oía las palabras de Zimmerman de tan furiosa que estaba. Sam y Jared se habían confabulado para que no se enterara de la reunión.

La mañana siguiente a la tiesta de los Dimarco, Erica se extrañó al ver que Sam enseñaba el campamento a Ginny y Wade Dimarco. Los acompañaban otras personas, un hombre tomando fotografías, otro anotando cosas en una carpeta. Erica había preguntado a Sam qué ocurría.

—Sienten curiosidad, como todo el mundo —fue su respuesta.

Los Dimarco no eran las únicas personas de relieve a las que Sam mostraba la excavación; era un honor tener acceso a un proyecto que el público no podía visitar. Sin embargo, la diferencia entre las demás visitas y la de Dimarco era que en ningún momento entraron en la cueva. ¿Acaso la cueva no era lo más importante? Aquel detalle dio que pensar a Erica, y al repasar mentalmente la fiesta de los Dimarco, de la que se marchó con tanta brusquedad, recordó de repente algo en lo que no había reparado de forma consciente en su momento: Sam y Wade Dimarco con las cabezas juntas como conspiradores.

Entonces nació su sospecha. Sam tramaba algo. En los días siguientes se mostró tal vez demasiado animado, demasiado alegre, como si pretendiera disimular su nerviosismo. Y aquella mañana, Erica lo había visto abandonar el campamento con su mejor traje y silbando más contento que unas pascuas. Al cabo de unos minutos, Jared también se fue, vestido de punta en blanco y con un maletín en la mano. Por suerte, la secretaria temporal de Jared seguía en la autocaravana. Erica le explicó que había perdido la dirección de la reunión y esperaba no llegar tarde: así supo que Jared y Sam se dirigían a un edificio de Century City y que el bufete donde trabajaba la secretaria les había cedido el uso de la sala de juntas para celebrar una reunión.

Mientras Zimmerman exponía que los propietarios estaban sufriendo una seria pérdida de beneficios porque la excavación obstaculizaba el litigio contra el promotor y las aseguradoras, Erica miró por fin a Jared y se preguntó si la noche de la tiesta, cuando ella le vendaba la costilla lastimada y él le hablaba de la trágica muerte de su esposa, ya tenía conocimiento de la reunión secreta. Mientras hacía que se sintiera falsamente segura. ¿habría ya sellado una alianza encubierta con los hombres presentes en la sala? porque Erica tenía una idea bastante clara de lo que urdían.

Barney Voorhees, promotor y constructor de la urbanización de Emerald Hills, tomó la

Librodot

palabra a continuación y se sirvió de numerosas diapositivas de mapas, apeos, concesiones, escrituras y permisos para demostrar que había construido la urbanización de acuerdo con toda las normas imaginable; y que legalmente no era culpa suya que el ayuntamiento no tuviera en sus archivos suficientes estudios geológicos. Asimismo, arguyó que la continuación de la excavación impediría cualquier progreso hacia una solución económicamente satisfactoria para todas las partes interesadas. Los arqueólogos lo estaban arruinando, declaró sin ambages.

Acto seguido, el representante de la Oficina Federal de Ordenación Territorial instaló un caballete y llevó a cabo una presentación muy bien preparada con gráficas y tablas, siempre en términos pecuniarios. como Zimmerman y Voorhees, para recomendar que el Estado de California detuviera los trabajos arqueológicos en Topanga y en su lugar desarrollaran un plan de conservación y protección para el cañón de Emerald Hills.

Cuando le llegó el turno a Wade Dimarco, impresionó a todos al amortiguar las luces y elevar el centro de la mesa, de modo que cada uno de los presentes se hallara ante un monitor. Su vídeo de diez minutos era una obra maestra de diseño por ordenador y efectos especiales que acompañaba al espectador en una visita virtual por el museo que proponía abrir en Emerald Hills. El narrador empleó más de una vez la expresión «beneficios para los contribuyentes de California». De nuevo se ponía de manifiesto la intención última, que cuanto antes se detuviera la excavación de la cueva, antes reportaría el nuevo museo indio beneficios económicos a las arcas de California.

El siguiente ponente fue el jefe Antonio Rivera, de la tribu de los gabrielinos, el hombre al que Jared había llevado a la cueva al inicio del proyecto con la esperanza de que pudiera identificar la filiación tribal de la pintura. Era un hombre de edad avanzada, rostro curtido surcado por miles de arrugas y pliegues, y ojos pequeños y atentos, que habló con gran solemnidad sobre los lugares sagrados de los indios estadounidenses. Hablaba con el peculiar acento híbrido de los barrios hispanos de Los Angeles, consecuencia de haberse criado en un hogar y un barrio de esa etnia, pero haber visto durante toda la vida películas y programas norteamericanos. El jefe Rivera distribuyó carpetas con fotografías en color de lugares sagrados situados en todo el sudoeste del país, todos ellos en diversos estadios de descuido, deterioro e incluso vandalismo, como era fácil observar.

—Porque nadie se molestó en protegerlos —observó con tristeza—. Mi pueblo es pobre y reducido. Estos eran nuestros templos —comentó al tiempo que levantaba con mano temblorosa la fotografía de un conjunto de cantos rodados sobre cuyos petroglifos místicos se veían pintadas escenas—. La cueva de Topanga era nuestro templo. Las paredes de piedra, el suelo de tierra y los símbolos son sagrados para nosotros. Por favor, devuélvannoslo.

Jared fue el siguiente. Los indios a los que representaba querían que el proyecto se interrumpiera para que pudieran enterrar a su antepasados en un cementerio indio. Lo que distribuyó entre los asistentes fue una solicitud seguida de miles de firmas, así como cartas de distintos jefes tribales apelando a la conciencia de todos los hombres religiosos, tanto indios como blancos. Su presentación fue conmovedora.

—Como algunos de ustedes saben, la Comisión en pro del Patrimonio Indio fue creada en 1976 para dar respuesta a los indios californianos que solicitaban protección para sus túmulos funerarios. Los albañiles descubrían restos humanos durante la construcción de viviendas y carreteras, pero hacían caso omiso de ellos y los dejaban pudrirse al sol. Los arqueólogos y coleccionistas aficionados acudían a llevarse dichos restos sin preocuparse en absoluto de los sentimientos de los pueblos nativos ni sus creencias religiosas. Además de destruir insensiblemente túmulos funerarios, los arqueólogos almacenaban los restos humanos en diversos lugares de California con vistas a futuros proyectos de investigación.

Paseó sus oscuros ojos por los presentes, deteniéndose una fracción de segundo más en Erica.

—Estos hechos eran la continuación del comportamiento observado hacia los indios entre 1850 y 1900, época en la que el noventa por ciento de la población india de California pereció

a causa de enfermedades, hambruna, envenenamiento o heridas de bala. Ni vivos ni muertos recibían los indios californianos el respeto ni la decencia que todo ser humano merece. Estoy aquí para procurar que esto no suceda en el caso de la Mujer de Emerald Hills. Queremos que sus restos sean retirados inmediatamente de la cueva para recibir sepultura en el cementerio indio que se designe.

Mientras Jared hablaba, Erica percibió que su cuerpo y su corazón reaccionaban al verlo y oírlo. Como mujer lo deseaba, pero su cerebro lo rechazaba. Se hallaba en una especie de montaña rusa emocional, recorriendo un camino que se había jurado no volver a seguir jamás. «Queremos adoptarte, Erica —dijo la madre de acogida, a quien Erica se había permitido llegar a querer—. El señor Gordon y yo queremos que seas nuestra hija»> Abrazos, besos, lágrimas y promesas. Y Erica, aquella niña de once años, urdía sueños y fantasías y daba alas a la esperanza al saber que por fin formaría parte de una familia de verdad, con un hermano pequeño, un perro y una habitación para ella sola. No más visitas al Tribunal de Menores, no más intentos de perseguir a las trabajadoras sociales, que cambiaban de trabajo como quien cambia de camisa. Y de repente: «Lo siento, Erica, no podrá ser. Y puesto que no podemos adoptarte, el señor Gordon y yo creemos más conveniente que vayas a otro hogar de acogida».

Y Erica había decidido que las esperanzas, como enamorarse, no valían la amarga desilusión en que siempre desembocaban.

Sam fue el último en tornar la palabra y se ayudó de sus propias tablas y gráficas para explicar el coste económico que la continuación del proyecto representaría para el contribuyente, así como las pérdidas que la excavación sufriría en comparación con el beneficio histórico.

—Es un pozo sin fondo —declaró mientras miraba a cada uno de los asistentes—. Un pozo sin fondo —repitió como si por fin hubiera hallado la expresión que buscaba.

Así pues, las sospechas de Erica con respecto a la reunión secreta quedaban confirmadas. Todos los hombres congregados en aquella sala querían detener el provecto de Emerald Hills por una razón u otra. Los propietarios querían recibir una buena recompensa por su pérdida. el promotor intentaba evitar la bancarrota, los indios pretendían controlar la cueva y quizás incluso gestionar una atracción turística muy lucrativa, los Dimarco, crear un museo que llevara su nombre. No sabía a ciencia cierta cuáles eran los motivos personales de Jared, si es que los tenía, y se dijo que no le importaba. Ella había acudido por una sola razón, y en ella debía concentrarse.

—Caballeros —dijo Sam, disponiéndose a cerrar el orden del día—, hemos escuchado los hechos y por lo visto, todos estamos de acuerdo, así que presento la moción. ¿Alguien la secunda?

Zimmmerman levantó la mano, pero antes de que pudiera hablar, Erica intervino:

—Error de procedimiento.

Siete rostros se volvieron hacia ella.

—¿A qué se refiere, doctora Tyler? —inquirió Sam con el ceño fruncido.

—No he tenido ocasión de exponer mi punto de vista. Sam enarcó las pobladas cejas.

—Doctora Tyler, usted trabaja para el Estado, y yo ya he expuesto el punto de vista del Estado. Hemos escuchado a todas las partes y estamos preparados para votar.

—¿Puedo preguntar dónde se ha publicado el orden del día de esta reunión?

Sam pestañeó y se sonrojó.

—Sin lugar a dudas, doctor Carter, sabrá usted que, en el Estado de California, si un organismo o comisión pretende emprender alguna acción, debe hacerla pública con antelación, pero no he visto el orden del día ni en el periódico ni en el vestíbulo del edificio. ¿Acaso debería haber buscado mejor?

Sam irguió los hombros.

—No se ha publicado. Esto no es más que una reunión preliminar, y para ello no es necesario hacer público el orden del día.

—Entonces tampoco puede efectuarse ninguna votación, ¿estoy en lo cierto?

Librodot

Sus ojos se encontraron por encina de la mesa ovalada mientras los demás asistentes aguardaban en silencio.

—Sí —asintió por fin su jefe.

—Así pues, tengo algo que decir.

Erica se levantó con actitud digna y empezó a hablar en voz alta y firme.

—Hemos escuchado muchas cifras y estadísticas. Hemos hablado de ecología, de derechos de los indios, de estudios de impacto medioambiental, de pérdidas y beneficios económicos. Hemos oído las exposiciones de representantes de las personas implicadas y del medio ambiente. Uno de ustedes —dirigió una respetuosa inclinación de cabeza al jefe Rivera— incluso ha hablado de la cueva. Yo, por mi parte, he venido a hablar de alguien que no puede hablar por sí misma, la Mujer de Emerald Hills.

—¿Cómo? —estalló Zimmerman—. Pero señora, ¿es que no le he escuchado? —preguntó, señalando a Jared—. Ha dicho que los indios quieren que les devuelvan los huesos. Los van a enterrar en un cementerio como Dios manda.

—Eso no hasta. Hace mucho, la mujer era conocida entre su pueblo, entre sus descendientes. Tiene derecho a recuperar su nombre. Eso es lo que...

—¡Pero si no es más que un montón de huesos, por el amor de Dios!

Erica miró a Zimmerman con expresión gélida.

—Señor, yo no le he interrumpido durante su presentación. _Puedo esperar la misma cortesía de usted?

Zinunernman se volvió hacia Sam.

—Creía que habíamos terminado. ¿Permitir que cualquiera entre aquí y alargue la reunión tanto como le dé la gana?

Antes de que Sam pudiera responder, otra voz intervino con serenidad:

—Pues a mí me gustaría escuchar los argumentos de la joven.

—Gracias, jefe Rivera —dijo Erica, volviéndose hacia el anciano. —A mí también —convino Jared con una sonrisa que Erica no le devolvió.

—Está bien, doctora Tyler —masculló Sam con aire huraño—. Pro-ceda, pero sea breve —advirtió mientras miraba el reloj de forma de-liberada.

Erica irguió los hombros.

—Caballeros, no he traído tablas ni gráficas, no llevo diapositivas, vídeos ni elegantes carpetas repletas de palabras caras. Lo único que tengo es esto.

Dicho aquello sacó del bolso un sobre de papel manila de veinte por treinta.

—Le importaría echarle un vistazo y pasarlo? —pidió al señor Voorhees, sentado a su izquierda.

Los demás esperaron, algunos impacientes, otros interesados, mientras el señor Voorhees abría el sobre y sacaba su contenido.

—¡Dios mío! —exclamó mientras miraba consternado la fotografía en blanco y negro—. ¿Es una broma?

—Le ruego que pase la fotografía, señor Voorhees.

El hombre se la pasó a toda prisa al representante de la Oficina de Ordenación Territorial.

—¿Qué narices es esto? —espetó éste al ver la imagen.

—¿Qué es, Erica? —terció Sam—. ¿Qué has traído?

Alargó la mano, pero la fotografía pasó a manos de Jared, cuya reacción no fue distinta a la de los otros dos hombres.

—Lo que están viendo, caballeros —explicó Erica—, es una fotografía del depósito de cadáveres municipal. Encontrarán el sello oficial al dorso. La imagen muestra a una mujer blanca de veintitantos años, encontrada en un campo hace tres días, supuestamente asesinada. Se desconoce su identidad, por lo que se la ha clasificado con el número 38.511. La policía intenta averiguar quién es.

Erica había contemplado la posibilidad de hacer copias para todos los asistentes, pero por fin concluyó que una sola tendría mayor impacto, pues cada uno de los hombres tendría que

afrontarla solo, y la víctima pasaría de mano en emano sin ni tan siquiera la compañía de sus hermanas clonadas. La fotografía era brutal y aterradora.

La víctima tenía los ojos cerrados, pero no parecía dormida. A todas luces no había abandonado este mundo de forma pacífica, pues en su antes hermoso rostro se advertían los vestigios de la violencia que debía de haber sufrido. Varias marcas de estrangulamiento destacaban de forma espeluznante en su cuello.

Jared se la alargó a Sam, quien apenas si le echó un vistazo antes de pasársela a Zimmerman.

—¡Dios mío! —exclamó el productor cinematográfico, dando un respingo como si Sam acabara de pasarle una serpiente.

—Esta joven yace desnuda sobre una camilla del depósito —prosiguió Erica—. Era la hija de alguien, tal vez la amada hermana o esposa de alguien. Merece, creo, que los suyos lloren por ella y la recuerden.

—Sigo diciendo que no es más que un montón de huesos —masculló Zimmerman.

—Bajo esta carne, señor Zimmerman —replicó Erica al tiempo que señalaba la fotografía del depósito—, también hay un montón de huesos, como dice usted. No veo la diferencia. Propongo que sometamos los restos de Emerald Hills a las pruebas genéticas necesarias para determinar...

—¡Pruebas genéticas! —atajó Wade Dinlarco—. ¿Se da cuenta de lo que costaría ese procedimiento al contribuyente?

—¿Y el tiempo que llevaría? —añadió Voorhees, el constructor.

—Sam, usted mismo ha dicho que el proyecto es un pozo sin fondo —gruñó Dimarco, ceñudo—. ¿Cuánto dinero y tiempo más vamos desperdiciar en él? —Se volvió hacia Jared—. Usted ha dicho que ya ha tomado medidas para el entierro del esqueleto, ¿no?

Jared asintió.

—La Confederación de Tribus del Sur de California desea hacerse cargo de los restos mortales de la mujer —dijo.

—No tenemos derecho a archivar a esa mujer por un puñado de dólares —objetó Erica—. Las pruebas históricas de la cueva indican que sus descendientes querían que fuera recordada y honrada. Co-misario... —miró a Jared mientras sacaba un papel del bolso—. ¿Me permite que le lea una cosa?

Los demás lanzaron resoplidos de impaciencia, pero Jared asintió.

-«La misión de la Comisión en pro del Patrimonio Indio consiste en proteger los sepulcros indios del vandalismo y la destrucción accidental, proporcionar el procedimiento necesario para notificar a los descendientes más probables el descubrimiento de restos humanos indios y objetos funerarios asociados, emprender acciones legales para evitar daños graves e irreparables a los templos sagrados, lugares ceremoniales, cementerios santificados y lugares de culto sitos en territorio público, así como llevar un inventario de los lugares sagrados.» He aquí la descripción de la misión de su propia comisión, señor Black.

—La conozco bien.

—Me ha parecido que necesitaba que le recordaran que su principal objetivo consiste en localizar al descendiente más probable. ¿No le parece que enterrar de inmediato el esqueleto contradice de forma frontal dicho objetivo?

Sostuvo en alto la fotografía del depósito, que acababa de volver a sus manos.

—Caballeros, lo expresaré de otro modo. ¿Preferirían que las autoridades no hicieran esfuerzo alguno por averiguar la identidad de esta mujer? -inquirió, mirando por turno a cada uno de los presentes—. Si fuera su esposa, señor Zimmerman, o su hija, señor Dimarco, o su hermana, Sam, ¿no querrían que las autoridades trataran sus restos mortales con respeto y dignidad, e hicieran cuanto estuviera en su mano para devolverlos a su familia?

Erica apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Dejen que acabe mi trabajo en la cueva. No tardaré mucho más. Una vez se autoricen las pruebas genéticas, sin duda obtendremos al menos la identificación tribal del esqueleto. Y

Librodot

puede que esa tribu, sea la que sea, cuente entre sus mitos con la historia de una mujer que cruzó el desierto desde el este. Puede que incluso conozcan su nombre.

Los ojos pequeños y penetrantes de Sam Carter escudriñaron el rostro de Erica y advirtieron en él la seriedad y la pasión de siempre. Ojalá la hubiera enviado de vuelta al Proyecto Gaviota para contar conchas.

—Nunca le darán la autorización, doctora Tyler —auguró—. Lo que propone significa gastar un monton de dinero de los contribuyentes en algo que éstos considerarán una pérdida de tiempo y recursos.

—Es que yo cuento con conseguir el respaldo de los contribuyentes—repuso Erica mientras sacaba del bolso un recorte de periódico-. Esta mujer ha accedido a ayudarme.

El recorte fue pasando de mano en mano hasta alcanzar a Sam, quien frunció el ceño al ver de qué se trataba. Sam conocía bien a la columnista de Los Angeles Times, una mujer que además era fundadora y presidenta de la Liga para Detener la Violencia contra la Mujer. Era famosa por publicar de vez en cuando fotografías de mujeres asesinadas sin identificar en su columna con la leyenda: «¿Me conoce?».

—Ha accedido a publicar una foto de la Mujer de Emerald Hills —anunció Erica.

Jared la alcanzó en el vestíbulo.

—Una presentación muy persuasiva, doctora Tyler —alabó. Erica se encaró con él.

-¿Realmente creían que se saldrían con la suya?

Jared abrió la boca de par en par.

—¿Cómo dice?

—Usted y sus amiguetes con su reunión secreta...

—¡Mis amiguetes! Pero ¿de qué está hablando? No era una reunión secreta.

—Entonces, ¿por qué no se me comunicó?

—Creía que lo sabía. Sam dijo que la había informado de la reunión, pero que usted no podía asistir —aseguró Jared.

En aquel instante se abrió el ascensor y de el salió Sam Carter en compañía de Zinmmerman y Dimmarco. Erica le cortó el paso.

—¿Qué pasa aquí. Sam? Quiero que me lo expliques.

Sam indicó a sus acompañantes que se adelantaran.

—Convoqué la reunión en interés de las otras partes, aunque no veo por qué tengo que darte explicaciones.

—Maldita sea, Sam, esto no ha sido una reunión preliminar. Ibais a votar. ¿verdad? Habéis quebrantado las normas de la Comisión de Little Hoover. Os habéis reunido a puerta cerrada para votar acerca de una decisión que afectará al público, pero sin avisar a la opinión pública.

Sam hizo ademán de alejarse, pero Erica no se lo permitió.

—Es por los Dimarco, ¿verdad? ¿Qué te han prometido? ¿El cargo de conservador de su nauseo?

—¿Qué insinúas? —masculló Sam con los ojos entornados.

—Cuando te vi con los Dimarco supe que pasaba algo. Pero puede que lo hubiera dejado correr si una mañana no hubiera ido a tu tienda a buscarte justo cuando te llegaba un fax. No soy una entrometida, pero cuando vi que el fax llevaba el sello oficial de California, supe que no era personal y consideré que tenía derecho a leerlo. Bien. ¿sabes una cosa, Sam? Era un informe desconcertante, pues estaba firmado por el Secretario de Recursos y, en esencia, era una carta que te autorizaba a «proceder a la votación sobre la acción propuesta». Por descontado, me pregunté de qué acción se trataría. ¿Acaso lo que estábamos haciendo, excavar la cueva, no era nuestra acción oficial? ¿Qué más podías querer hacer? justo entonces recordé que una vez me dijiste que te gustaría retirarte de la arqueología activa y encontrar un buen trabajo de oficina o en un museo. Qué casualidad que los Dimarco quisieran fundar un museo con su nombre.

—Así que fuiste al depósito de cadáveres —espetó Sam en tono disgustado— y sacaste la fotografía más fuerte que pudiste.

—¿Se te ocurre otra forma de combatiros? Vamos a publicar la columna, Sam, y apuesto lo que sea a que obtendré el respaldo de la opinión pública.

—¿Por qué significa tanto este trabajo para ti? —se exasperó Sam, extendiendo los brazos—. ¿Por qué pones en peligro tu empleo, tu carrera entera por esto?

—Porque hace años era tan vulnerable como la Mujer de Emerald Hills. Estuvieron a punto de aplastarme como a ella. No era más que un número, Sam, nadie se refería a mí por mi nombre. Estuve a punto de perderme entre las grietas de un sistema de protección de menores sin corazón ni alma, pero por suerte una desconocida intercedió por mí. juré que algún día le devolvería el favor haciendo

lo mismo por otra persona. Sam, voy a hacerlo de un modo u otro. Aunque tenga que ir a Washington y presentarme ante el Congreso, lo conseguiré.

—Pese a las objeciones de las tribus indias de la zona —explicó la voz del locutor por la radio del coche—, el gobierno federal confirmó ayer que las pruebas de ADN del esqueleto de Emerald Hills seguirán adelante. La decisión llega tras varios días de reuniones entre representantes de las tribus del sur de California, altos cargos del Departamento del Interior y del Departamento de justicia, así como la Comisión en pro del Patrimonio Indio del Estado de California. Los expertos en análisis genético arqueológico señalan que los procedimientos serán complejos y largos, y que cabe la posibilidad de que no aporten datos concluyentes para la determinación de la identidad tribal del esqueleto. La Confederación de Tribus del Sur de California critica la resolución y exige que los huesos vuelvan a ser inhumados.

Jared apagó la radio. Regresaba a Topanga tras pasar cinco días en Sacramento, donde había asistido a una reunión urgente de la Comisión, convocada porque Coyote y sus Panteras Rojas, en protesta por la excavación, habían escenificado un «corrimiento de tierras humano» en la autopista litoral, provocando retenciones de varios kilómetros. Asimismo, habían anunciado que intensificarían la lucha hasta que la cueva de su antepasada fuera sellada. Sam también había participado en la reunión. Tanto él como los Dimarco habían dado un giro de ciento ochenta grados al solicitar permiso para que los arqueólogos continuaran trabajando en la cueva hasta que se localizara al descendiente más probable. Los Dimarco aseguraban que su cambio de opinión no guardaba relación alguna con la prensa negativa y la presión de los grupos feministas resultante de la cruzada de Erica por mantener en marcha el proyecto. La fotografía del depósito de cadáveres, publicada en el Los Angeles Times junto a la del esqueleto de Emerald Hills, había surtido el efecto deseado.

Al apearse del coche vislumbró algo por el rabillo del ojo, un destello amarillo y púrpura entre los árboles. Era un tigre asiático bordado en una chaqueta.

Frunció el ceño. ¿Qué hacía Coyote por allí? El tribunal había emitido una orden para mantenerlos a él y su grupo alejados del complejo. Mientras lo observaba se dio cuenta de que los movimientos de Charlie eran sigilosos, furtivos. No paraba de mirar por encima del hombro en dirección a la cueva, y de repente Jared lo vio arrojar algo a la caja de una camioneta abierta.

—¡Eh...! —gritó Jared.

Pero Charlie ya se había sentado al volante y se alejaba a toda velocidad, levantando tras de sí una nube de tierra y polvo.

Jared echó a andar hacia la cueva, cada vez más deprisa hasta que se encontró corriendo. Tenía el presentimiento de que Charlie había cometido alguna fechoría y quien estuviera en la cueva corría peligro.

—Se parece a los fetiches sagrados que llevan los chamanes. Son objetos muy poderosos

Librodot

—explicó Erica a Luke.

Arrodillados en el suelo de la cueva, examinaban la pequeña piedra negra que habían encontrado dentro de una bolsita de cuero.

—Parece muy antigua —comentó Luke—. Doscientos o trescientos años.

—Si, pero lo curioso es que la encontramos al mismo nivel que la moneda de un centavo, lo que significa que esta piedra espiritual fue enterrada en o después de 1814. Es decir... —se volvió para mirar a su ayudante— después de la fundación de Los Angeles, lo cual indica que esta tribu seguía practicando sus rituales en la primera parte del siglo diecinueve.

—Erica? ¡Erica!

Miró la entrada de la cueva.

—¿Es Jared? —preguntó.

—Creo que sí. Y parecía un poco nervioso.

Erica se levantó de un salto y se sacudió el polvo de los vaqueros. Jared había vuelto de Sacramento! Una vez convencida de que no había conspirado con Sam y de que realmente creía que ella estaba al corriente de la reunión de Century City. Erica volvía a encontrarse en plena montaña rusa emocional.

Cuando seguía a Luke hacia la salida de la cueva, ansiosa por oír las noticias de Jared, por ver su sonrisa, por compartir su espacio con él, por experimentar la emoción secreta que desencadenaba su cercanía, el aire se estremeció con una explosión repentina y ensordecedora. La onda expansiva derribó a Erica una fracción de segundo antes de que un tremendo rugido hiciera temblar la cueva y todo empezara a desmoronarse.

—¡Luke! —grito.

La electricidad falló, y la caverna quedó sumida en la más absoluta negrura. El aire estaba cargado de polvo. Erica empezó a gatear a tientas por el lugar.

—¡Luke! —volvió a llamar entre accesos de tos.

Abrió los ojos cuanto pudo, pero ni un ápice de luz entraba en la cueva. Jamás había experimentado una oscuridad tan completa. Gateó con cuidado hacia adelante, alargando una mano mientras intentaba respirar. Por fin alcanzó un muro de roca que antes no estaba allí. Aguzó el oído. Del techo continuaba cayendo tierra y polvo. Erica inspeccionó a ciegas el muro. Más piedras cayeron del techo.

—!Luke? ¡Luke!

Pero lo único que oía era su propia respiración entrecortada en un silencio repentino que recordaba una tumba.

12

Marina
1830 d.C

«Te lo ruego, Dios —rezó Angela de Navarro en silencio—. Haz que todo salga bien mañana. Que el casamiento tenga lugar sin incidentes.»

Su hija predilecta se casaba por amor, un fenómeno casi milagroso. Pero Navarro era capaz de echarlo todo a perder; aun a aquellas alturas, podía estropearlo todo.

Angela nunca bajaba la guardia; así habían sobrevivido ella y sus hijos, gracias a su astucia y a que nunca bajaba la guardia. Sabía interpretar los estados de animo de su esposo, observar las señales y actuar en consecuencia. Si Navarro probaba la sopa y enarcaba una ceja, Angela se apresuraba a ordenar a la criada que se llevara aquel espantoso mejunje, pese a que, en el fondo, ella la encontraba deliciosa. Si uno de sus hijos pequeños ensuciaba al entrar en casa los bruñidos suelos de baldosas y Navarro fruncía el ceño al ver la por—quería, Angela se reprochaba en voz alta no haberse limpiado los zapatos antes de entrar para que la mano de Navarro se estrellara contra su mejilla en lugar de la del niño. Por fortuna. Navarro casi nunca

se percataba de la manipulación, pero para ello, Angela debía estar siempre atenta. Los pocos errores que había cometido sus hijos y ella los habían pagado caros. Una palabra dicha en mal momento, una mirada que no le hiciera gracia y ya sacaba el látigo para repartir azotes entre su esposa, sus hijos y los criados.

De ese modo, con los años Angela había aprendido a intuir el momento en que debía alejar a los niños de su presencia, a regañar justo antes de que él saltara, a criticarse a sí misma antes de que Navarro tuviera ocasión de hacerlo, a asumir la culpa de todo para que los siervos y los niños quedaran exentos de sus iras. Sabía cuándo sus muestras de sumisión lo aplacaban, cuando lo enojaban y cómo adaptarse a sus humores. No obstante, resultaba agotador pasarse la vida protegiendo a los niños de su violencia, impedir catástrofes y no exteriorizar jamás ninguna reacción ante los caprichos de Navarro. Pero cuando Marina se marchara por fin podría relajarse, aunque no sabía en qué ocuparía el tiempo sin más hijos que criar. Largo tiempo atrás había renunciado al sueño de cultivar cítricos y viñedos en el rancho. Los niños y su supervivencia siempre habían acaparado todo su tiempo y energía.

Mientras supervisaba con inquietud el caos reinante en la cocina, mucho más grande que la modesta cocina de los tiempos de doña Luisa y ahora calurosa y humeante a causa de la carne que los sirvientes asaban en grandes parrillas abiertas, mientras el pan y los cocidos se preparaban en enormes hornos colmena, Angela se tomó un respiro para mirar por la ventana. Con tantos preparativos aún pendientes para la boda del día siguiente, no había tenido tiempo de terminar el chocolate, de modo que ahora lo sorbió despacio, saboreando el espesor aterciopelado del brebaje hecho de cacao, azúcar, leche, almidón de maíz, huevos y vainilla, a fin de serenarse y decirse que todo iría bien.

Mientras miraba por la ventana dejó vagar sus pensamientos por los pastos y los campos, como tantas veces había hecho a lo largo de los años, recreándose en el recuerdo de los días en que montaba a Siroco, libre y feliz. En aquella época había menos árboles, menos vaqueros, menos gente en general. Ahora, el Camino Viejo estaba mucho más transitado, con carromatos, caballos y mulas que lo recorrían de forma constante. Recordaba la peculiar migración anual de los indios hacia el oeste para la cosecha de bellotas en las montañas, miles de indígenas cargados con todas sus posesiones que se dirigían hacia el mar como si respondieran a una llamada ancestral. Hacía ya muchos años que Angela no veía a ningún indio viajar hacia el oeste en otoño; se preguntó si aún recolectarían bellotas.

Recorrió con la mirada las inmensas manadas de ganado que levantaban polvaredas con sus cascos, y su agradable rememoración se vio interrumpida.

Navarro estaba agotando la tierra; no permitía que descansara y se revitalizara. Parecía olvidar que aquel ganado era importado de ultramar, por tanto no autóctono y que era necesario tomar precauciones especiales para conservar el equilibrio natural. Pero Angela no osaba sugerirle que redujera las manadas y dejara sin cultivar algunas hectáreas, pues sus palabras sólo le granjearían un bofetón.

Se recordó que aquel era un día gozoso, y para desterrar de sí las preocupaciones, miró hacia la ventana de Marina, situada en el muro sudeste de la cocina, donde la muchacha seguía a la espera.

Marina, de dieciocho años y locamente enamorada, observaba con atención el Camino Viejo, donde las carretas y los caballos que viajaban de Los Angeles a las cuevas de Santa Mónica se detenían en las charcas de brea. Angela sabía que su hija menor aguardaba a su prometido, Pablo Quiñones, un excelente platero nacido en California, pero de padres mexicanos.

Angela nunca había conocido a una muchacha tan enamorada. Marina se inclinaba hacia la ventana abierta como una flor en busca del sol, con el esbelto cuerpo casi tembloroso por la impaciencia. ¡Y la expresión de su rostro! Los ojos enormes, los labios entreabiertos, a la espera de que su amado Pablo apareciera por el camino. ¡Cuántas veces había entrado Marina corriendo en la casa, ruborizada y con los ojos brillantes tras haber estado sentada a la sombra del pimentero con Pablo! Allí pasaban horas juntos bajo la mirada atenta de una anciana

Librodot

carabina, charlando, riendo, pletóricos de vida. Era muy distinto al breve noviazgo de Angela y Navarro, cuando ambos permanecían sentados en silencio sin saber qué decir...

—Oh, mamá, Pablo ha estado en tantos lugares... —exclamaba Marina entonces—. ¡Ha estado en San Diego, imagínate!

Pero Angela no podía imaginárselo. Para ella, una ciudad a trescientos kilómetros de distancia era como una quimera a tres mil. ¿Qué atractivo podía encontrar eso para una joven de dieciocho años cuyo hogar y todo cuanto conocía estaban en el rancho?

Por supuesto, Angela no sabía que era estar enamorada. Hubo un tiempo, lejano ya, en que podría haberse enamorado de Navarro, pero aquella Angela había pasado a la historia.

Los repentinos gritos de los niños la sobresaltaron. Se acercó a la ventana que daba a los corrales, los rediles y los establos, y desde allí vio a sus nietos y nietas encaramarse a una valla para mirar a unos hombres montados a caballo que conducían a un oso pardo salvaje al corral.

Los vaqueros habían capturado a la bestia en los montes de Santa Mónica, desde donde lo habían arrastrado vivo hasta Rancho Paloma. A la noche siguiente lo enfrentarían con un toro bravo como parte de la celebración nupcial. El oso ofrecía encarnizada resistencia, enseñando los colmillos y agitando las garras, rugiendo con fiereza mientras los jinetes sujetaban las sogas y los caballos, exaltados, se encabritaban y levantaban gran cantidad de polvo. Los niños presenciaban la escena y aplaudían encantados.

Mientras contemplaba a sus nietos en lo alto de la valla como cachorros que presenciaban el espectáculo, una saludable jauría de niños con edades comprendidas entre los dos y los dieciséis años, Angela volvió a pensar en Marina y experimentó una mezcla de tristeza y felicidad. Tristeza porque su hija menor se casaría al día siguiente y abandonaría el hogar paterno, pero felicidad porque su nueva casa no se hallaba lejos.

Sería la última boda de la fimilia. La suya había sido la primera, treinta y ocho años antes, cuando se vio obligada a desposar con un hombre de mente fría y corazón helado. Casi cuatro décadas habían transcurrido desde que Angela se cortara la trenza en la cueva de las montañas, pero aún sentía los cardenales que le había producido la paliza del día siguiente, cuando Navarro despertó y descubrió que se había cortado el pelo. El castigo no había terminado ahí: Navarro siguió humillándola, inventando distintos modos de recordar a Angela una y otra vez quién era su amo. La obligaba a desnudarse, la ataba a una silla y la dejaba así toda la noche. La forzaba a realizar actos obscenos y degradantes, y ella los sufría todos en silencio porque sólo sucedían de noche y cuando estaban a solas. Por la mañana, cuando salía el sol, Angela casi lograba convencerse de que las crueldades de Navarro no habían sido más que pesadillas. Su esposo siempre procuraba que las señales de su brutalidad no fueran visibles, de modo que ni la doncella personal de Angela, que la ayudaba a vestirse cada día, estaba el corriente del asunto. Y cuando llegaba un momento en que Angela creía que no podría seguir soportando el tormento, pensaba en sus hijos, en lo bien que los mantenía Navarro, en la hermosa casa que había construido.

Angela no odiaba a Navarro; lo compadecía, porque no había amor ni por tanto, felicidad en su interior, y nadie lo amaba, ni siquiera sus hijos. Y en un sentido que no lograba expresar, también le estaba agradecida. Le estaba agradecida por los hijos que le había dado, por mantener su promesa de dejar a sus padres vivir en el rancho hasta su muerte, por convertir su anegado hogar en el más hermoso y próspero de Alta California. A cambio, ella había cumplido su parte del trato. A la edad de cincuenta y cuatro años, aún conservaba la belleza.

El bullicio y desorden de la inmensa cocina la arrancaron de su ensimismamiento. Un batallón de mujeres molía harina, preparaba tortillas, cocía verduras y amasaba pastas entre parloteos y risas, ¡y aún quedaba tanto por hacer! Los preparativos llevaban varias semanas en marcha. Primero tendría lugar la grandiosa procesión a caballo; los novios, ataviados con sus mejores galas, encabezarían el desfile por el pueblo de Los Angeles y regresarían al rancho, Marina tocada con un sombrero de ala ancha adornado con plumas y coloridas faldas de

Librodot

terciopelo, y Pablo vestido con chaqueta y pantalones bordados, montando su caballo cargado de plata. A continuación se celebraría el banquete de bodas entre la jacarandá importada, los claveros y los pimenteros, todo amenizado con mariachis, bailarines y fuegos artificiales.

Todos los miembros de la familia Navarro se habían dado cita para la ocasión. Los hermanos y hermanas de Marina, mayores que ella y ya casados, habían llegado acompañados de sus cónyuges e hijos. Incluso la hermana mayor de Marina, Carlota, que le llevaba dieciocho años, había realizado el largo viaje desde Ciudad de México con su segundo esposo, el conde D'Arcy, y su hija de seis años, Angélique.

Angela se detuvo a inspeccionar la salsa de chili rojo, compuesta de cebolla, ajo, pulpa de chili, orégano y harina que humeaba en una gran sartén. Probó un poco y frunció el ceño. Escogió un pequeño tomate fresco, lo picó a toda prisa y vertió los trocitos en la sartén. Ahora la salsa quedaría perfecta. Al dar la espalda a los fogones, Angela vio por la ventana a un hombre alto de semblante fiero que se dirigía al corral y bajaba a una de las niñas de la barandilla. Era Jacques D'Arcy; segundo esposo de Carlota y excesivamente cariñoso padre de Angélique, que había acudido para alejarla del cruel espectáculo del oso y llevarla a la sombra de un rosal, donde la sentó sobre sus rodillas y le puso una flor en el pelo.

Angela volvió a inquietarse. Navarro detestaba al segundo marido de Carlota. Cuando su primer esposo, un californiano elegido por el propio Navarro, murió en Ciudad de México, Navarro esperaba que su hija mayor regresara a Alta California y contrajera matrimonio con un ranchero del lugar. Sin embargo, Carlota había conocido y se había enamorado de un hombre cuya familia había huido de la Revolución francesa y hallado refugio en Ciudad de México. Navarro odiaba a los franceses y se negaba a dirigir la palabra a Jacques D'Arcy, quien, profundamente ofendido, declaró que Carlota era la única razón por la que accedía a quedarse.

Sintiendo un estremecimiento pese al calor, Angela paseó la mirada por el complejo en busca de Navarro. Unas copas de vino o un insulto imaginado bastarían para impulsarlo a retar en duelo a D'Arcy. Ya lo había hecho en una ocasión, y su adversario había perdido.

Mientras observaba cómo D'Arcy mimaba a su pequeña, Angela sospechó que no había venido a la boda tanto para complacer a Carlota, como para divertir a su pequeña «princesa». Angélique, llamada así por su abuela Angela, estaba al cuidado de una india azteca de expresión severa que era, más que una niñera, una curandera que conocía los secretos médicos de su civilización. Aquella mujer de rostro austero vestía ropas extrañas, una falda larga de colores y una túnica sin mangas de otro color que le llegaba a los muslos. Llevaba el largo cabello recogido en dos moños que parecían cuernos sobre su frente. Los lóbulos de sus orejas, perforados por pendientes de oro, eran tan largos que le rozaban los hombros. Carlota había explicado a Angela que aquella mujer procedía de un poblado cuyos moradores vivían según las costumbres de sus antepasados, antes de la llegada de Cortés, y poseían secretos medicinales que nunca habían revelado a sus conquistadores. Carlota y D'Arcy la habían contratado a causa de la enfermedad que aquejaba a Angélique, la misma que sufrían Angela y Marina.

De todos sus hijos, sólo Marina había heredado la maldición de los desmayos. ¡Pobrecita! La primera vez había tenido visiones aterradoras, tras las cuales lloró desconsolada y se aferró a su madre. Era un vínculo especial que las unía; nadie más comprendía qué era. Pablo Quiñones aseguraba a Angela que estaba dispuesto a cuidar de Marina cuando le sobrevinieran los ataques, pero Angela creía ser la única capaz de ayudarla. Por esa razón estaba encantada de que su hija se hubiera enamorado de un muchacho del lugar, ya que de ese modo no viviría lejos de casa.

No estaba bien que una madre tuviera favoritos entre sus hijos, pero el corazón de Angela poseía voluntad propia. Las hijas a las que más amaba eran la mayor y la menor. Carlota era la primera, nacida cuando Angela sólo contaba dieciocho años. Entre ambas habían nacido muchos, algunos de los cuales no sobrevivieron y yacían en el pequeño cementerio familiar bajo el pimentero. Estaban los muchachos fuertes y robustos, ahora ya hombres; tres de ellos

Librodot

tan arrogantes como Navarro, uno tímido y otro que se pasaba la vida riendo. Luego estaban las demás féminas, dos de ellas mujeres sensatas que habían contraído matrimonios ventajosos. En total, nueve hijos supervivientes de un total de catorce embarazos. Marina era la más joven, nacida cuando Angela contaba treinta y seis años. Desde entonces había concebido más, pero dos de ellos no habían llegado a cumplir el año, y Angela perdió al tercero durante la gestación. Después del aborto ya no pudo quedar embarazada, por lo que Marina era su «bebé», sobre todo tras la marcha de los demás.

Angela había oído el nombre de Marina en sueños cuando estaba embarazada de ella y antes de saber que era una niña. Era un nombre especial, pero en el sueño no lo había oído con claridad. Se veía a sí misma en un lugar oscuro y tenebroso, con una extraña pintura en la pared, unas manos enterrando con gestos febriles un crucifijo en la tierra, una voz lejana que la llamaba. ¿Marini? ¿Mamiri? Aquellos no eran nombres. ¡Marina! Ese era el nombre del sueño, un nombre precioso.

Incapaz de seguir soportando los chillidos de terror y rabia del oso, dio la espalda al pobre animal, que yacía de espaldas e intentaba liberarse de las sogas. De repente se le ocurrió una idea extraña. El oso no ha dado permiso para ser cazado y arrastrado hasta aquí a fin de divertirnos en la fiesta.

¿De dónde había salido aquel pensamiento? Lo cierto es que las cosas más extrañas acudían a su mente en los momentos más inesperados. Eran como desuellos o peces que saltaran a la superficie de un río para desaparecer de nuevo al cabo de un instante. En ocasiones, aquellos pensamientos erráticos eran tan raudos que los olvidaba de inmediato, no podía aferrarse a ellos. A veces se trataba de palabras, otras de imágenes.

Desterró la idea de su mente y volvió a concentrarse en la monumental tarea de dar de comer a tantos invitados y trabajadores.

Rancho Paloma se había convertido en una magnífica hacienda, una finca económicamente diversificada que empleaba a muchísimos trabajadores y combinaba la agricultura con los pastos y otras producciones. Navarro había cumplido la promesa que le hiciera la noche de bodas y se había enriquecido de forma espectacular. El pueblo de Los Angeles también prosperaba. Rancho Paloma tenía otros ranchos a su alrededor, como La Brea, La Ciénaga, San Vicente y Santa Mónica. Y más lejos, los ranchos más extensos de Los Palos Verdes, San Pedro, Los Felis, cientos de miles de hectáreas en manos de familias de ilustres nombres, tales como Domínguez, Sepúlveda y Verdugo. La población del lugar ya ascendía a ochocientas almas.

Al ver que Marina apoyaba de pronto la mano en el marco de la ventana con ademán angustiado, se asomó para comprobar qué había sobresaltado a su hija. ¿Había llegado Pablo? No, el jinete que en aquel momento cruzaba la verja no era Quiñones, sino un estadounidense con el que Navarro hacía negocios últimamente.

Era Daniel Goodside, capitán de navío, un hombre que, por razones que no lograba expresar, ponía nerviosa a Angela.

Los negocios de Navarro con los gringos habían sido ilegales hasta poco tiempo atrás, cuando se reunía en secreto con comerciantes norteamericanos en las cuevas de Santa Bárbara para cambiar pieles de buey por oro. Pero ahora, las transacciones eran legales y se efectuaban sin tapujos. Paradójicamente, Navarro despreciaba a los estadounidenses más aún que a los franceses, pero los consideraba un mal necesario; a sus ojos eran poco más que parásitos, pero al mismo tiempo constituían una excelente fuente de comercio e ingresos. A Angela los gringos se le antojaban una raza peculiar. Recordaba al primero de ellos, llegado a Los Angeles doce años antes, cuando California aún se hallaba bajo dominio español. Joe el Pirata había sido capturado durante una incursión ante la costa de Monterrey. En cuanto sus captores supieron que era un ebanista de gran talento, lo eximieron de acabar entre rejas y lo enviaron a Los Angeles para supervisar la construcción de una nueva iglesia en la plaza. A la sazón, Angela contaba cuarenta y dos años, y era la primera vez que veía a una persona de cabello rubio. Los habitantes del pueblo se agolpaban alrededor de la obra mientras los indios traían

Librodot

madera de las montañas y el forastero alto y rubio daba órdenes. Una vez terminada la iglesia, Joseph Chapman se casó con una señorita mexicana y se estableció en Los Angeles. Siete años más tarde, después de que España renunciara al dominio de California, un montañés llamado Jeddeiah Smith se presentó en la misión de San Gabriel, pero no fue detenido porque la entrada de extranjeros en California ya no era ilegal.

Ocho años antes, cuando los habitantes de California tuvieron noticia de que México se había escindido de España, prometieron lealtad al gobierno mexicano, que de inmediato abrió la provincia al comercio internacional con navíos británicos y estadounidenses. Las pieles y el sebo se convirtieron en los elementos principales de la economía. Rancho Paloma enviaba pieles de toro a Nueva Inglaterra, donde se fabricaban sillas de montar, arneses y zapatos, mientras que el sebo procedente del rancho se fundía para hacer velas. El abundante comercio atraía cada vez a más gringos a California, por lo que en la actualidad, verlos por las calles de Los Angeles no era nada inusual.

Angela se preguntaba qué pensaría su madre, doña Luisa, de aquellos cambios mientras descansaba en su tumba del cementerio familiar. Luisa murió el año en que México se separó de España, como si los vínculos con su amada patria hubieran quedado cortados de forma irreparable y ya no quisiera seguir viviendo. Luisa contaba sesenta y nueve años a su muerte. Lorenzo también fue enterrado en el camposanto familiar tras morir a causa de una reyerta relacionada con el juego.

Angela observó al capitán Goodside mientras desmontaba y se quitaba el sombrero. Al igual que Joe el Pirata, tenía el cabello de color trigo maduro.

—Pablo vendrá —aseguró a Marina al ver la expresión de su rostro.

La muchacha llevaba toda la mañana esperando a su prometido, pero por la verja del rancho sólo habían cruzado forasteros.

—Oh, mamá —suspiró Marina antes de dar la espalda a la ventana y salir a toda prisa de la habitación.

Tras cambiar una mirada con Carlota que supervisaba la confección del dulce de calabaza y recordaba bien lo que significaba tener dieciocho años y morirse de impaciencia, Angela salió de la cocina y se dirigió a la columnata exterior, cuyas esbeltas arcadas daban a unos jardines repletos de flores, arbustos, sauces y pimenteros. Se detuvo un instante a inspeccionar una hilera de sillas ocultas bajo una manta.

Las sillas eran un regalo de boda sorpresa para Marina y Pablo, un juego de butacas tapizadas antiguas hechas en 1736 al estilo de otro juego realizado para el Palacio Real de Madrid. De marcada influencia Luis XV, las piezas eran de palo de rosa con incrustaciones de ébano y tapicería de seda púrpura con bordados y ribetes de oro. Doña Luisa las había traído a México en 1773 y Las hizo transportar a Alta California en bueyes junto con todas las demás piezas de su mobiliario después de casarse con Lorenzo. Habían sido consideradas las piezas más exquisitas de la provincia, y a partir de ahora pertenecerían a Marina.

Mientras caminaba a lo largo de la arcada vislumbró a tres hombres junto a los establos, admirando un caballo que Navarro acababa de adquirir. Pese a haber rebasado los sesenta y tener la cabellera completamente cana, Navarro seguía siendo fuerte como un toro. Angela comprobó que su futuro yerno Pablo estaba con él, un muchacho de rostro aniñado, de corta estatura y proclive a la corpulencia. Se preguntó si Marina sabría que había llegado. Entonces vio que el tercer hombre era el capitán Goodside, un poco más alto que Navarro, con el peculiar sombrero de paja de ala ancha calado sobre los ojos.

Observó a los tres hombres e intentó adivinar el estado de ánimo de Navarro. En cierta ocasión había cancelado una boda por un capricho de última hora, dejando a su hijo sumido en una silenciosa furia y a la familia de la novia amenazando con actos violentos. Sin embargo, no detectó rasgos tenebrosos en la conducta de su esposo. De hecho, Pablo Quiñones le estaba haciendo reír.

En aquel momento vio a Marina, que oculta a la sombra de una pérgola observaba a los hombres. Angela se inquietó: sabía que su impulsiva hija anhelaba correr hacia Pablo, pero ya

Librodot

tendría tiempo de ceder a sus arrebatos cuando estuvieran casados. Ten cuidado, hija mía, le advirtió en silencio. No dejes que te vea tu padre.

Algo en Navarro detestaba la felicidad de los demás, incluso la de sus propios hijos. El exceso de gozo lo amargaba.

Angela reparó en que el gringo volvía a llevar consigo la cajita cuadrada. La llevaba a todas partes, colgada del hombro con una correa de cuero. ¿Qué podía ser tan importante como para no separarse jamás de ello? Pese a que los estadounidenses tenían permiso para entrar en California, Angela no confiaba en ellos. Tras años de comercio ilegal, un hombre no se volvía honrado de la noche a la mañana.

Cuando estaba a punto de regresar a la casa, vio por el rabillo del ojo una figura que se acercaba por el Camino Viejo. Era un padre de la misión, que venía ataviado con su hábito marrón franciscano y montado en una ulula. Al ver que tiraba de las riendas del animal y escudriñaba los rostros de los vaqueros, Angela supo por qué había venido: algunos de sus indios debían de haberse escapado.

Era fácil encontrar hombres dispuestos a trabajar las mil seiscientas hectáreas de Rancho Paloma. Los indios preferían la vida ranchera a la de la misión, y muchos abandonaban las misiones para establecerse en los pueblos. Buena parte de los varios centenares de habitantes de Los Angeles necesitaban criados y braceros. A fin de evitar que los padres misioneros perdieran a sus indios, pues en tal caso no quedaría nadie para cuidar del ganado y los viñedos pertenecientes a la Iglesia, así como para tejer las telas y confeccionar las velas que los padres necesitaban, el gobernador de California había decretado diez azotes para los indios bautizados que se encontraran en los pueblos sin autorización previa de los padres.

Mientras veía desmontar al visitante, Angela pensó que los religiosos tal vez estuvieran librando una batalla perdida de antemano. Se rumoreaba que las autoridades mexicanas abolirían el sistema de misiones que tanto había complacido a los españoles y venderían la tierra a particulares. ¿Adónde irían entonces los indios? Casi todos llevaban toda su vida en las misiones y no conocían ninguna otra existencia. Ahora bien, Angela debía reconocer que no comprendía a los indios; para ella no eran más que figuras que se fundían con el paisaje, hombres con sombrero y poncho, mujeres con faldas largas y chales. Las luchas entre californianos e indios por la tierra eran encarnizadas. Poco antes, los indios habían atacado un rancho de San Diego y secuestrado a las hijas del propietario, de las que no se había vuelto a tener noticia. En Santa Bárbara había tenido lugar un levantamiento chumash, y los indios temecula se habían lanzado al pillaje en San Bernardino.

Por el modo en que el padre examinaba el rostro de todos los indios, supo que buscaba a uno en concreto. Se protegió los ojos del sol y recorrió con la mirada los jardines donde varios hombres arrancaban malas hierbas y esparcían abono, los corrales, los establos, la vaquería, los graneros los cobertizos de curtido y la lavandería. Todo el lugar era un hervidero de actividad. Al pasar junto a la prensa de aceitunas vio a un anciano que con gran paciencia se dedicaba a convencer al burro para que diera vueltas y más vueltas y así la roca aplastara las olivas. Era un hombre encorvado de pelo blanco al que Angela no conocía. Cuando se volvió y su rostro quedó iluminado por el sol, distinguió con toda claridad sus facciones indias.

Antes de que pudiera reaccionar, el anciano alzó la mirada, vio al padre, quedó paralizado un instante y por fin echó a correr.

El sacerdote se levantó la sotana, dejando al descubierto los pies calzados con sandalias, y se lanzó a la persecución al tiempo que ordenaba al hombre que se detuviera. Al cabo de un instante, trabajadores, miembros de la familia y visitantes acudieron presurosos para averiguar la razón del alterado estado del padre.

Angela fue la primera en llegar junto a los dos hombres. El sacerdote había acorralado al indio bajo el arco que conducía a la lavandería. El anciano había caído de rodillas y levantaba las manos entrelazadas en un ademán de súplica.

—¡Por favor, padre! —exclamó Angela sin resuello—. No lo tratéis con tanta dureza.

—Este hombre es un cristiano bautizado, señora, y pertenece a la misión —explicó el

sacerdote antes de añadir con más calma—: Son como niños, señora. Necesitan disciplina. Cuando educabais a vuestros hijos, ¿no los castigabais cuando hacía falta?

—Pero este hombre es viejo, padre, y está asustado.

Angela se sobresaltó al notar que el anciano le tiraba frenético de la falda y le pedía ayuda en una mezcla de español y su lengua materna. A todas luces, estaba aterrorizado.

—¿No podéis permitir que regrese a su pueblo, padre? El sacerdote meneó la cabeza con tristeza.

—Cuando la familia Sepúlveda obtuvo la cesión de las tierras de San Vicente y Santa Mónica, despejaron la tierra para convertirla en pastos. Este hombre fue sorprendido hurgando entre las ruinas de un pueblo cercano a las colinas. Iba desnudo, señora, y estaba medio muerto de hambre. Nos lo trajeron para que le diéramos de comer, lo vistiéramos y lo llevásemos por el camino de Jesucristo.

Angela miró al sacerdote y se dijo que no era un mal hombre.

Luego bajó la vista hacia el anciano y pensó que sólo quería la libertad.

De repente se le ocurrió la idea de que tenía poder suficiente para salvarlo. Si le decía al padre que quería conservar al anciano en la hacienda, el sacerdote le haría caso; a fin de cuentas, era la esposa de Juan Navarro.

Pero en aquel momento vio a Navarro acercarse al lugar con expresión furiosa. Ya había evaluado la situación y el papel que Angela desempeñaba en ella. Dio permiso al padre para llevarse al viejo indio y ordenó a los curiosos que se dispersaran. Una vez solos bajo la arcada, después de que Pablo fuera junto a Marina y el gringo se retirara discreto a los establos, Navarro agarró a Angela con tuerza del brazo.

—Las decisiones las tomo yo, no tú —masculló en voz baja—. Me has humillado.

Marina atravesaba con sigilo el patio. Su esbelto cuerpo proyectaba una fina sombra a la luz de la luna mientras caminaba en silencio a lo largo de los muros de piedra, procurando no perder pie ni tropezar con ninguna herramienta. La aterraba pensar en el castigo que le sería infligido si su padre descubría sus intenciones. Pero Marina no pensaba con la cabeza: era el corazón el que la había impulsado a salir de la casa a aquella hora intempestiva, el joven cuerpo febril de amor, la mente abrumada por el pensamiento de la ceremonia que tendría lugar al día siguiente y la posterior noche de bodas.

Rodeó el matadero, donde durante el día desollaban y descuartizaban el ganado para luego limpiar sus pieles y secarlas al sol. De noche, el olor no era tan penetrante, y las moscas dormían. Las únicas pruebas de las sangrientas actividades del día eran las grandes pilas de pieles tiesas, «dólares gringos», que esperaban, ser transportadas a los navíos mercantes. Delante de la fundición de sebo se veían las enormes ollas de hierro donde la grasa de los toros sacrificados se fundía para fabricar velas y jabón, que luego se guardaban en grandes bolsas de cuero para comerciar con las naves extranjeras. Marina entró en el cobertizo, de cuyas techo y paredes pendían cientos de bujías esbeltas. En el centro de la estancia se alzaba el desgarbado molde, con sus brazos de madera envueltos en cuerdas cubiertas con distintos grosores de sebo. El aparato estaba en silencio, pero durante el día su crujido jamás cesaba mientras un indio lo hacía girar, lo inclinaba y mojaba los brazos en sebo, fabricando así cielitos de Velas al mismo tiempo.

A Marina le parecía irónico que una habitación tan llena de velas estuviera sumida en la oscuridad.

—¿Estás aqui? —susurró—. ¿Has venido, amor mío?

Unos tacones de bota arañaron el suelo de piedra. Al cabo de un momento se encendió una cerilla, y un farolillo cobró vida en las tinieblas.

Marina lanzó un suspiro al ver al hombre que estaba ante ella, el gringo, Daniel Goodside. Quedó un instante paralizada por la visión, la luz mortecina creando un halo en torno a su cabello rubio, los ojos azules brillantes como el cielo a mediodía, los labios entreabiertos

Librodot

como si estuviera sorprendido. Recorrió la pequeña distancia que los separaba y se arrojó a sus brazos, recibiendo hambrienta su beso y aferrándose a él desesperada, como si no quisiera soltarlo nunca más.

Nunca olvidaría el día, tres meses antes, en que salió a montar y se topó con un desconocido en el confín más alejado de la finca, un hombre sentado en un taburete y dibujando en un gran libro. Su chaqueta yacía pulcramente doblada sobre la hierba, su camisa refulgía blanca al sol, y un amplio sombrero de paja ocultaba sus facciones hasta que, al oir sus pasos, se volvió, se levantó despacio y se quitó el sombrero, dejando al descubierto una cabellera del color del trigo maduro y ojos color aciano. ¡Y aquella barba! Suave como el vellón, corta y enmarcando una sonrisa misteriosa. Llevaba la corbata aflojada y bajo ella se adivinaba el cuello quemado por el sol. La tela de sus pantalones se tensaba sobre sus piernas fuertes y musculosas. Parecía un dios.

¡Y la saludó en español!! Marina siempre había creído que los gringos sólo hablaban inglés, pero aquel hombre hablaba su lengua casi sin acento. Era más que un dios; era un mago, un hechicero. Aquel primer día, un silencio magnético quedó suspendido entre ellos mientras la brisa estival le agitaba el cabello rubio como el sol y Marina sentía que el corazón se le henchía en el pecho como una campánula abriéndose a la mañana.

—Perdonad que os mire con tanta fijeza, señorita —se disculpó entonces el desconocido—, pero cuando visité el pueblo de Los Angeles, me pregunté a qué ángeles se refería el nombre. Y ahora ya lo sé.

Entre las velas del cobertizo, Marina se abrazó a él con más fuerza, inhalando su aroma, sintiendo sus fuertes manos, escuchando su voz profunda mientras le preguntaba en un susurro qué debían hacer. Al oír aquellas palabras, Marina percibió un nudo en la garganta que apenas la dejaba respirar. Durante tres meses había conocido el gozo y la desgracia, la incertidumbre y los sueños. Había creído amar a Pablo, pero entonces conoció a Daniel. Sin embargo, estaba prometida a Pablo, y el milagro por el que había rezado cada noche, quedar libre de aquella promesa, no se produjo. Y el barco de Daniel zarparía con la marea del día siguiente.

—Moriré —gimió contra su pecho—. No puedo vivir sin ti.

—Yo tampoco, queridísima Marina —repuso él mientras le acariciaba el pelo y se maravillaba de estrechar a aquel ángel entre sus brazos—. Dios me ha elegido para que difunda Su palabra por tierras lejanas, y necesitaré tu fuerza y tu delicadeza para seguir tan difícil camino. Antes de conocerte sabía lo que era el miedo. Contemplaba el mar y temblaba ante la idea de caer en manos de los bárbaros. Pero entonces tú, con tu alma amable y generosa, entraste en mi vida para darme serenidad. Cada día me recuerdas la gracia de Dios y que nunca estamos solos. El futuro me depara crueles ordalías, y temo fracasar sin ti.

Durante tres gloriosos meses habían urdido juntos un hermoso sueño mientras caminaban cogidos de la mano por la ciénaga para no ser vistos. Daniel le hablaba de las maravillas del mundo, y Marina las veía con los ojos de la mente. Cuando Daniel le hablaba de todas las cosas que le mostraría, Marina le creía. Durante un tiempo habían vivido sumidos en la fantasía, pero la realidad era inevitable, al igual que su boda con Quiñones. El día fatídico había llegado, y la fantasía tocaba a su fin.

Marina contuvo el aliento. Sabía lo que se avecinaba, las palabras

prohibidas aún no escuchadas, pero que Daniel sin duda pronunciaría a continuación.

—Huye conmigo. Sé mi esposa.

El amor se apoderó de ella como una ola del océano, pero con el amor llegó el dolor, el miedo, la pena. No deseaba nada tanto como ser la esposa de Daniel y recorrer el mundo con él, pero sabía el precio que alguien pagaría por un acto tan egoísta.

Se apartó a regañadientes, reacia a abandonar el círculo protector de sus brazos, pero sabedora de que necesitaba crear cierta distancia entre ellos para decir lo que tenía que decir.

—No puedo irme contigo, Daniel. Mi padre es un hombre orgulloso y colérico. Su ira no conocería límites si lo desafiara y deshonrara a la familia.

Librodot

—Pero estarías muy lejos de él, Marina.

—No temo por mí, pero castigaría a mi madre por mi transgresión. La castigaría con severidad y durante el resto de su vida. ¿Cómo podría ser feliz contigo sabiendo eso, Daniel?

—El amor es un misterio —murmuró Daniel, rodeándole el rostro con las manos—. Nunca pide permiso para entrar.

La besó de nuevo, esta vez con más intensidad, y el cuerpo de Marina reaccionó en consecuencia.

—Dios del cielo —masculló Daniel con voz ronca, consciente de que habían llegado a una frontera peligrosa.

Seria tan fácil... El suelo estaba cubierto de paja y nadie se enteraría nunca.

—No puedo hacerlo —le susurró al oído—. No puedo poseerte así. Si no podemos ser marido v mujer, me conformaré con tus besos.

Se abrazaron de nuevo, y a lo lejos oyeron los lastimeros rugidos del oso pardo y el tintineo de las cadenas mientras intentaba liberarse de ellas.

Marina lloró durante unos minutos y se apartó para contemplar a Daniel una vez mis.

—Debo irme: mi padre podria sorprendernos.

Pero Daniel la asió por los hombros.

—Estaré en casa de Francisco Márquez hasta medianoche de mañana y partiré con la marea. Ruego de todo corazón, amada mía, que halles la fuerza necesaria para venir a mi. Pero si no vuelvo a saber de ti, aceptaré que es la voluntad de Dios que no estemos juntos. Y si te casas con Quitiones, te desearé larga vida y felicidad. Nunca te olvidare y nunca amare a nadie tanto como te amo a ti, mi querida. queridísima Marina.

—¡Mamá, ven, date prisa! Algo le sucede a Marina. ¡Creo que le ha dado uno de sus ataques!

No hacía falta que Carlota añadiera nada más. Angela salió como una exhalación de la cocina, donde las criadas se afanaban en llenar copas de vino para los invitados que iban llegando. La ceremonia nupcial empezaría una hora más tarde.

Al entrar en el dormitorio de Marina encontró a su hija tendida de bruces sobre el lecho, sollozando desconsolada. ¡Y todavía no se había puesto el vestido de novia!

Angela despachó a los demás, incluida Carlota, que había acudido en un principio para ayudar a Marina a vestirse, y con delicadeza incorporó a su hija menor.

—Te encuentras mal, hija mía? ¿Quieres que vaya a buscar el láudano?

—No estoy enferma, mamá. Tengo el corazón destrozado. Angela le enjugó las lógrinas.

—Pero éste debería ser el momento más feliz de tu vida. ¿Por qué lloras? Cuéntamelo, hija.

Marina se arrojó en brazos de su madre y se lo confesó todo entre sollozos. Angela la escuchaba asombrada. ¿Que Marina estaba enamorada del estadounidense? ¿Cuándo habían tenido tiempo y ocasión de enamorarse?

—Marina —dijo con firmeza al tiempo que apartaba de sí a la joven para escudriñarle el rostro—. Dime la verdad... ¿Has estado a solas con él?

Marina bajó la cabeza.

—Durante la siesta, cuando todos dormían.

—¿Has estado a solas con un gringo?

—¡Es un caballero, mamá! Sólo hablábamos. ¡Y qué conversaciones tan maravillosas! —exclamó Marina, empezando a hablar con tanta rapidez que Angela enmudeció, atónita—. Daniel no es comerciante como otros gringos, mamá, es explorador. Viaja por todo el mundo, ve lugares nuevos, fabulosos, y los pinta, mamá, como recordatorio de los pueblos a los que conoce. Me ha hablado de un lugar donde la gente monta unos grandes animales con joroba, y de una tierra donde la gente vive en casas hechas de nieve.

—Tonterías, Marina.

Librodot

—¡No, mamá! No son lugares imaginarios, sino reales. Y quiero verlos, quiero viajar a China, India y Boston. Quiero beber té y café, llevar capas y turbantes, bailar alrededor de una hoguera, ir en trineo... Tú y yo sólo hemos visto la nieve de lejos, mamá, en la cumbre de las montañas, pero Daniel ha caminado por ella, ha dormido en ella.

Marina asió las manos de su madre con las suyas, febriles.

—Daniel me ha descrito edificios tan altos que se pierden en las nubes, iglesias grandes como ciudades y palacios de cien habitaciones. Ha recorrido caminos de dos mil años de antigüedad, mamá, y hay un río llamado Nilo con unos leones de piedra gigantescos que fueron construidos por seres míticos en la noche de los tiempos.

Angela apenas comprendía las palabras de su hija, pero las palabras carecían de importancia. Lo que la impresionaba era la luz que veía en los ojos de Marina, la luminiscencia de la juventud y el optimismo, el ansia de conocimiento y aventura, una luz que Angela jamás había advertido en sus propios ojos ni en los de ninguno de sus otros vástagos.

Y entonces comprendió la realidad de lo que decía Marina. ¡El estadounidense quería llevársela lejos!

—Qué tienen esos lugares que no tengamos aquí?

—Mamá, cuando contemplas el horizonte, ¿no te preguntas qué hay más allá?

De repente, Angela se enfureció con Goodside por llenar la mente de Marina de tonterías.

—No hay nada más allá del horizonte. Sólo existe este mundo, nuestro mundo. Lo que hay más allá pertenece a otras personas, no a nosotros. Aquí está nuestro corazón, aquí es donde ansia vivir nuestra alma.

—Tu alma, mamá, no la mía.

Aquellas palabras la golpearon con tremenda fuerza. «¿Soy yo la única que escucha la poesía de los árboles cuando el viento susurra por entre sus hojas? ¿Soy yo la única cuyo corazón responde al chillido del halcón de cola roja? ¿Soy yo la única que no teme a los terremotos, que imagina que no son más que viejos gigantes que se dan la vuelta mientras duermen?», pensó.

—Mira, mamá —suspiró Marina mientras se arrodillaba, cogía una caja de debajo de la cama y sacaba de ella grandes papeles cuadrados cubiertos de coloridas imágenes—. Son acuarelas, mamá. Mira la belleza que crea Daniel.

Angela estaba fascinada. El gringo no sólo había captado en sus pinturas la apariencia de California, sino también su esencia. Con—templando los paisajes podía oler el calor del verano, oír el zumbido de los insectos, saborear el aire seco. Había pintado una pareja de codornices con las plumas de la cabeza casi rozándose. También el sereno y azul Pacífico, con unas velas blancas en el horizonte. Eran pinturas delicadas, creadas por un corazón lleno de amor, se dijo Angela.

—Daniel dice que el sol de California no se parece a ningún otro del mundo. Dice que es más penetrante y puro, y que los colores cobran vida a su luz —explicó Marina en voz baja—. Mi Daniel es un artista.

Angela la miró con sobresalto. ¿Mi Daniel? Fuera, los músicos afinaban sus instrumentos, y los invitados se saludaban a voces. Angela sintió de repente un terrible presentimiento.

—Pero piensa en Pablo, Marina. Es un muchacho bueno que te dará una buena vida —señaló, detectando el pánico en su voz.

El corazón le latía con violencia. Si Navarro se enteraba de aquello...

Marina inclinó la cabeza.

—Lo sé, mamá, y me casaré con él.

—Te casarás con Pablo a pesar de todo lo que me has contado? Marina tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Me casaré con Pablo porque así lo he prometido. No te des—honraré, mama.

—Pero... no serás feliz.

—Mi corazón siempre pertenecerá a Daniel —admitió Marina con la cabeza gacha—, pero Pablo es un buen hombre, e intentaré ser una buena esposa para él.

Librodot

Angela contempló la cabeza inclinada de su hija y se maravilló de que ella y Navarro pudieran haber engendrado un espíritu tan bello y fuerte.

—Entonces debes vestirte antes de que los demás empiecen a extrañarse.

Mientras apartaba la caja de costura que la modista había traído para efectuar retoques de última hora en el vestido de novia, recuerdos ya lejanos asaltaron a Angela. Recordaba a su madre haciendo el equipaje para el viaje a España, su desazón al enterarse de que no podían partir. De hecho, pensó, tal vez aquel viaje no sólo estaba proyectado en beneficio de doña Luisa. Por aquel entonces, Angela, que contaba solo dieciséis años y vivía en su universo particular, había creído que su madre quería realizar el viaje por motivos propios, pero ¿acaso no le había dicho que quería una vida mejor para su hija? Recordaba que Luisa se había tornado cada vez más silenciosa después de aquello, como si su alma fuera encogiendo, como una vela cuya llama menguara y menguara hasta extinguirse.

De pronto cayó en la cuenta de que su madre no había tenido intención de regresar de España. Pero abandonar al esposo contravenía las leyes de los hombres y la lglesia. La habrían excomulgado, a ella, Luisa, una mujer tan devota. Tal vez incluso la habrían encarcelado. «Quería hacerlo por mí_»

Otro recuerdo acudió a su memoria. Navarro se había burlado al conocer el nombre que Angela había elegido para la pequeña.

—Marina? Vas a llamar a nuestra hija como una flota de barcos?

Pero para Angela, Marina era más que el término que designaba a una flota de navíos. Era un nombre que evocaba el océano, imágenes de criaturas marinas que nadaban en libertad. ¡Qué ironia que Marina se hubiera enamorado de un capitán de barco! Tal vez aquel sueño fuera una profecía.

Siguió mirando la cabeza baja de su hija, los hombros hundidos, la actitud resignada, como la del viejo indio cuando el padre se lo llevó. A través los postigos abiertos por encima de la música y las risas, Angela oía los chillidos del oso pardo que no había pedido ser capturado. sus rugidos compungidos en petición de ayuda.

—Ese Daniel... —musitó mientras el corazón se le partía en dos—. ¿Es protestante?

Marina alzó la cabeza, iluminado de nuevo el rostro.

—Es un hombre bueno y piadoso, mamá. Quiere llevar la palabra de Dios a gentes que nunca han oído hablar de Jesucristo. _. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió de pronto con el ceño fruncido.

Angela escuchaba los sonidos alegres que entraban por las ventanas abiertas, sintió la calidez de la tarde, dulce y balsámica, y supo que en los años venideros recordaría cada detalle de aquel instante. El músico errando la nota, el estallido de un petardo, la risa estentórea del padre de Pablo, el parpadeo a la luz de las velas de la pequeña imagen de santa Teresa que colgaba de la pared.

—No puedes salir ahí —sentenció por fin—. Debes encontrarte con Daniel en algún lugar.

—¿Qué dices? —farfulló Marina, desconcertada.

—¿Dónde está Daniel Goodside? Puedes hacerle llegar un mensaje antes de que parta a medianoche?

—No me iré —replicó Marina con firmeza, aunque las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas y la voz se le quebró en un sollozo.

Angela la asió de los hombros.

—Hija mía, has hallado un tesoro hermoso y raro. Muy pocos encontramos un amor así en nuestras vidas; no puedes dejarlo escapar.
Sospechaba que las brasas de una pasión así tal vez incluso anidaban en su propio corazón, pero ningún hombre las había avivado nunca y quizás nunca sucedería. Pero Marina debía tener la oportunidad de conocer el amor profundo y perdurable.

—No me iré —repitió Marina en voz más baja, desviando la mirada.

—Pero ¿por qué? A buen seguro serás muy desgraciada si permites que Daniel se marche sin ti.

Librodot

Marina se encaró con ella, y Angela vio temor y pena en sus ojos.

—¿Qué ocurre, hija mía? ¿Qué me ocultas?

—No puedo dejarte, mamá.

Angela la miraba perpleja.

—Es por padre —explicó Marina—. No puedo dejarte sola con él. Angela se llevó las manos a la boca.

—¿Qué dices, hija?

—Lo sé todo sobre ti y padre, mamá. Sé cómo te trata.

—¡No sabes lo que dices! —gritó Angela, sintiendo una intensa punzada de dolor en el costado como si su cuerpo fuera a partirse por la mitad.

«¡Dios mío, no, por favor! ¡Haz que mi secreto haya permanecido a salvo todos estos años!»

Pero en la mirada de su hija vio la terrible verdad. Marina estaba al corriente de los abusos de Navarro. Tal vez los demás también lo sabían. La vergüenza y la humillación la hicieron oprimirse el vientre y dar la espalda a su hija.

—Mamá—musitó Marina al tiempo que alargaba la mano hacia ella.

Al volverse de nuevo hacia su hija. Angela lo hizo con el rostro pálido, la frente bien alta y el dolor oculto tras la mirada, como había aprendido a hacer a lo largo de los años.

—Razón de más para que te vayas —insistió, intentando contener el llanto—. La infelicidad que he conocido desde el día en que me casé con tu padre se multiplicaría por mil si te quedaras. Sólo si te marchas con un hombre al que ames seré capaz de soportarla.

Marina se arrojó de nuevo a los brazos de su madre, y ambas lloraron en silencio pese a que los muros tenían un metro de grosor y nadie podía oírlas. Derramaron abundantes lágrimas y se abrazaron con inmensa fuerza, pues sabían que sería la última vez. Por fin, Angela se apartó un poco.

—¿Puedes hacer llegar un mensaje a Daniel para que se encuentre contigo en alguna parte?

—Está en casa de Francisco Márquez. Me dijo que esperaría allí noticias mías, pero que debía partir a medianoche.

Angela asintió.

—Debemos actuar con rapidez: no tenemos mucho tiempo.

Se acercó a la puerta que daba a la columnata y asomó la cabeza. Tal como había esperado, Carlota estaba fuera paseando de un lado a otro con nerviosismo. La llamó por gestos, cerró la puerta en cuanto su hija mayor entró y la puso en antecedentes.

¡Santa María! —musitó Carlota, lanzando a su hermana menor una mirada de admiración.

—Tienes que encontrar a alguien dispuesto a llevar un mensaje a casa de Francisco Márquez —urgió Angela mientras se acercaba al pequeño escritorio de Marina y sacaba de él papel y pluma—. Es importante que este mensaje sea entregado antes de medianoche.

Escribió el mensaje, dobló el papel, lo selló y luego se lo entregó a Carlota.

—¿En quién podemos confiar?

—¿Quién mejor que mi esposo, Jacques? —exclamó Carlota, animada por el romanticismo y el misterio de la situación—. D'Arcy es el primero en prestarse a llevar cartas de amor a un amante prohibido y el último en revelar el secreto.

—Date prisa entonces, y que nadie te vea. En cuanto D'Arcy se ponga en marcha, di a todos que Marina tiene jaqueca y que la ceremonia se retrasará un poco.

Cuando Carlota se fue, Angela se volvió de nuevo hacia el escritorio.

—Conozco una cueva donde tú y Daniel podéis reuniros —anunció antes de dibujar a toda prisa un plano en otra hoja de papel—. Está en un cañón donde verás una formación de rocas con estas figuras grabadas en ellas.

Dicho aquello, alargó el papel a Marina, quien lo examinó maravillada.

—¿Cómo es que conoces este lugar, madre?

—Fui allí hace años, cuando yo también estaba asustada y creo que... ya había ido antes, aunque no lo recuerdo. No tengo dinero que darte, pero debes llevarte esto —introdujo la

mano en un bolsillo oculto entre los pliegues de su vestido—. Tu abuela, que en paz descanse, me dio esto la noche de su muerte. Me dijo que era especial, un amuleto de la suerte.

Angela calló. La noche en que murió, doña Luisa dijo cosas muy extrañas. Parecía sentir remordimientos, como si lamentara algo que Angela no alcanzaba a comprender. ¿Guardaría alguna relación con los extraños sueños que Angela había tenido durante roda su vida, los sueños de la cueva de las pinturas misteriosas y el hombre salvaje que bajó de la montaña y murió de un balazo? ¿Habían sucedido en verdad aquellos episodios o no eran más que fantasías infantiles, historias que alguien le había contado?

Cerró los dedos de Marina en torno a la piedra espiritual.

—Vete. Allí estarás a salvo hasta que Daniel se reúna contigo.

Se abrazaron una vez más y se enjugaron las lágrimas, pero cuando Marina se anudaba la capa al cuello y alargaba la mano para coger los guantes, la puerta se abrió de golpe y en el umbral apareció Navarro como un dios iracundo.

—¿Qué es esto? Por casualidad he oído que Carlota le decía a D'Arcy que algo le pasaba a Marina.

En aquel momento vio la capa y la bolsa de viaje.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? —tronó.

—Marina no se casará con Quiñones —anunció Angela.

—Cállate, mujer. Me ocuparé de ti más tarde.

Navarro se volvió hacia Marina.

—Ponte el vestido de novia.

—No puedo, papá.

—¡Dios mío, no te eduqué para esto!

—Tú no la educaste —replicó Angela—. La eduqué yo y digo que puede marcharse.

El brazo de Navarro fue tan rápido que Angela ni siquiera lo vio acercarse: sólo sintió un golpe tan fuerte que cayó al suelo como un fardo. Acto seguido. Navarro se volvió hacia Marina.

Mientras pugnaba por incorporarse y sacudía la cabeza para aclarársela, Angela reparó en las tijeras que la modista había dejado sobre el tocador. Angela no perdió un instante; agarró esas tijeras con fuerza, las blandió una vez y las clavó profundamente en la espalda de Navarro.

Su marido rugió como un oso pardo, se volvió despacio y miró a Angela con franca sorpresa. Luego cayó de bruces y quedó inmóvil y en silencio.

Las dos mujeres se lo quedaron mirando por un momento antes de que Marina se arrodillara junto a él y le apoyara la mano en el cuello. De inmediato miró a su madre con expresión asustada.

—Está muerto —susurró.

Angela se arrodilló junto a Navarro sin pronunciar palabra, le registró los bolsillos y encontró unas monedas que guardó en el bolsito de Marina.

—Vete —ordenó, dándole el bolso—. Debes darte prisa. No dejes que nadie te vea: cuando los Quiñones se enteren de esto, saldrán a buscarte.

—Pero mamá...

Angela empujó a su hija hacia la puerta que daba al patio interior, desde donde Marina podría huir sin ser vista.

—Vete y asegúrate de que no te encuentran. No podrás volver jamás —añadió con lágrimas en los ojos—, pues una vez enfiles el camino, deberás seguirlo hasta el final. Tus hermanos y seguramente los Quiñones dirán que has deshonrado a ambas familias, pero yo digo que peor es deshonrar al corazón. Cuando estés a salvo, hija mía, envía un mensaje a Carlota y ella me lo hará llegar. Pero no debes revelar tu paradero durante mucho, mucho tiempo. Ahora vete. Ve con Dios y con mi amor.

Marina observó cómo su madre colocaba una silla junto al cadáver de Navarro.

—¿Que harás tú? —pregunto.

Librodot

—Esperaré aquí hasta saber que estás a salvo —repuso Angela.

Se sentó en la silla, entrelazó las manos en el regazo y se dispuso a esperar.

Marina galopó como el viento, guiada por la luna llena, y su corazón cabalgaba al ritmo de los cascos del caballo mientras rezaba frenética para que Daniel recibiera el mensaje y fuera a buscarla.

¡Su padre muerto en el suelo! Y mamá sentada en aquella silla. aguardando resuelta su destino.

Al final del Camino Viejo siguió las instrucciones de su madre hasta dar con el cañón y la cueva oculta tras los cantos rodados.

Se sentó cerca de la entrada para esperar a Daniel, bañada en la luz sobrenatural de la luna mientras contaba el dinero que su madre le había dado, las monedas extraídas de los bolsillos de su padre, pesos, reales y una moneda estadounidense de un centavo. Los dedos le temblaban de miedo, y el corazón le daba un vuelco con cada sonido. Un viento frío barría el cañón y entraba en la cueva como el aliento gélido de un fantasma.

Los temores de Marina se acrecentaban a medida que pasaba el tiempo. ¿Qué hora sería? ¿Habría conseguido D'Arcy llegar a casa de Márquez o lo habían interceptado por el camino?

De repente oyó el sonido de unos cascos que se acercaban a la cueva.

Marina contuvo el aliento.

El jinete desmontó.

Marina se guardó a toda prisa las monedas en el bolso, y cuando se levantó, una moneda cayó al suelo junto con la piedra espiritual. —¿Daniel? —llamó—. ¿Eres tú?

13

Oscuridad.

Erica no sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. ¿Dónde estaba? Intentó recordar, evaluar su situación. Sentía la cabeza extraña y una presión en el pecho que le dificultaba la respiración. Además le dolían las manos.

Al cabo de un instante comprendió que estaba tendida en un suelo de tierra, y de repente recordó que se hallaba en la cueva. Se había producido una explosión y el techo se había derrumbado. Luke había quedado enterrado entre los escombros, y ella había intentado con todas sus fuerzas salir. Por eso le dolían las manos; se había destrozado los dedos. ¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente? El aire estaba peligrosamente enrarecido. ¿Cuánto le quedaba? ¿A ué distancia estaba el equipo de rescate que sin duda trataba de sacarla de la cueva?

Intentó incorporarse, pero estaba muy débil, de modo que permaneció tendida, oliendo la tierra y el polvo que todo lo impregnaban.

—Ayuda... —murmuró, pero sus pulmones no daban para mucho. De repente vio a alguien de pie ante ella, una figura de labios apretados que agitaba un dedo acusador. Era la señora Manion, la maestra de cuarto de Erica. ¿ué hacía en la cueva? «Debo de estar delirando. ¿O quizás estoy viendo toda mi vida en un instante? Pero ¿eso no les pasa sólo a las personas que se ahogan?» Otros rostros se

añadieron al de la maestra, personajes del pasado de Erica, personas tanto reales como imaginarias. Intentaban decirle algo. Y entonces volvió a desmayarse.

Cuando volvió de nuevo en sí, Erica aguzó el oído. El lugar estaba sumido en un silencio sepulcral. ¿caso nadie intentaba salvarla? ¿Habían desistido?

Más rostros fantasmales le hacían señas.

—No... —masculló, creyendo que habían venido para llevarla a la tierra de los muertos.

¿O tal vez la llevaban a otro lugar? Al pasado...

«Se llamaba Chip Masters y era uno de los chicos malos del instituto de Reseda. Erica y su amiga no pudieron resistir la tentación cuando las invitó a dar un paseo con otros chicos en el coche nuevo de su padre. Erica tenía dieciséis años y se rebelaba contra las estrictas reglas del hogar para chicas donde vivía. Chip representaba el misterio y la aventura.

Había cerveza en el coche. Aunque no le gustaba su sabor, Erica bebió unos tragos para no desentonar. Se turnaron al volante, conduciendo por Ventura, White Oak y Sherman Way. Tomaron la autopista y salieron de ella en Studio City. Cuando conducía Erica, un coche patrulla encendió la sirena y le ordenó detenerse. Erica se asustó; no tenía carné de conducir. Y de pronto, los demás chicos salieron disparados del coche, dejando a Erica sentada al volante, totalmente perpleja.

En la comisaría intentó convencer a la policía de que no sabía que el coche era robado. ¿De dónde había sacado las llaves?, le preguntaron. ¿A quién creía que pertenecía el coche? ¿Quiénes eran los que habían saltado del coche cuando se detuvo? Pero Erica había aprendido en orfanatos y casas de acogida el código de la ética juvenil, según el cual una nunca delataba a los amigos.

La acusaron de robo de vehículo con agravante y la enviaron al centro de detención de menores hasta el juicio. Allí conoció a chicos duros que le contaron historias de terror sobre los campamentos del Departamento de Menores de California.

—Eres guapa y blanca... Más te vale andarte con ojo en las duchas.

Comparecer ante un tribunal no era una experiencia nueva para Erica. Como huérfana a cargo del Estado, cada vez que cambiaba de situación debía presentarse ante un juez en el tribunal de protección de menores. La diferencia estribaba en que ahora comparecía ante un tribunal penal de modo que si la hallaban culpable y la enviaban al DMC, sería «carne de cañón», como decían los chicos del centro de detención.

Era septiembre, el peor mes para estar en el valle de San Fernando, pues el calor y la contaminación formaban una combinación mortífera, y Erica no recordaba haber estado nunca tan asustada y deprimida. Chip Masters y los demás no sólo no habían salido en su defensa, sino que la mujer que dirigía el hogar donde vivía declaró que no toleraba a las chicas malas y se negó a proporcionar un testimonio favorable a Erica. Se sentía completamente sola y se enfrentaba a una dura condena en un correccional rodeado de vallas metálicas y alambre de espino.

Erica se hallaba en uno de los pasillos del tribunal superior, a la espera de que empezara la vista de su caso. En ella se decidiría si debía ser juzgada como menor o como adulta. De repente, un chico pasó corriendo junto a una anciana y le arrebató el bolso. Varias personas acudieron a toda prisa para ayudar a la mujer a levantarse y llevarla hacia el ascensor. Sentada en el banco, Erica vio el monedero, que había caído bajo una silla. Lo recogió, echó un vistazo al dinero que contenía y corrió en pos de la mujer, alcanzándola junto antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

La vista tuvo un desenlace espantoso. El juez determinó que Erica era madura y astuta, por lo que debía ser juzgada como adulta. Cuando la trabajadora social la acompañaba afuera, Erica se vio acometida por unas tremendas náuseas. Entró en el servicio de señoras mientras la trabajadora social esperaba en el pasillo. Y en aquel servicio de azulejos blancos que olía a desinfectante, mientras Erica sollozaba desconsolada y se decía que su vida había terminado. porque nadie creía su versión y por tanto acabaría entre rejas, una señora muy bien vestida y con maletín entró y le preguntó qué lesucedía. Erica le contó toda la historia y, para su sorpresa, la mujer se ofreció a ayudarla.

—Te he visto devolver el monedero a esa mujer esta mañana. Podrías habértelo quedado; no te veía nadie. Te estaba observando desde el otro lado del quiosco. Tu gesto dice mucho de tu carácter. Una chica que devuelve un monedero lleno de dinero no robaría un coche.

La mujer era una abogada que se entendía bien con el juez. Llevó a Erica de vuelta a la sala y explicó al juez que la menor había sido representada por un abogado de oficio de forma inadecuada. Solicitaba ser nombrada tutora ad litem y que se revisara el caso de la joven.

—Esta persona se interesa por ti —constató el juez, mirando a Erica—. ¿Te parece bien su propuesta?

—Si.

—En tal caso anularé el dictamen anterior, nombraré a esta mujer tutora ad litem y te remitiré al tribunal de menores. Te estoy concediendo una última oportunidad, jovencita. Espero que te des cuenta de la suerte que tienes.»

Cuando recobró el conocimiento, Erica percibió de nuevo aquel silencio sobrenatural. ¿Habían arrojado la toalla sus salvadores? ¿Creían que había quedado sepultada bajo los escombros? Sentía algo en la mano, un objeto duro que parecía una piedra. ¿Cómo había ido a parar allí y por qué se aferraba a él con tanta fuerza?

Y entonces oyó los sonidos. Golpes, el arañazo de las palas, voces amortiguadas.

—Sí... —murmuró con la garganta reseca—. Estoy aquí... Seguid... —¡Vamos! —gritó Jared—. ¡Daos prisa! ¡Se le está acabando el aire! Erica llevaba casi ocho horas atrapada en la cueva.

Los miembros del equipo de rescate retiraban a toda prisa los escombros y la tierra que bloqueaban la entrada de la cueva con ayuda de palas, cubos, paletas y manos. El equipo sanitario aguardaba el desenlace de la operación.

—¡Esperad! —exclamó de repente Jared con las manos levantadas en demanda de silencio—. Me ha parecido oír...

Y entonces llegó un débil sonido desde el otro lado.

—¡Hola! ¿Me oye alguien?

—¡Es Erica! ¡Está viva! ¡Seguid cavando!

Por fin lograron abrir un pequeño orificio en la tierra.

—¿Me veis? —llamó Erica con un hilo de voz—. ¿Eres tú, Jared? Jared atacó la tierra hasta practicar un agujero lo bastante grande para introducir por él los brazos y sacarla. Erica estaba aturdida y cubierta de tierra.

—Luke... ¿Está herido?

—Está bien. Consiguió saltar a tiempo. ¿Y tú? ¿Estás bien, Erica?

—Sí, sí —musitó ella.

Abrió el puño y contempló sorprendida la pequeña estatuilla rosada que había sostenido con tanto empeño.

—Estaba intentando salir... No sé a qué nivel estaba... ¿Es azteca? ¿Cómo ha ido a parar un dios azteca tan al norte...?

De pronto, la boca de Jared se abatió sobre la suya en un beso intenso.

Erica se aferró a él un momento y luego quedó inerte.

—¿Estás bien? —repitió Jared.

—Oh, sí, estoy muy bien —murmuró Erica.

Y acto seguido se desmayó una vez más.

14

Angélique

1850 d.C.

Estaban subastando otra vez a las mujeres.

A Seth Hopkins le parecía una costumbre repugnante. Según la ley, la esclavitud era ilegal en California, pero las autoridades de San Francisco nada podían hacer al respecto, porque los capitanes de navío estaban en su derecho de reclamar los pasajes impagados, aun cuando ello

Librodot

significara vender a las pasajeras al mejor postor.

Seth tenía la impresión de que el número de barcos abandonados en el puerto se había multiplicado desde la última vez que lo visitara. En cuanto una nave atracaba en el puerto, capitán y tripulación saltaban a tierra y se dirigían a los campos auríferos. Algunos hombres emprendedores habían arrastrado los clípers hasta la orilla para convertirlos en hoteles, pero el bosque de vergas y mástiles de unos quinientos barcos abandonados seguía llenando media bahía de San Francisco. Por eso el Betsy Lain se había visto obligado a echar el ancla lejos del puerto, de modo que la mercancía y los pasajeros tuvieron que ser transportados hasta la orilla en botes. Seth dejó de cargar su carro para observar la obscena estampida de hombres que corrían hacia el desembarcadero del Betsy Lain. Corría el rumor de que el cliper de Boston traía mujeres.

Tras pasar por la caseta de aduanas, algunas de las mujeres partieron de inmediato, muchas de ellas, como sabía Seth, para ir en busca de maridos que habían abandonado a sus familias al contraer la fiebre del oro. Las demás, que no habían pagado el pasaje, serían ofrecidas a cualquier persona del muelle dispuesta a saldar la deuda, lo que condenaría a la desgraciada a una esclavitud legal.

Las mujeres, al igual que los hombres, llegaban de todos los confines del mundo con la esperanza de empezar una nueva vida en California. Algunas huían de sus esposos, otras esperaban cazar uno. Algunas venían para perderse, otras para encontrarse a sí mismas. Todo era posible en California. La tierra y los recursos no conocían límites, y había oro a manos llenas. Y lo más importante de todo era que ninguna regla social se encargaba de mantener a nadie en su lugar. En esta tierra, un campesino valía tanto como un rey si tenía dinero. Nadie hacía preguntas, e incluso era posible, se dijo Seth sombríamente, escapar del estigma de ser un ex presidiario.

Asqueado, Seth presenció como empujaban a las mujeres a una zona acordonada como si fueran ganado, hacinándolas entre maletas y cajas mientras la jauría de hombres, cada vez más numerosa, se agolpaba al otro lado de la cuerda, ansiosa porque empezara la subasta. Muchos eran dueños de burdeles y casas de mala nota, garitos de juego y salas de baile. Estos elegirían a las más jóvenes y bonitas para obligarlas a dedicarse a la prostitución hasta que la deuda quedara saldada. Pero también había entre ellos hombres decentes y trabajadores, mineros y tramperos que se sentían solos y anhelaban la compañía de una mujer, y que ellos ofrecían matrimonios honestos.

A sus treinta y dos años. Seth Hopkins no se había casado ni tenía intención de hacerlo jamás. La experiencia le había enseñado que el matrimonio no era más que otra forma de esclavitud. Su destino era la vida solitaria, entre árboles y pastos verdes cuanto más alejados de las minas de carbón de Virginia mejor.

Dio la espalda al repulsivo espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos y ató con firmeza las cuerdas que sujetaban las provisiones amontonadas en su carro. Le desagradaba el barullo del puerto de San Francisco, los chillidos de los cerdos, los mugidos del ganado, los ladridos de los perros, el traqueteo de los carros, los gritos de la gente que discutía y regateaba, los ruidosos cascos de los caballos que esparcían por doquier sus excrementos. El aire estaba impregnado de humo y del hedor de las aguas estancadas y el pescado podrido, que el calor de un mediodía estival empeoraba aún más. Seth ardía en deseos de volver al campamento en las montañas, donde el aire era puro y limpio y uno podía oír sus pensamientos.

El capitán del clíper, un hombre bajo y corpulento ataviado con uniforme azul, se encaramó a un fardo e inició la subasta. Señaló a la primera mujer de la tila, una rolliza señora de cuarenta y tantos años que parecía furiosa y asustada a un tiempo.

—Esta debe cincuenta dólares.¿Quién da cincuenta dólares?

—Sabe cocinar? Necesito una cocinera —exclamó la señora Armitage, dueña del Hotel Armitage, de Market Street.

—Tiene alguna modista? —intervino otra mujer—. ¡Pagaré bien por cualquiera que se las arregle con el hilo y la aguja!

Librodot

En aquel momento, un tranvía tirado por caballos se detuvo, y doce mujeres vestidas con brillantes colores que habían esperado algo apartadas de las demás subieron decididas a él. Seth sabía que se dirigían al Club de Finch y al burdel que éste tenía en el piso superior.

Un hombre canoso se abrió paso entre la muchedumbre. —¿Cuánto vale esa rubia? —vociferó—. ¡Necesito una mujer, y la necesito ya!

El gentío estalló en carcajadas.

El dinero cambiaba de manos con rapidez, y los hombres se adelantaban para llevarse sus premios. Algunas mujeres los acompañaban de buen grado, otras a regañadientes, varias lloraban. Cuando estaba a punto de subir al pescante de su carro, Seth vio por el rabillo del ojo a una mujer distinta a las demás. Se negaba a formar parte de la hilera de mujeres subastadas y permanecía sentada sobre su gran baúl, con las manos recatadamente entrelazadas sobre el regazo. Su rostro quedaba oculto en la sombra del gran sombrero con plumas que llevaba anudado bajo la barbilla con un lazo. Pero fue su vestido lo que más le llamó la atención. Nunca había visto seda de aquel color... o más bien colores, pues relucía y cambiaba de color a cada movimiento de la mujer y con cada soplo de brisa procedente del puerto. Cuando respiraba, el corpiño cambiaba de verde mar a turquesa, y cuando se levantó, la falda dejó de ser aguamarina para tornarse azul zafiro. Era como las plumas del pavo real, las alas de la mariposa, la marea cambiante un día de verano. El efecto era hipnótico.

En aquel instante advirtió que la joven intentaba explicar algo al contador del navío, y cuando el viento cambió, Seth oyó sus palabras, pronunciadas con marcado acento español.

—He dicho que el señor Boggs paga mi pasaje.

El contador, un hombre de tez colorada y de aspecto dispéptico, escudriñó la muchedumbre.

—No veo a Boggs. Puede que no esté en la ciudad. Lo siento, señora, pero tengo que cobrarme su pasaje. Tendré que entregarla a uno de esos hombres.

—Qué significa «entregarme»?

—Pues que cualquiera que esté dispuesto a pagar su pasaje puede llevársela, y usted será propiedad suya hasta que la deuda esté saldada.

La joven irguió la cabeza, y Seth captó el destello de unos ojos oscuros.

—No soy de esa clase de mujeres, señor, y si mi esposo aún viviera, lo reta a usted en duelo para defender mi honor.

El contador no se inmutó en lo más mínimo.

—Son las reglas de la compañía, señora. Tengo que cobrar el pasaje entero de todos los pasajeros que llevamos. Me da igual de dónde salga el dinero, pero tengo que apuntarlo en este libro.

—¡Pues entonces paga mi padre!

El contador arrugó la nariz.

—¿Y dónde está, si se puede saber?

—Bueno..., en este momento no lo sé exactamente, pero esta aquí.

—¿Dónde?

—En California.

El contador resopló exasperado.

—Mire, Boggs no está aquí, así que tendré que cobrarme el pasaje de uno de estos hombres. Las reglas son las reglas.

La asió del brazo.

—¡Pero no puede hacerlo, señor!

—No veo a Boggs y no tengo tiempo. Tengo que llevar los recibos a la oficina a mediodía.

—¡Quíteme las manos de encima!

El hombre consultó la lista de pasajeros.

—Así que se llama D'Arcy. ¡Eh, caballeros, una francesita de verdad! Se llama On—gee—ink. ¿Quién empieza a pujar?

—Esta es la que esperaba ——se relamió un hombre—. Eh, muchacha, súbete la falda y

enséñanos el tobillo.

Seth subió al pescante y cogió las riendas. La cárcel le había enseñado que la vida era injusta y que los hombres listos no se metían en los asuntos de los demás. Además, aquella mujer ya pertenecía a Boggs y, por tanto, sabía dónde se metía.

Pero cuando azuzó a los caballos para que se pusieran en marcha, algo lo hizo detenerse. Miró de nuevo a la mujer. El contador se había alejado de ella un momento para mediar en una pelea en la que se habían enzarzado dos clientes. Boggs, pensó. Conocía a ese hombre. Cyrus Boggs había llegado como predicador dos años antes, pero desde entonces se dedicaba a empresas más lucrativas. En la actualidad era dueño de un burdel en Clay Street y conocido por atraer a mujeres confiadas a San Francisco publicando en los periódicos falsos anuncios para maestras y niñeras, ofreciéndoles pagar su pasaje a la llegada para luego encerrarlas en sus pesebres, pequeños habitáculos sin ventanas donde se esperaba que las pobres mujeres sirvieran a treinta hombres al día.

Con un suspiro, Seth dejó las riendas, saltó al suelo y se dirigió hacia la zona acordonada.

—Disculpe. señora, me ha parecido oírle pronunciar el nombre de Boggs.

—Si —asintió la joven mientras hurgaba en su bolso con manos pequeñas y enfundadas en guantes de suave gamuza—. Cuando mi marido muere, el gobierno se quedó la granja para impuestos —explicó—. Me queda poco, pero entonces veo esto.

Le alargó el recorte de periódico.

—Lo siento, no hablo español. ¿Qué dice?

—Es..., como se dice..., anuncio. El hombre dice que quiere para maestra de jovencitas. Aquí está su nombre y dirección. Le escribo una carta.

Sacó un papel doblado; Seth leyó las falsas promesas que contenía antes de devolverle ambas cosas.

—La carta y el anuncio son un fraude. Boggs la ha hecho venir con falsas promesas.

La joven lo miró con expresión perpleja. Seth se fijó en las pestañas oscuras que enmarcaban sus ojos, los rizos negros que se escapaban del sombrero.

Carraspeó mientras pensaba en el modo de revelarla la verdad con delicadeza.

—Boggs es un delincuente y no va a ayudarla. ¿Dice usted que su padre está aquí?

—Sí, por eso vengo. Es rico, él pagará mi pasaje.

Seth advirtió cómo la miraban los hombres y recordó que la semana anterior una banda compuesta en su mayor parte por soldados estadounidenses licenciados sin nada mejor que hacer ahora que la guerra de México había terminado, había atacado un campamento en Telegraph Hill, llamado Little Chile, y violado y asesinado a una madre y su hija. Las personas de ascendencia española no estaban a salvo en San Francisco en aquellos tiempos, sobre todo las mujeres españolas solas. Si el padre de la joven no aparecía pronto, Boggs iría a buscarla, y si no Boggs, entonces uno de aquellos hombres pagaría por ella y la esclavizaría Dios sabía dónde.

—¡Eh, usted! —gritó el contador de pronto—. ¡Largo de aquí!

Pese a la regla de oro de no entrometerse, Seth no podía quedarse de brazos cruzados mientras se perpetraba tamaña injusticia.

Se ofreció a pagar el pasaje y metió la mano en el bolsillo para sacar un fajo de billetes. Al instante, otro hombre levantó la mano y subió la puja, que el contador aceptó. Seth lo agarró por el brazo y acercó el rostro al del hombre.

—Mire, amigo, no quiero problemas, pero usted ha pedido el precio del pasaje de la señora, y yo se lo he ofrecido.

El contador bajó la vista hacia los dedos que se clavaban dolor samente en su brazo y luego miró los ojos imperturbables del espigado desconocido.

—De acuerdo —accedió al tiempo que se zafaba de él—. Pague al capitán.

—Gracias, señor —dijo Angélique mientras Seth levantaba su baúl para sacarlo de la zona acordonada—. Estoy en deuda con usted. ¿Cómo le pago?

Seth miró el sol con ojos entornados. Estaba impaciente por ponerse en marcha.

Librodot

—Estoy en Devil's Bar, al norte de Sacramento. Cuando encuentre a su padre puede devolverme el dinero.

Se llevó un dedo al ala del sombrero y se acercó de nuevo a su carro.

Cuando subía el pescante miró por encima del hombro. La joven seguía de pie junto al baúl y parecía perdida. Los hombres empezaban a arremolinarse a su alrededor.

—¿De verdad eres francesa? ¿Necesitas alojamiento? Te aseguro que ganarás montones de dinero aquí.

Seth volvió sobre sus pasos, abriéndose paso entre los hombres y desoyendo sus protestas.

—¿De verdad no tiene adónde ir?

—Sólo el señor Boggs...

—Pero yo... —se entrometió un hombre.

—¿Y no sabe dónde está su padre?

—Vengo a buscarlo. Por eso contesto al anuncio del señor Boggs. Vengo a California a buscar a mi padre, y mientras busco trabajo de maestra, ¿entiende?

—Su padre es buscador de oro?

Cuando advirtieron que el forastero adoptaba aires de propietario con la joven, los hombres regresaron a la subasta, donde se ofrecía a una mujer con un bebé por treinta dólares.

—No, no —explicó Angélique a Seth Hopkins—. Después de morir mi madre, mi padre va a Nueva Orleans, con su hermano. En una carta dice que van a California para cazar animales de piel.

Sacó otro papel doblado. Seth le echó un vistazo y se lo devolvió.

—Tampoco hablo francés. ¿Dice que es trampero? Entonces estará en el norte, a menos que se haya decantado por el oro, en cuyo caso podría estar en uno de muchísimos campos auríferos —suspiró, rascándose el mentón—. Mire, seguramente tiene más probabilidades de encontrarlo si va a Sacramento. —Suspiró de nuevo y se preguntó por qué se metía en aquel berenjenal; el calor debía de haberle derretido el cerebro—. Puedo llevarla allí —propuso.

—¡Oh! Ha sido muy amable conmigo, señor. Estos hombres me ayudarán.

—Estos hombres... —empezó—. Da igual. Tiene que ir a Sacramento, créame, está más cerca del oro. Allí podrá correr la voz de que busca a su padre. En los campamentos hay predicadores, jueces, artistas, tramperos, mineros y toda clase de gente de paso. Las noticias vuelan allí. Su padre no tardará mucho en enterarse de que lo busca. Cómo se llama?

—Jacques D'Arcy. Es conde —añadió Angélique con orgullo.

A Seth le habría gustado que le dieran dos centavos por cada «conde», «barón» y «príncipe» que vivía en San Francisco; estaba convencido de que la mayoría eran unos impostores. De hecho, estaba convencido de que la mitad de los presentes en el puerto usaba nombre falso.

—¡Oh! —repitió Angélique al ver el carro—. Y... ;_está muy lejos Sacramento?

—No iremos en carro hasta Sacramento, sólo hasta la terminal para coger el barco de vapor que navega río arriba.

Seth conducía el carro por las calles de Sacramento en busca de un alojamiento respetable para la señorita D'Arcv, y la joven estaba encantada de haber desembarcado. Cuando el señor Hopkins le anunció que pasarían la noche en el barco de vapor, Angélique había imaginado un camarote y la oportunidad de aflojarse el corsé, quizás incluso tomar un baño y una taza de té. El viaje desde México había sido espantoso; al embarcar en el Betsy Laín en Acapulco, Angélique había encontrado el barco de Boston atestado de pasajeros. Sin embargo, la travesía en el barco de vapor había sido una experiencia aún más espeluznante. Puesto que todos los camarotes estaban ocupados, ella y el señor Hopkins se habían visto obligados a dormir en cubierta, rodeados de sus pertenencias, junto a centenares de pasajeros más, casi todos ellos hombres, e incluso caballos, asnos y cerdos. La idea de localizar a su padre la había ayudado a sobrellevar el viaje. Papá se ocuparía de todo. Siempre había cuidado de ella

Librodot

y volvería a hacerlo.

Sacramento era una ciudad nueva, nacida en la confluencia de dos ríos, en una urbe que tenía trescientos años y que, a su vez, había sido erigida sobre las ruinas de otra mucho más antigua, Angélique apenas podía creer que, un año antes, Sacramento sólo era un campamento de tiendas de campaña y antes de eso, un poblado indio. Ahora había edificios de ladrillo, casas de madera, chapiteles y calles como Dios manda. No obstante, encontrar un hotel o pensión donde pudiera alojarse estaba resultando harto difícil.

Tras conducir durante una hora el carro alquilado y hallar defectos en todos los hoteles y pensiones que visitaron, Seth empezó a comprender que no podía dejar a la señorita D'Arcy sola en Sacramento. En los escaparates se veían rótulos que rezaban: «No se admiten solicitudes de mexicanos ni extranjeros», y la gente miraba de hito en hito y con bastante grosería a la desigual pareja, el hombre de camisa hasta y vaqueros, y la señora con su reluciente vestido de seda verdiazul que no dejaba de cambiar de color. El adivinaba lo que pensaban aquellas personas y sospechaba que la respetabilidad de Angélique, una joven atractiva y sola, quedaría en entredicho. No podía abandonarla, al igual que no había podido abandonarla en San Francisco. Pese a que en realidad era ella quien estaba en deuda con él, se sentía responsable de la joven. Sólo quedaba una alternativa; la señorita D'Arcy estaría más segura en Devil's Bar y, a fin de cuentas, se dijo Seth, allí tendría más posibilidades de encontrar a su padre.

—En el campamento hay varias señoras decentes —aseguró—. Estoy segura de que alguna de ellas la acogerá con mucho gusto.

Angélique aceptó la propuesta de Seth Hopkins, y sentada con mucho recato junto a él, pensando con deleite en un baño caliente, una buena comida y una noche entre sábanas limpias, escudriñaba ansiosa los rostros de todos los hombres con que se cruzaban, anticipando el gozoso reencuentro con su padre. Pensó en las fiestas de cumpleaños cuando era niña, en la corona y el trono que su padre construía para ella. Y cuando llegó el momento incluso le escogió marido, pues no serviría cualquiera. La elección recayó en un D'Arcy, un primo lejano al que obligaron a prometer que trataría a Angélique como estaba acostumbrada. Y Pierre había cumplido su promesa hasta el día en que murió a manos de unos soldados estadounidenses.

—Irá a casa de su familia de Los Angeles? —le preguntó el padre Gómez el día que salió de Ciudad de México.

Pero Angélique no tenía intención alguna de reunirse con la familia de su madre. Había escuchado tantas veces la historia de la maldad con que el abuelo Navarro hahía tratado a su padre que no quería saber nada de ellos. Se sintió extraña cuando el Betsy Lain hizo escala en Los Angeles. Desde cubierta contempló el humeante llano y se preguntó si sus parientes seguirían viviendo allí. Apenas recordaba su última visita a Rancho Paloma veinte años antes, cuando ella tenía seis. Se preparaba una boda, pero algo sucedió. Tía Marina desapareció, y todos los invitados regresaron a sus casas. Desde entonces había cesado todo contacto con la familia de su madre.

Mientras el carro avanzaba por el paisaje llano y salpicado de encinas, Angélique miró subrepticiamente al hombre sentado junto a ella. El señor Hopkins poseía un rostro interesante, pensó. Quemado por el sol, curtido, de nariz recta y ojos hundidos y pensativos. Cuando se quitó el sombrero para enjugarse la frente, Angélique vio una cabellera densa y ondulada que el sol había teñido de castaño dorado. Le gustaba el sonido de su voz, pues poseía una cualidad serena, y siempre hablaba de forma mesurada. Desprendía un aire sólido y sincero, y la joven decidió que se sentía a salvo con Seth Hopkins.

Por su parte, Seth albergaba pensamientos de naturaleza bien distinta. Mientras viajaban en silencio bajo el sol, por caminos cada vez más estrechos a medida que dejaban atrás las zonas civilizadas, intentó no mirar demasiado a su inesperada compañera de trayecto. Estaba sentada en el pescante como una reina, la espalda erguida, el parasol ladeado a la perfección para protegerse del sol. Seth no había visto nada tan exótico en toda su vida. Además, la joven

Librodot

lo desconcertaba; costaba creer que fuera tan ingenua como se había mostrado en el puerto de San Francisco. Le calculaba unos veinticinco años, y había estado casada por lo que debía saber algo del mundo, pero su reacción a la situación había sido casi infantil.

Sin embargo no era una niña, se recordó mientras intentaba no fijarse demasiado en la cintura de avispa que se curvaba hacia las femeninas caderas, y los pechos que tensaban la seda verdiazul del corpiño. Debía de llevar cien enaguas bajo los volantes de la falda. En su frente y sobre el labio superior se apreciaba una fina película de sudor, y olía vagamente a rosas. Seth intentó identificar el color de su tez. No era blanca, pero tampoco negra ni morena como la de las gitanas. Era del color de la miel, concluyó, y casi se atragantó al pensar en las vilezas que el «reverendo» Cyrus Boggs le habría preparado.

En un momento dado, Angélique sacó un frasquito de medicina de su bolso y tomó delicadamente un sorbo. Seth la miró con expresión interrogante.

—Es un remedio hecho según la receta de mi bisabuela —explicó la joven al tiempo que volvía a guardar el frasquito—. Un boticario de Ciudad de México me lo prepara para el viaje. Cuando me viene el dolor de cabeza, lo tomo y estoy bien.

—¿Y si no lo toma?

—No se preocupe, señor, estoy bien.

No tenía intención de hablarle de las visiones ni las voces que oía durante los ataques. El hombre creería que estaba loca o tal vez algo peor.

—Mire —dijo Seth en voz baja, pese a que se hallaban en un camino desierto—, será mejor que deje de llamarme señor. A las gentes de por aquí no les gustan los mexicanos. Todos tienen aún muy fresca la guerra.

También Angélique la recordaba bien. Su esposo había caído en la batalla de Chapultepec, y nunca olvidaría el miedo que experimentó al ver las tropas estadounidenses entrar triunfantes en Ciudad de México.

—Pero si soy española —protestó—. Mi familia por parte de madre es californiana. Fueron los primeros en llegar a Los Angeles. —Sacó del bolso un daguerrotipo encuadrado en un marco ovalado—. Mi madre era una hermosa dama, como podéis comprobar.

Seth examinó los pómulos altos, los ojos almendrados, los labios sensuales y la tez olivácea de Carlota Navarro de D'Arcy. Allí había algo más que sangre española, sólo un ciego lo pasaría por alto. Y la hija se parecía a la madre. Le devolvió el camafeo sin decir nada. comprendiendo algo sobre sus facciones exóticas que quizás ni ella misma sabía, algo relacionado con el hecho de que su familia llegara a California cuando aún era tierra exclusivamente india.

Por fin se adentraron en una zona de pinos altos, profundas gargantas y altas montañas en la que se respiraba un aire penetrante y puro. Llegaron a Devil's Bar justo antes del anochecer.

Angélique se inclinó hacia adelante ansiosa por ver aquella ciudad construida en las montañas. Durante el largo viaje se había forjado una imagen de casas de ladrillo, calles adoquinadas llenas de tiendas, una iglesia en la plaza, en cuyo centro se alzaría una fuente, aceras pavimentadas, patios privados sombreados con árboles... Puesto que allí vivían buscadores de oro, hombres ricos, tal vez incluso sería más suntuosa de lo que imaginaba.

El carro dobló un recodo, y el bosque dio paso a una colina desprovista de árboles. Y toda la colina aparecía cubierta de... Angélique abrió la boca de par en par.

Tiendas.

Hileras y más hileras de tiendas de lona, con alguna que otra cabaña de troncos y un par de estructuras de madera. Las calles, suponiendo que fuesen dignas de recibir tal nombre, eran extensiones de tierra salpicadas de basura, perros a la caza de desperdicios y moscas revoloteando en el calor. No había aceras, ni fuente, ni iglesia, ni patios sombreados donde una dama pudiera tomar el té, ni edificios de ladrillo o adobe.

¡Y la gente! Hombres en ropa de trabajo polvorienta con sombreros estropeados calados hasta los ojos, mujeres ataviadas con sencillos vestidos de algodón cuyos dobladillos se arrastraban por la tierra. Todos, incluyendo a las mujeres, parecían acarrear algo, ya fueran

Librodot

sacos de aspecto pesado, picos y palas, cubos de agua, brazadas de leña... Si eran tan ricos, ¿por qué vivían en semejante pobreza? Vio a unos hombres clavando unos maderos para hacer un ataúd y en la cima de la colina advirtió un claro salpicado de cruces y lápidas.

El corazón le dio un vuelco mientras contemplaba el paisaje teñido de gris y pardo, las colinas desnudas con sus troncos cortados casi a] ras, las extensiones de hierba amarillenta, las escuálidas flores silvestres. El hedor era casi tan espantoso como el calor. El valle aparecía envuelto en una densa humareda. Angélique sacó un pañuelo perfumado del bolso y se lo llevó a la nariz.

Un par de hombres a caballo pasaron al galope junto a ellos profiriendo gritos de «¡Eureka!» y disparando al aire mientras los cascos de los caballos levantaban terrones, uno de los cuales fue a parar al regazo de Angélique.

—¡Oh! —exclamó ésta, alarmada—. ¿Son bandidos?

Seth se echó a reír.

—No, sólo un par de buscadores que han tenido un golpe de suerte. ¡Esta noche habrá rondas gratis en el bar!

Al oír entrar el carro en el campamento, la gente empezó a salir de sus tiendas para ver quién llegaba.

—¡Eh, Seth Hopkins! Por fin has vuelto.

Cuando Seth detuvo el carro ante un edificio de madera de dos plantas con un rótulo quo decía: «Hotel de Devil's Bar. Eliza Gibbons, propietaria», una muchedumbre se agolpó de inmediato en torno al vehículo, y todos miraron con los ojos abiertos de par en par a la joven sentada junto a Seth. Angélique permaneció sentada mientras Seth descargaba cajas y fardos, y los habitantes del campamento fueron acercándose para recoger los artículos que Seth había adquirido para ellos en San Francisco. Cargaron sus compras muy contentos y dijeron a Seth que se alegraban de tenerlo de vuelta. Nadie dirigió la palabra a Angélique, pero todos la miraban con fijeza.

Al cabo de un rato, una mujer salió del hotelito con una sonrisa radiante mientras se secaba las manos con un paño. Se acercó a Seth y le dijo algo que Angélique no alcanzó a oír. Seth se echó a reír, y Angélique comprobó que el rostro de la mujer se iluminaba. Era una mujer de unos treinta años, estatura mediana y el cabello recogido en un severo moño. Llevaba un vestido sencillo y calzaba lo que parecían ser botas de hombre. Tocaba el brazo de Seth con un gesto que revelaba gran familiaridad.

En cuanto todos hubieron recogido sus compras, Seth se acercó al carro con la mujer y la presentó como Eliza Gibbons, dueña del hotel. La mujer inclinó la cabeza con sequedad y, pese a su sonrisa, Angélique advirtió en sus ojos una dureza que la sobresaltó.

—Estaba pensando... —empezó Seth, pero se interrumpió de in-mediato.

De pronto reparó en las miradas que los hombres lanzaban a la señorita D'Arcy, miradas nada distintas de las que había visto en San Francisco, y comprendió que a fin de cuentas, no estaría a salvo en el campamento. No tuvo buena idea en Sacramento cuando decidió llevarla a Devil's Bar. Creía que conseguiría alojarla con una de las mujeres, pero ahora entendía que era un plan más que conflictivo. Ninguna de las mujeres casadas la alojaría al ver cómo la miraban sus esposos. Tampoco podía vivir sola a la vista de esas mismas miradas. Sólo quedaba la opción de las mujeres solteras, pero las únicas solteras eran las señoritas que vivían encima del bar y Eliza Gibbons, dueña del hotel de cuatro habitaciones. Como bien conocía Seth a Eliza, echaría un vistazo a los caros vestidos de la señorita D'Arcy y triplicaría el precio habitual de la habitación..., que Seth tendría que pagar hasta que la señorita D'Arcy localizara a su padre. Se le ocurrió que rescatar a una dama en apuros no era tan sencillo como había imaginado.

Sólo había un lugar en todo Devil's Bar donde podia garantizar su seguridad: en su propia cabaña. Saludó con la mano a sus amigos, subió de nuevo al pescante y cogió las riendas.

—Mire, yo trabajo de la mañana a la noche y no tengo tiempo de hacer las tareas domésticas, así que pago a una mujer para me las haga. ¿Cree que podría ocuparse usted de

ello? Le pagaría lo mismo que he estado pagando a Eliza Gibbons por una de sus doncellas.

Angélique esbozó una sonrisa.

—Señor Hopkins, en México dirijo una hacienda muy grande mientras mi esposo lucha en la guerra. Tengo mucha experiencia.

Se alejaron del hotel, dejando atrás las habladurías y especulaciones..., y a Eliza Gibbons siguiendo el carro con una mirada muy enigmática.

La cabina de troncos de Seth se hallaba al final de la garganta y era casi el último alojamiento del polvoriento camino. Ayudó a Angélique a bajar y acto seguido apartó la lona que hacía las veces de puerta para dejarla entrar. La cabaña constaba de una sola estancia, y Angélique, muda de asombro, miró las toscas paredes de troncos, el hogar ennegrecido, el suelo de tierra, el fogón cubierto de hollín, el estrecho camastro y una mesa que parecía no haber sido limpiada desde que dejara de ser un árbol. El lugar no tenía ventanas, sólo otra puerta en la parte posterior.

—Puede dormir aquí esta noche; yo iré a casa de Charlie Bigelow. Mañana nos organizaremos.

Seth se dirigió hacia la puerta.

—¿Se va?

—El carro y el caballo no son míos, los he alquilado. Póngase cómoda. En la despensa hay comida, el pozo está detrás de la cabaña, muy cerca de la puerta y... —se interrumpió para carraspear incómodo antes de añadir—: El... éste..., está debajo de la cama. Vacíelo junto al arroyo.

Angélique se volvió y en la penumbra entrevió, bajo el camastro, el orinal de loza blanca. El asombro le impedía articular palabra.

Seth salió, bajando la lona tras de sí, y Angélique quedó sumida en la oscuridad. Durante unos instantes permaneció inmóvil, des-concertada, mientras escuchaba las voces procedentes del exterior.

—Es una viuda respetable —explicaba Seth a las personas que los habían seguido hasta la cabaña—. Ha venido a buscar a su padre. Alguien ha oído hablar de Jacques D'Arcy, un trampero francés? Corred la voz, que necesitamos encontrarlo.

—Te has perdido una buena mientras estabas fuera, Seth. Una banda de Johnston's Creek pasó por aquí a la caza de unos injún que habían atacado su campamento. Al cabo de una semana volvieron y dijeron que habían acorralado a los ladrones en la isla Randolph, que fue como disparar contra cerdos en una pocilga. No nos volverán a crear problemas.

Angélique oyó alejarse pasos y voces hasta quedar completamente sola en la tosca cabaña, donde vislumbró los últimos coletazos de la luz diurna por entre las grietas de las paredes.

Demasiado aturdida por todo lo que le había pasado y demasiado exhausta para hacer cualquier otra cosa, Angélique se acurrucó en la cama, envolviéndose en la única manta, y pasó la noche atormentada por sueños y pesadillas hasta que, al amanecer, Seth la despertó anunciando su presencia al otro lado de la puerta.

Angélique tardó unos instantes en recordar dónde estaba. Antes de abrir los ojos, su primer pensamiento fue que ordenaría a las criadas cambiar toda la ropa de cama de la hacienda, pues su manta olía a moho. Asimismo, airearía todas las habitaciones y pondría a las mujeres a frotar los muebles con paños y aceite. Colocaría flores frescas en todas las estancias para disipar el olor a rancio. ¿Y qué era todo ese jaleo, gente gritando en inglés y montando a caballo demasiado cerca de ella? ¿Y dónde estaban los pájaros que la saludaban cada mañana desde el clavero que había junto a su ventana?

¿Está despierta, señorita D'Arcy?

La realidad la azotó con fuerza. Angélique se levantó a toda prisa y se alisó el cabello. El aspecto de su vestido la trastornó: había dormido vestida, y el cuerpo entero le escocía a causa del jergón de paja.

Librodot

—Entre, señor.

Seth apartó la lona de la entrada, y la mortecina luz del amanecer pugnó por entrar mientras él llenaba el umbral con su elevada estatura y su presencia masculina. Dedicó una sonrisa tímida a Angélique y miró con el ceño fruncido la mesa y el fogón apagado.

—Venía a desayunar, pero me figuro que no sabía a qué hora llegaría. Además, no sabe lo que me gusta. Empiezo a trabajar junto al río en cuanto sale el sol. Para desayunar tomo café, huevos y bollos, y tocino cuando me lo puedo permitir. Hoy desayunaré en casa de Eliza; mañana podemos empezar nuestra rutina diaria.

Se quedó unos instantes para mostrarle el arroyo, el pozo, el bidón de madera que contenía patatas, cebollas, nabos, zanahorias y bellotas del otoño anterior. De vuelta en la cabaña le enseñó las dos lámparas y le pidió que cortara las mechas y las rellenara cada día. Asimismo debía limpiar la ceniza del fogón, preparar el café matutino, hacer la colada y planchar. Angélique lo seguía sin pronunciar palabra. Desde que despertara y comprendiera que ninguna criada aparecería para llevarle agua caliente y la taza de chocolate, además de que debía manejar ella misma el orinal, se encontraba en una especie de estupor.

Seth abrió un pequeño libro y lo abrió por una página en blanco en cuya parte superior escribió: «Angélique».

—La tarifa habitual por lavar y planchar camisas es un dólar la pieza —explicó al tiempo que señalaba el montón de ropa sucia tirada en un rincón—. Iba a llevarla al hotel de Eliza, pero ahora el trabajo es suyo. Soy un hombre honrado, señorita D'Arcy, y no la estafaré. —Cerró el librito y lo guardó en el cajón—. Tengo que ir a trabajar. Charlie Bigelow me ha estado vigilando la parcela estas semanas. Volveré a la hora de cena, prepare lo que quiera.

Dicho aquello se marchó.

Angélique permaneció inmóvil, como si hubiera echado raíces. Cuando Seth le preguntó si podía llevarle la casa, ella creyó que se refería a dar órdenes a los criados.

Al carecer de ventanas, el interior de la cabaña estaba a oscuras. Angélique abrió las lonas que cubrían las puertas delantera y trasera, pero la luz matinal era demasiado débil para iluminar la estancia, de modo que decidió encender las lámparas. Sin embargo, al mirarlas se dio cuenta de que nunca lo había hecho y no tenía ni idea de cómo hacerlo, por lo que decidió conformarse con la luz natural.

La siguiente cuestión acuciante era la de la comida. Angélique estaba desfallecida.

Examinó la sartén mugrienta que Seth le había mostrado. ¿Qué esperaba que hiciera con ella? En una alacena encontró sacos de arroz y harina, sal, especias, aceite de oliva, café, levadura, azúcar, un frasco de grasa de buey, algunos alimentos enlatados, botes de frutas en conserva y pescado salado en una vasija de barro. Angélique no sabía qué hacer con todo aquello. Se limitó a arrancar un pedazo de pan de la hogaza y cortar un trozo de queso seco que devoró con ansia mientras miraba la ropa sucia amontonada en el rincón. ¿Realmente esperaba Seth que la lavara? En la hacienda, su tarea se limitaba a supervisar a las criadas que recogían la ropa sucia y guardaban la limpia, y no sabía qué sucedía entre ambas fases. Engullendo el pan y el queso, y echando de menos su taza de chocolate, Angélique escuchó los sonidos del campamento que despertaba, sonidos desconocidos, extraños, toscos y groseros, pensó, tan distintos de las suaves mañanas en su hacienda de las afueras de Ciudad de México. Una vez más se preguntó por qué no oía cantar a los pájaros, pero entonces recordó las pendientes yermas que rodeaban el valle y los árboles talados que las cubrían.

«Los pájaros se han marchado, y lo mismo debería hacer yo.»

De pie en medio de la diminuta y sucia cabaña que pertenecía a un hombre al que no conocía, perdida en un mísero campo aurífero en mitad de Dios sabía qué desierto, Angélique empezó a comprender que había cometido un error espantoso; no por el hecho de viajar a California, pues qué otro remedio le quedaba. Tras la muerte de su esposo, el gobierno mexicano había embargado todas sus propiedades. hacienda, campos y ganado, para cubrir el pago de los impuestos, dejando a Angélique sólo con un baúl lleno de ropa. No, el verdadero error residía en haber ido allí, a Devil's Bar.

Librodot

Lo primero que se le ocurrió fue que debía hallar la forma de regresar a Sacramento, encontrar un hotel y esperar a que su padre la localizara. Pero entonces se acordó de que estaba en deuda con Seth Hopkins, no sólo por los cien dólares que había pagado por ella, sino por haberla rescatado de las garras de un hombre de intenciones criminales o al menos eso afirmaba él.

Angélique irguió la espalda y los hombros, pues los D'Arcy paga-ban sus deudas. Además, no podía ser tan difícil ocuparse de la casa. En primer lugar subió agua del arroyo para poder bañarse y en el proceso descubrió que el agua pesaba mucho más de lo que ha-bía imaginado. Sacó ropa limpia del baúl, poniendo gran cuidado en elegir el conjunto adecuado y escoger los pendientes que mejor casaran con los matices rojizos del vestido. Vestirse sola constituía un desafío nada despreciable; nunca se había visto obligada a hacerlo. ¿Cómo se abrocharía el corsé? Se tomó muchas molestias con el pelo, cepillándolo con esmero y sujetándolo en lo alto con peinetas. Se aplicó crema en el rostro y las manos, se limpió los zapatos, cepilló el vestido de viaje y lo colgó, lavó la ropa interior y la tendió a secar.

Cuando terminó de arreglarse era casi mediodía, y en la cabaña seguía sin entrar suficiente luz, de modo que practicó con las cerillas y las lámparas hasta que aprendió a encenderlas y mantenerlas encendidas el resto del día. Pero cuando el lugar quedó iluminado, se fijó en que el suelo estaba suciesísimo, de modo que encontró una escoba y mientras barría la porquería del suelo encontró algo peculiar en la base de la pared junto al fogón, una especie de cono de una sustancia indefinible que sobresalía varios centímetros del suelo. Se agachó para examinarlo y fue levantando la vista hasta llegar al gancho del que pendía la sartén.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Por lo visto, Seth Hopkins no se molestaba en limpiar la sartén después de usarla, sino que la colgaba sin más del gancho, y la grasa iba goteando al suelo.

Encontró pocos efectos personales. Además del pichel, el cepillo y la navaja de afeitar, había un daguerrotipo de una mujer a la que Seth se parecía y cuatro libros muy gastados. Angélique cogió Compendio poético y hojeó obras de Burns, Keats, Shakespeare y Coleridge hasta que el volumen se abrió naturalmente por una página de Shelley, como si Seth la hubiera leído muchas veces. «Despierto de sueños de ti / en el primer dulce sueño de la noche.» Los otros tres libros eran Ganadería, La vida de Napoleon y El libro de los bocetos, de Washington Irving, con un trozo de papel insertado en la página de «La leyenda de Sleepy Hollow».

Con los brazos en jarras, Angélique inspeccionó la mísera vivienda, que en su opinión no era digna ni de albergar cerdos, y decidió que debía hacer algo con ella. Trabajó durante una hora, y cuando decidió que la cabaña había quedado un poco más habitable, afrontó la tarea de preparar la cena.

Seth Hopkins llegó poco después de ponerse el sol, anunciando su presencia antes de pasar. Al entrar se quedó petrificado y abrió la boca de par en par. Por todas partes lo asaltaban los colores, desde un chal español con bordados de brillantes colores echado sobre la cama y varias estatuillas de santos, hasta un cuadrito de la Virgen María y el Niño jesús enmarcado en oro. Había velas votivas en recipientes de vidrio rojo, un abanico de espectaculares flores amarillas sujeto a la pared, un sombrero azul celeste con lazos rosados y plumas de flamenco colgado de un gancho. Sobre el barril de pólvora que hacía las veces de mesilla de noche se veía una figurilla azteca de jade rosa, un enorme cristal de roca azul oscuro y un pequeño jarrón con flores pintadas. El barril quedaba oculto bajo un echarpe de reluciente seda verde esmeralda y, apoyado contra el pie de la cama, había un parasol turquesa con volantes color verde claro. En una jarra de agua había dispuestos varios jacintos rojo sangre, que Seth había visto crecer junto al arroyo.

Parpadeó varias veces para asegurarse de que a sus ojos no les sucedía nada. ¿Qué había hecho esa mujer con su casa?

Librodot

En aquel momento reparó en el humo que salía del fogón.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi cena?

Angélique agitó las manos con ademán de impotencia.

—Lo intento, señor, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Cómo es posible que no sepa preparar una simple cena? —ex-clamó Seth, incrédulo.

—¿Cómo voy a saber?

—Pero es una mujer y... ¡Por el amor de Dios, ha gastado casi todo el queroseno.

—Esto es un calabozo oscuro. ¡Necesito luz!

—Pues mantenga las puertas abiertas.

—¡Para que entren las moscas!

Seth la miró de arriba abajo.

—¿Por qué está cubierta de hollín?

Angélique le explicó que había intentado encender el fogón, pero que sólo había obtenido una nube de humo. Seth repuso que primero debía retirar las cenizas anteriores, meterlas en el cubo y ajustar la válvula.

—¿No tiene delantal? —le preguntó.

Angélique se encogió de hombros.

—Necesitamos café para la cena —suspiró Seth.

Le enseñó a utilizar la cafetera, encendió el fogón y se fue para volver al cabo de unos minutos con unos pasteles de carne y patatas fritas.

—De la cocina de Eliza —explicó al poner la comida sobre la mesa—. Me ha costado cuatro dólares.

—¿Eso es mucho dinero? —inquirió Angélique, que no tenía ni la más remota idea del valor de las cosas.

Seth se sentó sin esperar a que ella se sentara primero.

—Muchísimo. No son los buscadores de oro los que se hacen ricos. sino los que tienen artículos que vender. En Virginia, un pañuelo cuesta cinco centavos, y aquí cincuenta.

Se sirvió café antes de llenar el tazón de Angélique, tomó un sorbo y frunció el ceño.

—¿Qué ha hecho con el café?

—¿Lo que usted me dice, señor. Pongo café en la cestilla y luego pongo la cafetera al fuego.

Seth levantó la tapa de la cafetera y se quedó mirando el interior con expresión asombrada.

—Ha puesto granos enteros! Primero hay que molerlos... Bueno, da igual. Un error lo comete cualquiera. A partir de ahora lo hará mejor.

Cuando empezaron a comer, un gran estruendo llenó la cabaña. Angélique se levantó de un salto, pero Seth siguió comiendo. Fuera, a la tenue luz del crepúsculo, vio a un hombre tocando una gaita escocesa.

—Es Rupert MacDougal —explicó Seth en cuanto volvió a entrar—. Le gusta acabar el día tocando la gaita. Por desgracia, sólo sabe «Llegan los Campbell».

Angélique lo observaba comer con su estilo peculiar, los codos sobre la mesa, el tenedor en el puño como si fuera una pala. No había encontrado en ninguna parte servilletas ni mantel, y suponía que llevaba mucho tiempo pasando sin ellos, pues parecía más que acostumbrado a limpiarse los labios con el dorso de la mano.

Angélique mordió una patata, que le pareció deliciosa.

—¿Dónde está su mina de oro, señor Hopkins? —preguntó al rato.

—No tengo una mina entera. Me limito a tamizar los sedimentos en lechos fluviales y recoger las pepitas de oro que encuentro. No es mi estilo cavar hoyos en la tierra en busca de vetas, como hacen algunos. Ya tuve bastante en Virginia, donde las minas de carbón acaban con la tierra y los hombres. En mi opinión, si la naturaleza deja oro tirado por ahí, tenemos derecho a cogerlo, pero no me gusta la idea de destrozar la tierra que Dios creó.

Angélique reparó en el frasquito de vidrio que había traído a casa y que contenía pepitas de oro flotando en agua.

Librodot

—¿Qué hará con el oro que encuentre?

Seth se enjugó la boca con los dedos y atacó el segundo pastel de carne.

—Creo que me gustaría tener una granja, pero sin animales; no creo que me gustara tener animales. Mejor algo pacífico, verde. Cultivas cosas y todo eso.

—¿Tiene experiencia como granjero?

—Vengo de una familia de mineros pero puedo aprender.

—En México cultivábamos aguacates —rememoró Angélique con nostalgia—. Pero son árboles muy delicados. Demasiado sol y viento acaba con ellos. ¿Quizás naranjas? Y también limones. Depende de dónde tenga la granja. Las mandarinas y los pomelos necesitan calor, pero a los limones les encanta la niebla, y sé que las naranjas son más dulces si crecen lejos de la costa.

—¿Cómo sabe todas esas cosas? —preguntó Seth.

—Simplemente las sé —repuso Angélique con un encogimiento de hombros.

Después de cenar, Seth abrió la caja de hojalata que contenía el libro de cuentas, el tintero, las plumas y papeles varios. En el dorso de una octavilla que anunciaba la actuación de un circo, confeccionó una lista con un lápiz romo.

—Llévela a la tienda de Bill Ostler mañana por la mañana, dígale que le dé todo lo que pone aquí y lo cargue a mi cuenta. Iré a casa de Charlie Bigelow a pasar la noche y probablemente todas las noches mientras esté usted aquí.

A la mañana siguiente volvió para desayunar los huevos y tostadas que Angélique había echado a perder por completo.

—Iré al hotel de Eliza para tomar café y bollos. Esta noche prepare arroz y tocino para cenar. Es imposible echar a perder el arroz. No tiene más que hervirlo en agua —Señaló la chimenea, de la que colgaba una enorme olla negra—. Y encontrará el tocino en ese barril. Si se envuelve en salvado no se estropea por el calor... ¿Sabe hacer pan? —preguntó tras una pausa—. Ya, bueno..., pregúntele a Ostler, él le dará cuanto necesite.

La tienda de Ostler estaba en el otro extremo del camino polvoriento, más allá de las tiendas, las cabañas y la ropa tendida. Consistía en cuatro paredes de troncos con tejado de lona, en cuyo interior se alineaban estantes y más estantes repletos de frascos, latas, cajas, botellas, herramientas, platos, utensilios, medicamentos e incluso rollos de tela. Angélique había elegido para la ocasión un vestido de seda gris paloma con encaje rosa. Las plumas del sombrero eran de un matiz rosado más oscuro que casaba a la perfección con los guantes y la sombrilla. Entró en la tienda, donde tres mujeres hurgaban en una caja de botones e hilo que Seth Hopkins había traído de San Francisco, y se detuvo un instante para acostumbrar la vista a la penumbra.

—¡Dios mío! —exclamó Bill Ostler, conocido por su melena pelirroja y la tripa que le colgaba sobre el cinturón—. ¡Señora D'Arcy! —saludó al tiempo que rodeaba el mostrador con tal rapidez que a punto estuvo de derribar el barril de los encurtidos—. ¡Qué inesperado placer! ¿En qué puedo servirla?

Angélique le alargó la lista, consciente de las miradas de las tres mujeres.

—¡Imaginaos! Una mujer que no sabe hacer pan —susurró una de ellas cuando preguntó a Ostler cómo se preparaba el pan.

Al salir vio un rollo de calicó y señaló con las manos la medida que quería. De regreso en la cabaña, cortó tiras de calicó, las clavó a la pared hasta cubrir un rectángulo de un metro por sesenta centímetros y extendió el resto sobre la mesa.

A continuación decidió preparar el arroz. Llenó una cacerola de agua y vertió en ella arroz con ayuda de una tacita de hojalata que indicaba las medidas. Una tacita parecía insuficiente. Decidió que cuatro harían una buena cena para ella y el señor Hopkins. Cubrió la cacerola, la colgó sobre el fuego y allí la dejó. Mientras prendía la leña del fogón y pugnaba por embutir todo el tocino en la sartén, la tapa de la cacerola salió disparada y cayó sobre el hogar de piedra con un enorme estruendo. Para su horror vio que el arroz empezaba a derramarse por los lados y caía al fuego.

Librodot

—¡Santa María! —gritó al tiempo que se abalanzaba sobre la cacerola con el cuchillo que tenía en la mano y golpeaba sus costados como si pretendiera asesinarlo.

Cuando Seth llegó a casa, la cabaña olía a arroz chamuscado y tocino quemado. Angélique estaba junto a la puerta trasera, intentando ahuyentar el humo mediante delantalazos.

—¡Maldito trasto! —gritó a Seth al tiempo que propinaba un puntapié al fogón.

Seth se quedó mirando el desastre de la sartén.

—¿Ha usado todo el tocino? Tendría que haber cortado un par de lonchas y ya está —Se fijó en el calicó colgado de la pared—. ¿Qué es eso?

—Cortinas —replicó Angélique malhumorada, frotándose la nariz y dejándola manchada de hollín.

—Pero si no hay ninguna ventana.

—Sí, pero así parece que haya una, ¿no?

Seth vio el mantel de calicó y la jarra de vidrio con flores frescas colocada sobre la mesa.

—¿De dónde ha sacado las manzanas? El vendedor no pasa hasta el sábado.

—Las compro al señor Ostler.

—¡Qué! Pero si él se las compra al vendedor de frutas y verduras y luego triplica el precio. No vuelva a comprar productos frescos a Ostler; espere a que llegue el carro del granjero el sábado.

Seth fue a la despensa y sacó galletas y tasajo.

—No importa —la tranquilizó al ver su expresión compungida. He visto cosas peores.

—¿Qué puede ser peor que esto? —replicó ella, recorriendo la cabaña con la mirada.

Seth se la quedó mirando. Aquella misma pregunta en boca de cualquier otra persona habría constituido un insulto, pero Angélique no parecía tener ánimo de ofender.

—La cárcel —repuso Seth cuando se sentaron a la mesa.

—¿Ha estado en la carcel? —exclamó Angélique con los ojos muy abiertos.

Seth peló una manzana y le alargó la mitad.

—Vi a un hombre pegar a una mujer. Le dije que parara, pero estaba ciego de rabia. Supe que acabaría matándola, así que se lo impedí.

—¿Lo... mató?

—No, le rompí la espalda —puntualizó Seth—. Ahora tiene las dos piernas inútiles. No volverá a pegar a nadie.

Masticó un pedazo de manzana y tragó.

—Me acusaron de intento de homicidio y pasé un año en la penitenciaría de Eastern State. No me condenaron a trabajos forzados, sino a aislamiento. Me pasaban la comida por debajo de la puerta. Me pasé un año entero sin ver ni hablar con nadie.

Cenaron en silencio y, al acabar, Seth levantó una esquina del mantel.

—Tendrá que devolver esto a Bill Ostler.

—Pero está todo cortado; no lo querrá.

—Entonces tendré que añadir el coste a lo que me debe. La barbilla de Angélique empezó a temblar.

—Ha dejado la cabaña muy bonita —alabó Seth al advertirlo—. Eso es jade rosa —constató, cogiendo la figurilla azteca que descansaba sobre el barril de pólvora para examinarla—. Muy inusual... y muy caro.

—Es más que eso, señor Hopkins. Este talismán perteneció a la esposa de Moctezuma: es la figura de la diosa de la fortuna, un amuleto de la buena suerte que me dio mi niñera india y que encierra un gran poder.

—¿Cree que le traerá suerte?

—Me llevará hasta mi padre —aseguró Angélique— con firmeza.

—Pues pídale que le enseñe a cocinar.

Si bien lo dijo con toda sonrisa, Angélique sabía que no pretendía ofenderla, sintió que se ruborizaba. Seth Hopkins esperaba demasiado de ella. Aquella situación denigrante no valía los cien dólares que le debía.

Librodot

Pero cuando Seth se disponía a ir a casa de Charlie Bigelow, se le ocurrió algo.

—Un momento, por favor. Quiero saber algo.

—Diga.

—El señor Boggs.

—Sí —masculló Seth con la mandíbula tensa.

—Dijo que era un mal hombre.

—Sí —repitió Seth—. No habría durado usted mucho con él —sus-piró tras una pausa—. Las mujeres como usted no duran mucho.

—¿Me habría hecho trabajar?

Seth observó aquellos ojos inocentes y muy abiertos mientras buscaba la forma de expresarlo con delicadeza.

—Las señoras que viven encima del bar —explicó por fin—. Eso es lo que Cyrus Boggs la habría obligado a hacer.

Tras un brevísimo silencio, el rostro de Angélique enrojeció vio-lentamente antes de palidecer como el de una muerta.

—Mañana no quemaré el arroz —sentenció,

Seth continuó durmiendo en la tienda de Charlie Bigelow, pero cada mañana iba a su cabaña para desayunar, ponerse una camisa limpia y recoger la fiambrera, que la señorita D'Arcv se encargaba de llenar. Resultó que tampoco sabía lavar ropa, de modo que la primera camisa limpia que Seth se puso tras la llegada de Angélique fue adquirida en la tienda de Ostler a un precio astronómico. Después de aquello le enseñó a hervir agua sobre el fuego, llenar el barreño de madera, cortar copos de jabón y remover las prendas en el barreño. Había conseguido enseñarle a preparar el desayuno, pero éste se convirtió pronto en un monótono ágape compuesto de pan quemado o medio cocido con café demasiado fuerte o demasiado flojo. Su fiambrera siempre contenía salchicha ahumada, restos salvados de alguna hogaza de pan y manzanas compradas al vendedor de los sábados. Al final de cada día, Seth regresaba a casa para la cena, que gran parte de las veces Angélique había fastidiado, por lo que se veía obligado a recurrir a la cocina de Eliza. Después de la cena, mientras Angélique fregaba los platos, Seth se sentaba con el frasco que contenía el botín del día, consistente en fragmentos de oro, polvo y pepitas flotando en agua, y se dedicaba a limpiar el oro, secarlo, pesarlo en una pequeña báscula y meterlo en una bolsita de cuero que guardaba en una caja cerrada con llave. A la hora de acostarse se despedía para ir a casa de Charlie. Por lo demás, su vida en Devil's Bar seguía el mismo curso que antes de la llegada de su invitada inesperada. Cada fin de semana seguía yendo a American Fork para que le tasaran el oro y depositarlo en el banco. Los sábados por la noche bajaba el gran barreño de madera, lo llenaba de agua que calentaba sobre el hogar y se restregaba la suciedad acumulada durante toda la semana. Acto seguido se ponía ropa limpia e iba al bar, donde bebía whisky y jugaba a las cartas con Llewellyn, Ostler y Bigelow. Después iba al hotel, donde en cuanto cerraban el comedor se quedaba a charlar un rato con Eliza Gibbons. No sabía a qué dedicaba la señorita D'Arcy su tiempo libre, pero sospechaba que no a aprender a cocinar.

Cuando se arrodillaba a la orilla del río con el sol ardiente en la espalda, extendía una mezcla de tierra y gravilla en su platillo y lo sumergía en el agua, rezaba por encontrar una pepita que cubriera los gastos que la señorita D'Arcy le estaba ocasionando. Sabía que la pobre no podía evitarlo, que se esforzaba mucho y se quejaba poco, pero siempre echaba a perder la comida, le quemaba las camisas con la plancha y gastaba demasiado queroseno. Esperaba de todo corazón que Jacques D'Arcy hubiera ganado dinero suficiente cazando para cuidar de su carísima hija.

Volvió a sumergir el platillo en el agua, lo sacó y lo golpeó con la mano para dejar caer parte de la gravilla mientras pensaba en el francés. Cada vez que llegaba una persona nueva al campamento, Seth le preguntaba si había oído hablar de un trampero llamado D'Arcy.

Empezaba a preocuparse; había oído que los indios tendían emboscadas a los tramperos porque éstos estaban acabando con su fuente de alimento. En el norte se habían producido escaramuzas cruentas que se habían cobrado muchas vidas blancas.

Siguió ladeando el platillo a un ángulo cada vez mayor hasta eliminar casi toda la grava y quedarse sólo con arena negra y partículas de oro, que agitó con mucha suavidad. Los ojos de Seth vagaban una y otra vez hacia los guijarros oscuros que yacían en el lecho del río centelleando al sol y que le recordaban los ojos de Angélique, sobre todo cuando refulgían por la furia y mascullaba entre dientes «¡Santa María!» porque el pan no había subido o el budín se le había quemado. De pronto se le ocurrió que el tintineo del agua sobre las rocas sonaba igual que las carcajadas que siempre seguían a aquellos arranques, cuando se burlaba de sí misma y se apartaba los rizos oscuros del rostro. En aquel instante un martín pescador se posó en una rama sobre el río, buscando peces que ya no estaban, y Seth pensó que sus plumas grises azuladas eran del mismo color que uno de los vestidos de Angélique, aquel sobre el que se había derramado salsa y que había pasado horas intentando limpiar.

Meneó la cabeza. Angélique invadía sus pensamientos como si lo hubiera seguido hasta allí.

Intentó pensar en otras cosas, en los cambios que la categoría de Estado produciría en California, dónde debería comprar la granja, si el invierno llegaría pronto ese año. Pero su mente poseía voluntad propia y no parecía querer pensar más que en Angélique D'Arcy. El domingo anterior, por ejemplo, el predicador itinerante había acudido a Devil's Bar y el bar fue convertido en iglesia para la ocasión. La señorita D'Arcy llegó tarde. Cuando apareció en el umbral, todas las cabezas se volvieron para mirarla, y se hizo el silencio. Llevaba uno de sus hermosos vestidos, coronado por una magnífica mantilla de encaje español que le cubría la cabeza y los hombros, y en las manos enguantadas sostenía un misal y un rosario. Mientras el silencio se prolongaba, pues los católicos eran objeto de suspicacias en aquel asentamiento predominantemente protestante, en lugar de adelantarse, la señorita D'Arcy se sentó al fondo de la sala con las prostitutas.

El oro, más pesado que la arena, se quedaba en el centro del platillo mientras la arena se desplazaba hacia los lados, de modo que Seth podía recoger las pepitas y los fragmentos con pinzas. Cuidadosamente vertió el resto del agua y con la yema del dedo limpia y seca levantó las últimas partículas de oro para meterlas en el frasco de vidrio. Era un trabajo arduo, largo y extenuante. A veces no encontraba ni una sola mota de oro en todo un día, pero otras localizaba pepitas que se le antojaban grandes y relucientes como el sol.

Terminada aquella tarea, se sentó sobre los talones y se enjugó la frente con un pañuelo. En la otra orilla del río se alzaban las ruinas del poblado indio. Seth había sido uno de los primeros en apropiarse de una parcela en aquel recodo del río. El día de su llegada, el poblado era un hervidero de actividad. Los indios se habían acercado a la orilla para observar al blanco loco que tamizaba la tierra. Al poco, otros hombres blancos llegaron con picos y palas para construir diques y grandes plataformas de madera a fin de dragar la gravilla del lecho fluvial. Los peces no tardaron en desaparecer del río, por lo que los indios se fueron en busca de otras fuentes de alimento.

Algunos incluso empezaron a buscar oro porque, aunque a ellos el metal de nada les servía, habían aprendido que con él podían comprar mantas y comida. Había quien trabajaba en granjas de blancos y lugares como la serrería de Sutter. Cuando Seth y la señorita D'Arcy se detuvieron en la serrería para abrevar a los caballos durante el trayecto desde Sacramento, vieron a varios centenares de indios acuclillados al sol de mediodía. En cuanto sacaron recipientes llenos de comida y los colocaron en el suelo, los indios se abalanzaron sobre ellos y empezaron a engullirla a toda prisa, como si supieran que no habría suficiente.

Sin embargo, casi todos los indios se escondían en las montañas. Algunos blancos creían que los indios ya no tenían derecho a vivir en aquella tierra y por lo tanto los perseguían con armas. Por su parte, el gobierno federal intentaba reunir a todos los nativos y confinarlos en reservas. Las únicas aldeas supervivientes estaban habitadas por mujeres, pero incluso éstas

Librodot

empezaban a desaparecer a causa de los flagrantes secuestros de que eran víctima. Cuando se propagó el rumor del oro, los hombres y las mujeres de California lo dejaron todo para dirigirse a los campos auríferos. De repente, las granjas y los ranchos se quedaron sin trabajadores, y los ricos sin sirvientes, de modo que surgió el lucrativo negocio de raptar a mujeres y niños indios que eran llevados al sur y vendidos como mano de obra.

Mientras descansaba bajo el cálido sol, Seth contempló los colores de las flores silvestres y el azul del cielo, detalles que llevaba años sin advertir. Le atormentaba el recuerdo de la penitenciaría de Eastern State, con su programa experimental de rehabilitación a través del aislamiento, lo que los funcionarios de la prisión no sabían era que, para Seth, el confinamiento solitario no era tan distinto del silencio de la casa de su padre y de la oscuridad de las minas de carbón.

—Espero que hayas aprendido algo aquí —dijo el alcaide el día en que salió en libertad.

Pero lo único que Seth había aprendido era que cada uno estaba solo en el mundo. Todos los hombres nacen solos y deben sobrevivir solos, sin esperar que nadie los ayude a arreglárselas.

Mientras alargaba la mano hacia el platillo y reunía fuerzas para otra hora de arduo trabajo, lo asaltó una imagen sorprendente, la de la señorita Angélique DArcy dormida en su cama y su espeso cabello negro extendido sobre la almohada.

Los habitantes de Devil's Bar eran vícrimas de un embrujo. Eliza Gibbons estaba convencida de ello. Era el embrujo de la taimada señorita DArcy, la hermosa viuda francesa a la que Seth había encontrado en los muelles de San Francisco y recogido como si de una gatita callejera se tratara. Eliza no era tonta ni estaba ciega, razones por las que tal vez era la única persona inmune al poder de aquella criatura. Una suerte de histeria colectiva se había apoderado de las gentes de Devil's Bar.

Eliza supo que algo andaba mal la mañana de sábado en que esa criatura sorprendió a todo el mundo al aparecer en el hotel de Eliza mientras Seth estaba en American Fork en su visita semanal al banco. El pequeño vestíbulo y el comedor del establecimiento estaban atestados de ciudadanos de Devil's Bar que habían acudido a saborear el buen café de Eliza o a recoger el correo y los periódicos que acababan de llegar con la diligencia matinal. El hotel era un lugar para reunirse, intercambiar habladurías y noticias y librarse de la fatiga causada por la semana pasada en los campos auríferos. Cuando la viuda francesa de Seth apareció de repente en la entrada principal, el lugar se sumió en un silencio sepulcral.

Eliza no olvidaría jamás el modo en que todas las cabezas se volvieron hacia ella. Y al cabo de unos instantes, los hombres hicieron algo que la dejó boquiabierta: ¡se levantaron y se quitaron el sombrero! Ninguna otra mujer del campamento había recibido jamás semejante trato, y menos que nadie Eliza, quien era de la opinión que si alguien merecía un trato de princesa era ella, Eliza Gibbons. ¿Acaso no fue a ella a quien se le ocurrió cerrar un contrato con la diligencia para que el correo y los periódicos llegaran al hotel? ¿Acaso no fue ella quien halló el modo de construir una fresquera para que la gente pudiera guardar sus jamones, mantequilla, aves reservadas para ocasiones especiales e incluso la botella de champán secreta de Bill Ostler? ¿Acaso sus pasteles de carne no eran famosos incluso en Nevada? ¿Y cómo se lo agradecían? Quejándose sin cesar de sus precios.

La actitud que aquel sábado los hombres mostraron hacia la viuda alarmó a Eliza, sobre todo cuando la señora Ostler saludó a esa mujer con un «buenos días», ejemplo que no tardaron en seguir las demás señoras.

La señorita D'Arcy explicó que deseaba algo para la cena del señor Hopkins y compró pollo frito, puré de patatas y salsa de menudillos. Eliza estuvo tentada de decirle que la comida estaba reservada a los clientes del hotel, pero ¿cómo iba a decirlo si no era cierto y todo el campamento sería testigo de su mentira? Así pues, no tuvo más remedio que dejar marchar a la joven con una cesta llena de los más exquisitos manjares de Eliza, y ésta estaba

Librodot

convencida de que afirmaría haberlos preparado ella.

La cosa no quedó ahí. Un sábado por la noche, un grupo de violinistas llegó al campamento para organizar un baile de granero aunque sin granero, pero la fiesta acabó en pelea porque todos los hombres querían bailar con Angélique. Otro día, un par de montañeses entraron en el hotel de Eliza con sus mujeres indias, y a punto estaba de exigirles que se fueran cuando Angélique llegó corriendo, enterada de su presencia, para preguntarles si conocían a su padre. Al saber que eran franceses, se puso a parlotear con ellos en una lengua ininteligible, y Llewellyn, ese galés imbécil, acabó pidiéndole que le diera clases de francés. En otra ocasión, Ingvar Suenson le envió una docena de huevos frescos como obsequio de bienvenida. La señora Ostler le pidió su opinión sobre el color del hilo que había elegido para su chal nuevo. Y Cora Holmsby le solicitó consejo antes de comprar perfume.

Pero la gota que colmó el vaso fue el incidente de los melocotones.

Eliza había llegado a un acuerdo secreto con un granjero del valle para que llevara un cargamento de melocotones al campamento con la garantía de que los vendería todos. A cambio, la propietaria del hotel se quedaría con un porcentaje de la venta. Tal como había prometido, los melocotones constituían una delicia tan infrecuente que todos los habitantes de Devil's Bar se agolparon en torno a la carreta, abrumando al vendedor con billetes y bolsas de polvillo de oro. En medio del tumulto, la joven de Seth se abrió paso entre la muchedumbre y empezó a gritar que la fruta estaba en mal estado y que todos caerían enfermos si la comían.

Sus palabras desencanderon el caos. El granjero se puso a gritar y agitar los brazos con furia, la señorita D'Arcy intentó impedir a la gente que cogiera los melocotones, y Seth Hopkins, que llegó en aquel momento, trató de calmarlos a todos. Cuando le preguntaron por qué creía que la fruta estaba en mal estado, ella ni siquiera pudo explicarse, sino que se limitó a mirar a Seth con aquellos ojos hechizantes y le aseguró que todos enfermarían si comían los melocotones.

—Bueno, pues entonces quizá sea mejor que no los compremos —repuso Seth para asombro de Eliza.

Todo el mundo devolvió los melocotones.

A renglón seguido, mientras todos se preguntaban qué hacer y el granjero profería improperios en una lengua que nadie comprendía, Eliza se acercó al carro y compró una bolsa entera. Los demás siguieron su ejemplo y casi vaciaron el carro del granjero, que se fue con una sonrisa radiante pintada en el rostro.

Lo que se le quedó grabado en la mente fue el hecho de que Seth hiciera caso de la advertencia de la joven, como si ésta lo hubiera despojado de toda voluntad. Y entonces Eliza comprendió que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto.

Por esa razón, aquella noche de finales de verano, entre el canto de los grillos y un toque de otoño en el aire, instó a Seth Hopkins a tomar una segunda y generosa ración de tarta de melocotón.

—Sabe cosas —aseguró Seth entre dos bocados, tras regar la dulce y jugosa tarta con leche fría—. No sé cómo ni por qué, pero la señorita D'Arcy sabe cosas. Dice que vio a los habitantes del campamento enfermar después de comer los melocotones, una especie de visión... Recorrió el plato con la cuchara para aprovechar los últimos restos de jarabe y corteza—. Algunas personas tienen visiones, ¿sabes? Sobre todo mujeres.

Eliza no sabía nada de visiones, pero sí reconocía a una mujer astuta y taimada en cuanto la veía. Tan pronto el vendedor de melocotones se fue, Eliza preparó varias tartas para que los que se habían quedado sin fruta pudieran saborearla. Incluso envió una de las tartas a la cabaña de Seth, pero al día siguiente se enteró de que la joven la había tirado. Todos los del campamento dieron buena cuenta del dulce y declararon que era el mejor que habían probado. ¿Quién se creía a aquella mujer? Pero Eliza sabía que el gesto de la señorita D'Arcy no se debía tanto a que estuviera preocupada por la fruta como a sus pretensiones con respecto a Seth Hopkins. Sabía qué intenciones llevaba aunque Seth estuviera en la inopia.

Seth hacía varios sábados que mandaba mensajes contradictorios a Eliza mientras

Librodot

sostenían sus conversaciones nocturnas en el porche del hotel. En un momento dado le decía que estaba a punto de perder la paciencia con la señorita D'Arcy, que le estaba costando un ojo de la cara, y al siguiente hablaba de su perfume o de su encantadora risa. Eliza sabía algo que Seth desconocía, y era que él también estaba sucumbiendo al embrujo de la joven.

No había esperado tener que competir con ninguna otra por Seth. Era una de las razones por las que había viajado hasta California desde el este, porque allí había al menos diez hombres por cada mujer. Incluso una mujer como ella, considerada una solterona a los treinta, tenía posibilidades de hacerse con una buena pieza como Seth Hopkins. Llevaba ocho meses intentando que la mirara con ojos «matrimoniales», tentándolo con tartaletas de mermelada y pasteles de carne, alabando su fuerza viril cada vez que hacía alguna reparación en el hotel. Nunca lo criticaba, ni siquiera cuando se enjuagaba la boca con el mantel en lugar de la manga o eructaba sin disculparse. Nunca mencionaba que debería extender su explotación aurífera hasta la de Charlie Bigelow, pues éste no la trabajaba con pleno rendimiento. No lo importunaba para que fuera más ambicioso ni le insinuaba que obtendría más oro construyendo un dique en lugar de usar el platillo, pues Seth siempre argüía que los de corriente arriba no debían mostrarse codiciosos, ya que en ese caso los de corriente abajo se quedarían sin nada. Se mordía la lengua cuando declaraba que sólo quería ganar lo suficiente para vivir con comodidad, mientras que los demás hombres de Devil's Bar ardían en deseos de hacerse más ricos que el rey Midas. Eliza tenía la sensación de que se acercaba el momento de hacerle entender que ahí estaban los dos, buenos amigos que se ayudaban como debían hacer los vecinos, que Seth necesitaba una mujer y que a ella no le vendría mal tener a un hombre en el hotel, de todo lo cual sólo podía extraerse una conclusión lógica. Pero ahora la señorita D'Arcy lo seducía con sus Llamativos vestidos y su indefensión femenina.

—Falta poco para que California se convierta en un Estado —co-mentó Seth mientras llenaba la pipa.

—Espero que entonces alguien haga algo con todos esos extranjeros que no paran de llegar. Tengo entendido que en American Fork hay chinos.

Seth se la quedó mirando.

—¿Acaso nosotros no somos extranjeros también, Eliza?

—!Por supuesto! —exclamó ella con una sonrisa forzada—. ¡Sólo era una broma!

Seth asintió y encendió la pipa.

—Todos venimos del extranjero, excepto los indios. Creo que Dios los creó aquí mismo.

Eliza guardó silencio. Detestaba a los nativos de California y consideraba imperativo librarse de todos cuanto antes. Menos mal que había hombres como Taffy Llewellyn y Rupert MacDougal, que purgaban los campos de forma regular. Si dependiera de Seth Hopkins, Devil's Run estaría en manos de los salvajes.

—¿Qué tal las cosas con la señorita D'Arcy? —preguntó al recordar a otra criatura que detestaba.

La pipa empezó a despedir nubecillas de humo.

—Estoy en apuros. Eliza. La señorita D'Arcy viene envuelta en un paquete muy bonito, pero no sirve para nada. He intentado enseñarle algunas cosas pero es como si le tuviera miedo al fogón. Cada vez que el tocino salpica grasa, se aparta con un salto, porque no quiere mancharse ninguno de sus preciosos vestidos. Y a los mapaches y los zorros les encanta mi cabaña, porque siempre tira un montón de comida. Hace un par de noches llegué y la vi saliendo de la cabina con la sartén envuelta en llamas. La tiró al río y tuve que comprar una nueva a Bill Ostler, así que ya te puedes imaginar lo que me ha costado la broma.

Estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

—Nunca había conocido a una mujer que no supiese guisar ni coser. No es como tú, Eliza. Tú eres una mujer competente, que no se preocupa de estar guapa ni arreglarse, y además sabes lo que vale el dinero.

Eliza apretó los labios.

—Puede que pronto te libres de ella.

Librodot

—No lo creo. Está trabajando para pagarme lo que me debe y además busca a su padre. No puedo darle la espalda con lo indefensa que está.

Eliza tuvo ganas de decir algo acerca de la indefensión de la señorita D'Arcy, pero se contuvo.

—¿Estas seguro de que ese padre existe? —preguntó en cambio. Seth la miró sorprendido.

—¿Por qué iba a mentir?

Eliza no respondió. ¿Cómo podía Seth haber alcanzado la edad de treinta y dos años sin saber que algunas mujeres dirían lo que fuera con tal de que un hombre cuidara de ellas?

—Entretanto, supongo que tendré que aguantar los ronquidos de Charlie Bigelow y las patatas chamuscadas para cenar —suspiró Seth.

—Aquí siempre tendrás buena comida, Seth. Pollo frito, bollos. salsa... Todos tus platos preferidos.

—Pero Eliza, si cobras tus platos a precio de oro —exclamó Seth con una carcajada.

—Te haría descuento, ya lo sabes.

—Nada de eso; sería injusto de cara a los demás, que trabajan tanto como yo. Insistiría, en pagar el precio normal.

Eliza volvió a contener la lengua. En ocasiones, el sentido de la justicia y la honradez de Seth Hopkins la mortificaban.

—Bueno, me parece encomiable el espíritu cristiano que demostraste al rescatar a esa pobre criatura.

—No tiene nada que ver con el espíritu cristiano. Sencillamente, no podía dejarla a merced de gentuza como Boggs. Cualquier otro hombre habría hecho lo mismo en mi lugar.

En tu lugar, pensó Eliza, cualquier otro hombre se habría llevado a la criatura a su casa para encerrarla en una jaula de oro y mirarla con ojitos de cordero degollado. Pero no así Seth Hopkins. En cuestión de mujeres era como si llevara anteojeras. En una ocasión le había hablado de una novia que había tenido en su tierra y que había acabado casándose con otro, pero en ningún momento había pronunciado la palabra amor. Eliza empezaba a preguntarse si no sería uno de esos hombres incapaces de amar. Lo más que podía pedirle una mujer era lealtad y protección, pero Eliza no esperaba más de un hombre. No estaba convencida de la existencia del amor romántico que ensalzaban los poetas. Los hombres podían tener piquito de oro cuando creían que una mujer estaba a punto de recibir una herencia, recordó con amargura, y hacer mutis por el foro en cuanto se enteraban de que en realidad no tenía un centavo. No, Eliza prefería la franqueza de Seth, porque al menos sabía a qué atenerse con respecto a él. Y si algún día se casaban, no esperaría siquiera enamorarse de él.

—Quieres que te eche una mano y enseñarle a la señorita D'Arcy los rudimentos de la cocina?

Seth la miró con el alivio pintado en el rostro.

—¡Oh, Eliza, sería magnífico! Creo que Angélique se beneficiaría mucho de la ayuda de una mujer mayor.

El semblante de Eliza Gibbons, que sólo contaba cuatro años más que la señorita D'Arcy y dos menos que Seth, se transformó en una máscara de hielo mientras sus ojos relucían como tiznes, pero de algún modo consiguió conservar la sonrisa.

—Déjalo todo en mis manos. Ayudaré a la señorita D'Arcy a arreglárselas con el fogón.

No podía creerlo. ¡Se le habían vuelto a quemar las patatas!

Mientras contemplaba la masa chamuscada que llenaba la cacerola, sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. ¿Cómo se las componían las demás mujeres? Siempre ponía el fogón demasiado caliente o demasiado trío. Si prestaba atención a la carne, se le quemaban las verduras. Si removía el estofado, el pan de maíz se incendiaba. Era un juego de malabares. Cuando arrojaba las patatas a la parte trasera, sabedora de que los mapaches y los zorros se darían un festín más tarde imaginó la reacción del señor Hopkins. Nunca se enojaba ni la criticaba cuando estropeaba una comida o le quemaba las camisas con la plancha, sino que se

Librodot

limitaba a asegurar que la próxima vez lo haría mejor. Seth Hopkins era el hombre más ecuánime que había conocido en su vida. No podía imaginar que hubiera estado a punto de matar a un hombre, pero le había dicho que pasó un tiempo en la cárcel por eso. Seth no parecía capaz de albergar en su interior semejante rabia. Tal vez la mujer a la que protegió era alguien quien amaba. ¿Existía tal vez un aspecto oculto de Seth Hopkins, un manantial de pasión esperando a ser descubierto por la mujer adecuada, una mujer como ella, que entendía la pasión?

Angélique se regañó por tener semejantes pensamientos, por sorprenderse cada vez más a menudo soñando despierta con Seth Hopkins, su estatura, su fuerza, su rostro apuesto, la sensación que produciría un beso suyo, y entró de nuevo en la cabaña de sombras tenebrosas, olores mohosos y soledad. Había clavado ganchos en las paredes para colgar sus trajes y vestidos, y así poder limpiar las manchas y remendar los desgarrones. Mantener su guardarropa en condiciones impecables constituía casi un trabajo a tiempo completo y además era lo que le impedía perder la cordura.

Nunca habría creído que la vida pudiera ser tan dura. Le estaban empezando a salir callos en las manos, y siempre le dolían los músculos. Todo era trabajo, trabajo y trabajo sin la menor diversión. Ni siquiera el circo itinerante paraba en Devil's Bar porque el campamento era demasiado pequeño y el único piano del lugar se encontraba en el bar, que vedaba el acceso a las mujeres. Las única distracciones las proporcionaban las reyertas de los sábados por la noche, las ocasionales peleas a puñetazos en la calle o episodios sueltos, como el de la noche en que la destilería de aguardiente de Llewellynn, el galés, voló por los aires, o el día en que Charlie Bigelow, incapaz de aguantar un solo minuto más la gaita de Rupert MacDougal, salió escopeta en ristre, apuntó a la gaita y masculló:

—O te aprendes otra canción o te envío con la gaita al reino de los cielos de un tiro.

Hubo una ocasión memorable, el día en que nació el bebé de los Suenson. Los niños eran tan infrecuentes en aquella parte del territorio que los mineros acudieron de lugares lejanos para presentar sus respetos y llevar regalos al niño; incluso algunos indios vinieron cargados de abalorios y plumas. Angélique vio a hombres hechos y derechos llorar como niños al ver al bebé. Fue un momento tan conmovedor que le recordó la natividad de Jesús..., aunque aquella misma noche todos los hombres se emborracharon e inundaron el campamento de peleas y disparos.

La sensación más predominante era la añoranza. Añoraba los chiles y las tortillas. Afloraba el tañido de una guitarra española. Añoraba pasear por los inmensos mercados al aire libre de Ciudad de México, examinando la cerámica, las telas y las tallas de madera únicas. Añoraba tener a alguien con quien hablar español.

Cogió la figurilla azteca, la encerró en el puño sintiendo su forma conocida como un recuerdo reconfortante de su hogar, rogó en silencio a la pequeña diosa que le diera fuerza, besó el jade frío y volvió a dejar la estatuilla junto a la cama.

—¿Señorita D'Arcv?

Angélique se volvió y vio a Eliza Gibbons en el umbral.

—¡Oh, señorita Gibbons! —exclamó al tiempo que cogía una silla y le quitaba el polvo—. ¡Qué honor tenerla aquí! Entre, por favor.

Eliza echó un vistazo al vestido de satén verde de la joven, que caía sobre numerosas enaguas y hacía juego con sus arracadas de aguamarina. Como si tuviera que asistir a un gran baile, pensó Eliza, desdeñosa. Pero tenía el rostro y el cabello manchado de harina, y de cerca se apreciaban manchas en el vestido que el jabón no había logrado eliminar. No le extrañaba que la joven no supiera guisar; le preocupaba más el estado de sus ropas que dar de comer a Seth Hopkins.

—Confieso que era reacia a visitarla —empezó Eliza sin sentarse—. El señor Hopkins nos dio a entender que no se quedaría usted mucho tiempo.

—Creía que mi padre ya me habría encontrado a estas alturas.

—Y se acerca el invierno. En cuanto empiezan las lluvias, los viajes se complican y las

Librodot

comunicaciones se interrumpen.

¡El invierno! Angélique se desmoralizó un tanto. No aguantaría un invierno en aquel lugar.

—La he interrumpido mientras preparaba la comida.

—¡Oh!, soy un desastre en la cocina —suspiró Angélique—. He causado tantos problemas al señor Hopkins...

—Veo que está preparando sopa.

—No es la primera vez, pero el señor Hopkins dice que mi sopa no tiene sabor.

Eliza se quitó el sombrero.

—¿Con qué la condimenta?

—La señora 0lster me dice que ponga dos pizcas de sal. Y eso es lo que hago.

—¿Sólo eso? Dos pizcas de sal para toda la olla?

—Ese es problema. La señora Olster quería decir dos pizcas de sal por ración. Esta olla es muy grande, de diez raciones al menos. Póngase sal en la mano... Eso eso. Echela toda a la olla.

—¿Toda? —exclamó Angélique con los ojos muy abiertos.

—Quedará deliciosa —aseguró Eliza con una sonrisa—. Y ahora le contaré un secreto que utilizo en mis recetas —añadió al tiempo que cogía el frasco de melaza— y que, según el señor Hopkins, es la mejor sopa que ha probado en su vida...

Angélique había recobrado la esperanza cuando Seth volvió a casa aquella noche. Seth se sentó a la mesa y adoptó una expresión recelosa cuando Angélique le puso el plato delante con un guiño inesperado. Escudriñó la sopa, se llevó el plato a la nariz y olisqueó.

—¿Sucede algo? —preguntó Angélique.

—Esta sopa... Tiene un aspecto diferente y huele diferente.

—He añadido el ingrediente secreto —confesó Angélique con una sonrisa.

Seth se llevó una generosa cucharada de sopa a la boca y al instante la escupió, apresurándose a beber un trago de agua antes de enjugarse los labios con el dorso de la mino.

—¿Qué le ha hecho a la sopa?

Angélique se lo quedó mirando.

—¿Qué le pasa?

—¡Está horrible!

Se hizo el silencio entre ellos, quebrado sólo por el zumbido de las moscas. Al cabo de un instante, pálida e intentando no perder el control, Angélique apoyó las manos sobre la mesa y se levantó muy despacio.

—Señor Hopkins, me rescató usted de un terrible destino y siempre le estaré agradecida. Pero esta situación es mala para ambos y creo que debo marcharme.

—¿Marcharse? Pero si sólo quería saber qué le ha hecho a la sopa. Tiene un sabor...

—Horrible, ya lo sé. Todo lo que hago está mal y no mejorará.

Se dirigió con la espalda muy erguida hacia el barril de pólvora colocado en vertical junto a la cama, cogió la diosa de jade rosa, contempló durante largo rato, volvió junto a la mesa y dejó la figurilla sobre ella.

—Le dejo esto como pago de mi deuda —anunció en voz baja—. Vale más de lo que le debo, pero se la doy para quedar en paz con usted. Iré a Sacramento en la diligencia que pasa dentro de tres días.

Todos sus vestidos tenían al menos una mancha. Había intentando mantenerlos en buen estado, pero le había resultado imposible protegerlos de la grasa, la salsa, el café, el zumo, el hollín y la tierra. Los delantales de nada le habían servido, y la tienda de Bill Ostler no tenía quitamanchas adecuados. En cuanto llegara a Sacramento dedicaría toda su energía a recuperar el esplendor de su guardarropa.

Mientras disponía cada vestido en el baúl con todo cuidado, intentó no pensar en el hombre al que dejaba atrás. Seth poblaba sus sueños y pensamientos día y noche, a veces en forma de

bondadoso salvador, otros en la figura de un amante apasionado. ¿En qué momento se había adueñado de su corazón? ¿Cómo no lo había previsto?

Seth llevaba tres días sin aparecer, de modo que cuando oyó pasos en el exterior, el corazón le dio un vuelco. Pero no era más que Bill Ostler.

—Me han dicho que se marcha, señorita. Habría venido antes, pero tengo a la mujer acatarrada y he pasado la noche en vela con ella —Angélique advirtió sus ojeras y sus mejillas enrojecidas—. Es una lástima que se vaya, señorita D'Arcy. Es usted lo mejor que le ha pasado a Seth. No le vendría mal un poco de suerte. ¿Le contó que estuvo en la cárcel?

—Si, me dijo que casi mató a un hombre que estaba pegando a una mujer.

—¿Le contó también que el hombre era su padre y la mujer, su madre? El viejo Hopkins la golpeó tan fuerte en la cabeza que por poco la deja ciega. Y entonces Seth decidió que había llegado el momento de acabar con la amenaza de su padre. No se arrepintió en ningún momento: por eso lo pasó tan mal en la cárcel. ¿Le importaría darme un poco de agua? Me duele mucho la garganta.

Angélique le dio un vaso.

—Bueno, señorita D'Arcy, adiós. Ha sido un placer conocerla.

Angélique se estaba anundando el sombrero bajo la barbilla cuando Seth apareció por fin en el umbral. Tenía aspecto de llevar varios días sin dormir.

Seth se quedó mirando sus ropas de viaje, el sombrero y los guantes, el baúl junto a la entrada, listo para ser cargado en la diligencia.

—He estado pensando mucho estos últimos tres días —musitó con voz fatigada.

Le tomó la mano, dejó en ella el talismán de jade y le cerró el puño en torno a la pequeña diosa azteca. Luego sacó el libro de cuentas y arrancó la página titulada Angélique.

—Cometí un error al traerla aquí. No sabía lo difícil que sería para usted, ni lo distinto que es el mundo del que procede. En fin, ya sabe dónde estoy. Cuando encuentre a su padre él puede venir a saldar la deuda. Pero yo no la presionaré.

Seth miró a su alrededor; la cabaña ofrecía un aspecto inhóspito, pues Angélique había retirado todos los toques de color, incluso las cortinas de calicó para la ventana que no existía.

—La acompañaré a Sacramento para asegurarme de que encuentra un alojamiento decente —prosiguió al tiempo que se oprimía la frente con la mano.

—¿Se encuentra bien, señor Hopkins? —quiso saber Angélique con repentina preocupación.

—A decir verdad, no mucho. Charlie Bigelow ha pillado un catarro tremendo, y creo que me lo ha contagiado. Si pudiera sentarme un momento...

Angélique le acercó una silla y le dio agua.

—¿Cuánto hace que se encuentra así?

—Dos o tres días. Creía que se me pasaría, pero parece que empeora. Y ahora la cabeza...

—Debería tumbarse.

Seth no discutió, y al levantarse le fallaron las piernas, de modo que Angélique tuvo que sostenerlo por la cintura.

—Ya se me pasará —murmuró mientras apoyaba la cabeza sobre la almohada—. Sólo necesito cerrar los ojos. Será mejor que se vaya; la diligencia no tardará en llegar. Dígales que somos dos. Angélique lo vio cerrar los ojos, se quitó un guante y le tocó la frente. Seth ardía de fiebre.

Pensó en Bill Ostler y su esposa; luego recordó al vendedor de melocotones de la semana anterior y la visión que había tenido.

Se volvió hacia la puerta. La diligencia pasaría al cabo de pocos minutos. En aquel instante, Seth lanzó un gruñido de dolor.

Se quitó el sombrero, acercó una silla al lecho y se sentó. Uncuarto de hora más tarde oyó que la diligencia pasaba traqueteando por el camino. Permaneció junto a Seth.

Cuando despertó al caer la noche, Angélique consiguió que tomara un poco de café tibio, pero no le apetecían la fruta y los bollos que le ofreció. Intentó levantarse de la cama,

Librodot

alegando que debía ir a casa de Charlie, pero carecía de la fuerza suficiente. Así pues. Angélique lo acomodó lo mejor que pudo y fue a la tienda de Ostler, donde compró mantas y otra almohada para prepararse una cama en el suelo.

A la mañana siguiente, el estado de Seth había empeorado.

Le tocó de nuevo la frente mientras le comprobaba el pulso, anormalmente bajo para un enfermo tan febril. El terror se adueñó de ella al recordar la fiebre que había azotado Ciudad de México diez años antes. La fiebre alta y el pulso lento habían alarmado a los médicos porque eran síntomas inequívocos de una temida enfermedad la fiebre tifoidea.

Cerró los ojos espantada. Estaba en lo cierto con respecto al vendedor de melocotones; era lo que las curanderas mexicanas denominaban un portador y había llevado la enfermedad a Devil's Bar. Angélique estaba paralizada de miedo e impotencia. La gente moría a causa de la fiebre tifoidea, incluso hombres jóvenes y sanos.

Mientras se preguntaba angustiada que debía hacer y a quién podía acudir en busca de ayuda, Seth despertó y la miró con ojos relucientes por la fiebre.

—Sigue aquí —musitó—. ¿Podría darme un poco de agua, por favor? De pronto se inclinó sobre el borde de la canta y vomitó. —Dios mío, lo siento —gimió, dejándose caer de nuevo sobre la cama.

Para su horror, Angélique comprobó que también se había ensuciado.

Y de repente, todo lo sucedido en las últimas semanas, el viaje en el Betsy Lain, la subasta de mujeres y Devil's Bar, la asaltó como una malévola marea negra que no pudo soportar. Salió de la cabaña corriendo entre sollozos, anhelando ver a su padre, odiando aquel lugar y a Seth Hopkins.

Huyó a ciegas del campamento, cruzó el arroyo y subió por la colina salpicada de muñones de árboles.

Una vez en la cima llegó al bosque, donde se dejó caer en el suelo y derramó amargas lágrimas de soledad, impotencia y añoranza. De pronto, el dolor le atacó la cabeza y, como estaba muy lejos de su medicina, no le quedó más remedio que permitir que el trance siguiera su curso, aquel mal recurrente que había heredado de la abuela Angela.

Mientras yacía inmovilizada por el dolor, las visiones poblaban su mente, pero no en forma de profecías y alucinaciones sino de recuerdos de cuando tenía seis años. Aquel extraño día en Rancho Paloma, el día de la boda que no llegó a celebrarse porque sucedió algo y todos los invitados se marcharon. Angélique no sabía de qué se trataba, pero de repente recordó la histeria de su madre. Carlota, a quien Angélique recordaba como una mujer fuerte y práctica, quedó reducida a un manojo de nervios. Guardaba relación con tía Marina, que desapareció sin dejar rastro y algo que le ocurrió al abuelo Navarro. Pero lo que destacaba en la mente de Angélique con más claridad, como los picos montañosos que la rodeaban, era el rostro de la abuela Angela redondo, pálido y hermoso, y su voz, cristalina como el canto de los pájaros en aquel bosque.

—He hecho lo que debía hacer. Puedes decir que está mal, y es posible que esté mal, pero era lo que debía hacer.

Y Carlota, presa del pánico:

—¡Vendrán a por ti, madre! ¡Te ahorcarán! Debes huir, esconderte.

—No huiré ni me esconderé —replicó la abuela, serena y fuerte—. Afrontaré lo que Dios quiera. Las mujeres Navarro no son cobardes.

Al día siguiente. D'Arcy se había llevado a su mujer e hija, y el recuerdo de aquel día se fue desvaneciendo. Ahora, atrapada en las fauces del dolor, se preguntó qué ocurrió aquella noche fatídica, por qué su madre creía que la abuela Angela sería arrestada y ahorcada. ¿Adónde había ido tía Marina? ¿La encontraron alguna vez?

«Quién salió al galope aquella noche entre el estruendo de cascos de caballo?»

El ataque empezaba a remitir. Al abrir los ojos, Angélique vio, oyó y olió por primera vez el bosque en que se hallaba. Qué majestuoso, qué bello era. Aspiró una profunda bocanada de aire y se sintió como si aspirara poder, el espíritu de los bosques. «Las mujeres Navarro no

son cobardes.» Angélique paseó la mirada por el paraíso forestal al que había ido a parar y por entre los árboles vislumbró el tosco campamento minero que pocos minutos antes odiaba con tanta pasión. Haré lo que debo hacer, pensó.

Al regresar a la cabaña encontró a Seth intentando desvestirse. Había vertido agua en una jofaina para lavarse, pero en un momento dado se había desplomado al suelo. Las sábanas y la manta estaban inservibles. Angélique hizo la cama con la única sábana limpia que quedaba, tendió a Seth en ella y lo cubrió con el edredón que reservaba para el invierno. Luego se dirigió al hotel de Eliza, donde una de las doncellas le comunicó que la señorita Gibbons estaba enferma, al igual que los cuatro huéspedes. Sin embargo, la cocinera estaba en la cocina y dio a Angélique pan, sopa, natillas y salchicha. En cuanto la doncella le dio sábanas limpias, fue a la tienda de Bill Ostler, quien a pesar de la evidente fiebre insistía en que se encontraba bien.

—La fiebre alta puede ser peligrosa si no se consigue bajar en poco tiempo —le advirtió sin embargo—. Puede causar ataques, daños cerebrales permanentes o incluso la muerte. Mantenga la piel de Seth húmeda y abaníquelo. Déle mucha agua fresca y no lave las sábanas. Tiene que quemarlo todo, las sábanas, la ropa, todo...

Por último pidió prestado un camastro a Llewellyn el galés y regresó a la cabaña. Seth se agarraba el vientre y gemía. Angélique calentó la comida que había comprado en el hotel, pero el joven lo vomitó todo.

La fiebre siguió aumentando de forma progresiva durante tres días y luego permaneció elevada. A los vómitos siguió la diarrea por lo que se vio obligada a volver al hotel en busca de más sábanas y a quemar las sucias detrás de la cabaña. Seth permanecía inerte en la cama, intentando no exteriorizar su dolor, pero Bill Ostler le había explicado los efectos de la fiebre tifoidea, las dolorosísimas úlceras que provocaba en el intestino.

Había que bañarlo, de modo que desterró su pudor, se recordó que había estado casada y lo lavaba en el lecho, cubriéndole las partes íntimas con la manta para que pudiera conservar su dignidad. En un momento dado distinguió unas cicatrices en su espalda y acercó la lámpara para examinarlas. Surcaban la piel en tal número que resultaba imposible contarlas. Tenían algunos años, así que supuso que se debían al látigo de la cárcel. Las cicatrices que se veían en sus muñecas y tobillos sólo podían ser consecuencia de los grilletes y esposas. Aquellas marcas la hicieron llorar.

—Santa María de los Dolores —musitó al tiempo que se santiguaba y sus lágrimas caían sobre las cicatrices—. Pobre, pobre hombre.

La fiebre no bajaba, y Seth temblaba como una hoja en pleno delirio. Sobre su pecho y vientre apareció una erupción rosada, y pronto se sumió en un sueño que más parecía un coma. Atenazada por el miedo, Angélique intentaba desesperadamente bajar la fiebre con compresas frías. Lo intentaba día y noche, cubriéndolo de paños húmedos. abanicándolo e intentando que bebiera agua fresca. A veces se adormecía, pero de inmediato despertaba con un sobresalto y volvía al trabajo. Recordaba que durante los calurosos veranos de México, las señoras se humedecían las muñecas y sienes con colonia, de modo que bañó a Seth con sus esencias y aguas de colonia para que la evaporación del alcohol lo refrescara un poco. Cuando se acabaron las existencias, fue al bar, que estaba desierto, se llevó la última botella de whisky y bañó a Seth en ella.

Tras quemar la última sábana volvió al hotel a por más, pero no quedaba ninguna, y tampoco en la tienda de Bill Ostler. Devil's Bar estaba sumida en una humareda hedionda causada por las numerosas hogueras donde se quemaban sábanas y ropas. De vuelta en la cabaña, Angélique abrió su baúl y sacó las enaguas, que sirvieron para cubrir la cama con sus suaves algodones. Cuando se le acabaron las enaguas, desgarró sus vestidos e hizo tumbar a Seth de costado mientras extendía sobre el jergón la seda verde esmeralda o el satén rosado para luego recoger las prendas sucias y arrojarlas a la pira de la parte trasera. Luego encendía una cerilla y veía arder todas sus sedas y satenes.

Puesto que necesitaba los vestidos para la cama, abrió la caja donde Seth guardaba su ropa

y eligió un par de aquellos extraños pantalones que él llamaba vaqueros, con los bolsillos sujetos por remaches metálicos, y una de sus camisas de tosco tejido, que se metió en la cinturilla de los pantalones tras anudarse un cordel para que no se le cayeran. Como ya no tenía tiempo para ocuparse de su pelo, se lo peinaba en dos largas trenzas. Bill Ostler se sobresaltó al verla. —Parece usted una india —comentó.

Seth no podía ingerir alimentos sólidos, así que superó el temor que le infundía el fogón, pues cocinar se había convertido en una cuestión de vida o muerte, y manteniéndolo encendido aprendió a hervir el arroz hasta la consistencia perfecta, añadiendo sal y azúcar para fortalecer a Seth. Le preparaba gachas de avena, caldo de buey y verduras, té frío...

Cuando se quedó sin provisiones regresó al hotel, pero no vio a nadie. El comedor y la cocina estaban desiertos, pero de la planta superior le llegaban gemidos y el sonido inconfundible del vómito. En la parte trasera se alzaba una pila de sábanas apestosas y humeantes. Fue a ver a Bill Ostler, que ya estaba gravemente enfermo y casi se arrastró hasta la puerta para abrirle.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó.

—Todo está en manos de Dios, señorita D'Arcy —repuso el tendero— Con la fiebre tifoidea no se sabe quién vivirá y quién morirá. Depende del Todopoderoso.

Dicho aquello se desplomó, y Angélique lo ayudó a llegar hasta la cama. Vio a la señora Ostler, que parecía hallarse a las puertas de la muerte. Cogió provisiones de la tienda y dejó una bolsa de polvillo de oro.

Acto seguido fue a casa de los Suenson con la esperanza de comprar algunos huevos, y allí encontró a Ingvar pugnando por cuidar de su mujer. Angélique miró a la señora Suenson y vio que el bebé dormía en sus brazos. Se acercó un poco más y se santiguó.

—Señor Suenson, su bebé...

—Ya lo sé, pero no me deja que entierre al pobrecito.

El campamento aparecía desierto salvo por los perros carroñeros. Angélique vio tumbas recientes en la colina y se preguntó quién yacería en ellas y quién tenía fuerzas suficientes para cavarlas. El hedor de la enfermedad invadía el campamento. Recordaba el olor de la época en que la fiebre tifoidea azotó México. También recordaba los entierros, que se sucedían día y noche. Habría más en Devil's Bar antes de que la enfermedad remitiera.

No se apartaba un instante de Seth. Cuando se agitaba, presa del dolor y el delirio febril, lo acunaba en sus brazos. Y cuando lo incorporaba para darle de comer y le acariciaba el rostro, experimentaba una ternura que jamás había sentido.

Cada noche caía rendida en la cama.

Diecisiete noches después del día en que debería haber tomado la diligencia, Angélique examinó el rostro demacrado de Seth y su cuerpo desprovisto de carne. Tenía los ojos muy hundidos y se le había caído buena parte del cabello. Llevaba días sin abrir los ojos. Angélique sabía que nadie podía arder dos semanas de fiebre y sobrevivir, pero no podía hacer nada más. Agotada y débil por el hambre, creyendo que enloquecería por la falta de sueño miraba al hombre que yacía en la cama con los ojos relucientes de algo que no era fiebre, sino una demencia del espíritu.

Devil's Bar estaba sumido en un silencio sepulcral. Ya no oía el piano desafinado en el salón, el constante ir y venir de caballos y carros, los sonidos propios de la gente. No recordaba la última vez que había hablado con alguien. El día en que fue a ver a Charlie Bigelow lo encontró muerto en su propia suciedad sin haber recibido cuidado alguno. Habían dejado de llegar visitantes al campamento: la última diligencia había pasado varios días antes. El mundo los había abandonado a la muerte.

Alrededor de medianoche mientras el último resto de queroseno ardía mortecino en la lámpara y ella estaba sentada junto a Seth, Angélique sintió que la envolvían las sombras. En un principio creyó que se trataba de los espíritus de Charlie Bigelow, el bebé de los Suenson y las dos criadas de Eliza Gibbons, pero pronto comprendió que no eran fantasmas, sino recuerdos largo tiempo reprimidos, cosas que su madre le contara de pequeña sobre su familia

Librodot

californiana. Impulsada por el amor hacia su padre, Angélique había dado la espalda a los Navarro por haber tratado mal a D'Arcy, pero ahora recordaba que la abuela Angela lo había acogido como a un hijo. Recordaba que, el día en que un oficial llegó a la hacienda para darle la noticia de la muerte de su marido en la batalla de Chapultepec, se sintió más sola que nunca. Su padre ya se había marchado y su madre había muerto. No le quedaba nadie. Pero de pronto recordaba a todos sus primos, algo relacionado con un oso en un corral, ella misma rodeada de niños emparentados con ella. Nunca se había detenido a pensar que tenía una familia muy numerosa. Y qué consuelo debía de proporcionar la familia en momentos como aquel..

Y ahí estaban, en su memoria, consolándola... y prestándole ayuda cuando más la necesitaba.

La abuela Angela sentada a la mesa de la cocina, a la que Angélique, de seis años, apenas llegaba, removiendo algo en una taza mientras explicaba con gran paciencia a la niña que la corteza bajaba la fiebre.

Sin pensárselo dos veces, Angélique salió corriendo de la cabaña, fue a la orilla del arroyo y siguió su curso hasta llegar junto a un sauce. Empezó a arañar la corteza hasta que la desprendió, volvió como una exhalación a la cabaña, hirvió la corteza en agua y dejó enfriar la infusión antes de intentársela hacer beber a Seth. El joven tosió y la escupió. Angélique volvió a acercarle la taza a los labios, pero Seth no podía beber, así que empapó un pañuelo en la infusión y se lo exprimió entre los labios, repitiendo la operación hasta que tras varias horas consiguió hacérsela ingerir entera.

Luego cogió el rosario, se arrodilló junto a la cama, apoyó la cabeza sobre el pecho de Seth y rezó con todas sus fuerzas. Se durmió en aquella postura y despertó al sentir la mano de Seth en su cabello.

La fiebre había bajado. Por fin, lo peor había pasado.

Aunque Seth seguía enfermo, Angélique podía dejarlo solo para ir a asistir a los demás. Ayudaba a dar de comer y bañar a los enfermos, cocinaba inmensas cantidades de fríjoles para los sanos, echaba una mano en los entierros, quemaba ropa y sábanas, y compartía con todos el secreto de la infusión de corteza de sauce. Por las noches se sentaba junto a la cama de Seth y le leía en voz alta pasajes de la Ganadería.

—S desea criar gallinas ponedoras, la White Leghorn es la mejor —recitaba, lo que arrancaba débiles sonrisas al paciente durante los primeros días.

Más tarde, a medida que recobraba fuerzas, empezó a reírse a carcajadas al oírla leer en tono muy serio:

—La vaca Holstein produce más leche que la vaca lechera convencional...

Por fin la fiebre tifoidea desapareció de Devils' Bar. El último entierro había tenido lugar varios días antes, y los que quedaban empezaban a rehacer sus vidas, inspeccionar sus explotaciones auríferas y dejar atrás el horror. Seth, ya capaz de sentarse en una silla, miró a Angélique con ojos límpidos, sin rastro alguno de la enfermedad.

—Estoy muerto de hambre —declaró.

Angélique le preparó una comida sólida, y Seth quedó maravillado ante la perfección de los pasteles de patata, blandos por dentro, crujientes en los bordes y condimentados en la medida justa. Mientras comía, Seth preguntó por los demás.

—Ingvar Suenson ha perdido a su mujer y al bebé. La señora Ostler ha muerto.

Hablaba con dificultad; treinta y dos nuevas sepulturas poblaban la colina.

—¿Y Eliza? —inquirió Seth.

—La señorita Gibbons sigue muy enferma.

—Iré a visitarla en cuanto recobre las fuerzas. ¿Dije algo mientras deliraba?

Angélique sonrió.

—¿Debo disculparme?

—Una vez despertó, me miró y dijo que no sabía que había ángeles en el infierno. También habló de su madre... ¿Volvera a su casa?

—No puedo volver a casa —repuso Seth—. No quieren saber nada

de mí.

—Comprendo lo de su padre. Está furioso, ¿verdad? Pero seguro que su madre quiere volver a verlo.

—El día que salí de la cárcel fui a casa. Mi madre me dijo que me marchara y no volviera jamás. Dijo que la había dejado con un inválido inútil, que debería haberlo matado o bien dejado en paz. Dijo que su vida había empeorado muchísimo por mi culpa.

—Cambiará de opinión; sigue siendo su madre.

—El año pasado le envié todo el dinero que encontré el primer mes, más de quinientos dólares en oro. Me escribió diciéndome que me quedara el dinero, que lo único que haría mi padre con él sería comprar bebida. —Meneó la cabeza—. No quieren saber nada de mí. Sé que estoy solo.

Angélique sintió una punzada de dolor en el corazón. Sintió deseos de estrecharlo entre sus brazos, llorar por él, decirle que no estaba solo, que alguien lo amaba, pero no se veía capaz de moverse ni pronunciar aquellas palabras.

—Descanse —ordenó en cambio—. Pronto estará lo bastante recuperado para ir al arroyo y trabajar.

—¿Por qué no enfermó usted?

—No comí ni un solo melocotón.

—No volveré a comer un melocotón mientras viva. ¿Cómo sabía que no debíamos comerlos?

—En México, las curanderas dicen que hay personas que llevan dentro el mal, pero no enferman. Si comes la comida que cocinan o el agua que te sirven, caerás enfermo. Tuve el presentimiento de que el viejo vendedor era uno de esos portadores.

Seth recorrió todo su cuerpo con la mirada.

—A excepción de las trenzas, parece un muchacho.

—No me queda ningún vestido —señaló Angélique con una sonrisa.

Luego se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Una vez restablecido, Seth fue a visitar a Eliza Gibbons, ya repuesta, y a inspeccionar su parcela junto al río.

Al volver encontró a Angélique haciendo la maleta. Ya no necesitaba el baúl, pues todo cuanto poseía cabía en una funda de almohada.

—Cuando llegué a San Francisco tenía la esperanza de encontrar a alguien que cuidara de mí. El señor Boggs, mi padre... o alguien con quien poder casarme. En ningún momento pensé que podría arreglármelas sola. Pero ahora sé cocinar, lavar la ropa y llevar una casa. Incluso he aprendido a hablar como una estadounidense. Viajaré de campamento en campamento, de mina en mina, cocinando, lavan-do y cuidando de mí misma hasta que encuentre a mi padre.

—¡No puede marcharse!

—Nuestros caminos se separan aquí, señor Hopkins —musitó Angélique con la barbilla temblorosa y sin mirarlo a los ojos—. Usted volverá a buscar oro y se quedará con Eliza Gibbons, que está enamorada de usted y yo tengo que encontrar a mi padre.

Seth la sobresaltó al asirla por los hombros.

—Angélique, te necesito. Antes de que entraras en mi vida, vivía en un mundo sin color. Todo en él era marrón, gris y negro. Pero tú me trajiste el arco iris, puestas de sol y todas las flores que crecen en la buena tierra. Por el amor de Dios. ¿qué me pasaba? Te encerré en una cabaña oscura como yo estuve encerrado en una mina oscura y luego en una celda oscura. Tú naciste para vivir al sol, Angélique. Cada mañana iba al arroyo, donde hay rocas, árboles, pájaros y sol, y te dejaba atrás en la oscuridad. Debería haberte llevado a pasear al bosque. Ni siquiera te he enseñado mi pequeña mina junto al arroyo. Te encarcelé como a mí me

Librodot

encarcelaron.

Tosió su rostro entre las manos.

—Escúchame, Angélique —murmuró con pasión—. He terminado de buscar oro. En el arroyo aún queda, pero no soy codicioso, tengo cuanto necesito. Dejaré lo que queda para el siguiente hombre que venga. Además, ya soy un hombre rico. El banco de American Fork guarda mi fortuna, y quiero compartirla con la mujer de la que estoy enamorado y que necesito tener a mi lado el resto de mis días. Por favor, dime que serás mi esposa. Además, ¿cómo voy a llevar una granja sin tu ayuda, sin que escuches el viento y él te diga lo que hay que hacer?

¿Cómo iba a responderle si de repente la estaba besando con in-finita urgencia?

—¿Hola? ¡Eh, hola!

Se volvieron hacia la puerta y allí vieron a un desconocido, un hombre blanco ataviado con pieles de macho cabrío y gorro de piel.

—Me dicen que buscan a un francés llamado D'Arcy. Puedo llevarlos con él si quieren.

Puesto que sería un largo viaje, compraron mulas de carga y pertrechos para el invierno. Emprendieron el camino por las montañas, haciendo un alto en American Fork para que los casara un juez de paz. Cuando llegaron junto a la tumba de D'Arcy, muy al norte, la nieve cubría la tierra.

Angélique se arrodilló, murmuró una oración y enrolló alrededor de la cruz de madera el rosario que su padre le había regalado con ocasión de su primera comunión.

—Allí, ésa es la india con la que vivía su padre —señaló el rastreador que los había llevado hasta el lugar.

Angélique se volvió hacia los árboles y divisó a una india envuelta en pieles y con el cabello gris peinado en dos trenzas.

—No estaban casados como Dios manda, pero Jack la quería mucho —el rastreador chasqueó la lengua y meneó la cabeza—. Esa la va a pasar mal sin un hombre que la proteja... Claro que no se puede hacer nada: ya no queda casi ninguno de los suyos —observó con un encogimiento de hombros.

La mujer de los bosques y la mujer de la ciudad, ambas con sus largas trenzas y sus ojos almendrados se miraron en el silencio del bosque. El instante irradió una breve magia mientras la quietud invernal las abrazaba a ambas. Y entonces, la india dio media vuelta y desapareció entre los árboles.

Angélique tomó la mano de Seth.

—Quiero volver a Los Angeles y ver si la hacienda sigue ahí, si la abuela Angela aún vive.

—Iremos en seguida, amor mío. Allí crearemos nuestra granja, en una tierra de luz y sol y nunca más viviremos en la oscuridad.

15

Erica no podía dejar de pensar en el beso de Jared.

Había sido tan inesperado, tan electrizante que por un momento tuvo la sensación de que comenzaría a arder y explotaría. Precisamente entonces perdió el conocimiento, por falta de oxígeno, dictaminaron los enfermeros por permanecer tantas horas atrapada en la cueva.

Era el único pensamiento que ocupaba su mente pese al increíble hallazgo que había hecho esa mañana mientras despejaban los últimos escombros del derrumbamiento. Incluso después de abrir la misteriosa bolsa de hule y comprender lo que estaba viendo. Incluso después de llevarle el objeto a Jared y advertir su emoción, incluso después de asimilar la importancia del descubrimiento, lo único en que podía pensar era en el beso de Jared cuando la sacó de la cueva.

La policía había detenido a Charlie «Coyote» Braddock, quien confesó haber colocado explosivos en la entrada de la cueva para sabotear la excavación. Y puesto que el incidente

Librodot

había provocado un acalorado debate entre todas las partes interesadas, desde los que querían sellar la cueva hasta los que pretendían que se convirtiera en una atracción turística. Erica y Jared decidieron redoblar sus esfuerzos para localizar cuanto antes al propietario más probable del esqueleto. Por lo visto, la bolsa de hule que Erica había encontrado aquella mañana en el nivel tres estaba a punto de proporcionarles una pista inesperada.

La bolsa contenía un pergamino, mohoso pero aún legible, que resultó ser la escritura de cesión de una finca llamada Rancho Paloma a un tal Navarro. Los límites indicados en la escritura, la Ciénaga, la Brea y el Camino Viejo, hacían referencia a una inmejorable zona de Los Angeles que estaba perfectamente definida aún en la actualidad. El Camino Viejo había cambiado varias veces de nombre pasando de Orange Street. Los Angeles Avenue y Nevada Avenue hasta el presente, Wilshire Boulevard.

Erica y Jared estaban en las oficinas del archivo de la ciudad de Los Angeles, donde habían pasado la mañana revisando documentos públicos que se remontaban hasta 1827. Estaban sentados frente a sendas mesas repletas de documentos, informes, libros, mapas, fotografías, disquetes y cintas de vídeo. Jared buscaba entre los títulos, escrituras y cesiones de propiedades mientras Erica se dedicaba a los nombres.

Al cabo de un rato se reclinó en la silla y se desperezó mientras observaba a Jared, absorto en los archivos. Había sido un beso apasionado y tierno y cuando Erica entreabrió los labios, la lengua de Jared rozó la suya. Fue un instante fugaz, pero más intenso que una vida entera de manos entrelazadas y miradas a hurtadillas. Jared había encendido en ella un fuego que seguía ardiendo, de modo que cuando él alargó la mano para coger la taza de café, a Erica se le antojó el gesto más sexy del mundo.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó.

Jared se masajeó la nuca y la miró. Erica habría jurado que en sus ojos brillaba un destello eléctrico. Aquellos ojos oscuros ardían, sin lugar a dudas.

—Por lo que he podido averiguar, Rancho Paloma fue dividido y vendido a unos estadounidenses recién llegados en 1866 —repuso en un tono que delataba su deseo de hablar de cosas mucho más íntimas que documentos históricos. O al menos eso imaginaba Erica. En realidad, no sabía qué pasaba por la cabeza de Jared. No había habido más besos desde aquel primero, tan impulsivo.

—Así pues, ¿entonces fue cuando enterraron la escritura en la cueva? —aventuró—. ¿En 1866?

A causa de la explosión, el derrumbamiento y la consiguiente retirada de escombros, resultaba imposible determinar con exactitud a qué nivel había estado enterrada la escritura.

—Es posible. Puede que alguien intentara impedir la venta y creyera que lo conseguiría enterrando la escritura.

—Pero ¿en nuestra cueva? ¿Por qué enterrar la escritura de la propiedad en la cueva de la Primera Madre?

Jared se frotó la mandíbula con aire ausente.

—Es como si al enterrar la escritura en la cueva, alguien devolviera simbólicamente la tierra a la Primera Madre —murmuró.

—Alguien relacionado con ella? ¿Tal vez un descendiente?

Sus miradas se encontraron, y a ambos se les ocurrió la misma idea en el mismo instante.

—En ese caso —exclamó Erica, emocionada—, si localizamos a los descendientes actuales de los primeros Navarro, tendremos muchas posibilidades de descubrir la identidad de nuestro esqueleto.

Jared retiró la silla de la mesa, se levantó y alzó los brazos sobre la cabeza mientras Erica se regalaba la vista con la tensión de sus músculos bajo la camisa.

—Qué has descubierto sobre los Navarro? —preguntó a Erica.

Le estaba costando concentrarse en la tarea que los había llevado allí, pues no cesaba de pensar en la increíble historia que Erica le había contado tras salir de la cueva derrumbada.

Jared se había sentado junto a ella mientras se calmaba, escuchando el relato de su vida.

Librodot

Erica fue abandonada a los cinco años y vivió en casas de acogida hasta que una abogada a la que no conocía de nada la rescató. Por eso luchaba tan encarnizadamente para salvar a la Mujer de Emerald Hills, le confesó, porque nadie más lo haría. Ahora comprendía sus motivos, Según el sistema legal, a los dieciséis años, Erica ya estaba a cargo del Estado, pero una grave malinterpretación de su caso estuvo a punto de arrojarla a las fauces de un sistema penal del que quizás nunca se habría recuperado. La abogada había apreciado los aspectos personales del caso: para ella, Erica no era sólo un número en la sala del tribunal, sino una persona con derechos. Igual que la Mujer de Emerald Hills, que supuestamente también estaba a cargo del Estado, pero a la que pretendían enterrar de nuevo y olvidar para siempre.

Le habría gustado conocer a Lucy Tyler. Después de ser nombrada tutora ad litem de Erica, le encontró un hogar mejor y la visitaba con regularidad.

—Se convirtió en mi mentora —explicó Erica—. Dios sabe qué vio en mí para creerme digna de salvación, pero en cualquier caso yo quería complacerla, hacerla sentirse orgullosa de mí. Me parece que. en el fondo, no tenía una pizca de autoestima, así que la motivación para llegar a ser alguien no se debía a que creyera en mí misma, sino en ella. Adopté su nombre cuando acabé el instituto... Murió la semana después de que me dieran el doctorado. Linfoma. No había querido decírmelo para no distraerme de los estudios.

—No gran cosa —contestó a su pregunta sobre los Navarro y señaló el libro que había estado consultando, titulado Las familias fundadoras de California—. Lo único que dice aquí es que en Rancho Paloma vivía una familia llamada Navarro, pero no da ninguna información sobre ellos. En la actualidad, en el condado de Los Angeles viven miles de Navarro. Aunque decidiéramos verificar la ascendencia de cada uno de ellos, siempre quedaría la posibilidad de que los Navarro de Rancho Paloma no se quedaran en Los Angeles.

Jared asintió.

—Tengo hambre. Abajo hay un puesto de burritos. ¿Lo quieres de ternera o fríjoles?

—De pollo, y cualquier refresco light.

Lo siguió con la mirada mientras reflexionaba asombrada sobre el inesperado giro que había dado su vida. De todos los hombres que habían intentando atravesar la barrera que protegía su corazón. Jared Black, su antiguo enemigo, no era el que había esperado ver salir vencedor. ¿Y ahora qué? ¿Le tocaba mover ficha a ella? Pero cómo podía estar segura de que Jared había pretendido iniciar algo con aquel beso? De pronto el futuro, con sus promesas de misterio y sorpresas, la emocionaba y asustaba a un tiempo.

Se obligó a volver a la realidad. ¿Cómo relacionar la escritura con la cueva?

Erica contempló la ingente cantidad de documentos históricos puestos a su disposición: archivos periodísticos, el registro civil, el registro de la propiedad, hacienda, los archivos policiales. Había cientos de anales, crónicas, recordatorios, memorándums, rollos, registros, estadísticas, listas, libros mayores, documentos públicos y transcripciones judiciales.

¿Por dónde debía empezar?

Decidió hacerlo por las estadísticas para ver si conseguía localizar a algún Navarro muerto entre 1865 y 1885. Se sentó ante un ordenador disponible y seleccionó la base de datos. Los archivos de aquella antigüedad aparecían salpicados de interrogantes tras muchos de los nombres.

—Quizás deberíamos poner un anuncio en el periódico —suspiró cuando Jared volvió con la comida y se sentó junto a ella, desenvolviendo los aromáticos burritos—. «Si alguien tiene información sobre el paradero del señor o la señora Navarro en los aledaños de 1866...»

Jared meneó la cabeza con una carcajada.

Erica destapó la Coca-Cola light.

—¡Me entran ganas de dar parte a Personas Desaparecidas! —masculló.

Comieron en silencio mientras veían pasar a la gente, profesores, historiadores, escritores y personas que llevaban a cabo investigaciones genealógicas en busca de sus antepasados. De repente, Erica se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en una joven pelirroja que pedía al empleado ayuda para localizar a los antepasados de una familia llamada McPherson, llegados

Librodot

a Los Angeles a principios de siglo.

—Eran los parientes de mi madre —la oyó explicar.

El corazón le dio un vuelco.

Dejó a un lado el burrito, posó las manos sobre el teclado, cerró la base de datos estadísticos y abrió la del Departamento de Policía de Los Angeles relativa a expedientes cerrados o archivados. Los parámetros de búsqueda se ordenaban por división, departamento y fecha. Seleccionó Personas Desaparecidas y se quedó mirando la pantalla con fijeza antes de tomar conciencia de la idea que cobraba forma en su mente. «Fue denunciada la desaparición de mi madre?»

Años atrás había intentado localizar a su familia, pero a la sazón las bases de datos actuales no existían, por lo que las indagaciones suponían revisar inmensas cantidades de papeles, una tarea larguísima e infructuosa en última instancia. Pero ahora, llevada por una repentina esperanza, en lugar de buscar a los Navarro, Erica tecleó «1965», el año en que su madre llegó a la comuna hippie. A la fecha añadió «blanca», «embarazada» y «menos de treinta años>. Diciéndose que era una idea descabellada, tamborileó sobre la mesa con los dedos mientras esperaba que aparecieran los resultados de la búsqueda. ¿Qué probabilidades tenía? Que su madre se escapara de casa para unirse a una comuna hippie no era más que una conjetura. Tal vez se marchó con conocimiento de sus padres; quizás incluso éstos se alegraron de librarse de ella y no denunciaron su desaparición.

En cuanto salieron los resultados. Erica leyó ansiosa los nombres de las jóvenes cuya desaparición había sido comunicado a la policía. Aquel año habían huido de casa muchas adolescentes, algunas de ellas embarazadas. «Cualquiera de ellas podría ser mi madre.»

Volvió al principio de la lista y la leyó con más detenimiento, pronunciando los nombres en voz baja para ver si le sonaba alguno.

Y de repente, «Monica Dockstader. Diecisiete años. Cabello castaño, 1,68 mt, 63 kilos, embarazada de cuatro meses. Vista por última vez en la terminal de autobuses de Palm Springs».

Dockstader. El nombre despertaba vagas reminiscencias en los rincones de su mente. ¡Y la fecha! Julio, lo que significaba que Monica Dockstader salía de cuentas en noviembre, el mes en que nació Erica.

Se dirigió a recepción y pidió microfilms del Los Angeles Times y el Herald Evening de 1965. Los llevó a un visor y cargó la primera película con dedos temblorosos.

Tardó menos de cinco minutos.

—¡Dios mío!

Jared alzó la vista.

—¿Has encontrado algo? —inquirió.

—Creo que he encontrado... —se volvió hacia él con los ojos muy abiertos— a mi madre —añadió en voz un poco más baja.

Jared se situó a su espalda y leyó con el ceño fruncido el titular que aparecía en pantalla: «Desaparece la heredera del imperio de los dátiles de Palm Springs. Ha dado comienzo la búsqueda. La familia ofrece una recompensa».

El artículo, publicado treinta y cinco años antes era breve y contenía declaraciones de los padres de la muchacha, pidiéndole que volviera a casa. «Ahora se hace llamar Rayo de Luna», había explicado la madre de Monica, Kathleen Dockstader, a la policía.

—Rayo de Luna... —murmuró Erica.

Recordaba al hombre calvo, diciendo treinta y cinco años antes a la trabajadora social: «Se hacía llamar Rayo de Luna».

—Por lo visto no la secuestraron —comentó Jared—, sino que se escapó. La única razón por la que se le dio tanta prensa al caso residía en que la familia era rica. Aquí dice que los Dockstader eran los importadores más antiguos e importantes de dátiles en Estados Unidos. Me gustaría saber si la empresa sigue en funcionamiento.

Erica alargó la mano para tocar la pantalla. ¿Aquellas dos personas de mediana edad y

Librodot

aspecto trastornado eran sus abuelos?

En aquel momento. Jared se inclinó hacia adelante.

—Dios mío. Erica, mira la foto en la parte inferior de la página. Esa chica. Monica Dockstader, es una versión más joven de ti.

Te resulta familiar esto? —preguntó Jared mientras salía de la auto-pista 111 y enfilaba Dockstader Road.

Erica contempló las hileras de palmeras datileras que se extendían a lo largo de lo que parecían kilómetros y kilómetros, y más allá el dorado desierto interrumpido por las montañas, cuyos picos nevados relucían rosados al sol poniente.

—No, pero nací en una comuna en el norte y que yo sepa no salí de allí hasta que me llevaron al hospital de San Francisco. Tenía cinco años y a partir de allí viví en hogares de acogida. No creo haber estado nunca aquí.

En Internet habían encontrado la página web de Plantación Dockstader, más de cuatrocientas hectáreas de magníficas palmeras datileras cerca de Palm Springs, en el valle de Coachella, un enclave dotado de restaurante, tienda de regalos, visitas guiadas y planta de embalaje con muestras gratuitas para todos los visitantes. La página web contenía una sección titulada «Acerca de nuestra familia». Erica había esperado hallar la historia de los Dockstader, pero no era más que una descripción de la familia corporativa, desde el vice-presidente hasta los recolectores de dátiles.

Erica llamó desde el archivo, pero le dijeron que la señora Dockstader no concertaba citas y no estaría disponible hasta que regresara de las vacaciones de seis meses que estaba a punto de iniciar. Contempló la posibilidad de revelar a la secretaria quién era, pues sin duda la señora Dockstader estaría disponible para ver a la nieta a la que nunca había visto, pero decidió que sería mejor presentarse en su casa. Las noticias de aquella índole no debían darse por teléfono y a través de una secretaria y el asunto no podía esperar, ya que la señora Dockstader se marchaba aquella misma noche.

Pasaron ante un rótulo que rezaba «Fundada en 1890» y el estacionamiento de visitantes, y recorrieron un camino asfaltado flanqueado por enormes encinas y sauces. Por fin llegaron a una señal que advertía que aquello era una residencia particular sin acceso al público, pero Jared siguió conduciendo. Erica cerró los ojos mientras el corazón le latía con fuerza. Sabía lo que encontrarían al final del camino: una enorme mansión victoriana construida a finales del siglo xix, atestada de antigüedades y recuerdos familiares, y en ella a Kathleen Dockstader, una bondadosa abuela viuda de setenta y dos años, cabello blanco y manos artríticas. Erica casi podía oler su perfume de lavanda y oír sus palabras emocionadas, «Si, soy tu abuela», seguidas de un cariñoso abrazo.

El camino desembocaba en un sendero de coches curvo, y los sauces y encinas dieron paso a un césped palaciego salpicado de elegantes fuentes, y en el centro una casa que parecía construida en el futuro. Era mitad estuco blanquísimo, mitad vidrio, una edificación de una sola planta, de líneas sobrias, frías, sin ornamento alguno, en parte estilo Santa Fe, en parte invernadero, se dijo Erica. Ante ella se veía un Rolls Royce, y un mayordomo cargaba un juego de maletas y una bolsa de palos de golf en el maletero. Jared aparcó y miró a Erica.

—¿Preparada?

—Estoy nerviosa —confesó Erica, asiéndole impulsivamente la mano—. Gracias por acompañarme.

—No me lo perdería por nada del mundo —aseguró Jared al tiempo que le oprimía la mano. Esta mujer lleva treinta y cinco años buscándote, incluso llegó a ofrecer una generosa recompensa para encontrarte —le recordó con una amplia sonrisa—. Espero que tenga sales a mano.

Erica escudriñó los ojos de Jared que ya no le parecían sombríos, sino de un gris expresivo que sugería franqueza, sinceridad.

—Durante toda mi vida me he preguntado si mi madre volvió alguna vez a la comuna para buscarme. A lo mejor no sabía nada del hombre que se nos llevó a mí y a la mujer que murió de una sobredosis a un hospital de San Francisco. ¿Y si me ha estado buscando durante todos estos años?

—Puede que volviera a casa; puede que esté aquí —aventuró Jared, volviéndose hacia la estructura de estuco y vidrio que se alzaba como una maqueta de arquitecto entre árboles y arbustos perfectos.

El mayordomo los detuvo delante de la puerta principal.

—Por favor, es muy urgente —instó Erica—. Dígale a la señora Dockstader que venimos por un asunto relacionado con su hija.

El mayordomo les franqueó el paso a un vestíbulo pintado en suaves colores desérticos, con un suelo de piedra caliza que relucía como el cristal y una claraboya que daba al inmaculado cielo. Los hicieron esperar durante casi media hora, mientras la luz del día moría y daba paso a discretas luces interiores.

La mujer que por fin hizo su aparición no tenía nada de abuela bondadosa.

—Soy Kathleen Dockstader —espetó con sequedad a Jared—. ¿Qué es eso de mi hija?

Erica quedó paralizada, Kathleen Dockstader. bronceada, ataviada con bermudas color rosa y polo de golf blanco, el cabello rubio sujeto por una visera que decía «Dinah Shore Golf Classic», era una mujer en excelente forma física que no aparentaba en modo alguno su edad.

—Señora Dockstader, me llamo Erica Tyler —logró articular por fui y tengo motivos para creer que soy su nieta.

La mujer miró a Erica por primera vez. Durante un instante pareció petrificada y por fin pestañeó varias veces.

—¿Por qué? —preguntó en tono gélido.

Deseando poder entrar y sentarse, y que le ofrecieran un poco de té frío para ayudar a sus labios y garganta a encontrar las palabras adecuadas, Erica contó a la señora Dockstader su historia, acabando por el informe de Personas Desaparecidas y el artículo periodístico que había leído.

—Señorita Tyler —resopló Kathleen, impaciente—. Estoy a punto de salir para una gira mundial de golf. Mi avión sale esta noche y no tengo tiempo para especulaciones, así que muéstreme pruebas.

Alargó la mano, que con su piel curtida y las venas prominentes era el único rasgo que delataba su edad.

—¿Partida de nacimiento? ¿Cartas? ¿Fotografías?

—No tengo nada.

La mujer frunció los labios.

—Sólo una historia, y pretende que me la trague. —Se volvió para marcharse—. Me está haciendo perder el tiempo.

—Señora Dockstader —balbuceó Erica, desesperada—. Recuerdo que vivía en los bosques con mucha gente, creo que en una comuna hippie. Recuerdo ir en coche de los bosques a la ciudad, y al hombre que conducía, un hombre de pelo largo y barba, que nos llevó a mí y a una mujer al hospital. No se quedó mucho tiempo: dijo que no era el marido de la mujer ni mi padre, y que no sabía su verdadero nombre. Recuerdo vagamente a una señora muy amable, una trabajadora social que me preguntaba cosas como mi nombre, mi fecha de nacimiento y demás. Le dije que me llamaba Erica, pero que nunca había tenido apellido. Pero sabía cuántos años tenía y el día que había nacido, así que me hicieron una partida de nacimiento. Indagaron en la comuna y por casualidad oí a un hombre decir que mi madre, que se hacía llamar Rayo de Luna, se había ido con un motero, dejándome con los hippies. Y entonces me pusieron en manos del Estado. Eso es lo único que sé, lo único que puedo contarle.

Los labios de Kathleen se curvaron en una sonrisa sarcástica.

—Acaso cree que no sé qué busca? Conozco otras de su calaña que pretenden aprovecharse de las viudas viejas y ricas.

Librodot

—Perdone, señora, pero en mi opinión no es usted vieja —terció Jared.

—No me venga con monsergas —espetó la mujer con una mirada fulminante—. Soy vieja, rica y no tengo herederos, lo que me con-vierte en blanco ideal de estafadores y cazafortunas. No es la primera que afirman ser mi nieta. Ni la mismísima Anastasia Romanova tenía tantos dobles. La desaparición de un hija en 1965 es del dominio público al igual que su embarazo. Puse anuncios en los periódicos de todo el país, incluso ofrecí una recompensa. Le sorprendería saber la cantidad de «nietas» que salieron de debajo de las piedras. Reconozco que la historia de haber crecido en una comuna hippie es novedosa, si acaso un poco melodramática. Ahora, si me disculpan...

—No quiero dinero. No he venido para reclamar nada. Lo único que quiero es saber de dónde vengo, quién es mi familia. Quién soy yo.

—Joven, he albergado y perdido la esperanza tantas veces que ya me da igual. Sea cual sea su estafa, conmigo no le funcionará.

—Pero... ¿acaso no me parezco a su hija? Hace unos minutos, cuando me ha visto, ha puesto una cara.. .

—No es usted la primera en darse cuenta de que se parece a una heredera e intentar aprovecharse de ello. Y mi hija no tenía las facciones muy marcadas. Era guapa, nada más, como usted.

—¿Quién era mi padre?

Kathleen enarcó las aristocráticas cejas.

—¿Cómo quiere que sepa quién era su padre?

—Quiero decir..., ¿quién dejó embarazada a su hija?

Kathleen chasqueó la lengua con impaciencia.

—Debo insistir en que se marchen.

—Señora Dockstader, ¿sufría mi madre jaquecas fuertes, más bien migrañas, que la hacían ver visiones y oír voces? ¿O usted, tal vez?

Kathleen se acercó a la pared pulsó el botón de un interfono. —Seguridad. Hagan el favor de venir. Tenemos unas visitas las que deben acompañar.

Dicho aquello salió de la estancia.

—Señora Dockstader —persistió Erica, echando a andar tras ella—. Créame, todo lo que le he contado es cierto...

De repente se detuvo en seco.

Al otro lado de un salón decorado con alfombras y estatuas blancas, colgaba de la pared un enorme lienzo en el que se veían dos soles, uno rojo intenso y el otro amarillo.

Jared asió a Erica del brazo.

—Será mejor que nos vayamos, de lo contrario nos hará detener. —En aquel instante, él también vio el cuadro—. Dios mío, ¡es la pintura de la cueva!

Erica buscó con la mirada a Kathleen Dockstader, pero la mujer había desaparecido, y al poco apareció en el umbral del salón un hombre corpulento con americana y una placa que decía: «Seguridad de la Plantación Dockstader». Erica y Jared salieron sin decir palabra, subieron al Porsche y se alejaron a toda velocidad por el camino.

Cuando se unieron al tráfico de la carretera de las colinas, Jared apartó los ojos de la calzada para mirar a Erica. Tenía la mirada fija al frente, el perfil tenso y los ojos relucientes de lágrimas. Sentía deseos de detener el coche, estrecharla entre sus brazos y besarla como la había besado al sacarla de la cueva. Le entraron ganas de dar media vuelta, volver a casa de la señora Dockstader y espetarle que era una zorra sin corazón. Necesitaba algún dragón que matar.

—¿Estás bien? —se limitó a preguntar.

Erica asintió con los labios apretados.

Cuando se detuvieron ante el siguiente semáforo en rojo, Jared miró hacia la derecha, donde los campos de golf y los lujosos hoteles aparecían bañados en sofisticadas luces que parecían desafiar las estrellas que empezaban a lucir en el firmamento, hacia adelante, donde

la carretera pasaba junto a restaurantes, tiendas, gasolineras y semáforos, y por fin hacia la izquierda donde una calle serpenteaba una empinada cuesta hacia una zona cubierta de arbustos, cantos rodados y flores silvestres. Cuando el semáforo cambió, giró a la izquierda. Erica no protestó.

Las estrellas brillaban en el cielo y la luna iniciaba su ascenso cuando llegaron a la cima de la colina, coronada por un espeso y silencioso bosque de pinos. Erica no había abierto la boca desde que salieran de la casa de la señora Dockstader y siguió en silencio cuando Jared detuvo el Porsche en el linde del bosque y apagó los faros. De repente, las estrellas parecían mucho más brillantes, y el cielo, más cercano. Soplaba una brisa bastante fría.

Jared se volvió en el asiento para mirar a Erica, esperando a que hablara.

—Es mi abuela —musitó Erica al cabo de unos instantes—. Es mi abuela y lo sabe.

Por fin se volvió hacia él; estaba pálida en extremo.

—¿Te has fijado en la expresión de su cara cuando me ha visto? Me ha reconocido. ¿Por qué me rechaza después de haber dedicado tanto esfuerzo y dinero a encontrarme? —Se miró las manos—. El informe de Personas Desaparecidas decía que Monica estaba embarazada de cuatro meses, lo que significa que salía de cuentas en noviembre de 1965. Yo nací en noviembre de 1965. ¿Por qué me rechaza mi abuela?

—Es imposible comprender lo que sucede en el corazón de otra persona —sentenció Jared.

Alargó el brazo sobre el respaldo del asiento para poder rozar el cabello de Erica con los dedos. La oscuridad del bosque se cernía sobre el coche, como si quisiera proporcionar más intimidad a sus ocupantes, o quizás escuchar lo que decían.

—Tras la muerte de Netsuya —murmuró Jared—, huí para esconderme del mundo. Me encontraron unos biólogos marinos. Lo único que mi padre me dijo cuando le llevaron a casa fue que había avergonzado a la familia. Más tarde se disculpó e intentó retractarse, pero es muy difícil retirar las palabras. Nuestra relación no ha vuelto a ser la misma desde entonces.

Le acarició un rizo de la nuca. Erica empezó a temblar. La noche se tornó más oscura, las estrellas, más brillantes. Ojos dorados parpadeaban entre los arbustos, y un ave nocturna emitió un chillido solitario y doliente.

—Cuando era pequeño soñaba con ser arquitecto —prosiguió Ja-red—, pero mi padre quería que me hiciese abogado, así que me hice abogado. Siempre lo he admirado y respetado, pero en aquel instante, cuando me dijo que había avergonzado a la familia, vi ante mí a un perfecto desconocido, a un hombre que no me gustaba. Creí que nunca podría perdonarlo, pero ahora... —Suspiró y clavó la mirada en el bosque—. Al oír tu historia y ver la reacción de la señora Dockstader, comprendo que los padres, los abuelos, los hermanos y las hermanas no son más que seres humanos y por tanto imperfectos. Dale tiempo, Erica. Sabes que está pensando en el asunto.

Por fin, Erica lo miró con ojos ambarinos como los de los habitantes del bosque que los observaban.

—El cuadro. _Jared. Tiene que ser allí donde vi la imagen que me persigue en sueños desde que era pequeña.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jared con el ceño fruncido.

Erica abrió la portezuela y bajó del coche. Jared la siguió. Desde aquel punto de observación privilegiado, el valle de Coachella se extendía a sus pies hasta el horizonte, como un mar negro en el que se reflejaran mil estrellas. Durante unos instantes aspiraron el aire frío de la montaña, inhalando la fragancia de los pinos y la tierra margosa. Luego. Erica enfiló un sendero iluminado por la luz de la luna. Jared caminaba junto a ella.

—Desde que era pequeña sueño una y otra vez con la pintura de la cueva. Por eso pedí a Sam que me asignara el proyecto cuando vi la imagen en las noticias hace unas semanas. Dejé que Sam creyera que quería desesperadamente el trabajo a causa del desastre de Chadwick, que necesitaba restablecer mi buena reputación, pero en realidad es porque llevo toda la vida soñando con esa pintura y pensaba que en la cueva encontraría respuestas..., aunque lo único que he encontrado es más misterio.

Librodot

Llegaron a un arroyo que borboteaba en susurros, como si contara un secreto. Erica se estremeció de frío. Jared se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros.

—¿Por qué has preguntado a la señora Dockstader lo de las jaquecas?

—Llevo sufriéndolas desde que tengo uso de razón. No son dolores de cabeza normales, sino más bien migrañas fortísimas. Mis profesores siempre creían que las fingía para llamar la atención o escabullirme de los exámenes. Una enfermera de la escuela me creyó y me envió al médico, pero como suele pasar con la_sanidad pública, el hombre se limitó a mirarme las orejas y hacerme decir «ah». Nadie me tomó en serio hasta el día en que me desplomé en la universidad. Me he sometido a toda clase de pruebas y programas, me han visitado especialistas en migrañas, neurólogos, incluso psicólogos. Nadie sabe, qué causa las jaquecas, pero lo que ven los desconcierta son los fenómenos auditivos y visuales que a veces las acompañan.

El claro por el que discurría el arroyo estaba bañado por la luna que confería un aura plateada y mercúrica al agua, los amentos y las rocas. Era como si todos los colores se hubieran desvanecido de la faz de la tierra, dejando sólo matices espectrales.

—¿Qué clase de fenómenos? —preguntó Jared, reparando en que la luz de la luna había teñido de marfil la piel bronceada de Erica.

—Veo cosas y a veces también oigo cosas.

—¿Por qué no me habías contado lo de los sueños?

—Porque pensaba que te burlarías de mí.

—Ya ves que no.

Sus miradas se encontraron en la noche.

—Sí.

—¿Cómo son las visiones?

Erica se frotó los brazos.

—La primera vez que tuve una, al menos que yo recuerde, empezó con un dolor de cabeza terrible. No sé si me dormí o me desmayé, pero de repente vi miles de mariposas en la clase. Eran preciosas, radiantes y volaban por todas partes. Cuando recobré el conocimiento estaba en la enfermería. «¿Adónde han ido las mariposas?», fue lo primero que pregunte. «¿Qué mariposas?», dijo la enfermera. Por eso nunca me adoptaron, por los dolores de cabeza. Nadie quiere adoptara un niño enfermo.

Erica recorrió con la mirada los cercanos picos de las montañas que borraban las estrellas. Sus ojos buscaban algo, como si esperan ver a alguien de pie en alguna cumbre.

—Atravesé una fase en la que siempre tenía la maleta hecha y estaba lista para cuando vinieran a buscarme mis padres. Cada vez que me trasladaban a otro hogar de acogida, llamaba a la trabajadora social para asegurarme de que darían a mi madre la nueva dirección. A veces llamaba a los servicios sociales para preguntar si mi madre había llamado..., pero nunca llamó. No quería saber nada de mí —añadió con dureza.

Jared le rozó el codo.

—Eso no lo sabes.

—¿Y qué me dices del motero con el que se largó? —espetó Erica en tono desafiante.

—Eso fue algo que oíste decir a un hombre que a su vez había oído un rumor. Puede que sólo pretendiera marcharse de fin de semana. Tal vez tenía pensado volver a buscarte, pero le pasó algo. Es posible que nunca llegues a saber lo que le sucedió a tu madre. Erica.

Erica sacudió la cabeza con amargura, se arrodilló y sumergió la mano en el agua. Jared echó un vistazo a su alrededor mientras intentaba recordar qué había leído acerca de los gatos monteses en aquella zona, y entonces se dio cuenta de que, pese a que no se habían alejado mucho del coche, ya no lo veía entre los árboles, como tampoco veía las luces de Palms Springs. Observó a Erica tomar un sorbo de cristalina agua de manantial y secarse la mano con la falda al levantarse.

—Hay algo más, ¿verdad? Me estás ocultando algo.

Erica denegó con la cabeza, pero sin mirarlo a los ojos.

—Erica, por poco pierdo el juicio cuando te quedaste atrapada en la cueva. No sabía si estabas viva o muerta. Por primera vez desde la muerte de Netsuya comprendí que me importaba otra persona. Creo que todo empezó cuando te vi enfrentarte a Charlie Braddock con el tomahawk. Ahí estabas tú, con tu vestido de fiesta y tus zapatos de tacón alto, blandiendo un hacha ante aquel gigantón. Y aquel día en la reunión secreta de Sam en Century City, cuando les plantaste cara a todos, luchando por los derechos de una mujer que murió hace dos mil años. Eres una luchadora, Erica, y al verte recuerdo que yo también lo era antes de la muerte de Netsuya.

Erica le dio la espalda y caminó unos pasos hasta que vio a la luz de la luna unos petroglifos grabados en una roca. Eran figuras humanas que cazaban grandes animales con arco y flecha. Resiguió los dibujos con la yema de los dedos.

—Son tan antiguos... —masculló antes de volverse de nuevo hacia él con los ojos llenos de lágrimas—. Todo lo que toco es antiguo y está muerto. Quiero vida, Jared.

Jared la asió por los hombros.

—Pues déjame entrar, cuéntame lo que me ocultas.

—Crees que mi madre me abandonó a causa de las jaquecas? —sollozó Erica.

Jared la miró con fijeza.

—Dios mío, ¿es eso lo que crees?

—Era una niña difícil de cuidar por culpa de las jaquecas. ¡Por eso nunca me adoptaron! Una familia lo intentó, los Gordon. Eran encantadores y se esforzaban mucho, pero la señora Gordon no podía con mis ataques, que podían darse en cualquier parte, así que me devolvieron a los servicios sociales.

—Erica, no puedes culparte porque tu madre te abandonara. Eras muy pequeña... ¿Por eso nunca te has casado ni tienes ninguna relación estable? ¿Por los dolores de cabeza y los desmayos? No he visto que sufrieras ninguno en las semanas que llevamos trabajando en Topanga.

—Tengo mucho cuidado —explicó Erica mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Conozco los síntomas, y cuando siento cierta tensión en el cuello u oigo una especie de rugido en la cabeza, sé que estoy a punto de sufrir un ataque y me voy a mi tienda para estar sola hasta que se me pasa. No puedo cargar a nadie con la responsabilidad de cuidarme, y me aterra la idea de tener hijos por si lo que tengo es hereditario.

—Yo cuidaría de ti.

De repente, Jared la atrajo hacia sí y la besó con fuerza. Erica le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él durante un largo y vertiginoso instante. Por fin, Jared se apartó un poco de ella.

—Erica, he estado viviendo como un autómata, sin poner los cinco sentidos en el trabajo de Emerald Hills. Eres tú la que lucha de verdad. Te admiré hace cuatro años, cuando nos enfrentamos en el caso Reddman, y también el año pasado, durante el incidente de Chadwick. No fue culpa tuya que el pecio fuera falso. Chadwick se las ingenió para engañar a los arqueólogos submarinos más importantes del mundo. Tú sólo eras un miembro del equipo; tu trabajo consistía en autentificar la cerámica china y lo hiciste a la perfección, porque la cerámica no era falsa. Y la forma en que defendiste tu versión y te disculpaste públicamente por el papel que habías desempeñado en el asunto, también eso fue admirable. En cambio, yo no he hecho nada desde que murió Netsuya. Me he limitado a esconderme detrás de una máscara y pronunciar palabras vacías. Tú me has recordado lo que significa volver a vivir y luchar.

Le tomó el rostro entre las manos.

—Nunca creí que volvería a enamorarme, pero aquí estás tú, mujer guerrera, buena, fuerte y sabia.

Volvió a besarla, esta vez con más suavidad y ternura, hasta que el deseo y la pasión se apoderó de ellos. Jared tendió a Erica sobre la hierba fría y dulce, y en el cielo las estrellas, tan antiguas como el tiempo, se tornaron nuevas de repente.

Librodot

16

Angela
1866 d.C.

Los fantasmas la perseguían.

No sólo fantasmas de personas, sino también de recuerdos y de tiempos pasados, espectros de árboles y puestas de sol, de amor y tristeza, de palabras pronunciadas con furia y en la oscuridad. La propia Angela era uno de los espíritus que poblaban su mente la mañana de su nonagésimo cumpleaños; la seguía, susurrándole al oído reminiscencias de tiempos remotos.

Durante todo el día, mientras recorría la hacienda que había sobrevivido a ocho décadas de inundaciones, incendios v terremotos, lo que la convertía en la casa más antigua de Los Angeles, Angela recordó por primera vez sucesos acaecidos ochenta y cinco años atrás. Los años perdidos, como siempre los había denominado, pues no guardaba recuerdo alguno anterior a su sexto cumpleaños, celebrado ya en esta casa. Su cabello se había tornado blanco como la nieve que coronaba los montes de San Gabriel en invierno, pero aún llevaba la espalda erguida, caminaba sin ayuda y pensaba con claridad diáfana. Pero aquella mañana al despertar se dio cuenta de que su mente estaba llena de recuerdos desconcertantes y olvidados hacía mucho tiempo.

Como un grupo de invitados inesperados, los recuerdos de acontecimientos sucedidos varias décadas antes se arremolinaban en un caleidóscopio de luz y sonido mientras yacía aún en su lecho, contemplando la luz del amanecer. Inexplicablemente acudían a su memoria recuerdos de cestas tejidas por mujeres indias y cuyo dibujo narraba una historia. Y se oyó a sí misma preguntar a doña Luisa a los ocho años: «Mami, ¿por qué el pueblo se llama como los ángeles?». «Porque fue construido sobre tierra sagrada. ¿Qué otra razón puede haber?», repuso Luisa. Historias de Coyote Astuto y el Abuelo Tortuga, responsable de los terremotos. También recordó una tarde calurosa de hacía mucho tiempo, cuando el gobernador Neve inauguró la nueva plaza y todo el mundo recibió un pequeño crucifijo de hojalata. Ahí estaba ella con sus padres..., o tal vez sólo su madre? Aquel día de hacía ochenta y cinco años había cuarenta y cuatro colonos de México en el pueblo. Qué población tan reducida. Angela frunció el ceño. Pero no, también había otros, apartados de la ceremonia, espectadores silenciosos de expresión impávida. Los indios. Aquel día se contaban por millares. ¿Cuántos quedaban ahora? Apenas unos centenares.

Entre los recuerdos se abría un espacio en blanco como si en medio de todos ellos hubiera olvidado algo.

Después de bañarse y vestirse con ayuda de su doncella personal, tomar el chocolate y decir en silencio las primeras oraciones del día, Angela fue derecha a la cocina, creyendo que lo que olvidaba era algún detalle relacionado con el banquete de hoy.

Puesto que la extensa familia de Angela era un crisol cultural de españoles, mexicanos y estadounidenses, era necesario tener en cuenta todos los gustos. Además de tortillas, tamales y frijoles, habría marisco a la española y ternera estilo gringo. Pese a que era aún muy temprano, la enorme cocina, con sus tres cavernosos hornos, las voluminosas mesas y la gran chimenea, ya era un hervidero de actividad. Numerosas indias cocinaban, chismorreaban y llenaban el aire con palabras y aromas exóticos. Angela se detuvo a inspeccionar el puchero con capas de huesos, carne, verduras y frutas que cocía durante horas. El error consistía en removerlo: el puchero nunca debía removerse. Levantó la tapa y comprobó que el guiso progresaba de maravilla.

Una vez se cercioró de que todo marchaba sobre ruedas en la cocina. Angela se preguntó si lo que bahía olvidado tendría que ver con los músicos y bailarines. ¿O quizás había olvidado

Librodot

invitar a alguien? ¿Había suficientes sillas, platos, farolillos? Pese a que la fiesta se celebraba en su honor, Angela había insistido en supervisar personalmente todos los preparativos.

Se detuvo junto a una ventana para contemplar las colinas envueltas en bruma. La primavera había terminado, la estación de las inundaciones quedaba atrás y ya era verano, la estación del humo. Pronto llegarían los vientos desérticos que cada año purificaban el aire arrastrando el humo mar adentro, tras lo cual llegaba la estación de los incendios, que se producían con gran frecuencia en las laderas de las montañas. La progresión de las estaciones y el ciclo previsible de la naturaleza resultaban reconfortantes. Ay la benévola California, pensó nostálgica. Pero de vez en cuando la tierra temblaba para recordar a los habitantes de Los Angeles que eran mortales.

Siguió caminando por la casa en busca de algo que llenara el vacío abierto entre sus vívidos recuerdos. Entró en el dormitorio que treinta y seis años antes pertenecía a Marina. Sobre aquel mismo lecho, su hija de dieciocho años había llorado y confesado su amor por un gringo. Angela no había vuelto a saber nada de Marina, y en aquellos treinta y seis años no había transcurrido un solo día sin que le enviara sus pensamientos y rogara a la Virgen María que velara por ella.

En el pasillo se topó con el juego de cuatro butacas antiguas tapizadas que doña Luisa había llevado a California hacía tantos años. El brocado aparecía gastado y desvaído, y los brazos y patas, magullados por los repetidos ataques de nietos y bisnietos. Tendrían que haber sido un regalo de bodas para Marina, pero Marina había huido, y las sillas se habían quedado.

Angela deslizó los dedos por la madera antigua y pensó: «Nosotras cinco llegamos juntas de México, pero por qué no recuerdo el viaje? «¿Por qué empiezan mis recuerdos a los seis años?».

Unas voces interrumpieron sus pensamientos; eran dos de sus nietos que se acercaban por la columnata.

—El ganado anda mal desde la sequía.

Aquellas palabras reavivaron otro recuerdo. Ganado. Angela tenía cinco años y veía a unos desconocidos llegar con unas bestias grandes y aterradoras. Esa tierra no estaba hecha para el ganado. Las reses eran importadas del extranjero: por eso morían.

—Y el capitán Hancock ha encontrado filtraciones de petróleo en su propiedad, lo que deja la tierra inútil para cultivos y pastos. No estamos lejos de las charcas de brea; puede que también nosotros tengamos petróleo. Debemos convencer a la abuela para que venda mientras la tierra siga valiendo algo.

—Todo el mundo está vendiendo. Los Pico y los Estrada han vendido casi todas sus tierras a unos ingleses recién llegados, George Hearst y Patrick Murphy. Haríamos bien en seguir su ejemplo.

Los hombres iban acompañados de mujeres ataviadas con vestidos de amplísimos miriñaques. Angela no llevaba la pesada prenda bajo la falda, sino sólo una enagua, y hacía quince años que no llevaba corsé. Consideraba que la moda femenina se tornaba cada vez más tortuosa.

Saludó a sus nietos y a las esposas de éstos con una sonrisa y los brazos abiertos. Era maravilloso tener a la familia reunida.

Navarro no estaba, por supuesto. Había muerto veinte años atrás, exactamente dieciséis años después de la noche en que Angela lo apuñalara. Nadie estaba al corriente del ataque aparte de Carlota. Aquella noche fatídica, tras comprobar que Navarro seguía vivo, avisó al médico, quien cosió y vendó la herida antes de ayudarla a tenderlo en la cama. El doctor recibió dinero a cambio de su silencio, y al recobrar el conocimiento Navarro ordenó a su esposa e hija mayor que no revelaran a nadie la verdad, pues la idea de un hombre apuñalado por su esposa resultaba demasiado humillante para él.

Y por supuesto, tampoco estaba Marina.

Seis meses después de que su hermana desapareciera la noche de su boda, Carlota recibió una carta en la que Marina le aseguraba que estaba a salvo. Carlota le había contestado para

Librodot

comunicarle que su padre no había muerto, que había sobrevivido a la herida de puñal y que, si Marina volvía, la mataría por haberse fugado con un gringo. No había vuelto a saber de ella, y cuando Navarro murió, la familia no pudo decirle que podía regresar porque desconocían sus señas.

—Veníamos a buscarte para la fotografía, abuela —anunciaron sus nietos, flanqueándola para tomarla de los frágiles brazos—. El fotógrafo se está preparando. Dice que ahora la luz es perfecta.

Pero Angela había olvidado algo. Si pudiera recordar de qué se trataba...

En septiembre de 1846, en los albores de la guerra entre México y Estados Unidos estalló una rebelión contra las fuerzas estadounidenses que ocupaban el pueblo de Los Angeles. Un trampero norteamericano llamado John Brown cabalgó casi ochocientos kilómetros en seis días para dar la noticia al comodoro Stockton en Monterey. El despliegue de las tropas estadounidenses fue inmediato, y al poco, el New York Herald envió a un periodista novato, Harvey Ryder, a cubrir los acontecimientos.

Eso había sucedido veinte años antes, y Ryder nunca regresó a Nueva York.

—Es irónico si uno lo piensa —decía Ryder en aquel instante al fotógrafo mientras éste instalaba su equipo bajo los ficus bengalíes, en las inmediaciones de la hacienda de los Navarro—. Los españoles llegaron aquí hace trescientos años en busca de oro, pero como no encontraron nada descartaron California por completo. La dejaron en manos de los mexicanos, y éstos acabaron perdiéndola ante Estados Unidos..., y entonces sí que se encontró oro —lanzó una carcajada—. ¡Apuesto a que su rey desearía no haber dejado escapar esta mina de oro! Esta gente debería alegrarse de que llegaran los estadounidenses. Sin nosotros, nunca se habría encontrado oro. Seguiría enterrado en la tierra, y Los Angeles seguiría siendo un poblacho de quinientos habitantes —Se echó el sombrero hongo hacia atrás—. Bueno, a decir verdad, sigue siendo un poblacho, pero de cinco mil habitantes en lugar de quinientos.

El periodista se fijó en una india que pasaba por allí con una cesta de frutas sobre la cabeza, las largas trenzas ondeando al ritmo de su andar.

—El New York Herald me envió aquí para cubrir la guerra contra México —explicó al fotógrafo, que quizás lo escuchaba o quizás no—. Mí trabajo consistía en informar de la guerra, pero cuando llegué ya había terminado. Sin embargo, no volví a Nueva York. Encontraron oro justo después de firmar el tratado y, como todo el mundo, me fui al norte para hacer fortuna. Me casé, me divorcié..., incluso tengo un par de hijos en alguna parte. Y un buen día me topé con un viejo amigo en San Francisco y me enteré de que el Los Angeles Clarion buscaba un reportero.

Los criados preparaban el jardín para la fiesta. Habían dispuesto fuentes de fruta por las presas, de modo que Ryder se sirvió.

—Este lugar está creciendo —constató mientras pelaba una naranja—, de eso no cabe duda. Todo el mundo anda comprando ranchos y bautizando pueblos con sus nombres. El otro día conocí a un dentista que se llama Burbank y se ha comprado unas tierras en la zona este del valle de San Fernando. Y Downey, el que fue gobernador hace un par de años, está dividiendo su rancho y vendiendo parcelas. Algunos incluso conservan los nombres indios porque les parece romántico, como si Pacoima y Azusa fueran nombres románticos —resopló. meneando la cabeza.

Separó un gajo de naranja y se lo llevó a la boca.

—Los angelinos son una raza imprevisible —declaró al tiempo que el jugo de la naranja le resbalaba por la barbilla—. A primera vista parece que lo único que hacen es jugar y hacer la siesta, pero debería haberlos visto cuando estalló la guerra de Secesión. La ciudad se dividió de inmediato por las cuestiones de la esclavitud y la secesión. Fue una división apasionada, violenta. La mitad de los hombres salieron de estampida a luchar con los confederados o con el ejército de la Unión, y la otra mitad se quedó en casa y arrasó la ciudad con peleas de bar y

Librodot

tiroteos. Pero la sequía del sesenta y dos, la que acabó con la ganadería, no tardó en eclipsar el tema de la guerra. Al cabo de muy poco estalló la epidemia de viruela que se llevó por delante a la mitad de los indios. Me parece una ironía, porque eran los indios quienes se ocupaban del ganado. Cuando el ganado murió, parecía que ya no había necesidad de indios.

Sonrió y miró al fotógrafo en busca de aprobación, pero el hombre siguió trabajando.

—Aquí tenemos un problema grave con los bandidos. Casi todos son unos desgraciados, si quiere saber mi opinión. Aseguran estar vengándose de los gringos por robarles su tierra, pero eso no es robar. Muchas de esas viejas concesiones de tierras españolas no son válidas. Ningún juez de Estados Unidos permitirá que un mapa casero que lleve escrito el nombre de alguien equivalga a un título de propiedad legal. Los mexicanos ni siquiera hacían apeos como Dios manda, sino que salían a ver los árboles los dibujaban en el mapa, luego iban hacia el sur hasta una roca, la dibujaban también. iban hasta un arroyo, lo dibujaban y declaraban que la chapuza era legal. Así se lo arrebataron todo a los indios. Los estadounidenses, en cambio, hicieron las cosas bien. Vinieron con agrimensores y ahogados, y se apropiaron de la tierra de forma justa. Pero es imposible hacer entender eso a los bandidos.

Comió otro gajo de naranja y se inspeccionó el elegante chaleco de satén en busca de manchas de zumo.

—También tenemos muchos linchamientos. Un grupo de tejanos impetuosos que viven en El Monte y se hacen llamar los Exploradores de El Monte estuvieron a punto de empezar una guerra civil en el pueblo cuando un tipo llamado Bean, hermano del juez Roy, fue encontrado muerto en un campo cerca de la misión. Esos tipos cogieron los caballos y se dedicaron a disparar contra todo lo que encontraban y colgar a todo lo que no se movía. Pero no se puede reprochar a la gente que busque la justicia por su mano. Tenemos un sheriff y dos ayudantes para cubrir todo el condado, y un solo alguacil en todo el pueblo. La gente se ve obligada a impartir su propia justicia. Claro que Los Angeles ya no es un pueblo; ha ascendido de categoría. Cinco mil personas viviendo en cuarenta kilómetros cuadrados forman oficialmente una ciudad, al menos según la legislatura de California. Pero le diré una cosa, amigo mío. He estado en París y en Londres, y le aseguro que Los Angeles no es una ciudad.

Se quitó el sombrero para abanicarse con él.

—Sin embargo, vaticino que algún día lo será. Llegará el ferrocarril y con él, hordas de nuevos inmigrantes del este hambrientos de tierra. Ya quedan pocos indios. Antes había miles, pero en el último cuarto de siglo, a pesar de algunos levantamientos, se han ido extinguiendo, las misiones se han ido secularizando y los indios se han volatilizado: la mayoría han muerto.

Se lamió los dedos, se los enjugó con el pañuelo y miró a su alrededor en busca de la familia. Había enviado a un par de hombres a reunirlos a todos para el retrato. Su tarea consistía en entrevistar a la matriarca, la señora Angela Navarro, y preguntarle qué se sentía al cumplir noventa años.

—Algo misterioso sucedió en esta familia en 1830 —narró mientras el fotógrafo continuaba montando sus artilugios y miraba a menudo el sol con ojos entornados—. La hija menor desapareció el día de su boda, y Navarro, el dueño del rancho, tuvo que guardar cama aquejado de una enfermedad inexplicable. Permaneció postrado durante semanas, según tengo entendido, y cuando se curó se había convertido en un hombre distinto. Ya no tenía ningún interés en llevar el rancho, así que su esposa se vio obligada a hacerse cargo de todo. Cuentan que, al principio, pocos la tomaban en serio, porque no era más que una mujer y Navarro seguía en escena. Pero un año, cuando se avecinaban las lluvias de invierno, la señora advirtió a todo el mundo que habría una inundación espantosa e incluso ordenó a sus braceros que cavaran zanjas de drenaje en la pendiente de la propiedad. Los demás rancheros no le hicieron caso, así que cuando llegó la inundación, Rancho Paloma se salvó gracias a las zanjas. A partir de entonces empezaron a escucharla. Cuando recortó la producción de ganado e introdujo los cítricos y la uva en la finca, los demás rancheros la tacharon de loca. Pero mire lo que está pasando en los otros ranchos. El ganado se muere, y los terratenientes se ven

Librodot

obligados a vender. No así Angela de Navarro, de quien dicen que es la mujer más rica de California. Recuerdo el día en que la vi por primera vez, cuando llegué en el cuarenta y seis. La vi desde el Camino Viejo. Qué mujer tan magnífica! Había visto amazonas en Nueva York, claro, pero Angela de Navarro cabalgaba como un hombre. Nada de sillas de mujer para ella. Y llevaba un sombrero negro de ala ancha, como los vaqueros mexicanos. Dicen que llevaba años recorriendo su finca para inspeccionar las huertas de naranjos y limoneros, así como los viñedos y los aguacates, hasta que se convirtió en parte integrante del paisaje. Por fin llegó el día en que la edad la obligó a cambiar el caballo por un coche.

Sacó el reloj de bolsillo y lo abrió. Se suponía que todas las familias con solera de California acudirían a la fiesta, además de algunos ingleses ricos recién llegados al lugar. La trataban como si perteneciera a la realeza, como si fuera una reina. Ryder se echó a reír. Angela de Navarro, reina de Los Angeles.

Además de dirigir el rancho —prosiguió en voz alta, pese a que el fotógrafo estaba a todas luces más interesado en sus sustancias químicas, lo que no molestaba a Ryder, pues su soliloquio iba destinado a preparar el artículo que debía escribir—, también dedicó sus energías a las buenas obras y a manifestaciones de orgullo cívico. Sí, señor, la viuda de Navarro tiene mucho poder en este pueblo. Gracias a ellas se construyeron aceras de madera para que las señoras pudieran caminar por ellas sin arrastrar los vestidos por el polvo y el barro. Contribuyó a la financiación de las Hermanas Católicas de la Caridad en 1856, que crearon un orfanato para niños de todas las confesiones. Asimismo, ayudó a financiar el primer hospital, y dos veces al año, por Navidad y Pascua, distribuye comida y ropa entre viudas y huérfanos. Cuando el ayuntamiento creó en 1853 la primera junta de educación, Angela de Navarro fue una de sus miembros originales, y cuando se construyó la primera escuela pública en la esquina de Spring Street, Angela de Navarro insistió en que la escuela admitiera a niños y niñas. Así que recuerde, caballero, que no va a fotografiar a una mujer cualquiera.

—Estoy preparado —dijo por fin el fotógrafo.

Los nueve hijos de Angela le habían dado más de treinta nietos y demasiados bisnietos como para poder contarlos. No todos habían sobrevivido, como tampoco todos sus propios hijos. Carlota había muerto mucho tiempo atrás en México, pero Angélique y su esposo estadounidense, Seth Hopkins, que había encontrado oro en el norte v viajado al sur para cultivar cítricos, vivían allí en compañía de sus hijos. Sin embargo, pese a la gran familia que Angela consideraba en secreto su «pequeña tribu» aún añoraba muchísimo a Marina.

Tal vez ésa era la pieza que faltaba en su mente: Marina.

El fotógrafo la acomodó en una gran butaca muy ornamentada que parecía un trono y dispuso en torno a ella a sus hijos, hijas, nietos y bisnietos. Llevaba un sombrío vestido negro con cuello y puños de encaje blanco, así como un pequeño velo de encaje sujeto al cabello, también blanco. Durante largo rato, el fotógrafo fue cambiando de lugar a los familiares para poder incluirlos a todos en la fotografía. Pero los niños se removían impacientes, los bebés lloraban y los hombres maldecían el calor, de modo que el acontecimiento empezaba a convertirse en una dura prueba. Sólo Harvey Ryder parecía pasarlo bien sentado a la sombra, comiendo naranjas y con la mirada fija en el rollizo trasero de una de las indias.

En medio de toda aquella confusión, las quejas, los cambios de lugar, los sombreros agitándose para dar aire y los consejos al fotógrafo, de pronto Angela se puso rígida. Ryder, cuyo instinto se había aguzado con los años, lo advirtió de inmediato y se levantó de un salto. En los ojos de la anciana se reflejaba la más extraña de las expresiones.

En el primer momento, nadie reparó en que Angela se había puesto en pie, pero cuando empezó a alejarse de la reunión y el fotógrafo le recordó que la necesitaban para el retrato, Angélique la siguió sin tardanza.

—Estás bien, abuela? —le preguntó.

Angela se detuvo al final del jardín, donde un muro bajo de piedra separaba la casa de los edificios de la granja. Sus ojos, rodeados de pliegues y arrugas, pero aún brillantes y agudos, permanecían fijos en el sendero que conducía al Camino Viejo.

Los demás se acercaron a ella entre manifestaciones de preocupación, insistiendo en que se sentara, preguntándose si debían llamar al médico, poniéndose nerviosos mientras Angela, completamente inmóvil, miraba el sendero.

De pronto, todos los presentes enmudecieron, y el viento les llevó el vago golpeteo de cascos de caballos y el crujido de ruedas de carros. Antes de que supieran quién se aproximaba, los labios de Angela se curvaron en una sonrisa, y de ellos brotó una única palabra:

—Marina.

Al cabo de un instante, los presentes, paralizados por el asombro, vieron las carretas, las personas montadas en ellas y el voluminoso equipaje que anunciaba a viajeros llegados de muy lejos. Al pescante de la primera carreta se sentaba oír hombre manco de cabello color platino y barba blanca, y junto a él una atractiva mujer de mediana edad ataviada con vestido y sombrero anticuados. En la segunda carreta iban un hombre v una mujer más jóvenes con dos niños entre ellos, y en la tercera llevaba las riendas un muchacho.

—¡Dios mío! -exclamo uno de los hijos de Angela, un hombre de unos sesenta años que se parecía a Navarro en lo físico aunque no en su carácter—. !Mamá, es Marina! ¡Ha vuelto a casa!

Todos salieron al encuentro de los viajeros, rodeando la comitiva como un pueblo entero que diera la bienvenida a unos soldados al regreso de la guerra. Angélique permaneció rezagada con Angela junto al muro del jardín, contemplando la escena con los ojos inundados de lágrimas. Angélique, asiendo del brazo a su abuela, percibió que la anciana temblaba de emoción y vio lágrimas en sus mejillas marchitas.

—Es tía Marina —murmuro, atónita.

Una procesión jubilosa acompañó a los carromatos hasta la hacienda. Los adultos vitoreaban a los recién llegados y los niños corrían felices de un lado a otro. Sólo un puñado de ellos recordaba a Marina, pero todos habían oído hablar de ella. Su repentina aparición era como la aparición de un santo. Todos, incluidos el aturdido fotógrafo y el cínico periodista, percibían la magia del momento.

Por fin los carromatos se detuvieron junto al muro de piedra, y Marina permaneció un instante sentada al pescante, mirando a su madre. Luego se apeó con ayuda de sus hermanos y abrazó a la anciana como si se hubieran despedido el día anterior en lugar de treinta y seis años antes.

Las fantasmas habían regresado para susurrarle al oído, burlarse de ella, recordarle cosas pasadas. Entre los postigos abiertos distinguía la posición de la luna: era casi medianoche.

Yacía despierta en la cama con dosel donde había parido a sus hijos y pensaba en el intenso día que tocaba a su fin. La comida, la música, el baile, todos los amigos que habían acudido, los viejos rancheros españoles, los artesanos mexicanos, los ingleses recién llegados. incluso dignatarios como Cristóbal Aguilar, alcalde de Los Angeles, así como un telegrama de felicitación del gobernador. ¡Y Marina había vuelto a casa! Un día de lo más satisfactorio para cualquier mujer. Pero aun así seguía experimentando aquella sensación de vacío con la que había despertado por la mañana.

En aquella hora oscura y silenciosa, cuando sus pensamientos discurrían claros y tranquilos, empezó a comprender que no se trataba de algo que había olvidado, sino de algo que debía hacer. Pero ¿qué?

Angela se levantó del lecho y se puso las zapatillas. Contempló con una sonrisa todos los regalos de cumpleaños que había recibido. Los dos más preciados eran la figurilla azteca de jade rosa que le había regalado Angélique y las acuarelas que Daniel había pintado en China.

—¡Gracias a Dios no fue el brazo bueno! —exclamó su yerno cuando Angela mencionó la

tragedia de haber perdido un brazo por culpa de la bala de un bandido.

Se echó un chal sobre los hombros y se guardó la estatuilla de jade en el bolsillo, creyendo que aquella noche necesitaría la suerte de una antigua diosa, cogió una vela y recorrió la oscura y silenciosa columnata, pasando por delante de las puertas cerradas tras las que dormían sus familiares hasta llegar a la última habitación.

Era su estudio particular, decorado con una enorme lámpara de hierro, pesados muebles, librerías que llegaban hasta el techo y una chimenea tan amplia que se podía entrar en ella de pie. Sobre el escritorio había pilas de cartas sin contestar, escritas por personas que pedían dinero, consejo o la oportunidad de hacer negocios con ella. Puesto que la vista de Angela ya no era la de antes y sus manos temblorosas ya no eran capaces de escribir cartas legibles, un secretario se encargaba de tales menesteres; pero no pasaba un solo día sin que se sentara frente al escritorio y repasara los libros, las cuentas, los recibos y las facturas.

Antaño, ése fue el centro del poder de Navarro, donde recibía a las visitas importantes, dispensaba favores como un rey o repartía castigos como un déspota, donde reprendía a sus hijos y censuraba a sus trabajadores, donde firmaba contratos y acuerdos que significaban inmensas cantidades de dinero y comerciaba con bienes tanto legales como ilegales. En aquella estancia ayudaba a sus amigos y destruía a sus enemigos. En una ocasión incluso había recibido allí al gobernador de California y tuvo la arrogancia de permanecer sentado cuando el político entró. Navarro se sentaba en su magnífico trono y manipulaba su báscula del bien y el mal, y en todos los años de su tiránico mandato, jamás franqueó la entrada a Angela.

La anciana recordó la noche en que visitó a Navarro mientras éste convalecía de la puñalada. Su esposo sobrevivió, pero perdió mucha sangre y una infección lo obligó a guardar cama durante semanas. Durante aquel período, Angela asumió la dirección del rancho, pues la costumbre local permitía a las esposas hacer de rancheras durante las ausencias de sus maridos. Aquella noche se acercó a la cama de Navarro y miró con detenimiento al hombre que yacía indefenso entre las sábanas.

—Esta tierra es mía —declaró—. No me importa lo que hagas a partir de ahora, pero no volverás a dirigir Rancho Paloma. Y si vuelves a tocarnos a mí o a mis hijos, te apuñalare hasta la muerte.

Cuando por fin sanó y fue a su estudio para reanudar el trabajo. Navarro encontró a Angela sentada a la mesa, repasando los libros mayores. Sus miradas se cruzaron desafiantes durante un momento, y por fin Navarro giró sobre sus talones y salió sin decir palabra. Jamás volvió a poner los pies en el estudio.

Angela abrió un cajón, sacó una bolsa de hule y se la puso bajo el brazo. Luego salió del estudio y recorrió de nuevo la columnata hasta llegar al dormitorio de Marina y Daniel Goodside.

Mientras llamaba con suavidad a la puerta, sabedora de que las mujeres de mediana edad tenían el sueño ligero, mientras que los hombres de mediana edad dormían a pierna suelta, Angela se maravilló de nuevo ante la historia de su hija. Marina permaneció los primeros diez años de matrimonio en su casa de Boston, ocupada en traer al mundo a cuatro hijos. Al cabo de aquel período, Daniel fue enviado a la misión de China. Allí viajó toda la familia para difundir la palabra de Dios durante treinta y cinco años. Marina le explicó que cuando creyó prudente escribir a casa, al decidir que Navarro ya era demasiado viejo para representar una amenaza, intentó enviar cartas, pero resultaba difícil. Muchos chinos desconfiaban de los extranjeros. Marina consiguió llevar personalmente una carta a bordo de un buque que navegaría a América, pero el navío naufragó en una tempestad.

Hacia un año. Daniel se retiró de la misión. De China viajaron a Hawai, donde Marina escribió otra carta, pero tras el primer intento fallido decidió que más valía volver a casa. Apenas albergaba esperanzas de que su madre siguiera viva o los Navarro continuaran viviendo en aquella tierra, pero... ¡llegar precisamente el día del cumpleaños de su madre!

Angela lo consideraba una señal. Estaba escrito, al igual que también estaba escrito que

Librodot

Marina debía acompañarla en aquel último viaje.

—Vístete —ordenó a su hija cuando Marina le abrió la puerta—. Tienes que acompañarme.

—¿Adónde?

—Necesitaremos un coche.

—Pero es muy tarde, madre.

—Hace una noche muy cálida.

—¿No puedes esperar hasta mañana?

—Hija mía, el pasado se está mostrando muy insistente conmigo esta noche. Debemos llevar con nosotras a Angélique.

Angélique, de cuarenta y dos años y figura rolliza tras siete embarazos, se había puesto un aparatoso miriñaque que apenas dejaba lugar en el coche para la, otras dos mujeres. Pero a sus cincuenta v cuatro años, Marina estaba delgada por los largos años de arduo trabajo sacrificio, y además llevaba un sencillo vestido que seguía la moda de veinticinco años atrás y por su parte, Angela era menuda y frágil, de modo que cupieron las tres.

Su hija y su nieta protestaron cuando el leal cochero de Angela las ayudó a subir al coche. Hacía quince años que el hombre llevaba a Angela por todo el rancho y no hizo preguntas cuando su señora lo despertó en plena noche para que la llevara a resolver un asunto urgente. Sin embargo, Marina y Angélique no se negaron a acompañar a la anciana, pues ambas sabían que si no iban con ella, Angela iría sola.

—Deja al menos que Seth y Daniel nos acompañen.

Pero Angela denegó con la cabeza. Era un asunto de mujeres. Que los hombres siguieran durmiendo.

—¡Pero madre! —exclamó Marina alarmada cuando llegaron al Camino Viejo y el cochero giró hacia el este—. !Es peligroso ir a la ciudad de noche!

—No nos pasará nada malo.

—¿Cómo lo sabes?

Angela no respondió, y Marina cambió una mirada asustada con su sobrina. Al menos tenían como consuelo la presencia del cochero, un hombre de gran corpulencia que llevaba una espada envainada. además de un cuchillos y una pistola sujetos al cinto.

Viajaron por los campos en silencio, y cuando bordearon un determinado encinar. Angélique explicó a su tía que el rancho de los Quiñones ya no existía. Pablo, que debía haberse casado con Marina treinta y seis años antes, acababa de vender sus tierras a un estadounidense llamado Crenshaw.

Al acercarse al pueblo percibieron el hedor de los surcos de irrigación a los que iban a parar las aguas residuales de casas y tiendas a través de cañerías de madera. Las calles estaban iluminadas por lámparas de aceite que los dueños de las casas y los tenderos colgaban en el exterior de sus edificios, tal como marcaba la ley. Sin embargo, corría el rumor de que la luz de gas estaba a punto de llegar a Los Angeles. Los bares aparecían brillantemente iluminados y de todos brotaba música. A lo lejos resonaban disparos, dos hombres se peleaban en la acera de madera.

También vieron a indios durmiendo en portales o dando tumbos por la calle, borrachos por el licor del hombre blanco.

El coche pasó ante la Escuela Pública N° 1, situada en la esquina de Spring Street, Temple Street y Main Street; donde hasta hacía poco sólo había edificios de adobe, empezaba a ser territorio de los gringos. que erigían construcciones de madera y ladrillo. Los patios y las fuentes españoles daban paso a estilos arquitectónicos que recibían rimbombantes nombres como románico, Reina Ana y neocolonial, con profusión de columnas, aguilones y tejados abuhardillados. Los nombres de las calles también habían cambiado. Lo que antes era Lonia, ahora se llamaba Hill, Aceituna era Olive, Esperanzas, Hope, y Flores, Flower. Eran algunos

Librodot

de los cambios introducidos por los gringos.

Mientras rodeaban la plaza que despedía el penetrante hedor de una reciente corrida de toros, Angélique contó a Marina que, según los rumores, estaban punto de construir un nuevo hotel con baño en cada piso, iluminación de gas y un restaurante francés. El edificio, de tres pisos, sería el más alto de Los Angeles.

Pero a Marina no le interesaban aquellas noticias.

—¿Qué hacemos aquí, madre? —preguntó.

Angela no lo sabía; sólo sabía que debía seguir adelante.

Dejaron atrás el centro de la ciudad y enfilaron el camino del nordeste, tres mujeres en un coche conducido por un silencioso cochero. Pasaron junto a la garganta de Chávez, un cañón donde la ciudad había instalado el cementerio para los forasteros y los pobres sin amigos, y por fin llegaron a la misión, cuyos ventanucos estrechos entre espigados contrafuertes le conferían un aspecto más parecido a una fortaleza que a una iglesia. Cuando México tomó posesión de California, el huevo gobernador abolió el sistema misionero y regaló o vendió la tierra a sus amigos y parientes. La misión de San Gabriel llevaba años descuidada, sus indios vivían en la más absoluta miseria, las paredes y el tejado amenazaban ruina y los viñedos se echaban a perder cuando, el 1859, el nuevo gobierno norteamericano devolvió la propiedad a la Iglesia. Pero ya no era lo mismo. Ahora las chabolas rodeaban aquella iglesia antaño tan hermosa.

Sentada solemnemente entre las otras dos mujeres, mientras el cochero esperaba nuevas instrucciones, Angela se vio asaltada por el vago recuerdo de un huerto atendido por una mujer india que canturreaba al sol en voz baja. Las Liebres y la tos se apoderaron de su cuerpo, y asistió débil y enferma a la ceremonia de inauguración de la nueva plaza. Después, un viaje en burro a las montañas, junto al mar...

Angela emitió un gemido, de repente lo sabía todo. Los hechos enterrados en su corazón durante ochenta y cinco años se liberaron de su prisión y alzaron el vuelo como pájaros.

«Nací en este lugar, no en México, como me contó siempre mi madre... o mejor dicho, Luisa, porque Luisa no era mi verdadera madre.

Y ahora también comprendía por qué su mente cargaba todo el día con recuerdos de su infancia. ««Tal vez cuando nos acercamos al fin, también nos acercamos al principio.»

Eso era lo que había obsesionado durante todo el día, la sensación de que le quedaba algo por hacer, un último deber que cumplir. Por fin sabía de qué se trataba y por qué había atravesado Los Angeles en plena noche.

Había llegado el momento de la despedida.

Al llegar a las colinas olieron el mar. Sabían que estaban atravesando Rancho San Vicente y Santa Mónica, propiedad de la familia Sepúlveda. Oían los cencerros de las ovejas que pastaban cerca del camino.

Cuando alcanzaron el cañón. Angela vio las rocas con los petroglifos, pero no recordaba su significado. Si recordaba vagamente que alguien la llevó allí de pequeña y le contó que iba a aprender las historias. Pero Angela nunca aprendió las historias. No comprendía el significado de la cueva ni sus pinturas, ni sabía por qué tenía la sensación de que aquel lugar había sido en tiempos de vital importancia. Recordaba su noche de bodas, la noche en que cabalgó hasta allí y se cortó la trenza.

Marina y Angélique la acompañaron hasta la cueva. Para recorrer el camino cogieron una lámpara del coche y flanquearon a la anciana para ayudarla. Marina recordaba el lugar. Allí fue donde se reunió con Daniel la noche en que iniciaron su vida en común.

Ayudaron a Angela a entrar. La cueva era una cavidad fría y húmeda que olía a muchos siglos. La lámpara del coche proyectaba su luz dorada sobre las paredes cubiertas de extrañas pinturas y unas palabras grabadas: la Primera Madre. Al ver la pintura de los dos soles, todas lanzaron una exclamación admirativa.

Librodot

Angela pidió a su hija y a su nieta que se sentaran y guardaran silencio antes de acomodarse también ella en el suelo. La lámpara se encontraba en el centro de aquel extraño circulo y bañaba los rostros de las tres mujeres en una luz sobrenatural.

Angela siguió callada durante unos instantes, hasta sentir en sus huesos y en su sangre lo que le había faltado hasta entonces. Cerró los ojos. «¿Dónde estás, mamá?» Y de inmediato percibió una presencia cálida, cariñosa y protectora. Comprendió que durante toda la vida había albergado un vacío en su interior, un hueco que le había impedido sentirse completa, como si siempre anduviera en busca de algo. Ahora sabía que se trataba de su linaje.

De repente entendió por qué había ido a la cueva, por qué llevaba consigo la bolsa de hule, pues contenía una escritura que cedía la propiedad de unas tierras a personas que no tenían derecho alguno sobre ellas y cuyos antepasados vivían muy lejos de allí. Para asombro de las otras dos mujeres, Angela empezó a escarbar en el suelo con sus ancianos dedos. Cuando Marina y Angélique empezaron a protestar, les ordenó que callaran, y algo en su voz, en la expresión de su rostro, las impulsó a obedecer.

La observaron mientras cavaba hasta abrir un agujero que le pareció satisfactorio. No sabían qué contenía la bolsa ni por qué Angela la ponía en el hoyo. Fascinadas, presenciaron cómo cubría la bolsa lentamente de tierra, sepultando de paso la figurilla azteca de jade, que se le había caído del bolsillo. Angélique abrió la boca para advertírselo, pero algo la hizo callar. La diosa azteca, que la había acompañado en momentos extraños y hermosos, estaba siendo encomendada a la tierra de aquella sobrecogedora cueva.

Una vez hubo enterrado la escritura de Rancho Paloma, Angela se sintió embargada por una profunda sensación de paz. La tierra pertenecía a la Primera Madre y a sus descendientes, no a los intrusos, los invasores, sino a sus propietarios originales, a quienes había sido arrebatada. «Debo contárselo a Marina y Angélique, pensó mientras aplanaba la tierra. Por sus venas corre sangre india. Daniel, Seth... Sus hijos descienden de la Primera Madre.»

Empezó a hablar con rapidez, pues sabía que se le acababa el tiempo.

—Somos indias, somos topaa, descendemos de la Primera Madre, que está enterrada aquí. Somos las guardianas de esta cueva. Sobre nosotras recae la responsabilidad de transmitir las tradiciones, las historias y la religión de nuestro pueblo. Debemos mantener vivos los recuerdos.

Las otras dos mujeres la miraban con la boca abierta.

—¿Qué dice la abuela, tía Marina?

—No tengo ni idea. Es un completo galimatías.

—¿Es alguna lengua? No se parece en nada al español.

—Debéis recordar este lugar —prosiguió Angela sin darse cuenta de que hablaba topaa, la lengua que hablaba de pequeña, cuando su madre la llamaba Marilyn y le decía que algún día sería la chamán del clan—. Debéis hablar a los demás de esta cueva.

Angela tomó la mano de su hija.

—Te llamé Marina, pero malinterpreté el mensaje del sueño. En realidad, debería haberte llamado Marimi.

—Madre, no entendemos lo que dices. Deja que te saquemos de este lugar y te llevemos a casa.

«Ya estoy en casa», pensó Angela.

—Por favor, madre, nos estás asustando.

Angélique y Marina alargaron las manos hacia ella.

Pero los pensamientos de Angela estaban junto a la Primera Madre, que había cruzado el desierto sola, expulsada de la tribu, embarazada. Pese a todo, había sobrevivido. Angela miró a Marina, que había soportado los rigores de la vida en China y mucha adversidad a lo largo de su vida, pero que de algún modo había encontrado fuerza suficiente para trabajar junto a su marido. Luego se volvió hacia Angelique, que había sobrellevado una dura prueba en un campamento minero del norte. Y la propia Angela, que pese a todas las vejaciones a las que la sometiera Navarro, había conservado el orgullo, la dignidad y la autoestima. «Somos hijas de

Librodot

la Primera Madre. Este es el legado que nos dejó.,

Ahora sabía por qué había llevado consigo a Marina y Angélique. En otro lugar y en otro tiempo, ambas habrían sido chamanes de sus tribus. Pero estaban casadas con estadounidenses y tenían hijos llamados Charles, Lucy y Winifred. Cerró los ojos y vio la silueta de un cuervo recortada contra un sol poniente muy rojo. Volaba hacia la tierra de los difuntos, donde moraban los antepasados, que la esperaban a ella. Marimi.

17

Nunca utilizaba trucos. Los fantasmas que se aparecían no eran ilusiones ópticas, charlatanería ni trampa..., o al menos eso afirmaba la hermana Sarah. Siempre invitaba a sus detractores a acudir a su Iglesia de los Espíritus y efectuar todos los análisis que se les antojaran. Llegaban cargados de cámaras, equipos de grabación, sensores térmicos y detectores de movimiento, los artilugios más avanzados de la época, con la esperanza de desenmascararla. Pero nunca lo conseguían. Los siquiatras y hombres de Iglesia aseveraban que las apariciones eran fruto de la histeria colectiva, pues la gente veía lo que quería ver. Sin embargo, la hermana Sarah sostenía que sus espíritus eran reales y que ella era el vehículo humano por el que pasaban del reino del Más Allá al dominio de los vivos.

Erica estaba pegada al televisor de la caravana de Jared. Al encontrar el video documental sobre la espiritista de los años veinte, no sabía con qué mina de oro estaba punto de topar. Se trataba de una oscura grabación de varios sermones de la hermana Sarah, durante los cuales hasta seis mil personas se sumían en el éxtasis al ver materializarse a sus seres queridos difuntos, mientras la carismática hermana Sarah, de pie en el escenario con su vaporosa túnica, los brazos extendidos, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, temblaba de energía espiritual.

Había sido una belleza impresionante. Las imágenes de las pocas películas que había interpretado antes de ser descubierta mostraban a una sirena seductora de ojos endrinos a la que habían tildado de vampiresa, diosa, provocadora y mujer fatal. El público la adoraba. El documental también incluía imágenes caseras filmadas por Edgar Rice Burroughs en su Rancho Tarzana, que Sarah visitaba a menudo, al igual que Rodolfo Valentino, Douglas Fairbanks y Mary Pickford. Entonces se descubrió su talento, pues predecía la Fortuna a sus amigos, les daba consejo sobre importantes decisiones e incluso ayudó a la policía a localizar a un niño que se había perdido en Baldwin Hills. Corrió la voz, y cada vez se solicitaba más su presencia en sesiones privadas. Sarah amplió horizontes, pues se dio cuenta de que le resultaba igual de fácil invocar a muchos espíritus que a uno solo. La gente la veneraba, porque los reunía con los seres queridos que ya no estaban y además era la promesa viviente de que existía una vida después de la muerte.

En el momento en que Sarah alzaba los brazos y los ojos hacia el cielo mientras el público contenía el aliento, arrebatado por la espiritualidad del momento. Erica miró el reloj. ¿Dónde se habría metido Jared?

Se había marchado horas antes para asistir a una reunión urgente con la Confederación de Tribus del Sur de California, en la esperanza de convencerles de que no obstaculizaran las pruebas genéticas al esqueleto de Emerald Hills. Su acción inesperada, que había desembocado en una orden judicial que ordenaba suspender todo trabajo arqueológico y forense en la cueva, podía dar al traste con todas las posibilidades de identificar el esqueleto. Puesto que por el momento no podía trabajar en la cueva. Erica había decidido dedicarse a seguir buscando el origen de la pintura de sus sueños.

Si la señora Dockstader no era su abuela y si Erica nunca había visto el cuadro colgado sobre la chimenea de su casa, entonces sus sueños debían de tener un origen distinto. Cabía suponer que, puesto que la hermana Sarah había adquirido aquella propiedad y rellenado el cañón, alguien podía haber tomado una fotografía del interior de la cueva para publicarla en

Librodot

alguna parte.

Pero a Erica le costaba concentrarse.

No podía dejar de pensar en ella y, Jared haciendo el amor bajo las estrellas. ¿Era eso estar enamorada? No era de extrañar que la gente escribiera canciones sobre el tema. Se sentía como aturdida, atontada, feliz, delirante. Pero también estaba asustada, pues temía que todo aquello no fuera más que un sueño o que pudiera perder a Jared antes de tenerlo. Quizás todo formaba parte de...

De pronto se quedó, mirando la pantalla. Unas imágenes restauradas filmadas en 1922 mostraban a la hermana Sarah entrando en la cueva. Erica se inclinó hacia adelante.

La cámara estaba situada en la cresta sur y enfocaba la entrada de la cueva. Envuelta en su sempiterna túnica blanca con capucha, Sarah desaparecía en la oscuridad mientras su séquito y los periodistas esperaban fuera. La espiritista salía minutos más tarde con expresión transfigurada.

—¿Experimentó la hermana Sarah una revelación espiritual en esta cueva, tal como afirmaba, o por el contrario fingía? —se preguntaba la voz en off—. Poco después de adquirir la propiedad, hizo rellenar el cañón. La cueva quedó enterrada, de forma que jamás sabremos qué había en su interior.

Las últimas imágenes del documental, filmadas en 1928, mostraban a la hermana Sarah delante de numerosos micrófonos y periodistas, despidiéndose de sus seguidores con expresión turbada. La noticia llegaba de forma brusca e inesperada, en el punto álgido de la popularidad de la Iglesia de los Espíritus. Sarah no explicó los motivos de su retirada, sólo que era «la voluntad de Dios». Después de aquello se desvaneció, y pese a que se realizaron muchos esfuerzos por localizarla, con concursos periodísticos y reporteros obsesionados incluidos, nunca más se volvió a saber de ella.

Cuando el documental terminó, Erica apagó el televisor. Todo se reduce a la cueva, pensó. Fue la pintura lo que me trajo aquí, y la cueva ha atraído a muchos a lo largo de los siglos, como los que dejaron los anteojos, el relicario, el crucifijo, la trenza, la piedra espiritual, el fetiche azteca, la escritura del rancho... La hermana Sarah. ¿Qué relación hay entre ellos? ¿Qué relación guardan todos ellos con la pintura de Kathleen Dockstader? ¿Qué relación tiene todo ello conmigo?

Jared y ella habían averiguado que los primeros propietarios de Rancho Paloma, los Navarro, desempeñaron un papel importante en los primeros tiempos de Los Angeles. Por lo visto, la matriarca, una mujer llamada Angela, fue una de las fuerzas motrices del desarrollo de la nueva ciudad. Uno de sus logros fue conseguir la construcción de un parque municipal por el que la gente pudiera pasear y sentarse, y donde no se celebraran corridas de toros como en la plaza. El parque nació en 1866 y fue bautizado con el nombre de Central Park, si bien en la actualidad era Pershing Square. Asimismo, en el valle de San Fernando existía una escuela primaria llamada Angela de Navarro en su honor. Erica y Jared también habían descubierto que Angela de Navarro había vivido en Rancho Paloma y muerto allí en 1566. Tras su defunción surgieron muchos problemas legales, pues la familia no logró encontrar la escritura de la finca.

«Porque estaba enterrada en nuestra cueva. Quien la escondió allí sabía que había un esqueleto sepultado en ella y a quién pertenecía. Y las personas que visitaron la cueva a lo largo de los siglos también sabían quién era la mujer. Las pruebas genéticas al menos nos darían alguna pista.,

—Hola.

Erica alzó la vista, y al ver la sonrisa de Jared el corazón le dio un vuelco.

—Hola.

Las sesiones de espiritismo de la hermana Sarah no eran el único milagro que había tenido lugar allí. Jared había llamado por fin a su padre, y habían hablado durante una hora. No estaba todo resuelto, pero era un comienzo. Y Jared diseñaría una casa para Erica, quien le dijo que le gustaba la de los diminutos Arbogast.

Librodot

—Tengo malas noticias. No he conseguido convencerlos para que no detengan las pruebas genéticas.

—Habrá que seguir intentándolo.

Jared la contemplaba con sus ojos oscuros, bebiendo cada detalle de su rostro. Erica se preguntó si alguna vez se cansarían de la deliciosa emoción que desencadenaba el hecho de estar juntos.

—Pero eso no es todo —prosiguió Jared—. Van a retirar los huesos y enterrarlos en un cementerio indio de la zona.

—¡No! Cuándo?

—Lo antes posible. Lo siento, Erica. Nunca habría creído que acabaría pensando como tú, pero ahora estoy convencido de que es un error llevarse unos huesos sin antes identificar su filiación cultural. Nunca he sido religioso ni espiritual, pero sabemos que la mujer enterrada en la cueva lo era, al igual que las personas que vinieron para rendirle homenaje. Nuestro deber es respetar eso y localizar a los guardianes legítimos de su último hogar.

Se inclinó para besarla. En aquel instante, Luke asomó la cabeza.

—Esto.... Erica. Tienes visita. Dicen que es importante.

Erica salió de la caravana y se protegió los ojos del sol con la mano.

—¡Señora Dockstader!

La mujer llevaba pantalones blancos, una blusa rosa claro, sandalias, un bolsito colgado del hombro con una larga cadena dorada y los ojos ocultos tras unas enormes gafas de sol.

—Háble me de las jaquecas —pidió.

Jared invitó a Kathleen Dockstader y su abogado a hablar con Erica en su autocaravana, más cómoda y discreta que la tienda de Erica o el laboratorio.

—En cuanto se fue de mi casa, doctora Tyler —empezó la mujer—, pedí a mi abogado que investigara sus antecedentes. Al ver que no parecía una farsante, sino que era una prestigiosa antropóloga que trabaja para el Estado, decidí investigar su historia. Contraté a un detective privado para que localizara a cualquiera que hubiera vivido en las comunas hippies en aquella época y pudiera recordar algo. Por fin dio con un tipo que tiene una taberna en Seattle y había vivido en una comuna durante los años correspondientes. Dijo que recordaba a la joven Dockstader, una heredera que se había escapado de casa y no quería saber nada de los millones de su madre. Por aquel entonces, todos la admiraron, aunque, visto ahora, el hombre considera que estaba loca. El detective le preguntó si sabía qué había sido de ella. El hombre dijo que se había marchado de la comuna con un músico que llevaba una Harley.

Kathleen se detuvo frotándose las manos sin cesar. Había sucedido exactamente lo que predijera Jared. Después de que Erica y él se fueran de su casa una semana antes, la señora Dockstader no había podido dejar de pensar en Erica; incluso canceló su gira mundial de golf.

—Y además encontramos esto —prosiguió la mujer, haciendo una seña al abogado.

El hombre sacó un libro de su maletín y se lo alargó. Para su asombro, Erica comprobó que se trataba de su anuario escolar de 1982, el año en que se había graduado. Kathleen lo abrió por una página marcada en la que se veía una pequeña fotografía en blanco y negro que parecía sacada de un anuario anterior. La muchacha de la foto llevaba un peinado abombado con las puntas rizadas hacia afuera.

—Esta fotografía es de 1965 —explicó Kathleen—, cuando Monica tenía diecisiete años —Situó la fotografía junto a la de Erica—. En estas fotos, las dos tenían la misma edad. Un parecido asombroso, ¿verdad?

—Parecemos gemelas —musitó Erica.

Kathleen cerró el anuario y se lo devolvió al abogado.

—Pero lo que acabó de convencerme de que es usted mi nieta fue su pregunta sobre las jaquecas. Mi madre sufría unas jaquecas espantosas. No eran simples migrañas, sino extraños desmayos durante los cuales oía y veía cosas, visiones. Por lo visto, se trata de un mal

Librodot

hereditario, pues me dijo que una tía abuela mía también lo padecía. Nadie sabía nada del asunto, era una especie de secreto de familia. Las otras mujeres que acudieron a mí fingiendo ser usted con la esperanza de conseguir una recompensa o la herencia no sabían nada de las jaquecas.

—Señora Dockstader...

—Llámeme Kathleen, por favor.

—Por qué se fugó mi madre?

—Porque queríamos que viviera en un centro para madres solteras y mantuviera el embarazo en secreto. Teníamos intención de dar al niño a una de las hermanas de Herman... Herman era mi esposo, el padre de Monica. Se habría criado como primo de Monica. Creíamos que tener un hijo arruinaría la vida de Monica. Nos destrozó el corazón que se fugara. Era la princesa de Herman, la niña de sus ojos. Algo murió en su interior cuando Monica se fue. Pusimos anuncios en las secciones de clasificados de todos los periódicos importantes del país para pedirle que volviera a casa con el bebé, pero... nunca supimos nada de ella.

—¿Sabe quién es mi padre? —preguntó Erica en un susurro.

—Nunca nos lo dijo —Kathleen sacó un pañuelo con monograma del bolso—. No tengo ni idea. Monica no era mala chica, sólo testaruda. No se imagina cuántas veces desde entonces he deseado que su padre y yo hubiéramos adoptado una actitud distinta. Monica quería tener a su hijo en casa. Se habría quedado con nosotros—Miró a Erica con ojos relucientes y vulnerables—. Y usted se habría criado en nuestro hogar.

—No sé qué decir.

Kathleen se enjugó las lágrimas con el pañuelo.

—Yo tampoco. Necesitaré algún tiempo para acostumbrarme a esta situación.

Se miraron a los ojos. Erica escudriñó el rostro de Kathleen en busca de similitudes y advirtió que tenían el mismo nacimiento del cabello. mientras la anciana examinaba el rostro que algún día habría sido el de su hija.

—¿Podría..., podría ver la cueva? —pidió Kathleen.

—¿La cueva?

—Si es posible.

Jared las acompañó a la cueva ayudando a Kathleen a bajar por el andamio mientras Erica sacaba la llave que abría el candado de la verja de seguridad. Una vez dentro, encendió las luces fluorescentes que bañaban la cavidad en un brillo sobrenatural, alumbrando maderos, puntales, zanjas cavadas en el suelo, la pared con la pintura de los dos soles y los símbolos misteriosos, y por último a la señora, que yacía pacíficamente de costado bajo una protección transparente que parecía un sarcófago de vidrio.

Kathleen lanzó un suspiro mientras miraba a su alrededor, maravillada por el espectáculo.

—Lo se todo acerca de esta cueva —aseguro en voz baja, como si no quisiera molestar a la Señora dormida—. Las pinturas, las palabras, la Primera Madre... Es tal como me la imaginaba.

Erica la miró sorprendida.

—¿Había estado aquí antes?

—No, no, el cañón ya había sido rellenado cuando yo era niña, pero me lo contó todo una persona que sí estuvo aquí.

—¿Quién?

—La mujer que pintó el cuadro de los dos soles que tengo colgado en el salón —explicó Kathleen con una sonrisa—. La mujer que se hizo construir aquí la Iglesia de los Espíritus. La hermana Sarah, mi madre, tu bisabuela. Yo soy su hija natural, la razón por la que desapareció del mapa.

—Mi madre siempre supo que había alguien enterrado en la cueva —contó Kathleen.

Ella y Erica estaban sentadas en el soleado salón de la casa de Palm Springs, hojeando álbumes llenos de fotos, recortes de periódico v recuerdos.

—Lo intuía pese a no tener ninguna prueba. Incluso afirmaba que el espíritu que habitaba en la cueva le había ordenado erigir su Iglesia de los Espíritus en este lugar.

—¿Qué le sucedió? ¿Por qué desapareció?

—Estaba enamorada de un hombre casado, pero la esposa no le concedía el divorcio. Cuando mi madre descubrió que estaba embarazada, supo que eso molestaría a sus seguidores, así que optó por desaparecer. Se mudó a un pueblo que no tenía cine y donde había pocas probabilidades de que la gente la reconociera. Me crió sola, y nunca vi a mi padre. No sé si mantuvieron el contacto. Lo único que sé es que todo fue muy trágico. Mi madre murió cuando yo tenía veintisiete años. Fue enterrada en el cementerio de aquel pueblo, y aún hoy nadie sabe que la mujer enterrada en esa tumba es la famosa hermana Sarah.

—¿Por eso quisiste que mi madre renunciara al bebé?

Kathleen esbozó una sonrisa melancólica.

—Crecí presenciando la tristeza de mi madre. Intentaba ocultármela, pero los niños perciben esas cosas. Sabía que la gente la marginaba porque era una madre soltera y que también yo llevaba el estigma. Se hacía pasar por viuda para que pudiéramos llevar una vida más o menos normal. No queríamos que Monica tuviera que pasar por lo mismo.

Erica apenas podía asimilar todo aquello. Se sentía como una persona hambrienta delante de un banquete. Tantas fotografías e historias, personas que se parecían a ella, que estaban emparentadas con ella, una extensa familia de tíos, tías, primos, abuelos y bisabuelos.

—Este es tu tatara-tatara lo que sea —señaló Kathleen con una carcajada—. Se llamaba Daniel Goodside. Era capitán de un clíper de Boston. Encontré esta foto en un baúl; formaba parte de una pareja de retratos tomada en 1875. La otra mostraba a una mujer, pero estaba demasiado enmohecida para poderla salvar. En el dorso vi escrito el nombre: Marina, esposa de Daniel. No sé nada de Marina, ni siquiera su apellido. Imagino que era de Boston. Daniel perdió un brazo, como ves, puede que en la Guerra Civil. Además de marino, también era artista.

En la página opuesta se veía una pequeña acuarela que Daniel Goodside pintó en 1830, titulada «Chamán de la tribu topaa viviendo en la misión de San Gabriel Arcángel».

—Topaa —murmuró Erica—. Nunca había oído hablar de esa tribu. Kathleen cerró el álbum y se levantó.

—Seguramente se refería a los tongva. En aquellos tiempos había mucha confusión de nombres y palabras. Ven, ahora te voy a enseñar la finca.

Tomó a Erica por el brazo.

—El padre de mi marido, tu bisabuelo, importó las primeras palmeras datileras de Arabia y creó la plantación en 1890. Yo me casé con Hernian en 1946, justo después de la guerra. Tenía dieciocho años. Tu madre nació dos años más tarde, en 1948.

En aquel momento, una doncella las interrumpió para informar a Erica de que tenía una llamada. Era Jared.

—Será mejor que vuelvas. Hay novedades increíbles.

Oyeron una carcajada estentórea procedente de la autocaravana de Jared. La visitante era una mujer rolliza de mejillas coloradas, que tenía un firme apretón de manos.

—Doctora Tyler, me llamo Irene Young y creo tener algo que puede interesarle. Soy profesora de educación física en Bakersfield, pero mi hobby es la genealogía. Estoy investigando mi árbol genealógico, y cuando vi en las noticias que había encontrado usted la escritura de un rancho propiedad de la familia Navarro, supe que tenía que venir.

Sacó un portafolios de cuero de su bolsa de lona.

—He remontado mi árbol familiar materno hasta unos parientes llamados Navarro, que vivían en Rancho Paloma. Esta es una fotografía suya. —Le mostró una foto antigua protegida en una funda de plástico—. Mire lo que hay escrito al dorso. Esta foto fue tomada en 1866 con ocasión del cumpleaños de esta mujer —explicó al tiempo que señalaba a una

Librodot

anciana de aspecto muy digno sentada en medio de lo que parecía su familia.

Irene le contó que había localizado a muchos de los descendientes de las personas fotografiadas, pero que le quedaba una pareja por identificar.

Erica examinó con ojos entornados al hombre manco situado al fondo de la imagen.

—Dios mío, es Daniel Goodside —exclamó.

—Goodside? ¿Así se llama? Supongo que estaba casado con la mujer sentada a su lado.

—Debe de ser Marina —observó Erica, recordando lo que le había contado Kathleen.

—Se parece mucho a la mujer sentada en el centro, que imagino es la matriarca. Se llama Angela de Navarro, de modo que la esposa de Goodside debía de ser una Navarro.

—Mi abuela me contó que no había logrado averiguar el apellido de Marina, que creía que era bostoniana. Dios mío..., eso quiere decir que yo también soy descendiente de los Navarro? —Erica no daba crédito a lo que veía.

Irene señaló a una pareja de pie, al fondo de la fotografía.

—Estos son mis tatarabuelos, Seth y Angélique Hopkins. Angélique era sobrina de Marina Goodside y nieta de la matriarca, Angela.

Erica miró de nuevo la imagen. Por fin frunció el ceño con aire desconcertado, cogió una lupa y examinó detenidamente a las personas fotografiadas.

—Esta mujer es india —dictaminó.

—Por desgracia, no hemos logrado averiguar a qué tribu pertenecía. Imagino que seria de la misión...

—Jared! —exclamó Erica de repente—. Kathleen tiene una acuarela de Daniel Goodside en la que se ve a una mujer topaa.

—¡Topaa! ¿Crees que las personas de esta fotografía pertenecían a esa tribu?

—Todo concuerda, ¿no lo ves? —insistió Erica con creciente animación—. A Daniel Goodside le interesaba pintar a miembros de la tribu topaa. Estaba casado con una mujer que era medio india, una mujer que se apellidaba Navarro. Y entonces alguien enterró la escritura de Rancho Paloma, la tierra de los Navarro, en la cueva de Topanga... ¡Topanga! —profirió de pronto—. Nadie sabe qué significa esa palabra. Existen varias teorías, pero lo que sí queda claro es que «nga» significa «lugar- de». Si una tribu llamada topaa vivía aquí, entonces todo encaja.

—¿Por qué nunca hemos oído hablar de ellos? —inquirió Irene.

—Puede que los topaa fueran de los primeros a los que llevaron a la misión; de ese modo habrían quedado asimilados muy pronto, y eso explicaría que desconozcamos su existencia —Erica se volvió hacia Jared—. Con estos nuevos datos podemos impedir que el Consejo Indio se lleve los huesos para enterrarlos. Es posible que nuestro esqueleto sea la única prueba de una tribu perdida. Ahora que tenemos el nombre de la tribu, también tenemos más probabilidades de encontrar a una descendiente probable.

Jared le dedicó una sonrisa enigmática.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Erica, de momento, tú eres la descendiente más probable.

Sam no estaba convencido, al igual que los miembros del Consejo Indio que se habían presentado con un ataúd y un chamán. Las pruebas de la doctora Tyler eran demasiado endebles, afirmaban, si es que podía llamárseles pruebas. Ya era hora de que la chamán reposara en suelo indio.

Erica se negó a abrir la verja de seguridad de la cueva. Para su exasperación, Sam no encontraba su llave, y la única otra copia es-taba en manos de Jared. Se encontraban al borde del barranco que llevaba a la cueva, Erica cerrándoles el paso, Sam amenazando con romper el candado. Erica miró el reloj. ¿Dónde se había metido Jared? La había llamado un rato antes para pedirle que retuviera a los miembros del Consejo hasta que él regresara. Parecía emocionado, aunque no había revelado el motivo. Pero de eso hacía ya varias horas.

—¿Quiénes son ésos? —exclamó de repente Luke.

Todos se volvieron y vieron que Jared cruzaba lentamente el campamento en compañía de

Librodot

dos ancianos de tez oscura menudos y encorvados.

Eran dos hermanos que vivían en la zona este de Los Angeles, y Jared los había localizado a través del Departamento de Estudios Indios de la UCLA, que estaba compilando una exhaustiva base de datos sobre los indios de California. Varios antropólogos recorrían los barrios de la ciudad en busca de indios ««escondidos» u «olvidados».

Jared los presentó como José y María Delgado.

—Sabemos que, con toda probabilidad, algunos indios no fueron asimilados por las misiones, sino que siguieron viviendo en los poblados y más tarde se trasladaron al pueblo, donde se instalaron entre la población mexicana, pero casándose sólo entre sí. Estas dos personas afirman que siempre les contaron que eran topaa, pero nadie les ha creído nunca porque nadie había oído hablar de los topaa.

—Hace muchos años fuimos al museo para hablar con la gente de allí —contó la anciana—. Eran muy sabios y muy educados. Nos dijeron que estábamos equivocados, que no existía la tribu de los topaa y que éramos gabrielinos. Luego, un escritor vino a nuestro barrio para escribir una historia de los indios de California, y cuando le dijimos que éramos topaa, escribió , tongva, porque penso que nos habíamos equivocado.

Ambos hermanos, nacidos en 1915, habían enviudado y vivían juntos. Durante su infancia y adolescencia habían oído historias por boca de un anciano que vivió más de cien años. El anciano había nacido en la misión, creía que alrededor de 1830. Si bien nunca vivió en un poblado, había oído hablar de la vida en los poblados a otros ancianos que vivían en la misión, así como la historia de la Primera Madre, a la que su guía espiritual, el Cuervo, había guiado por el desierto desde el este. El anciano fue quien los instó a recordar que no eran gabrielinos, el nombre que el hombre blanco daba a su tribu. Eran topaa.

La alusión a la Primera Madre sobresaltó a Erica.

—¿Lo han visto en las noticias o leído en el periódico? —les preguntó.

La anciana se echó a reír.

—¿El periódico? Yo no leo, y mi hermano tampoco. No vemos las noticias de la tele, porque siempre son malas, con muchas armas y muertos. A mi hermano y a mí nos gustan los concursos —explicó con una sonrisa desdentada.

Erica se volvió hacia Jared.

—Esto demuestra que realmente son topaa. No hay forma de que pudieran saber que ésta es la cueva de la Primera Madre si no se lo oyeron contar a los ancianos.

—Este hombre nos ha hablado de la cueva —intervino la anciana—. ¿Podemos entrar? ¿Podemos visitar a la Primera Madre?

Estaban todos en la cueva, despidiéndose. Sam y Luke fueron los primeros en marcharse tras desear buena suerte a Erica y Jared. Les quedaba mucho trabajo por hacer. El análisis genético de los huesos coincidía con el de los ancianos indios, lo que identificaba a la Señora como miembro de la tribu topaa. José y Maria Delgado querían que se creara un museo para dar a conocer la tribu a la gente. También querían que la Primera Madre permaneciera sepultada en la cueva en una tumba protegida de las pisadas humanas, pero deseaban que la cueva estuviera abierta para recibir visitas.

—Es lo que ella habría querido —aseguró el anciano—, que la gente viniera a hablar con ella y leyera la historia de su viaje.

Kathleen Dockstader fue la última en irse. Había cancelado sus vacaciones de seis meses para dedicarse por completo a buscar de nuevo a Monica.

—Hay una cosa que todavía no entiendo —señaló a Erica—. Se trata del cuadro que tengo en el salón, el de los dos soles que pintó mi madre. Dices que llevas toda la vida soñando con él.

—Desde que era muy pequeña. Seguro que alguien sacó una foto de él y la utilizó como parte de una biografía de la hermana Sarah. Debí de verla en alguna parte, un libro o una

revista, y luego se me olvidó.

—Eso es lo raro, porque el cuadro fue robado cuando mi madre desapareció y, por lo visto, lo encontraron más tarde y lo guardaron en un almacén de la policía a la espera de que el propietario denunciara el robo. Hace cinco años averiguaron que yo era la dueña, se pusieron en contacto conmigo y lo compré. Hasta entonces, el cuadro había pasado siete décadas en el olvido.

—Bueno —suspiró Jared en cuanto él y Erica se quedaron a solas con la Primera Madre durmiendo en su sarcófago transparente—, menuda ironía. Mi trabajo consistía en localizar al descendiente más probable, y resulta que la he tenido delante de mis narices durante todo este tiempo —Contempló el reluciente sol que ornaba la pared de la cueva——¿Por qué crees que soñabas con la pintura si nunca la habías visto?

Erica desconocía la respuesta, aunque especulaba que podía tratarse de una especie de memoria racial.

—Los soles son en realidad círculos, y el círculo era un símbolo sagrado para los topaa, como para muchas tribus indias en la actualidad. Puede que simplemente soñara con el concepto de lo sagrado. O quizás era una profecía.

—¿Una profecía?

Erica pensó en los ancianos topaa a quienes había conocido ese mismo día.

—La profecía de que algún día cerraríamos el círculo.

Jared la tomó de la mano.

—Fuera quien fuese, su viaje no ha terminado —declaró, mirando el esqueleto—. Nos toca a nosotros completarlo.

Cuando salieron de la cueva y se volvieron hacia el sol poniente, un cuervo descendió del cielo y voló ante ellos, como si quisiera indicarles el camino.

FIN